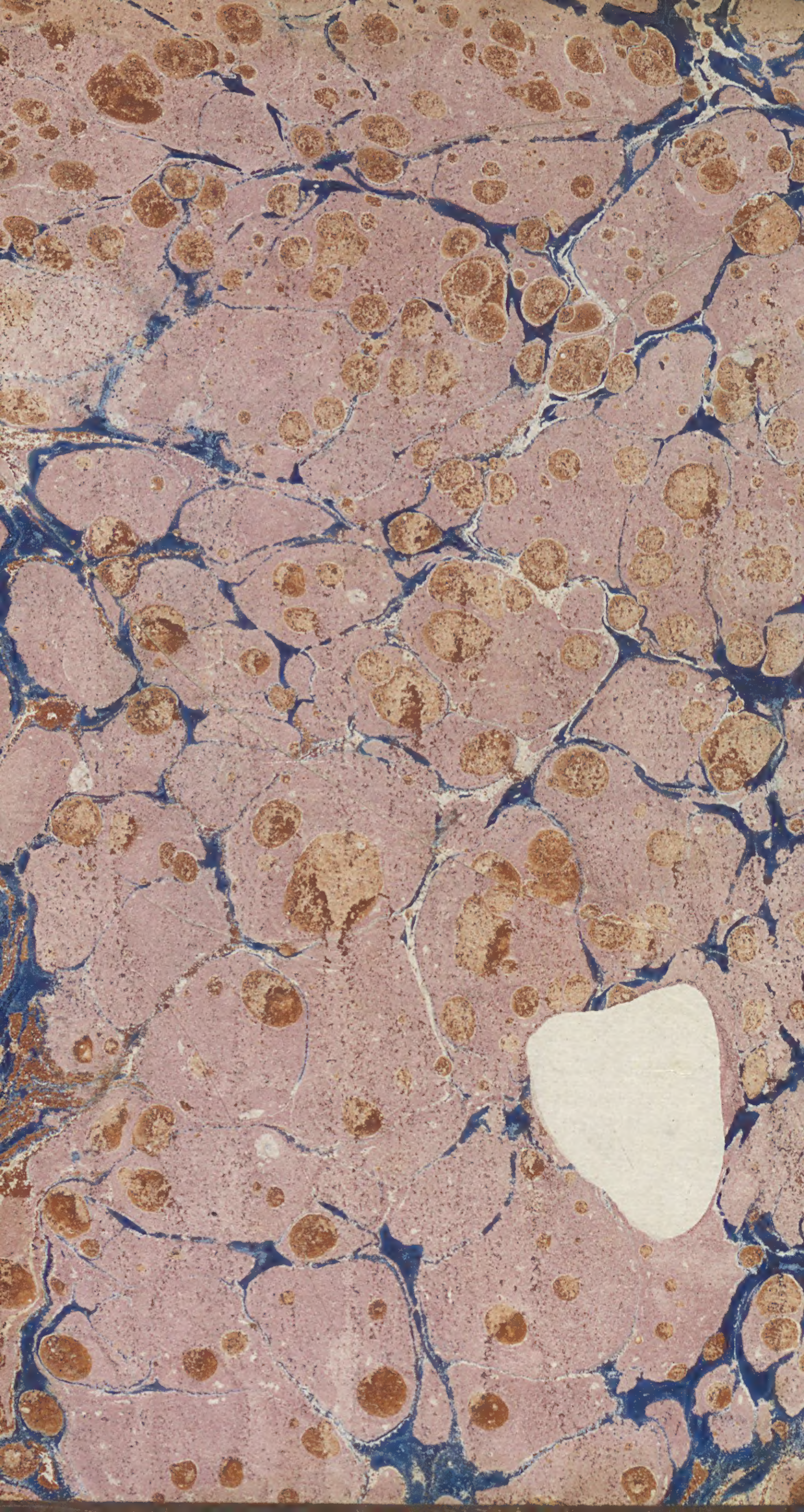
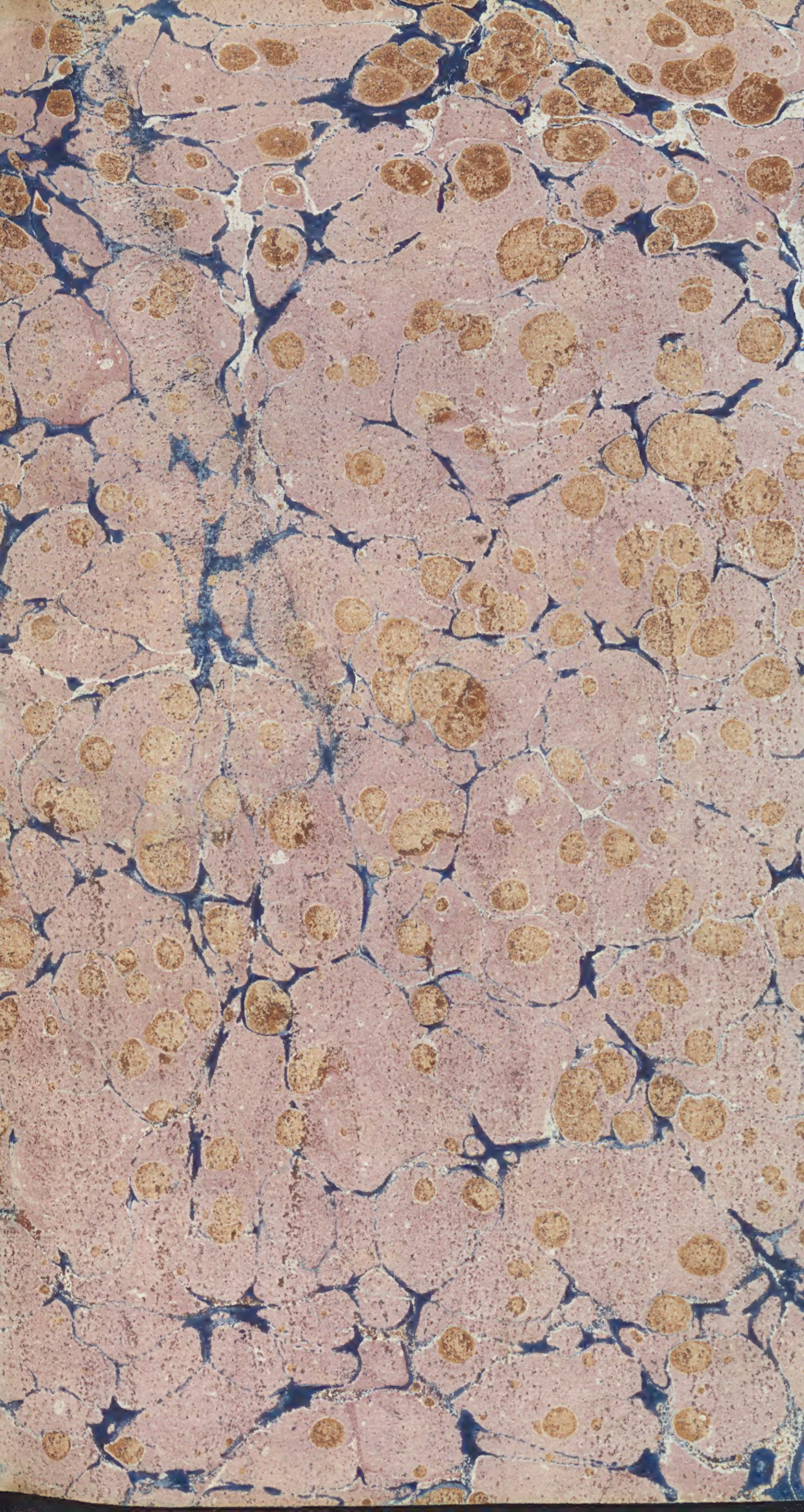


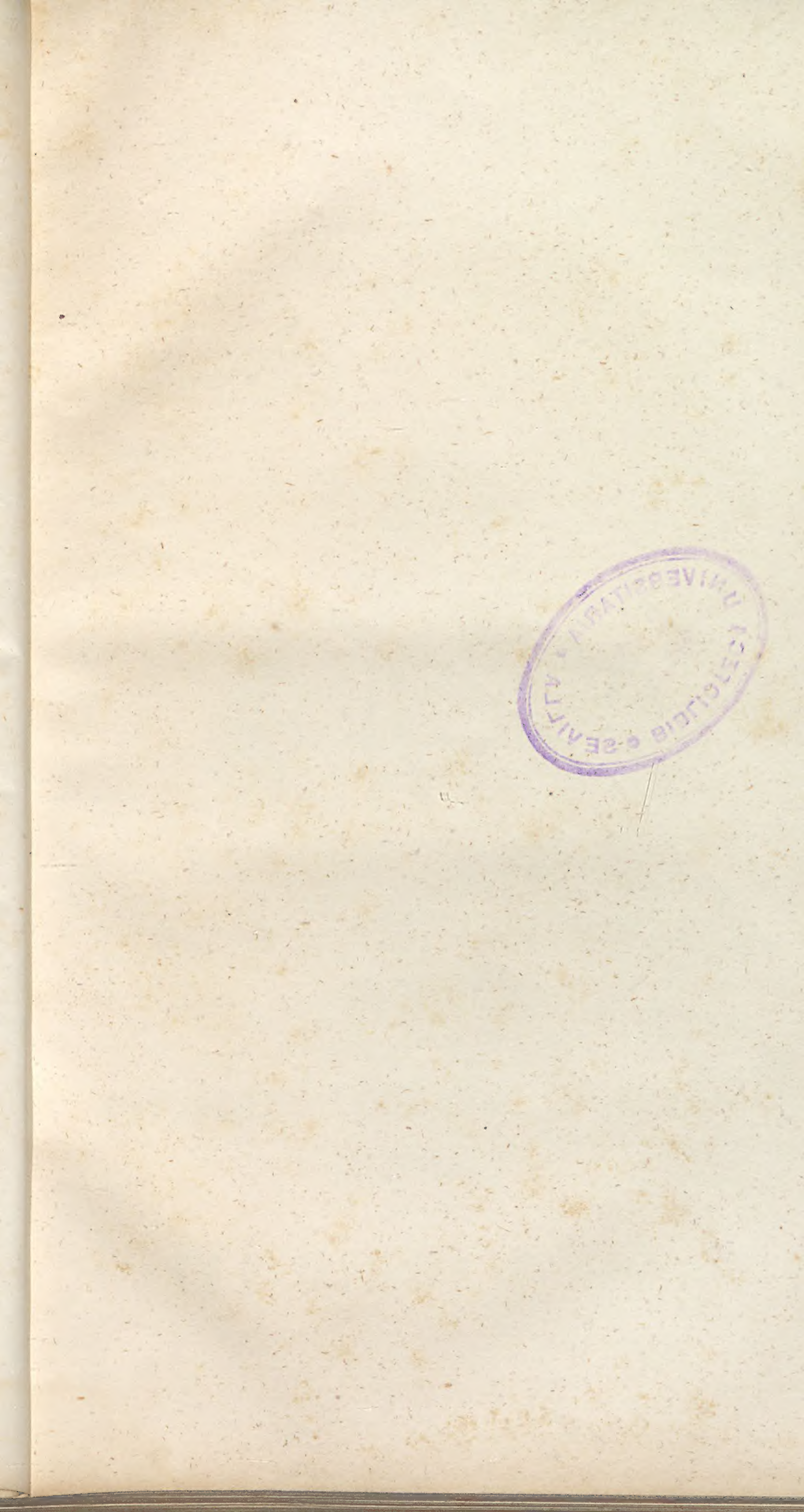




LA REVOLUCION DE ROMA.



LA REVOLUCION DE ROMA.





PIO IX.

Pius P. IX.

LA REVOLUCION DE ROMA.

HISTORIA
DEL PODER TEMPORAL DE PIO IX,

DESDE SU ELEVACION AL TRONO
HASTA SU FUGA DE ROMA, Y CONVOCACION DE LA ASAMBLEA NACIONAL
EN 30 DE DICIEMBRE DE 1848.

POR EL EXCMO. SEÑOR CONDE DE FABRAQUER

DON JOSÉ MUÑOZ MALDONADO, DIPUTADO Á CÓRTES.

TESTIGO OCULAR.

Quæque ego miserrima vidi.



MADRID: 1849,
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE MELLADO,
calle de Sta. Teresa, núm. 8.

CAPITULO I.

Introduccion.—Ojeada retrospectiva sobre la Italia.—Lucha antigua del Austria con el poder temporal de los papas.—Papas que mas han trabajado por la independencia de la Italia.—Situacion de Italia al nacimiento de Pio IX.—Pontificados de Pio VI y Pio VII.—Congreso de Viena.—Preponderancia que se abroga el Austria sobre los estados del papa.—Pontificado de Leon XII.—De Pio VIII.—Situacion de la Italia á la eleccion de Gregorio XVI.—Politica del Austria durante su reinado.—Administracion política de los Estados pontificios. —Colegio de cardenales.—Las congregaciones.

En los momentos en que Roma, la ciudad eterna, presenta á la Europa del siglo XIX, tan agitada y combatida por las revoluciones políticas, el funesto espectáculo del pontífice, vicario de Jesucristo, teniendo que huir y buscar en una tierra estrangera un hospitalario asilo, no será fuera de propósito el que nosotros, testigos de tan lamentable acontecimiento, escribamos estos sucesos que han afligido y contristado profundamente nuestro corazon. Nosotros hemos visto un papa que en menos de dos años habia impuesto la admiracion á los pueblos y el respeto á los reyes, un papa que en este siglo, en que el pontificado estaba como olvidado, le habia devuelto toda su autoridad y grandeza; nosotros hemos visto un príncipe, á quien mil veces habian cubierto de flores el camino por donde transitaba; un soberano á quien habian alzado arcos triunfales, banderas de alegría, coronas de gloria, monumentos de recuerdo; un soberano cuyo nombre como palabra de vida y salvacion, enseñaban los romanos á repetir con religiosísimo culto á los rudos habitantes de los campos y á las tiernas lenguas de los niños; un soberano á quien no ha habido en Italia lira que no consagrase su canto, ni inteligencia que no le compusiese un himno; un soberano, en suma, que al atravesar por medio de sus tres millones de súbditos, era considerado como un signo de triunfo, y en todas las ciudades, en todos los templos se quemaba incienso en su honor, cual si fuese una benéfica divinidad que hubiese descendido á la tierra para redimirla nuevamente, sal-

var y libertar al hombre; este soberano pontífice, este gran sacerdote rey, que tantas protestas de amor y alabanza recibia, de quien pudiera decirse que su vida era una continua ovacion, le hemos visto abandonado de sus hijos, renegado de los suyos y teniendo que salir fugitivo, disfrazado, abandonar el trono del príncipe de los apóstoles! Las ovaciones de dos años para el vicario de Jesucristo, fueron para él lo que los alegres Hosannas que cantaban á Cristo, de quien es representante en la tierra, sirvieron para conducirle á sufrir las amarguras del Gólgota! Nosotros hemos visto cuán poco valen los aplausos de los pueblos, cuán brevemente se pierde la aureola de popularidad comprada á precio de tantos trabajos y condescendencias; nosotros hemos visto, y el mundo verá en el suceso de Roma, una terrible leccion de la inconstancia de los pueblos y de que las revoluciones no son mas que un abismo sin fondo que no bastan á llenar todas las concesiones de los reyes.

¿Quién iniciaba los principios de la reforma en la península italiana? Solo Pio IX. ¿Quién daba al pueblo una amplísima libertad, que ni aun hubiera osado soñar en los dias de su servidumbre? Pio IX. ¿Quién iniciaba por medio de la celebrada liga de las aduanas italianas, esa liga política, esa bandera á cuyo nombre la revolucion ha arrojado de Roma al pontífice rey? Pio IX. ¿Quién concedia espontáneamente una representacion nacional á los romanos, mientras que los demas príncipes de Italia metrallaban á sus pueblos que demandaban iguales derechos? Pio IX. ¿Quién bendecia y confortaba á estos mismos pueblos? Pio IX!!

Empero la revolucion no podia faltar á sus instintos; la revolucion como Saturno devora á sus propios hijos, y á los que transigen con ella. Pio IX, hombre de convicciones profundas, en favor de la libertad, cuyo carácter candoroso no comprende toda la maldad que encierra el corazon humano, caminaba con el pueblo, al mismo tiempo que este, masa ininteligente, era dirigida por los que aspiraban á derrocar el poder del mismo que los habia sacado de los calabozos y vuelto del destierro á los lares patrios.

Doscientos cincuenta y nueve (1) Pontífices habian ocupado la

(1) Han ocupado el trono pontificio, cinco sirios, catorce griegos, dos dálmatas, dos africanos, dos sardos, cinco sicilianos, un portugues, dos españoles, Calisto II y Alejandro VI, ambos valencianos. La iglesia no cuenta á los que fueron declarados antipapas. Un holandés, un inglés, siete alemanes, trece franceses, ciento un romanos y ciento tres italianos.

Los papas que han reinado mas de veinte años son siete, á saber; San Silvestre, en cuyo tiempo se verificó el célebre concilio de Nicéa, en el IV siglo; San Leon el Grande, que tuvo la gloria en el V, de detener en su marcha triunfal y devastadora á Atila, el azote de Dios, haciéndole volver atrás, cuyo

cátedra de San Pedro hasta Pio IX. Ninguno habia sido saludado con tanto entusiasmo á su advenimiento al trono.

La historia nos presenta tres circunstancias solemnes, memorables, en que los romanos se entregaron durante mucho tiempo á entusiastas trasportes de alegría. La primera época es en el siglo V, despues de haber obtenido de Atila que no atacase á Roma, el papa San Leon entra en la ciudad con su comitiva; la poblacion entera sale á su encuentro con grande alegría, cantando y dando vivas al pontífice que habia alejado de ella el azote vengador de Dios; alzáronse arcos de triunfo en el camino, en las puertas de Roma, y en las calles; y estas manifestaciones continuaron durante mas de un mes.

La segunda época pertenece al principio de este siglo. En 1800 Pio VII acababa de ser elegido papa por los cardenales reunidos en cónclave, en Venecia, y tomó inmediatamente el camino de Roma. La poblacion de los campos marcha detrás de él, formándole una imponente comitiva, y los romanos salen á su encuentro á larga distancia de la ciudad eterna, durando las fiestas muchos meses. El júbilo y la adhesion de los habitantes se manifestaron aun de una manera mas solemne, cuando eclipsada la estrella de Bonaparte, vuelve á Roma Pio VII á principios de 1814. La alegría rayaba en delirio; las fiestas y las procesiones al Quirinal se prolongaron una gran parte del año.

Mas grandes manifestaciones, mas entusiastas gritos de alegría, mas suntuosos arcos de triunfo han levantado los romanos á Pio IX en 1846 y 1847, cuando las reformas liberales se sucedian sin intermision, cuando el gran sacerdote rey se anticipaba á satisfacer las peticiones de los pueblos; manifestaciones de entusiasmo que él mismo se vió en vano precisado á reprimir, como esplicaremos en el curso de la brevísima historia que nos proponemos escribir.

Una ojeada sobre la situacion de la Italia basta para hacer conocer que las reformas efectuadas por Pio IX son inmensas. El gobierno pontifical, obligado en otros tiempos para defenderse á recurrir á la intervencion estrangera, se colocó á la cabeza de la regeneracion italiana. Las diferencias ocasionadas entre el gobierno pontificio y el gobierno austriaco, han sido relativas á la interpretacion y á la aplicacion del art. 103 del tratado de Viena, que la

gran suceso ha inmortalizado el pincel de Rafael en los frescos del vaticano; Adriano I en el VIII siglo; Alejandro III en el XII; Urbano VIII, en el XVII; Pio VI, muerto en su prision de Valencia, en Francia, y Pio VII, en cuya época Roma quedó bajo el imperio del emperador Napoleon.

Los ponticados mas cortos han sido los de Pio III, Marcelo II y Urbano VII. en el siglo XVI, los que reunidos en uno solo no forman sino sesenta dias.

Santa Sede siempre ha resistido, y contra el que ha protestado desde un principio. El cardenal Ferreti, ministro de Pio IX, siguió en esto el ejemplo del cardenal Gonzalvi, secretario de Pio VII. No es nueva esta lucha; existia hace siglos entre los mismos adversarios. Ya en el siglo XI Gregorio VI obligó al emperador de Alemania, soberano el mas poderoso de aquella época, á renunciar á sus proyectos ambiciosos sobre Roma y las provincias itálicas. La posesion de la Italia ha sido el pensamiento dominante, permanente de los emperadores de Alemania, y en su logro han trabajado de siglo en siglo, y lo han trasmitido de raza en raza, á pesar de las vicisitudes y revoluciones políticas. Por el triunfo de este principio la casa de Sajonia comprometió su independencia y su porvenir; la casa de Suabia aventuró su fortuna política en esta empresa, y la casa de Austria la prosiguió con diverso suceso. El gobierno imperial quiso ser el dominador de la Italia; empero la Santa Sede se esforzó siempre en conservar su independencia como poder temporal y su libertad de accion como poder espiritual.

Los papas que mas han trabajado y mas han servido en este concepto á la libertad italiana, son muchos, y son los nombres mas ilustres del pontificado: Inocencio I, llamado el Grande; San Leon el Grande, Gregorio VII, Pascual II, Alejandro III, Inocencio III, Honorio III, Inocencio IV, Clemente IV, Nicolás IV, Julio II, Pio V, Clemente VII, Clemente XIII, Pio VI, Pio VII. Casi todos estos papas han tenido un reinado tempestuoso; los unos han vivido errantes ó desterrados; alguno ha muerto en la prision. Pio IX, que ha hecho mas que todos estos pontífices juntos por la libertad y la independencia de la Italia, Pio IX ha gustado tambien el cáliz de la amargura que bebieron sus santos predecesores.

Durante esta lucha de muchos siglos entre el partido que sostenia la independencia de la Italia y el que marchaba bajo las banderas imperiales, el primero bajo el nombre de *Güelfos* llevaba el estandarte de la Santa Sede, el segundo se llamaba el de los *Gibelinos*. No entra en nuestro propósito el referir las sangrientas escenas que presenció la Italia en la lucha terrible entre los Güelfos y Gibelinos.

En el siglo XI, el papa es el autor de la liga de Cambray, aquella primera grande reunion diplomática que debia fijar la independencia y equilibrio de los estados italianos. En aquel mismo siglo, otro papa reunido á la Francia contra el emperador Cárlos V, defiende la causa de la independencia italiana, y atrae sobre la ciudad las huestes del condestable de Borbon, que saquean á Roma y cuyos destrozos puede aun hoy ver con dolor el viajero.

Enrique IV, rey de Francia, aunque católico recien convertido, comprende que la independencia de los papas es necesaria para

el equilibrio de la Europa, y quiere aumentar los estados de la iglesia. Las largas guerras del protestantismo dieron grande importancia á la casa de Austria; y desde entonces intentó asegurar su protectorado sobre toda la Italia. La guerra de sucesion de España favorece esta pretension; y las desgracias de la Francia á fines del reinado de Luis XIV permiten al gobierno imperial introducirse en la alta Italia, y amenazar desde allí constantemente los estados romanos.

Como gefe de la iglesia, Pio VI quiso oponerse á las reformas religiosas que el gran duque Leopoldo patrocinaba en Toscana, y el emperador José II en Austria; él mismo va en persona; empero vuelve á Roma de su viage á Viena, profundamente contristado y convencido de que el emperador no tenia mas consideracion por el gefe espiritual de la iglesia, que por el soberano temporal de Roma.

En el año de 1792, el dia 13 de mayo, nace Pio IX.

El estado político de la Italia presentaba: en el Norte, el Piamonte, bajo la dominacion de la casa de Saboya; el Milanesado, bajo el cetro del emperador de Alemania; las repúblicas de Génova y Venecia, formando estados libres é independientes; en el centro, los ducados de Módena y Toscana, con archiduques de Austria á la cabeza; los ducados de Parma y Plasencia regidos por un infante de España; los estados de la iglesia, bajó el dominio del papa; y en el Mediodia el reino de Nápoles con un príncipe de la casa de Borbon.

La revolucion francesa conduce al cadalso á su rey Luis XVI; proclama sus principios disolventes, lleva la guerra á la Italia, y desaparecen las antiguas repúblicas de Génova y Venecia. La Francia establece en el Norte la república Cisalpina, en el Mediodia la república Partenopea, y Pio VI arrebatado de Roma, termina su pontificado y su vida en la ciudadela de Valencia, departamento de la Drôme. El dominio temporal de los papas, parece haber desaparecido, empero sus cimientos son mas firmes y duraderos que los cálculos humanos, y la donacion de Costantino, no podrá revocarse jamás, como ha demostrado la historia de la iglesia por espacio de diez y seis siglos.

La nueva division de la Italia dura solo un momento, la república francesa desaparece, un hombre se presenta en ella que domina sus destinos, ciñe la corona imperial, y cambia la república cisalpina en reino de Italia, la Partenopea en reino de Nápoles, y crea en el centro el reino de Etruria, sobre el cual coloca al duque de Parma.

En 1808, cuando el imperio francés tomó una estension gigantesca, que parecerá fabulosa á los siglos venideros, toda la Italia, hasta el reino de Nápoles, quedó incorporado á él. Venecia, Milan, Florencia, Parma, Roma, fueron simples prefecturas del imperio fran-

ces. Arrojada el Austria mas allá de las montañas del Tirol veia con dolor escapársele de las manos la Italia, aquella Italia que habia sido la política hereditaria de la casa de Hasbourg. Los estados pontificios fueron incorporados tambien al imperio francés, bajo el frívolo pretesto de que Pio VII se habia abstenido de hacer la guerra á los ingleses, y entrar en el plan continental, con que el genio de Napoleon creia anonadar y confundir á la Gran Bretaña, su poderosa rival.

Pio VII privado de sus estados, y retenido tan pronto en Savona, tan pronto en Fontaineblau, recibe al fin en 1813 del mismo Napoleon la libertad, y el ilustre pontífice vuelve otra vez á su ciudad de Roma. El mismo emperador Napoleon, aquel grande hombre, conoció en su inmenso talento que el poder temporal de los papas era en el mundo ya un hecho inevitable; por sus propias manos, sin aguardar el éxito de los sucesos que despues le arrojaron á la roca de Santa Elena, destruyó el prodigioso edificio por cuya construccion habia tanto combatido, se habia derramado tanta sangre!

Cuando el congreso de Viena, que se atribuyó la mision de restablecer las cosas á su estado normal, trató de dividir, ó mas bien, de repartise los despojos del conquistador que no habian sabido vencer, renovando la fábula de la particion del leon, los estados débiles ó menos fuertes, empero que no habian podido ser vencidos por el tirano, fueron desatendidos, y no tuvieron parte en el festin en que repartieron sus despojos. Asi la España, la primera que despertó á la Europa de su letargo el 2 de mayo de 1808 y en siete gloriosas campañas demostró al mundo que era posible triunfar del vencedor de las coaliciones europeas, no sacó ventaja alguna. Las repúblicas de Venecia y de Génova quedaron en el campo de batalla donde las habia arrojado la revolucion francesa. Los estados de Venecia con el Milanesado formaron en favor del Austria el reino Lombardo-Veneto, y los estados sardos se enriquecieron con la ciudad de Génova. Los archiduques de Austria volvieron á recibir el uno su ducado de Módena, el otro su gran ducado de Toscana. El infante de España, ex-duque de Parma, ex-rey de Etruria recibe el insignificante principado de Luca, (1) aguardando el

(1) Por un articulo del congreso de Viena el principado de Luca era reversible á la Toscana á la muerte de Maria Luisa, pasando el duque de Luca á Parma. El duque de Luca sin aguardar este suceso ha cedido á la Toscana su principado por una pension de cuatro millones anuales que le será pagado hasta que entre en posesion de los ducados de Parma y Plasencia. Celebró este acto en octubre de 1847. La muerte de Maria Luisa le ha dado despues la propiedad de Parma.

hermoso ducado de Parma y de Plasencia, que el congreso adjudica á la emperatriz María Luisa, esposa de Napoleon, á título de renta vitalicia y como indemnizacion por la pérdida de la corona imperial de Francia. En cuanto á los estados de la iglesia, el gobierno austriaco reclamaba con instancia la propiedad de las dos ciudades de Ferrara y de Conmachio, bajo el pretesto de que eran necesarias para la defensa de sus nuevas provincias Lombardo-Venetas.

En vano el cardenal Gonzalvi, representante de la Santa Sede en el congreso de Viena, protesta con firmeza contra esta decision que conduce directamente á la desmembracion de los estados pontificios. Mientras que el congreso discute, el gobierno austriaco fiel á su política tradicional, obra, hace entrar tropas en las dos ciudades de Ferrara y Conmachio; y el congreso, no atreviéndose á proclamar la justicia del débil contra la ambicion del fuerte, imagina reconocer al gobierno imperial la facultad de tener guarnicion en estas dos plazas, cuya posesion reservan al papa, y lo consignan en el protocolo. Asi en esta circunstancia, como en todas, la fuerza prevalece contra el derecho. Los miembros del congreso cerraron los ojos sobre el presente y sobre el porvenir, porque esta facultad exhorbitante concedida al gobierno austriaco podia traer fatales consecuencias: las ha traido en efecto, y de ellas forman parte indudablemente toda la série de sucesos desgraciados que han afligido y aun pueden afligir al pontífice Pio IX.

Las actas del congreso de Viena dieron al Austria en Italia una posicion formidable, que aun no habia obtenido hasta entonces. Poseia por sí misma el reino Lombardo-Veneto; por los príncipes de la familia imperial, Módena, Toscana, y Parma, la mitad de Italia en una palabra. Volvió, pues, á surgir en ella con mas fuerza, con mas ímpetu la idea de comprimir la península itálica por su influencia. Los estados romanos solamente eran los que divisaban un porvenir mas consolador.

Pio VII, cuyo valor habia sido probado en grandes vicisitudes, era un modelo de dulzura: indulgente sin debilidad, generoso sin fausto, firme sin obstinacion, se habia manifestado grande en el destierro, y grande fué sobre el trono pontifical. El cardenal Gonzalvi, su ministro, era un hombre á la altura del siglo, instruido, liberal, habia comprendido que despues de las tormentas revolucionarias no se podia volver á lo pasado.

Dos opiniones que se combaten largo tiempo concluyen por modificarse la una y la otra, porque sobre el teatro del mundo el poder no pasa jamás enteramente al vencedor, y de cualquier manera que una potencia subyugue á su antagonista, sobre esta escena tan vasta y tan movediza, ó que una idea reemplaze á otra, lo que comienza no es nuevo, lo que parece terminado no ha concluido. La

tierra es un mundo donde nada tiene principio, ni fin. El tiempo presente no es mas mas que un punto ideal, es la frontera imaginaria de dos realidades, del pasado y del porvenir, que los dos están limitados y modificados el uno por el otro. La administracion de Pio VII y el gobierno de Gonzalvi fué paternal. Ningun ciudadano tuvo que temer por sus opiniones religiosas ó políticas. Secundado por el papa meditaba hasta conceder una gran parte del gobierno y administracion del estado á los seglares, empero la muerte de Pio VII detuvo la ejecucion de tan generosos proyectos. El pueblo de la Romaña amaba tanto á este pontífice, estaba tan satisfecho con su paternal gobierno, que cuando en 1820 el general Riego dando el grito de libertad en las Cabezas de San Juan hizo proclamar la constitucion de 1812 en la monarquía española, ejemplo que siguieron rápidamente Nápoles y el Piamonte, el pueblo romano permaneció inalterablemente unido á su pontífice.

A Pio VII sucede en 1823 bajo el nombre de Leon XII, el cardenal Annibal de la Genga. Este cardenal habia manifestado su tendencia á la reaccion, y su primer acto fué por lo mismo la separacion del Cardenal Gonzalvi. A su poca propension por las reformas, unia el nuevo papa sus simpatias por la casa de Austria. Los actos de su corto gobierno revelaron una reaccion pronunciada contra los de los gobiernos precedentes, y como al espíritu de reaccion, los consejeros de Leon XII juntaron la incapacidad, de aquí es que el tesoro público se vió agotado, se aumentaron las contribuciones y una sorda fermentacion comenzó á sentirse en los estados romanos.

Muere este pontífice en 1829. El cardenal Castiglioni le sucede bajo el nombre de Pio VIII. Anciano venerable, apenas vive para poder emprender la reforma de los abusos de que se lamentaban sus pueblos. Su muerte acaecida en 1830, en las mas difíciles circunstancias políticas, cuando la Francia en las tres memorables jornadas de julio acababa por una imponente revolucion de arrojar del trono tres generaciones de reyes, cuando amenazaba llevar sus máximas de libertad á todos los puntos de la tierra, cuando por un golpe tan rápido como atrevido se habian apoderado de la ciudad de Ancona, colocó á los cardenales en una difícil posicion para elegir su sucesor. La minoria de los cardenales deseaba un papa que siguiese la via de las reformas de Gonzalvi y Pio VIII; empero la mayoría estaba por la continuacion del gobierno de Leon XII. El cónclave se dilataba; el Sacro Colegio se hallaba embarazado por las esclusiones numerosas que las potencias pronunciaban directa ó indirectamente. La España escluia á Justiniani, nuncio que habia sido en Madrid; el Austria al cardenal Gregorio, reputado casi como español; el cardenal Machi que hubiera podido ser nombrado,

habia sido Nuncio apostólico en Francia en tiempo de Cárlos X, y se creia que fuese desagradable á la Francia de Luis Felipe. El espíritu de la revolucion, alentado por el egemplo triunfante de la Francia, se agitaba en Roma; iba la revolucion á estallar el dia 2 de febrero de 1831. A la presencia del peligro, lo inminente del riesgo hizo que el cónclave eligiese apresuradamente un papa. Recayó entonces la eleccion en el cardenal Mauro Capellari de la órden de los Comandulenses, que tomó el nombre de Gregorio XVI; hombre con quien no contaba ninguno de los partidarios, y cuya eleccion tampoco agradaba al Austria.

La revolucion estalló efectivamente la misma tarde en que fué elegido el papa, empero fué fácilmente reprimida. El cardenal Capellari, sábio teólogo, monge piadoso, ornato de su convento y de su órden, era nulo como hombre de estado. Habiendo pasado su vida en la obediencia pasiva del cláustro, era un hombre estraño á las dificultades gubernamentales de la Europa; las cuestiones de reforma y de libertad legal, le parecian ser otros tantos caminos abiertos á la revolucion; desplegó un celo ardiente é ilustrado en el gobierno de la iglesia universal; empero como gefe de los estados romanos su gobierno fué mas reaccionario que el de Leon XII, fué mas inflexible que el del Austria misma.

Parecióle demasiado liberal el ministerio del cardenal Berneti, y despues de las agitaciones que esperimentó la Romaña en 1832, reemplazó á este ministro por el cardenal Lambruschini. Este nuevo ministro, de gran capacidad, que habia desempeñado las funciones de nuncio Apostólico en Francia en tiempo de Cárlos X, hasta la revolucion de 1830; que fué creado cardenal en 1836, que habia sido en Francia amigo de Lamennais y de sus discípulos, que lo ensalzaban como un espíritu elevado y distinguido; desplegó en su gobierno una marcha severa, rigorosa, intolerante, y que le ha concitado el odio de los revolucionarios. El Austria misma parecia mas condescendiente y tolerante que el gobierno pontifical, empero procedia de una manera doble, maquiavélica: mientras su inexorable política, por medio de su embajador, escitaba al ministro á desplegar nuevos rigores en la Romaña. se presentaba como favorable á las sabias reformas, y desaprobaba altamente por el órgano de sus agentes la conducta del gobierno pontifical. Hizo mas: despues de haber vencido á la revolucion con la fuerza, sus soldados protegieron á los habitantes de Bolonia contra los agentes del poder pontificio en tales términos, que cuando las tropas austriacas evacuaron la ciudad, los habitantes todos les dirigieron una representacion para que no dejasen á los habitantes de la Legacion de Bolonia espuestos al resentimiento de sus enemigos. La política del gabinete de Viena en los negocios de la Romaña, era hacer que el

Papa tuviese un sistema constante de resistencia, comprimir las revoluciones, y aparentar, impedir las reacciones violentas para captarse el afecto de los pueblos, tal vez para prepararse á que estos, comparando la situacion de los estados pontificios con la del reino Lombardo-Veneto, suspirasen por aquel gobierno. Tal era el estado político de Roma en los últimos dias del reinado de Gregorio XVI.

Para apreciar las grandes reformas introducidas por su sucesor, necesitamos nosotros echar una ligerísima ojeada sobre el sistema político y administrativo de los estados pontificios, y sobre la constitucion del gobierno eclesiástico que regia estos estados, que muchos han creido que era un gobierno absoluto del soberano pontífice, pero que nosotros tenemos mas bien por un gobierno oligárquico.

El soberano pontífice no gobernaba solo; los graves negocios de la cristiandad y del estado se trataban en *consistorio*. Asi se llaman las reuniones de los cardenales; reuniones que le dividen en *congregaciones*. Para los negocios ordinarios de la iglesia el papa no consulta mas que las *congregaciones*.

La primera de estas congregaciones es el *Santo Oficio;* tenia por presidente al papa mismo. El Santo Oficio examinaba y juzgaba todo lo relativo á la fé, lo que pertenece al dominio religioso. El número de los cardenales llamados á las reuniones del Santo Oficio variaba segun la importancia de las deliberaciones. Muchos prelados y sabios teólogos de las diversas órdenes religiosas asistian á estas reuniones con el título de *consultores*.

Cada congregacion tiene sus consultores, prelados ó religiosos, un prefecto cardenal, y un secretario prelado. Los consultores no tienen voto deliberativo sino consultivo, como lo denota su propio nombre, preparan lo que debe decidirse en los juicios, pero no juzgan.

Segun sus reglamentos, la congregacion del Santo Oficio debe reunirse tres veces por semana: el lunes en el palacio del Santo Oficio, en la habitacion del *padre comisario general*, y la reunion de este dia no se compone mas que de los consultores: el miércoles en el convento de dominicos de la Minerva:, y el jueves en el palacio del papa.

El Santo Oficio tenia su prision; y todo lo que pasa en este tribunal permanece en el mas profundo secreto. Diremos, en honor de la verdad, que la inquisicion de Roma no se parece en nada á la inquisicion que por espacio de tres siglos oprimió á los españoles, y con sus hogueras difundió las tinieblas por esta vasta monarquía.

La congregacion de los obispos y de los regulares decide las diversas cuestiones de interés material que pertenecen á los obispos y

á las órdenes religiosas: las ventas, las adquisiciones, los contratos; juzga tambien las causas criminales, y en otro tiempo estendia su jurisdicion sobre todos los obispos del catolicismo.

La congregacion llamada del *Concilio* está encargada de la interpretacion de las disposiciones del concilio de Trento, en el que se arregló últimamente toda la disciplina eclesiástica; concilio que comenzado en 1545 se prolongó hasta 1563, viendo en el espacio de 18 años ocupar el trono pontifical á Paulo III, Julio III, Marcelo II, Paulo IV, y Pio IV. En esta congregacion se trata todo lo relativo á los principios establecidos por aquella grande y última asamblea del cristianismo, y se trata tambien de todos los graves detalles de la administracion religiosa.

Una congregacion compuesta de doce prelados se llama el *Concilieto*, pequeño concilio, y esta unida al concilio.

La congregacion de los Sagrados Ritos, está encargada de arreglar todo lo que pertenece al culto, á las ceremonias y á la beatificacion y canonizacion de los santos.

La congregacion de las Indulgencias y Reliquias, presenta al papa las peticiones de indulgencias, y decide sobre la identidad de los cuerpos que se encuentran de tiempo en tiempo en las catacumbas. Nosotros que hemos escrito la historia de estos inmensos subterráneos, donde yacen tantos millares de mártires, hemos tenido tambien ocasion de observar que los antiguos cristianos tenian la costumbre de marcar con una señal particular los cuerpos de los que habian muerto en la defensa de la fé.

La congregacion del Indice (*index*), tenia la mision de decidir sobre la ortodoxia de las obras impresas. Su secretario era siempre un fraile dominico, y sus doce consultores eran elegidos entre los religiosos ó prelados mas instruidos. El tribunal del Indice no motivaba nunca públicamente sus censuras, empero el cardenal prefecto daba algunas esplicaciones á los autores que se manifestaban dóciles y propensos á la correccion.

La congregacion de Propaganda Fide. El colegio de este nombre, vastísimo establecimiento fundado en Roma, es el centro de donde parten las misiones que han de propagar el cristianismo por los diversos paises del mundo.

Las congregaciones instituidas para el *ceremonial* de la córte del papa, para la *correccion* de los libros de las iglesias orientales, para la disciplina regular, para el exámen de los candidatos al episcopado, inmunidad eclesiástica, residencia de los obispos, visita apostólica, etc. etc., no se reunen sino cuando tienen negocios particulares de que ocuparse.

Cada congregacion tiene sus sesiones en una sala del palacio del papa.

Asi, pues, el papa forma su gobierno con el *Consistorio* y las *Congregaciones.*

El Consistorio lo componen esclusivamente los cardenales, cuyo número en los primeros tiempos de la iglesia fué indeterminado, pero que Sixto V fijó en el de setenta, en memoria de los setenta ancianos que formaban el consejo de Moisés en el desierto. El Sacro Colegio se compone de seis cardenales obispos, sub–vicarios, cincuenta cardenales presbíteros, y catorce cardenales diáconos. En los primeros tiempos vestian como el resto del clero, mas Inocencio IV en el famoso concilio de Leon, les dió el sombrero encarnado, y mas tarde, Bonifacio VIII, les concediò vestirse de púrpura.

Todos los empleos eran desempeñados por los *prelados*, empero es preciso estudiar lo que es la prelacia en Roma. El título de *prelado* no tiene alli la significacion que entre nosotros, no tiene el carácter ni las funciones del episcopado. Hay *prelado*s ó *monseñores* que no son sacerdotes ni diáconos, y que no están ligados con voto alguno, aunque siempre se les exige que permanezcan en el estado de célibes y vistan el trage eclesiástico. Los prelados se dividen en muchos cuerpos ó colegios; primero: *el colegio de los Obispos ó asistentes al trono pontificio*, que rodean su trono, y cuyo número no es fijo. Segundo: *el colegio de los Protonotarios Apostolicos* compuesto de siete miembros, sin contar el mayordomo mayor del papa, títulos hoy meramente de honor, por que los proto-notarios, en otro tiempo eran los encargados de registrar las actas de los mártires. Tercero: *colegio de los Auditores de la Rota*, compuesto de doce miembros, formando un tribunal de apelacion; los auditores son de diferentes naciones, nombrados por los diversos reyes de la cristiandad, y juzgaban tambien los procesos civiles de todos los estados del papa. Cuarto: *el colegio de los Notarios de cámara*, compuesto de nueve miembros, que desempeña actos administrativos; cuatro de estos, reunidos á cuatro seglares, bajo la presidencia todos de un cardenal, forman el tribunal de Cuentas, *la Congregacion de la Revision*. Los otros cinco constituyen un tribunal de apelacion en los negocios administrativos. Quinto: *el colegio de los Botanti de la signatura*, juzga en casacion, decide la nulidad de los procesos, y se compone de siete miembros bajo la presidencia de un cardenal que se llama *prefectos de la signatura* Sesto: *el colegio de los Abrebiadores*, en otro tiempo compuesto de doce individuos; los prelados de este colegio, hacian los estractos de las bulas y de las constituciones eclesiásticas, pero hoy sus funciones se reducen á firmar las bulas; cada bula lleva dos firmas. Sétimo: *el colegio de la Consulta*, tribunal criminal cuyas sentencias son inapelables, supremas ; se compone de doce miembros divididos en dos salas ó *turni*. Octavo: *el colegio de los Ponenti del boun governo*, son los refrendarios en-

cargados de relatar las causas; se compone de seis miembros, presidido por un cardenal, y tiene por secretario un prelado.

Habia otros cuatro grandes prelados, que no formaban parte de estos diversos colegios, y son los cuatro llamados de *fiochetto*, nombre que reciben por el pompon morado que los caballos de sus coches llevan en la cabeza; eran los primeros prelados de Roma, y no podian ser depuestos de sus destinos sino para ser nombrados cardenales. El primer prelado del *fiochetto*, es el auditor de cámara presidente del tribunal de primera instancia, una especie de ministro de justicia: el segundo es el gobernador de Roma, á cuyo cargo estaba la policía de todo el reino, especie de ministro de lo interior: el tercero era el tesorero, que acumulaba en sí todas las funciones propias de un ministro de hacienda: el cuarto era el mayordomo ó ministro del palacio pontifical, llamado *maestro di cámara*. El papa no tenia ministerio propiamente dicho ; un solo ministro era el que gobernaba los diversos ramos de la administracion pública, y era un cardenal con el nombre de *secretario de estado*.

Roma no tenia tampoco ayuntamiento, al paso que lo tenian las provincias. En estas á la cabeza de ellas se hallaba un *legado*, que era siempre un cardenal, ó un *delegado* que pertenecia á la prelatura, empero todos los demas empleos eran egercidos por seglares.

Tal era el mecanismo del gobierno pontificio antes de la eleccion de Pio IX.

La hora suprema de Gregorio XVI iba á llegar. El tañido funeral de la campana del Vaticano que iba á anunciar la hora de su muerte, iba á anunciar tambien á Roma y á la Italia toda, que la hora de las reformas habia llegado ya!!

CAPITULO II.

Muerte de Gregorio XVI.—Espíritu liberal en las principales familias de Roma.—Fijanse la atencion y las esperanzas en el cónclave.—Estado del colegio de cardenales.—Fracciones políticas del mismo.—Probabilidades de ser elegido Lambruschini.—Probabilidades del cardenal Gizzi, candidato del partido liberal.—Probabilidades de otros cardenales.—Derecho de esclusion de las potencias.—Entrada de los cardenales en el cónclave.—Tempestad.—Proyecto de aclamar papa por el pueblo á Micara.—El cónclave.—Primer escrutinio.—Su resultado.—Inquietud de Lambruschini.—Los tres vestidos.—Es elegido papa el cardenal Mastai-Ferreti.—Toma el nombre de Pio IX.—Papas que han llevado el nombre de Pio.

El papa Gregorio XVI, tenia 81 años en el de 1846, pero tenia una constitucion fuerte. Ningun síntoma revelaba la proximidad de su fin.

Lo repentino de su muerte cogió desapercibidos á todos, y apenas hubo lugar de combinar las pretensiones y las intrigas de los cardenales influyentes, y de los representantes de las potencias estrangeras.

En los últimos dias del mes de mayo, una ligera indisposicion, que parecia al principio de poca importancia, presentó de repente alarmantes síntomas, y el 1.° de junio, entre nueve y diez de la mañana, habia dejado ya de existir Gregorio XVI.

La noticia de su muerte circula inmediatamente en Roma y en las provincias: este pontífice no era amado; asi es que su muerte no causó sentimiento alguno.

Despues de la revolucion reprimida en los estados pontificios en 1831, el partido de las reformas viendo los escesos á que se habia entregado el gobierno altamente reaccionario de los últimos quince años, habia ido aumentándose considerablemente en Roma. El liberalismo en los estados romanos, si bien no muy estenso, se hallaba arraigado en varias de las principales familias. La muerte de Gregorio XVI reanima sus esperanzas, y tratan de probar fortuna en el cónclave.

La atencion pública se fija inmediatamente en el sacro colegio. Los cardenales iban á constituirse en el supremo consejo, no de un

estado particular, sino de un estado compuesto de las naciones mas diversas y estendidas sobre toda la superficie del globo; los augustos mandatarios de la inmensa familia cristiana, huérfana en aquel momento, iban á la vez á nombrar una cabeza para la iglesia de Jesucristo, y un rey para la ciudad de Roma.

El colegio de cardenales, compuesto de cardenales-obispos, presbíteros y diáconos, constaba en aquel momento de seis obispos, cuarenta y ocho presbíteros y nueve diáconos; sesenta y tres entre todos: cinco nombramientos reservados *in pectore* en 1845, y dos capelos vacantes, completaban el número de setenta, exigido por los estatutos orgánicos del sacro colegio.

Contábanse dos cardenales de creacion de Pio VII, siete de creacion de Leon XII, y cincuenta y cuatro de creacion de Gregorio XVI, no habiendo ninguno del pontificado de Pio VIII.

Con respecto á la edad, tres cardenales eran octogenarios, diez y seis septuagenarios, trece sexagenarios, y el resto de treinta y siete á cincuenta y ocho años.

En cuanto á las opiniones políticas, los cardenales se dividian en tres grandes fracciones: los que deseaban las reformas, los que sin desecharlas absolutamente las juzgaban por el momento peligrosas é inoportunas, y los que estaban firmemente resueltos á mantener el estado presente de cosas bajo el gobierno del cardenal Lambruschini, ministro apoyado por el Austria, y que esperaba suceder en el pontificado á Gregorio XVI. La opinion enemiga de las reformas poseia todos los cargos de la administracion, y la proteccion del Austria, cuyos soldados ocupaban dos de las principales fortalezas de los estados romanos, y contaba en sus filas á la mayoría de los cardenales, teniendo á su cabeza á Lambruschini, secretario de estado hacia 15 años.

Dueño este de todos los secretos de la cancillería, teniendo el hilo de todos los negocios, debiéndole la mayor parte de los cardenales su elevacion á la sagrada púrpura, dispensador de las gracias en el largo período de su administracion, y hombre ademas de grandes talentos, creia su triunfo seguro en el cónclave que anticipadamente habia poblado de sus criaturas,

El partido liberal ó de las reformas, en corto número, no tenia confianza sino en un solo hombre, empero este hombre era de poca salud, el cardenal Pascual Gizzi, hombre estimado del pueblo, que habia hecho prueba de sus talentos en varias nunciaturas; y que se oponia abierta y enérgicamente á toda medida de reaccion (1).

(1). El cardenal Gizzi nació el 22 de setiembre de 1787 en Zecano, pequeña aldea de la diócesis de Ferentino en los estados romanos, sobre las fronteras de Nápoles; de una familia que, sin ser noble, ocupaba una posicion distin–

El cardenal Gizzi, merced á estas circunstancias, reunia todas las simpatías, y era la esperanza de todos los amigos de las reformas. Temian no eligiese el cónclave otro Gregorio XVI. Roma entera aguardaba temblando la nueva eleccion, por que nadie pensaba en el que la Providencia iba á elevar al trono pontificio.

Tal era el estado de las cosas y las ilusiones de los partidos, cuando se abrió el cónclave el dia 14 de junio. La mayoría del pueblo pensaba en el cardenal Gizzi, algunos creian en la eleccion del cardenal Mattei, y otros tambien en el cardenal Bernetti ó en el cardenal Actton.

Mattei era un espíritu frio, que sin ser opuesto precisamente á las reformas, no las hubiera provocado sino lo mas tarde posible, no juzgando nunca llegado el momento oportuno.

El cardenal Bernetti, primer secretario de estado de Gregorio XVI, y el cardenal Actton, tenian tambien algunas probabilidades de ser elegidos en el cónclave. El último, inglés de nacimiento, hijo de sir Tomás Actton, dotado de una alta inteligencia, poseia verdaderos talentos administrativos. Gregorio XVI lo habia elegido para asistir á su entrevista particular con el emperador Nicolás.

Eterno parecia al pueblo romano el período de los nueve dias que duraron los funerales de Gregorio XVI, asistiendo con visible impaciencia á sus exequias, y siguiendo con indiferencia la comitiva de los legados, de los embajadores y de los gefes de las órdenes religiosas, que iban todas las mañanas solemnemente por espacio de nueve dias, á dirigir la espresion de sus sentimientos al decano del Sacro Colegio, y todas las demas solemnes é imponentes ceremonias que acompañan el fin de cada pontificado.

El 14 de junio iba á reunirse por fin el cónclave; cincuenta y

guida en Zecano. Recibió una esmerada educacion en el colegio de Ferentino, y sobresalió en las letras. Enemigo de acaloradas discusiones, dulce, cordial, franco y sincero, mereció en su juventud que sus compañeros de estudios le dieran el sobrenombre de *todo de todos, tutto de tutti*. Despues de haber ganado su curso de teologia recibe las sagradas órdenes; viene á Roma, y se consagra al estudio del derecho. Una circunstancia particular saca al Abate Gizzi del oscuro gabinete donde estudiaba leyes, para hacerle intervenir en los negocios mas difíciles de su época, y ponerle en presencia de los combates de la libertad moderna. En 1819 monseñor Nazalli, nuncio de Lucerna, propone al abate Gizzi que le acompañe en calidad de auditor de la nunciatura. Consagrado arzobispo de Tebas el 18 de febrero de 1839, vuelve á Suiza, y establece alli su residencia en Schwytz, en donde fué acreditado como nuncio cerca de la Confederacion helvética. El papa Gregorio XVI le proclamó cardenal en el consistorio de 22 de enero de 1844, y poco despues este pontífice le envió á Forli para ejercer las funciones de legado. En esta legacion resistió constantemente las medidas de reaccion; y los habitantes de Forli, mientras el resto de los estados romanos sufrian el duro yugo de Lambruschini, respiraron en la libertad y en la tolerancia.

cuatro cardenales se hallaban presentes; la mayoría comprendia la importancia de una pronta eleccion. El radicalismo italiano agitaba profundamente los estados romanos, y por otra parte era preciso evitar el dar tiempo al Austria para usar de su derecho de esclusion. De las tres potencias católicas que tienen esta formidable prerogativa, la Francia, el Austria y la España, esta última no podia egercerla, por no hallarse reconocida por la Sede Apostólica la reina Isabel II.

El Sacro Colegio se dirige al palacio Quirinal, donde debe permanecer encerrado hasta dar á la iglesia huérfana un nuevo pontífice. En el momento en que solemnemente se dirige desde San Silvestre, la iglesia mas inmediata al Quirinal, el cielo se muestra sombrío y tempestuoso, algunos pálidos relámpagos iluminan de tiempo en tiempo la atmósfera. El pueblo rodea silencioso á las tropas que forman la calle por donde deben pasar los príncipes de la iglesia, contemplando con tristeza las negras nubes que cubren el horizonte, y escuchando el sonido de las campanas cuyo fúnebre tañido forma un triste concierto con el desórden de los elementos, y aquel pueblo supersticioso, y dado desde muchos siglos á los augurios presiente nuevos males.

El mas profundo silencio reina á la entrada de los cardenales, óyense solo los cánticos sagrados que invocan al Espíritu Santo, y las miradas del pueblo se clavan con religioso estupor, cual si pudiera leer su suerte futura sobre todos aquellos rostros venerables, pálidos y recogidos de los electores que pasaban alternativamente delante de él. La cristiandad entera al saber su horfandad aguardó con igual impaciencia la eleccion de su cabeza visible!

Algunos mas emprendedores é impacientes habian proyectado, á la entrada del Sacro Colegio en el cónclave, arrebatar al venerable cardenal el capuchino Micara, dean del Sacro Colegio, hombre eminentemente popular, y proclamarlo pontífice por el pueblo; empero retenido por una enfermedad, ó mas bien, deseando evitar á la cristiandad un escándalo, habia entrado anticipadamente en el cónclave y colocádose en la celda de los enfermos. Cerrado el palacio Quirinal, muráronse sus puertas y balcones, y solo quedaron nueve tornos para comunicarse con los del cónclave y darles la comida severamente registrada, para impedir toda combinacion ó aviso con los de afuera. En la capilla Paulina se habian levantado cincuenta y seis tronos el dia 15, los ocuparon los cardenales y comenzó el primer escrutinio. Sacáronse á la suerte los tres escrutadores, y los tres enfermeros encargados de recoger en las celdas los votos de los enfermos. Numerados los electores, los tres primeros números que saliesen de la urna debian designar á los escrutadores segun el órden de sus funciones: el primero el encargado de abrir las cédulas,

el segundo el de escribir los votos, y el tercero el de leerlos en alta voz. El nombre del cardenal Mastai, por un capricho inconcebible de la suerte salió el tercero, á él le tocaba, pues, el proclamar los votos.

Colocadas todas las cédulas en el cáliz, donde las depositaban los cardenales, contado su número, y hallado esacto, despues de agregar el de los enfermos, (1) se procedió al escrutinio.

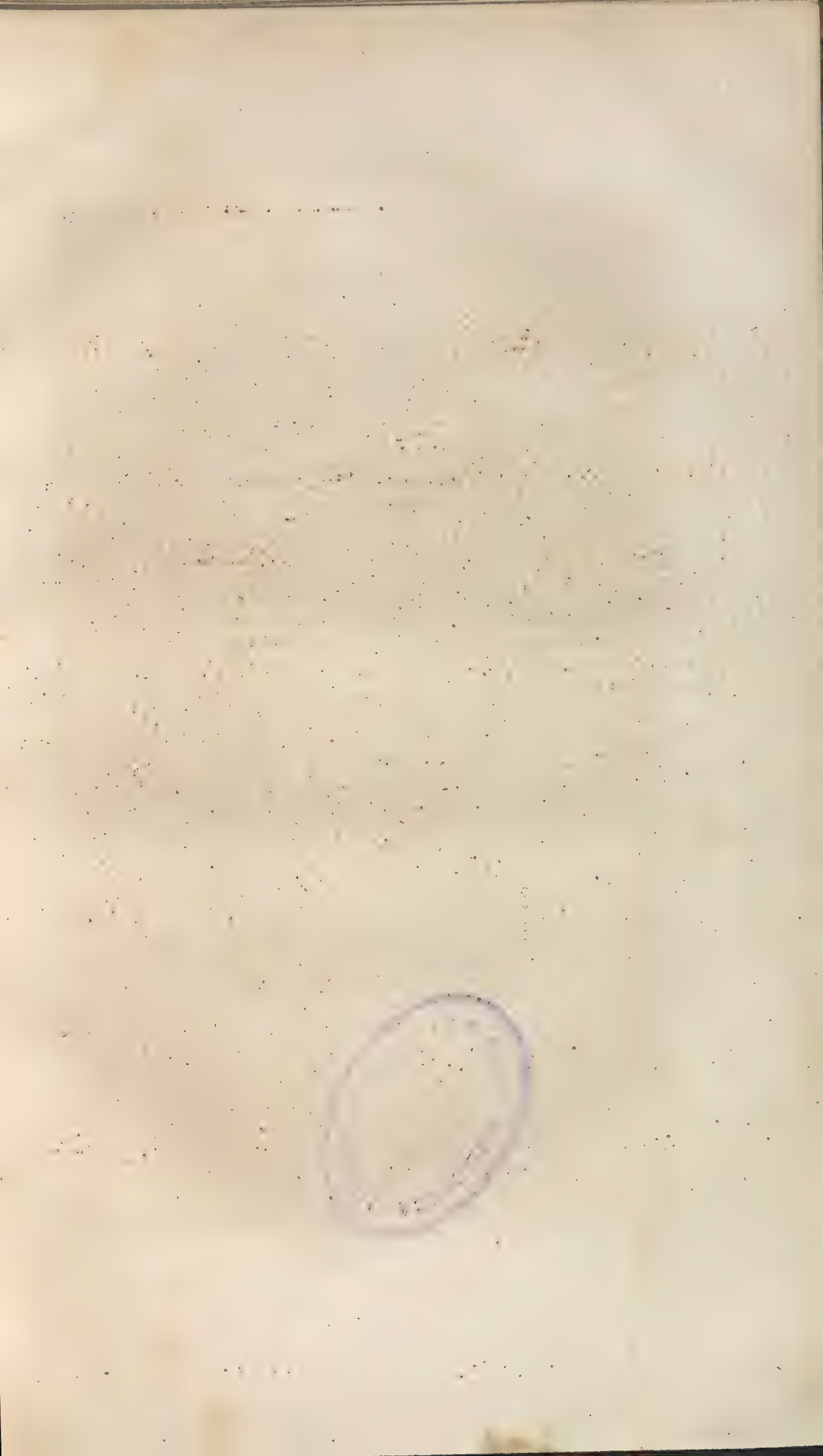
Momento solemne en que reinó el mas religioso silencio. Sentíase apenas respirar á aquellos príncipes inmóviles sobre sus tronos, y bajo la sagrada púrpura mas de un corazon palpitó con violencia, mas de una mano estrechó convulsivamente el registro sobre el cual se preparaba á marcar sus votos. Solo se oia la voz del que debia ser elegido, del que como escrutador, leyendo los nombres en alta voz, debia leer el suyo propio. El cardenal Mastai quince veces pronunció el nombre de Lambruschini y trece el suyo! El resto de los votos fué perdido.

Grande fué el asombro de la augusta asamblea; diversos afectos se manifestaron en los semblantes un momento antes impasibles, y un desusado rumor resonó en aquella silenciosa estancia, porque la mayoría aguardaba ver salir elegido desde luego á Lambruschini. Un rival desconocido, desde el primer momento conseguia un número casi igual al suyo! Todos los que habian estudiado los miembros influyentes del sacro colegio, no se habian detenido jamás en este nombre; la capacidad y el mérito personal del cardenal Mastai Ferretti, arzobispo de Imola, eran conocidos de todos; empero nadie aguardaba su eleccion.

En efecto, observador escrupuloso de su obligacion en la residencia de su diócesis, el arzobispo de Imola venia raras veces á Roma desde su promocion al cardenalato, y antes jamás habia estado; solo algunos pobres y gentes del pueblo conservaban recuerdos de él, por su caridad, probada en los hospitales, y tal vez en aquellos refugios del dolor y de la miseria humana, le habian predicho aquellos pobres su elevacion, empero sus predicciones no podian tener eco en las altas regiones de la política y del poder.

Las ideas moderadas y la opinion de las reformas habian conseguido un gran triunfo en el cónclave en este dia. Mas de una promesa habia dejado de cumplirse, pues Lambruschini era mas temido que amado. Teníase ademas de él la idea de que era demasiado altivo. Como ministro jamás habia dispensado nada de la etiqueta aun á los mismos prelados. Pontífice, hubiera exigido, como decia el decano del sacro colegio, que hubiesen comenzado á hacer las genu-

(1) Hallábanse en la celda de los enfermos los cardenales Micara Decano, Alberghini, Polidori, Gizzi y Bernetti.





PLAZA DE MONTE-CABALLO. PALACIO DEL QUIRINAL

flexiones los que vinieran á verle desde la falda del Quirinal! (1).

Inquieto, turbado Lambruschini, empero ocultando las angustias de su alma bajo una alegría afectada, y hablando con afectada volubilidad, espiaba las miradas, las conversaciones en voz baja, é interrogaba con afectado descuido á los ancianos en quienes reconocia mas esperiencia y sangre fria.

En tanto una leve circunstancia engañó al pueblo sobre la eleccion del papa. El pueblo se mostraba altamente impaciente: el mas grande misterio envolvia las operaciones del cónclave; no se sabia si duraria mucho tiempo el interregno, y esta ignorancia de las peripecias de un drama de que él no debia conocer sino el desenlace, y que iba á decidir de su suerte, lo agitaba,

A favor de la debilidad inseparable del interregno, empezaron á moverse algunos agitadores, y preparaban contra la eleccion de Lambruschini, si hubiese sido nombrado, todos los elementos de una revolucion, reuniendo y concertando los restos del carbonarismo que la mano poderosa de este ministro no habia bastado á destruir y aniquilar enteramente. Es costumbre en las reuniones del cónclave, que el maestro de ceremonias del anterior papa, haga hacer tres vestidos pontificales completos de diferente talla. Los vestidos de la medida grande y la mediana, se concluyeron en el primer dia; restaba el de la tercera. El mayordomo de palacio, juzgando que la eleccion se haria demasiado pronto reclamó con urgencia el tercero y último vestido, porque el pontífice podia ser nombrado de un instante á otro. El vestido que se reclamaba era el mas pequeño; el cardenal Gizzi, es precisamente de muy pequeña estatura, y la demanda con urgencia de este vestido, circulando de boca en boca, hizo creer al pueblo el triunfo de su candidato, y se en-

(1) Monte Quirinal.—Fué agregado á la poblacion de Roma por su segundo rey Numa Pompilio que edificó sobre él su palacio. Llámase Quirinal por el templo que habia en él, consagrado á *Quirinus*. Llámase hoy *Monte-Caballo* por los dos magníficos grupos de hombres domando caballos que adornan esta plaza. A creer la inscripcion latina escrita sobre su pedestal, el uno es obra de Fidias y el otro de Praxiteles, admirables ambos. La plaza que dominan con su estatura es una de las mas bellas de Roma. Entre los dos gigantes de mármol, se eleva magestuosamente un obelisco de granito rojo, colocado alli por Pio VI. Sobre este monte, uno de los sitios mas pintorescos y ventilados de Roma, Gregorio XIII construyó el palacio admirable que hoy existe sobre las ruinas de los baños de Constantino. Es en el verano la residencia ordinaria de los papas. Pio IX lo ha habitado constantemente sin interrupcion. Tiene la suntuosa capilla Paulina. Sus salones están magníficamente decorados con escelentes pinturas y estátuas. Sus grandes jardines están llenos de estátuas de los mas célebres escultores de la antiguedad, de fuentes y árboles maravillosamente recortados. Es un lugar delicioso y uno de los mas bellos palacios del mundo.

tregó á la mas loca alegría, mientras una escena estraña, dramática y tierna, pasaba en el interior del cónclave.

Tres escrutinios habian tenido ya lugar, y el resultado era cada vez mas desfavorable á Lambruschini, que veia concentrarse en Mastai los votos que él perdia, mientras que los demas votos divagaban sobre diversos cardenales.

En el segundo escrutinio habia ganado Mastai, cuatro votos, mientras que su rival habia perdido dos.

En el tercero, el 16 por la mañana, Mastai como escrutador habia leido once veces solamente el nombre de Lambruschini, y veinte y siete veces el suyo!

La tarde de este mismo dia, en que debia finalizar la horfandad de la iglesia, ábrese de nuevo el escrutinio á las 3 de la tarde. Mastai está en su puesto, pálido y tristemente preocupado. Habia pasado en la oracion el tiempo que habia trascurrido entre los dos escrutinios. Un imponente silencio reina en la augusta asamblea. Mastai lee su nombre diez y siete veces sin interrupcion. Tiembla su mano, desfallece su voz, y cuando el segundo escrutador le presenta las cédulas, sus ojos apenas ven, porque le aterra y estremece su propia y futura grandeza. Mastai se levanta y marcha á su asiento sostenido por dos de sus colegas. El escrutinio se habia concluido, y con la última cédula habia leido su nombre treinta y seis veces, dos veces mas que el número rigorosamente exigido para la mayoría. Inmediatamente el Sacro Colegio confirma el resultado del escrutinio por una aclamacion unánime; empero el nuevo pontífice se habia arrodillado, y todos permanecieron de pie en silencio respetando su oracion. Inmediatamente el sub-decano del sacro colegio, cardenal Machi, en ausencia del decano, cardenal Miccara, enfermo, se adelanta al nuevo electo y le pregunta si aceptaba la suprema dignidad de gefe de la iglesia. A su respuesta afirmativa, y con su declaracion de que tomaba el nombre de Pio IX, en memoria de Pio VII su predecesor sobre la silla de Imola, se redactó el acta auténtica de su aceptacion (1). En aquel momento los doseles que coronaban los tronos en donde se sentaban los cardenales, se bajaron repentinamente á escepcion de uno solo. Los miembros

(1) Los papas que han tenido el nombre de *Pio*, han sido generalmente hombres notables y célebres, ya por sí, ya por los grandes sucesos de su pontificado.

Pio I, mártir en el segundo siglo de la iglesia, combate los errores del filósofo Valentino y los de Marcion, que negaba la resurreccion de la carne y condenaba el matrimonio: fué elegido el año 142, y gobernó la Santa Sede por espacio de quince años.

Pio II, Picolomini, fué secretario del famoso concilio de Basilea, y autor de un proyecto de cruzada contra los turcos, que las divisiones políticas de la Europa no permitieron realizar. Dejó la opinion del mas grande erudito, y del escri–

del Sacro Colegio no hacian ya parte de la soberanía; esta, toda entera se hallaba concentrada en un solo hombre; la iglesia tenia su cabeza, habia un papa en aquella asamblea, y este papa era Pio IX!

Los cardenales Tomás Riario Sforza, y Brunetti, los dos primeros cardenales del órden de diáconos, acompañaron al nuevo elegido á la sacristía de la capilla, donde se puso las vestiduras pontificales; desde allí lo condujeron á la capilla del Quirinal, y en esta el santo padre recibió la primera obediencia de los cardenales, ó la primera adoracion, que consiste en besarle la mano y darle un abrazo. Despues de este homenage, Riario Sforza, camarlengo de la santa iglesia romana, presentó respetuosamente al pontífice el anillo del pescador.

Cuando los trabajos del cónclave se terminan por la noche, la ceremonia de la proclamacion se deja para el dia siguiente.

Abriéronse á las doce de la noche las puertas del palacio, para que pudiese circular la gran noticia por la ciudad.

Grande fué la estrañeza que causó entre las pocas personas que la supieron, y que aguardaban el nombramiento de Gizzi. Mastai no era conocido sino de algunos huérfanos de la clase trabajadora, y la masa inmensa del pueblo no se interesaba por él. Lo rápido de la eleccion, lo imprevisto de su nombramiento, la ninguna parte que en él han tenido las potencias influyentes en otros cónclaves, dan á la eleccion de Pio IX un carácter divino y providencial.

tor mas infatigable de su siglo. Fué nombrado en 1458, y gobernó la iglesia 5 años, 11 meses y algunos dias.

Pio III, no reinó sino 27 dias en el año de 1503.

Pio IV, fué el que cerró el concilio de Trento, siendo nombrado en 1559, y ocupando la cátedra de San Pedro durante 5 años, 11 meses y 15 dias.

San Pio V, se esforzó en pacificar la Europa llamando su atencion sobre los progresos del inmenso poder de los turcos; concitó la Europa contra los infieles, y en su pontificado se dió el combate naval mas célebre de los tiempos modernos, la batalla de Lepanto, en que el príncipe español, don Juan de Austria derrotó completamente el poder de la media luna. Ocupó el pontificado 6 años, 3 meses y 25 dias, siendo nombrado en el año 1566.

Pio VI, emprendió desecar las lagunas Pontinas, empresa colosal; sostuvo con firmeza los derechos del pontificado, y encerrado por el directorio francés en la ciudadela de Valencia, en Francia, murió en el aislamiento y en el dolor en 1799, habiendo gobernado la iglesia 24 años, 6 meses y 14 dias.

Pio VII, gobernó la iglesia 23 años, 5 meses y 6 dias. En su pontificado acaecen los grandes sucesos de la revolucion de Francia, y sobre todo del imperio de Napoleon, con quien celebra un concordato en 1801. Su pontificado es muy agitado, y pasa gran parte de él en el destierro, empero sosteniendo siempre los derechos de la iglesia católica en las diversas partes del mundo.

Pio VIII, en su reinado de 18 meses y 6 dias, presencia la revolucion de 1830, y el principio de las turbaciones que agitan hoy la Italia.

CAPITULO III.

Biografia de Pio IX.—El conde Mastai-Ferreti.—Su infancia.—Es guardia de honor en el ejército francés.—Va á Roma despues de la caida de Napoleon.—Sus visitas al hospicio *Tata Giovanni*.—Accidente.—Abraza el estado eclesiástico.—Es director de *Tata Giovanni*.—Forma parte de la mision de Chile.—Llegada á Génova.—Hospitalidad de Lambruschini.—Arriba á Mallorca.—Su prision.—Peligros en la navegacion.—Llegada á América.—Vuelve á Roma —Es nombrado director del hospicio de San Miguel.—Es arzobispo de Spoleto.—Su conducta apostólica —Desarma la insurreccion y salva los proscriptos.—Es trasladado al obispado de Imola.—Su administracion.—Es creado cardenal.—Fundaciones piadosas que hace en Imola.—Es llamado al cónclave por la muerte de Gregorio XVI.

El 13 de mayo de 1792, en Sinigaglia, en latín *Senagallica*, ó *Senogallia*, antiquísima ciudad del ducado de Urbino, incorporada á los estados romanos desde principios del siglo XVII, y antigua colonia romana, cuyo obispado habia sido inmediatamente sometido á la Santa Sede desde fines del siglo V, nació de la familia de los condes de Mastai-Ferreti, familia cuya nobleza se remonta al siglo XIII, un niño que recibió en el bautismo los nombres de Juan María.

Educado por su madre en la piedad, se dedicó á la literatura, y de edad de once años entró en el colegio de las escuelas pias de Volterra, que contaba entre sus directores al célebre Orselli, y al padre Arcángel Bacci, hombre de rara y estensísima erudicion y doctrina.

Rápidos fueron los progresos que en seis años hizo el jóven Mastai en la literatura, en la física, y en las matemáticas. En sus estudios mostraba una aplicacion, sagacidad y juicio superiores á su edad, empero mostraba tambien un carácter resuelto y decidido; cuando creia tener razon difícilmente cambiaba de parecer. Asi es que sus compañeros de estudios le amaban y le respetaban á la vez,

porque sabia mejor que nadie reconocer y apreciar los defectos y cualidades de sus camaradas.

La infancia de Mastai no habia sido marcada por ninguna aventura estraordinaria, un solo suceso interrumpe la monotonía de los recuerdos de su infancia. Jugando un dia cerca de un estanque, acometido repentinamente de un vértigo, privado de conocimiento, cae en el agua, donde infaliblemente se hubiera ahogado sin la asistencia de un jóven pastor que, habiéndole visto caer, se precipita detras de él en el estanque y lo salva. Este accidente revelaba una terrible enfermedad que debia servir para conducirle al alto destino que en sus profundos misterios le reservaba la Providencia divina.

En 1811 el emperador Napoleon dió un decreto para la formacion de regimientos con el título de Guardias de honor. Esta tropa escogida reclútase en todos los departamentos del imperio, desde Hamburgo á Roma, desde Amsterdam hasta Venecia. La ciudad de Sinigaglia da su contingente; y uno de los hijos del conde Mastai, Juan María, de edad de 19 años, forma parte de él. El jóven guardia de honor sirve en el primer escuadron del primer regimiento con franceses, porque este cuerpo se habia reclutado en los departamentos del Norte, del paso de Calais, de la Somma, del Sena, y en los departamentos de Italia. El guardia de honor, Mastai, se muestra en el regimiento lo que habia sido en el colegio: buen soldado, escelente camarada. Aun existen antiguos guardias del primer escuadron, que conservan buen recuerdo de Mastai.

Despues de la caida del imperio francés, Juan María Mastai titubea sobre la carrera que ha de seguir.

Pio VII, puesto en libertad en Fontainebleau á fines de 1813, marcha directamente á Roma, en donde toda la ciudad le recibe en triunfo, empero donde todo tenia tambien que organizarlo, faltándole dos poderosos elementos de organizacion, dinero y hombres: el tesoro pontifical estaba exhausto, y el personal de su gobierno dispersado por toda la estension del imperio francés.

Para reconstruir lo que los sucesos habian arruinado, era preciso tiempo ante todas cosas. La reaccion contra la Francia en 1814 y 1815, y contra todos los que la habian servido, aunque forzadamente, se manifestó en todas las naciones y en todos los que, esclavos de Napoleon durante su dominio, se vengaban de su fortuna, despreciando á los que habian tenido parte, ya en las glorias de sus ejércitos, ya en la administracion de su gobierno.

El conde Mastai-Ferretti, personalmente conocido de Pio VII, viene á Roma, bajo su alta proteccion, á solicitar del príncipe Barberini, comandante superior de las Guardias nobles, una plaza en este cuerpo distinguido. El príncipe rehusa acceder á su peticion.

porque no conceptua suficiente la robustez del jóven Mastai para las fatigas del servicio; empero sus dificultades ceden ante el interés que Pio VII manifiesta por su protegido, y Mastai logra ser admitido en la primera vacante que ocurriese en los guardias de Corps del pontífice.

Mastai, aguarda que una vacante le llame al servicio, y se consagra en Roma á recorrer los lugares célebres de la ciudad reina del mundo, tratando de ocupar el tiempo segun las escelentes disposiciones de su corazon. Habia en 1817 en Roma un modesto establecimiento de beneficencia, que habia atraido particularmente la atencion y el interes del jóven conde; establecimiento de cuya fundacion vamos á dar una ligerísima idea.

Un maestro de obras, Giovanni Borgi, que no habia recibido, como la mayor parte de los hijos del pueblo, ninguna especie de educacion, empero de corazon noble y generoso, y que habia ganado mucho dinero en su oficio, resolvió consagrar éste á la fundacion de un hospicio para los hijos de los albañiles pobres y enfermos. Recordábase haber sufrido en su juventud muchos padecimientos, y este recuerdo le escitaba á realizar su proyecto. En efecto, el anciano Giovanni recogió los huérfanos que encontraba por las calles, y los llevó á su propia casa. Llamaba *sus hijos* á estos infelices, que en cambio le daban el nombre familiar de *Tata* (*Papá*); y de esta palabra amorosa, dada por los pobres á su bienhechor, ha tomado nombre este hospicio. El pobre albañil ocupaba á sus alumnos en egercicios de piedad; les distribuia diariamente el pan, y los mandaba á sus respectivos talleres, ofreciéndoles en su casa un asilo por la noche cuando volvian de su trabajo.

El albañil no podia trasmitirles una educacion que no habia recibido, no podia enseñar lo que ignoraba; pero su ardiente caridad busca algunos sacerdotes y seglares que consagren una hora cada noche á enseñar á leer y á escribir, á educar á sus huérfanos. El jóven conde Mastai fué uno de los que se brindaron á dar leccion á estos infelices, frecuentando todos los dias el hospicio de Tata Giovanni, mientras aguardaba su entrada en el cuerpo de guardias de Corps. Cuántas veces los niños al volver de sus trabajos recibian de él lecciones de lectura, escritura, de cálculo y de geometría! Cuántas veces la dulzura que resplandece en su carácter, los animaba al estudio ó los reprendia su pereza!

Un dia á la hora acostumbrada, el jóven conde Mastai no se presenta en Tata Giovanni; en vano los huérfanos que le aman con ternura, aguardan hasta la hora de cenar. En la calle un jóven, presa de una violenta convulsion, está á pique de ser atropellado por un coche; aquel jóven era el amigo de los pobres, era el conde Mastai, á quien entran en el hospicio sin conocimiento!

En breve sábese este accidente, y el príncipe Barberini, espone á Pio VII que su protegido, atacado de una enfermedad epiléptica, no puede formar parte de los guardias de Corps. (1)

Las esperanzas de Mastai se desvanecen, la carrera militar se cierra para él, empero entonces decide consagrarse enteramente á Dios; siente su corazon lo que jamás habia sentido; recuérdase el vértigo de San Pablo, y pregúntase á sí mismo si cuando se agitaba en las piedras de la calle con la convulsion no le habia hablado una voz, como habló diez y nueve siglos antes al apóstol de las gentes!!!

Mastai renuncia al mundo. Durante tres años conságrase al estudio de la teología bajo la direccion del abate Graziosi, en la academia eclesiástica, y sus visitas entonces á Tata Giovanni son mas frecuentes que antes; lo que habia emprendido como hombre de mundo, por bondad de su corazon, lo continua como apóstol.

Mastai siéntese inesperadamente curado del mal que le habia cerrado las puertas del mundo, y determina irrevocablemente su vocacion al estado eclesiástico; demanda las órdenes sagradas y el sacerdocio, empero no puede obtenerlo si no con la condicion de celebrar en oratorios privados, ó si queria celebrar en la iglesia que le acompañase siempre un sacerdote. Acude al santo pontífice Pio VII, su protector, quien le alzó esta restriccion, celebrando su primera misa el dia solemne de pascua de 1819. Antes de recibir el sacerdocio habia sido nombrado por Pio VII director del hospicio de Tata Giovanni. En 28 de marzo de 1823, es nombrado canónigo supernumerario en la iglesia de Santa Maria *in lata*.

En 1823, el gobierno pontifical, resolvió enviar á Chile, en la América meridional, un vicario apostólico para la solucion de las cuestiones relativas al clero de aquellos paises.

Las posesiones españolas de América habian proclamado su independencia; ninguna nacion las habia aun reconocido: la mision era, pues, delicada, arriesgada, difícil. Encargóse de ella monseñor Muzzi, arzobispo in-partibus de Philippe, vicario apostólico de Chile, Perú, Méjico, Colombia y todos los paises de América que acababan de sacudir el yugo de la metrópoli española. El jóven abate Mastai, canónigo supernumerario de Santa María in-lata, fué agre-

(1) El príncipe Barberini, capitan hoy de los guardias del papa, como en tiempo de Pio VII, al presentarse á besar el pie de su soberano, despues de la eleccion de Pio IX, de aquel mismo á quien veinte y nueve años antes no habia juzgado bueno para ser un simple guardia de Corps, fué no solo confirmado en su empleo, sino que le dijo con la mayor bondad Pio IX.—Gracias á vos ha sucedido esto. No creerias que negándome una charretera, me concederia Dios un dia una tiara!

gado á esta legacion en cualidad de auditor con el abate Sallusti, que debia llenar las funciones de secretario y cronista.

El 3 de julio de 1823, sale de Roma esta legacion. Llega á Génova Mastai á bordo de la fragata Eloisa, y apenas toca en esta ciudad, sabe la muerte de Pio VII, cuya pérdida le aflige profundamente, pues no podia olvidar que Pio VII habia sido mas que el amigo de su padre, mas que el protector de su juventud, pues le debia la nueva vida que habia abrazado.

La legacion se dirige al arzobispo de Génova, que les da generosamente la hospitalidad. Este arzobispo era Luis Lambruschini. Aquel príncipe de la Iglesia acoge benigno y da la hospitalidad en su palacio á aquel jóven eclesiástico desconocido, que iba á llenar una mision en el fondo de la América, al que veinte y tres años mas tarde volveria á encontrar en Roma, en el cónclave de los cardenales, y cuya presencia le impediría ocupar el trono de San Pedro, cuando tenia las mas fundadas esperanzas. ¿Quién le hubiera dicho que cuando mas tarde, la opinion del pueblo y el ódio popular le persiguieran, se veria precisado á implorar la clemencia del simple canónigo supernumerario, que besaba con religioso fervor su mano?.....

Hasta el 5 de octubre se vió forzado á detenerse Mastai en Génova, y este dia la fragata Eloisa continuó su navegacion, que fué feliz algun tiempo; empero el dia 10 por la noche, un fuerte huracan arroja á la fragata sobre las costas de las islas Baleares, y á fuerza de gran trabajo logran ganar la rada de Palma, donde les aguardaban nuevos peligros, nuevas amarguras.

Reconocidos los papeles de los pasageros que conducia la Eloisa á las colonias españolas en rebelion, monseñor Muzzi y Mastai son conducidos á un calobozo, en donde comienza rudamente el aprendizage de su mision. Mastai-Ferreti debia aprender en este viage, y sufrir por sí mismo lo que puede la injusticia y la arbitrariedad, para poder un dia sobre el mas bello trono del mundo condenarla.

Cinco dias duró su prision, empero una reclamacion de los cónsules de Cerdeña y de Austria, las protestas de monseñor Muzzi, y la intervencion del obispo de Mallorca, los hicieron poner en libertad.

A la altura de las Canarias, un bergantin corso colombiano, aborda á la fragata Eloisa, y solo la pobreza de la carga del buque lo liberta de ser presa de los audaces republicanos que llegaron muchas veces hasta hostilizar los buques españoles á la vista de los puertos de la metrópoli á quien habian declarado la guerra.

Sorprendida mas allá de la línea por una gran calma, la Eloisa navega mucho tiempo á la inmediacion de un buque negrero, que volvia á Rio Janeiro cargado de infelices esclavos, tendidos, desnu-

dos y encadenados sobre el puente como bestias feroces. Los lamentos de aquellos desgraciados mezclado con el ruido de sus hierros, quebrantan el corazon de Mastai.

Antes de arribar á las costas del Nuevo-Mundo, una tempestad terrible les sorprende, y Mastai que no habia conocido la vida de los mares, ni sus menores peligros, las noches sin sueño, los dias sin descanso, ve entonces en toda su estension los peligros del marinero, ese proletario del Océano, ese huérfano abandonado del mundo comercial.

El 1.º de enero de 1824, llegó la Eloisa al rio de la Plata. No entra en nuestro propósito referir los trabajos que esperimentó la mision en los dos años que duró, ya por efecto del rigor del clima, ya por el proceder de aquellos gobiernos, con los que ni los mayores esfuerzos de moderacion y paciencia pudieron nada, trabajos que ha descrito el abate Sallusti, cronista de la espedicion, en dos tomos, en los que dá los mas minuciosos detalles, y que ciertamente no podrá ser acusado de haber querido veinte y tres años antes, dar un romántico interés á la persona de un futuro papa. El vicario apostólico no pudo entenderse con las autoridades de la república, cuyas pretensiones eran incompatibles con los derechos de la potestad espiritual.

La mision de monseñor Muzzi no tuvo resultado alguno, y volvió á Europa con su auditor sin haber podido remediar los males que afligian á la iglesia de Chile. Doblaron el cabo de Hornos, tocaron en Montevideo y en Gibraltar; echaron el ancla en el puerto de Génova la mañana del 5 de julio de 1825, y un mes despues entraban en Roma.

El conde Mastai habian tocado en las estremidades del globo, habia visitado las naciones mas cultas, y vivido entre pueblos semibárbaros, habia esperimentado las arbitrariedades del despotismo, habia sufrido las persecuciones de repúblicas anárquicas! Su corazon se habia fortificado en la escuela práctica de la desgracia.

Admitido en la prelatura romana, que confiere á sus miembros el privilegio de llegar á las mas altas dignidades y á los primeros cargos del gobierno pontificio, fué nombrado presidente del célebre hospicio de San Miguel, en Rippa-Grande; establecimiento fundado por Inocencio X, aumentado por Inocencio XII y altamente protegido por los papas Clemente XI, Clemente XII y Pio VI; escuela, sin contradiccion alguna, la mas antigua que para la enseñanza de todas las profesiones manuales y artísticas, ha sido fundado en Europa, y en la que se reciben á los niños de ambos sexos y se ofrece un asilo á la ancianidad desvalida.

El abate Mastai que durante siete años habia vivido entre los pobres de la clase menesterosa, despliega en este grande teatro que

se ofrece á su caridad inmensa, las grandes cualidades que le habian adquirido la admiracion de los pobres en Tata Giovanni, el mayor órden, la mayor actividad el mas puro desinteres. Jamás el hospicio de San Miguel fué administrado con mas sabiduría y economía, jamás los enfermos y los huérfanos fueron tratados con tanto cuidado y benevolencia.

En el consistorio de 21 de mayo de 1827, Leon XII eleva al conde de Mastai-Ferreti al arzobispado de Spoleto.

Esta capital de la Umbria era en la antigüedad la ciudad principal de la Villumbra. Su obispado data desde los primeros siglos de la iglesia, y fué sometido inmediatamente á la Santa Sede. En 572, Longino, exarca de Rávena, establece en Spoleto, duques, bajo la autoridad y dependencia de los emperadores de Oriente, Carlo-Magno dona este ducado al papa en 780.

Cinco años rige el conde Mastai la iglesia de Spoleto, dejando en ella admirables recuerdos de su administracion tan paternal como ilustrada. Su palacio está siempre abierto para los hombres de todos los partidos y de todas las opiniones, á todos dispensa la bondad y la dulzura que atesora su corazon.

Cuando en 1830 la revolucion francesa comueve á la Europa, Bélgica imita el ejemplo de aquella y recobra su independencia, y la Polonia emprende una lucha cuyo fin debia ser la pérdida de su nacionalidad y la muerte de sus mas ilustres hijos; el movimiento se propaga á la Italia, y una insurreccion general en los estados de la iglesia conmueve las ciudades y amenaza á Roma misma, que implora la proteccion del Austria. El conde Mastai mantiene la tranquilidad en su diócesis, empero los insurgentes de otras ciudades huyendo de los austriacos, llegan hasta los muros de Spoleto, y penetran en la plaza. Las tropas estrangeras van á atacar la ciudad, cuando el arzobispo les intima que se detengan, ofreciendo él solo desarmar á los rebeldes. Detiénense los austriacos. Mastai arenga á los insurrectos, les hace ver la inutilidad de la resistencia, los peligros que atraerán sobre la ciudad entera, y la desgracia inevitable que caerá sobre él mismo. Conmovidos al ver sus lágrimas, al oir su discurso, aquellos jóvenes renuncian á prolongar la guerra civil, y depositan sus fusiles á los pies del que un dia debia recompensar su sumision dándoles libre y espontánea libertad, que no podian conquistar por la revolucion y la violencia. Spoleto, pues, vió desaparecer de su horizonte los colores austriacos y se entregó ébria de alegría, á las entusiastas manifestaciones que debian ser el preludio de las que despues debia recibir en la ciudad eterna su santo obispo.

El movimiento insurreccional de los estados pontificios habia poblado las cárceles y las fortalezas de Roma. No le bastaba al gobierno de Lambruschini que los insurgentes hubiesen depuesto las

armas en Spoleto; un comisario político marcha de Roma para hacer investigaciones, y para conocer los nombres y el retiro de los autores de la rebelion: habia muchos ya en el destierro; empero de otros no se tenian noticias, y habian escapado á la vigilancia del gobierno.

El agente cumple con celo su comision, y espera de sus resultados una gran recompensa. Antes de comunicar el resultado de sus investigaciones á Roma, presenta su relacion al obispo, que la lee una y otra vez con el mas detenido cuidado; empero apenas ve sobre el fatal papel tantos nombres de sus diocesanos, tantos respetables padres de familias, su corazon se estremece á vista de las funestas consecuencias que deben seguirse. El fuego ardia en la chimenea, sobre la que Mastai apoyaba su trémula mano; fija su vista dulce y afable sobre el comisionado y le dice sonriendo: *no conoceis vuestra profesion y la mia; cuando el lobo quiere apoderarse de las ovejas, se guarda bien de prevenir anticipadamente al pastor del rebaño*; y arrojó en el mismo momento el papel á las llamas. Mastai advierte á los proscriptos, cuyos nombres habia conservado en su gran memoria, y todos escaparon del peligro. La noticia de esta accion, verdaderamente apostólica, incomodó al gobierno pontificio, en cuyos consejos dominaba el espíritu de reaccion. Gregorio XVI llama á su presencia á Roma al conde de Mastai; empero este ministro de Cristo se disculpó con el Evangelio en la mano; la dulzura de sus palabras penetró en el corazon del inflexible pontífice, queda tan satisfecho de su conducta que en el consistorio de 17 de diciembre de 1832, lo trasladó al obispado de Imola.

Esta ciudad es menos considerable que Spoleto, empero su obispado conduce directamente al cardenalato. Imola es la antigua *Forum Cornelii* de los romanos; su obispado data desde el IV siglo, y era sufragánea de Bolonia; el papa Paulo IV lo sometió directamente á la Santa Sede. Tres de sus obispos han ocupado la catedra de San Pedro: Alejandro VII, de la familia de los príncipes de Chigi, que murió en 1667 despues de un pontificado de 12 años; Pio VII, y Pio IX.

En vano las personas notables de Spoleto vienen en diputacion á Roma para suplicar al papa que les conserve su antiguo pastor.

El conde Mastai llega á Imola precedido de una reputacion apostólica, y alli continua su vida pastoral. Reforma la disciplina y fomenta la instruccion de su clero; abre asilos á la horfandad, á imitacion de los hospicios que tan hábilmente habia dirigido; coloca las hermanas de San Vicente de Paul á la cabeza de los establecimientos de caridad de Imola; se ocupa él mismo de la administracion y contabilidad de estas casas; reforma los estatutos del hospital; corrige con mano tan firme como prudente los abusos de la adminis-

tracion interior, y establece para el clero una casa de retiro en el convento de Piratello; finalmente, desciende á las prisiones, y consuela á los afligidos.

En 1839, Gregorio XVI lo declaraba *in pectore* en el consistorio de 23 de diciembre, y lo proclamaba cardenal del título de San Pedro y San Marcelino en el de 14 de diciembre de 1840.

El nuevo cardenal no vió en esta nueva y eminente dignidad sino un motivo mas para redoblar su ardor y su caridad en favor de los pobres y desvalidos. Mas pobre que los pobres de su diócesis, sus rentas las invertia todas en los establecimientos de beneficencia, y en las limosnas particulares. Su mayordomo Balladelli hallaba siempre vacía su caja. Uno de sus últimos actos, y de los mas importantes en Imola, fué la fundacion de una casa-refugio para las mugeres arrepentidas, y un asilo para aquellas cuya virtud pudiera correr peligros en el mundo. Existe en Angers en el departamento del Maine-et-Loire un establecimiento conocido bajo el nombre del Buen Pastor, cuyas religiosas están destinadas por instituto á abrir y dirigir casas de refugio para las jóvenes que habiendo caido en el vicio quieren volver al bien. El cardenal Mastai quiere estender esta piadosa institucion en su diócesis, y el 2 de setiembre del año 1845 cuatro hermanas del Buen Pastor llegaban á Imola, y se alojaban en casa del mismo prelado, ínterin este á su costa les preparaba la casa del refugio donde debian recibir á las jóvenes penitentes que arrancáran del vicio.

Todos los años se dirigia el santo obispo á los retiros que para el clero habia establecido en el Piratello.

Un correo habia llegado á Imola el 6 de junio de 1846; el obispo no se hallaba en su palacio, sino en el retiro exhortando á su clero; su mayordomo le entrega los despachos en que le participan que Gregorio XVI no existia ya. Mastai sale de Imola, á cuya iglesia no debia volver jamás. Llega á Roma el 14; entra el 15 en el cónclave, y el 16 es proclamado pastor de todas las iglesias del mundo católico, y va á ceñir la triple corona de Padre de los príncipes, guia de los reyes sobre la tierra y vicario de Jesucristo!!



CAPÍTULO IV.

Anúnciase al pueblo la eleccion del papa.—Primera presentacion de Pio IX al pueblo.—Su primera bendicion.—Entusiasmo del pueblo.—Ninguna potencia habia influido en la eleccion.—Coronacion.—Primeros actos de su gobierno.—Su desinterés y generosidad.—Lambruschini deja el ministerio.—No nombra sucesor el papa.—Audiencias públicas.—Proyecto de amnistía.—Obstáculos que le oponen para realizarla.—Consistorio para tratar de la amnistía.—Cambia el papa el resultado de la votacion contraria á la amnistía.—Publicacion de ésta.—Manifestacion de alegría del pueblo.—Dicho sarcástico de Lambruschini.—Ovacion que el pueblo hace á Pio IX.—Entusiasmo de las provincias.—Libertad á los presos por deudas que paga Pio IX.—Primer consistorio.—Trata el papa de proveer el ministerio vacante por la dimision de Lambruschini.

El 17 de junio á las nueve de la mañana, una inmensa multitud cubria la plaza del Quirinal, aguardando ansiosa la proclamacion del nuevo pontífice. Los albañiles se hallaban en sus puestos armados con sus picas y azadones, y bien pronto cayeron los tabiques que cerraban los balcones del palacio, presentándose en el principal el cardenal Riario-Sforza como el primer cardenal del órden de los diáconos, que anunció al pueblo la eleccion del nuevo papa en los términos siguientes: Anuntio vobis gaudium magnum: papam habemus. ¡Eminentissimum ac reverendissimum Dominum Joanem Mariam Mastai-Ferreti S. R. E. presbiterum cardinalem qui sibi nomen imposuit Pius IX! Os anuncio una grande alegría: tenemos por papa al Eminentísimo y Reverendísimo cardenal Mastai-Ferretti, presbítero de la santa iglesia romana que ha tomado el nombre de Pio IX.

El mas profundo silencio reinaba durante estas palabras; pero apenas acababa de pronunciarlas el cardenal, una esplosion de gritos é inmensos aplausos resuenan por todas partes unidos al son de las trompetas y de los tambores de las tropas, á la artillería del castillo de Sant-Angelo, y á las campanas de toda la ciudad. La multitud, propensa siempre á aplaudir toda novedad, manifestaba el mayor delirio y entusiasmo. Subió este de todo punto cuando pocos momentos despues, por la misma abertura de la tapia que cerraba el balcon, salieron magestuosamente dos á dos los cardenales que habian compuesto el cónclave. El nuevo papa iba á presentarse por primera vez á su pueblo!

En frenéticos aplausos prorumpió la multitud que admira su fisonomía llena de nobleza y de dulzura, y la conmocion que se nota en su semblante lleno de amabilidad. Venciendo su emocion, da su bendicion al pueblo romano y al mundo todo. Al pronunciar las palabras Urbi et Orbe, en medio de una larga oracion dividida en cuatro períodos, el pontífice con la mano trémula, forma tres cruces sobre el pueblo, alza despues los brazos al firmamento, dirige la vista á los puntos cardinales del cielo, y reclina despues la mano sobre su pecho. Hallábase visiblemente conmovido; lágrimas corrian por sus megillas al contemplar desde el balcon del palacio mas hermoso del mundo la multidud inmensa postrada á su presencia.

Sabia que en aquella hora todo el mundo católico se inclinaba bajo su mano; que hombres que jamás le habian visto, que no le verán jamás, que no sabian aun su nombre, que no hablaban su lengua, que habitaban al otro lado de los mares, en las estremidades de la tierra le mirarian desde entonces como su padre, obedecerian su ley, que ninguna fuerza material les imponia como la de su señor espiritual. Sentíase el mas augusto, el mas poderoso entre todos los hombres, manifestábase al pueblo en toda su gloria entre el sonido de las trompetas y el estruendo de los cañones, como Dios en Sinaí en medio de los relámpagos y rayos; y despues al volver la vista á sí mismo se encontraba tan débil, tan pobre, tan perecedero como los demas mortales en comparacion del Dios de quien era vicario sobre la tierra. Asi es que sus ojos se llenaban de lágrimas al dar su bendicion al mundo todo que doblaria su rodilla á su presencia.

Inmenso, profundo era el silencio de la innumerable concurrencia; comprendian todos que alguna cosa divina pasaba en los aires, y que el espíritu del Altísimo, animaba las palabras del nuevo gran sacerdote rey. El entusiasmo en la ciudad eterna era general, veian en él el hombre que los trasteberinos habian admirado siempre como el hombre del pueblo, recorrian toda su vida pasada, enumeraban sus diversos actos de caridad, piedad y tolerancia, todos esperaban de él grandes cosas por haber sido elegido sin el influjo de maquinaciones políticas, porque llegaba al trono pontifical en el vigor de la edad y la salud. Su vida habia sido pura como la de un ángel, caritativa como la de un apóstol.

Al recibir á los embajadores estrangeros, el nuevo papa distingue de una manera particular al representante del gobierno francés; tal vez esto ha hecho decir á algunos que la Francia habia tenido influencia en su eleccion, lo que es absolutamente inexacto. El hombre que mas habia contribuido á la eleccion de Mastai, era el general de los capuchinos y decano del Sacro Colegio, Miccara, el que detenido en su celda en el cónclave por una enfermedad,

representaba en él el papel de Diógenes encerrado en su tonel buscando un hombre con su linterna!

La tarde de aquel mismo dia el papa tomó posesion de la basílica del Vaticano, y el 21 de junio se coronó solemnemente en la misma iglesia en presencia del Sacro Colegio, de los embajadores, de los príncipes y del pueblo romano. Entonces se verifica la ceremonia de quemar tres veces en su presencia un puñado de estopas para recordar la vanidad de las grandezas humanas, pronunciando las célebres palabras: «*Pater Sancte, sic transit gloria mundi!* Padre Santo, asi pasa la gloria del mundo!»

No habia necesitado Pio IX de la leccion tradicional para renunciar á las vanas pompas de su soberanía. Apenas instalado en el palacio del Quirinal redujo á lo mas estricto sus gastos particulares. Agena su alma de toda ambicion para su familia, no piensa sino en los rigorosos deberes que su elevada posicion le impone. El nepotismo de los papas, esa plaga que en todos los siglos ha afligido al pueblo romano, es rechazado con el mayor rigor por él; y llega á tal punto su virtud que prohibe á su familia establecerse en Roma, y manda que un hijo de su hermana, jóven oficial de su ejército, no reciba ascenso alguno, ni sea tratado sino como los demas. El dia de su coronacion distribuye largas limosnas al pueblo romano, concede dotes para las doncellas de las cincuenta y tres parroquias de Roma y mil para las de las provincias de los estados pontificios. Paga con su propio peculio, los objetos empeñados en el Monte de piedad, consagrando asi su primer pensamiento al alivio de los infelices.

Dedica sus primeros momentos al volver al Quirinal á dar noticia á las potencias estrangeras de su elevacion al trono pontifical, y al exámen de las reformas que se proponia verificar. Con la rapidez del viento corre por toda Roma y se estiende á las provincias que Pio IX no solo seguirá en el gobierno un método opuesto á su predecesor, sino que ofrece comenzar su reinado con una amnistía. Su reinado no debia ser una reaccion, y asi confirma en los empleos á todos los que los ocupaban á la muerte de Gregorio XVI. Lambruschini se retira del ministerio de Estado, y el papa confiere el despacho de tan importante puesto en calidad de pro-subsecretario del mismo, al prelado monseñor Corboli-Busai, tomándose tiempo para elegir el hombre en quien ha de depositar su confianza. Mandó cesar inmediatamente las comisiones militares establecidas en la Romanía que entendian en la represion de los delitos políticos, y dispuso que su palacio permaneciese abierto los jueves de todas las semanas para cuantas personas tuviesen que pedirle una gracia, y para cuantos quisiesen hablarle de negocios públicos. Las cárceles se hallaban llenas de detenidos políticos; cuantos acuden á implorar

la clemencia del papa, obtienen su perdon; su alma se conmueve á la idea de los hijos separados del padre, del esposo arrebatado del lado de la esposa, recordando el amor que habia profesado á su propia madre que habia tenido la desgracia de perder el 12 de enero de 1842!

Pio IX meditaba el proyecto de amnistía, y á su palacio llama á su antiguo profesor el abate Graziosi, En el seno de la amistad y confianza, medita la resurreccion de su pueblo por la indulgencia y el perdon. El proyecto de amnistía encuentra una formidable oposicion en el representante del Austria y en los cardenales que lo consideran como una idea prematura é inoportuna, recordándole las convulsiones políticas que habian señalado el advenimiento al trono de Gregorio XVI. Decíanle que los proscriptos volverian á Roma con el corazon irritado por doce años de prision ó de destierro; veian comprometida la soberanía temporal del papa con esta medida, y propalaban que la responsabilidad de semejante desacierto caeria sobre el imprudente que tomase semejante determinacion. Subian aun mas alto las murmuraciones, y aun daban á entender que la mayoría del colegio de cardenales, se habia engañado eligiendo á Mastai en lugar de Lambruschini.

Creian que Mastai se contentaria con tener el gobierno espiritual y que abandonaria el temporal en manos de algunos ministros de la sacra asamblea. Pio IX tenia mas alta idea de sus deberes; obispo habia sido un apóstol, papa era á la vez rey y pontífice y no queria declinar en nadie esta doble responsabilidad.

Para acallar á los cardenales, para vencer las preocupaciones en que se hallaban, quiso discutir con ellos el principio y las bases de la importante medida de la amnistía. Con la conviccion que abrigaba su corazon, con la dulzura que respiran todas sus palabras, combatió las observaciones que le hicieron, y parecian todos convencidos; empero en el momento de la votacion, todas las bolas contenidas en la urna aparecen negras; entonces Pio IX toma su resolucion, quita de su venerable cabeza el solideo blanco y colocándolo sobre las bolas negras les dice con firmeza: *todas son blancas*!

Desde aquel momento, la amnistía fué una medida irrevocable. El 16 de julio de 1846, al mes justo de su eleccion, Pio IX da un decreto de amnistía en seis artículos aplicada á los delitos políticos, los procedimientos criminales quedan suprimidos; los acusados y condenados salen de la prision, vuelven á su patria ofreciéndose por escrito obedecer al gobierno y ser buenos y leales súbditos. El decreto se fijó á las siete de la noche, sábese al momento en la ciudad; en todas partes se forman grupos y lo leen á las luces de las antorchas. *Al Quirinal*, *Al Quirinal!*, gritan de todas partes. Inmediatamente la multitud se pone en marcha y en un momento





PIAZA COLONNA. COLUMNA DE ANTONINO PIO.

masas compactas y numerosas ocupan la gran plaza del palacio. Millares de voces demandan la presencia del papa; el pueblo queria verlo. Pio IX se presenta en el balcon, y dá la bendicion á su pueblo; millares de antorchas reflejaban sus rayos de luz sobre los rostros diversos de miles de hombres, mugeres, niños y ancianos, todos juntos lloraban y gritaban de alegría. El papa se retira conmovido, empero á las diez tiene que volver á salir de nuevo al balcon. Nueva muchedumbre habia venido á acrecentar á la primera. No fué esta la última bendicion. Aquella noche á las once salió por tercera vez, y el pueblo habia reunido las músicas de los teatros y habia asaltado las tiendas para tener antorchas.

Pio IX se hallaba afectado de ver aquellas demostraciones. Inmediato al Quirinal se halla el palacio de la consulta; alli vivia el cardenal Lambruschini. Se cuenta que con sarcástica sonrisa, al ver las demostraciones del pueblo y que el papa salió tres veces al balcon, profirió estas palabras!! *Pio IX ha abandonado la tiara del pontífice para representar el papel de una prima donna de teatro.*

A la mañana siguiente con motivo de la fiesta de San Vicente Paul fué el papa á la iglesia de los Lazaristas; todas las calles se hallaban suntuosamente colgadas, adornadas de banderas con los colores del pontífice; el suelo se hallaba cubierto de flores. Al retirarse el papa en su coche al Quirinal, una multitud de jóvenes enmedio de la plaza Colonna (1) desengancharon los caballos y arrastraron con sus brazos la pesada carroza pontifical. En vano el modesto pontífice rechaza este homenage, en vano les grita que degradan su condicion de hombres; el entusismo habia llegado á un punto indescribible.

La tarde de aquel mismo dia, Pio IX hizo poner en libertad á los que gemian en la prision por delitos políticos, y libró con su propio dinero un número considerable de los que se hallaban presos por deudas. Los romanos imitando á su soberano, abren inmediatamente una suscricion en favor de los pobres deudores, y al momento se llenó de una multitud de firmas asociándose asi á su clemencia.

(1) *Plaza Colonna*, en otro tiempo Foro de Antonino Pio. En medio se alza la magnífica columna que el senado romano levantó á Marco Aurelio Antonino en conmemoracion de las victorias que consiguió en Alemania sobre los marcomanos. Los bajos relieves que rodean en forma espiral esta columna, representan estos hechos de armas relativos á estas victorias. Es del órden dórico, y está formada de veinte y ocho grandes pedazos de mármol blanco, teniendo ciento cuarenta y ocho y medio pies de altura, y once y medio de circunferencia. Cerca de esta columna hay una gran fuente. Los cuatro costados de esta bellísima plaza, están adornados por el palacio Chigi, los de los príncipes Piombino y Nicoloni, y por la casa de correos: es como si digéramos la Puerta del Sol de Madrid.

Apenas se tiene noticia en las provincias del decreto de amnistía, comienzan las fiestas en todas partes. Bolonia coloca en su plaza el busto de Pio IX. Ancona hace grabar sobre una columna de mármol el decreto en letras de oro, para evitar que lo arranquen algunos miserables, como habian osado hacerlo en medio de la oscuridad de la noche.

Rávena, Forli y Rímini, las ciudades mas importantes, y que esperaban con mas impaciencia este decreto, envian diputaciones al pontífice para dárle las gracias.

El primer consistorio que celebra Pio IX, fué el dia 27 de julio. Allí, segun el uso tradicional, dió las gracias á los cardenales, y manifestó al Sacro Colegio sus sentimientos de reconocimiento y gratitud de la manera mas digna y noble. Hizo en seguida la profesion de fé, y juró observar las constituciones apostólicas.

Desde el instante que las naciones tuvieron noticia del advenimiento de Pio IX al pontificado, enviaron embajadores cerca de su sagrada persona. Era, pues, necesario que Pio IX nombrase un ministro de Estado, con quien pudiesen entenderse los representantes de los reyes y de las naciones. Pio IX no habia encontrado aun el hombre que buscaba!



CAPITULO V.

Nombramiento del cardenal Gizzi para el ministerio.—Primeros actos de su administracion.—Visita del príncipe de Joinville.—Circular de 24 de agosto invitando á proponer mejoras á los gobernadores.—Ovacion al papa á su ida á Santa María del Popolo.—Arco triunfal levantado en su honor.—Ciceruacchio gefe de las turbas populares.—Su biografia.—Bendicion en el Quirinal.—Visita el papa el hospicio de San Miguel.—Examina el pan de los soldados.—Comision para la formacion de códigos.—Popularidad del pontífice.—Peligro de acostumbrar al pueblo á las manifestaciones.—Circular invitando á que cesen.—El papa en vacaciones.—Su vuelta á Roma.—Su entrada triunfal.—Anúlase de hecho la circular sobre las manifestaciones.—Trabajo escesivo del papa en los negocios públicos.—Temores del pueblo por su salud.—Cambio de política de la Francia por los matrimonios españoles.—Toma de posesion en San Juan de Letran como obispo de Roma.—Magnificencia de esta funcion.—Encíclica á toda la cristiandad.—Escasez de granos.—Inundacion del Tiber.—Caridad del papa.—Medidas para reparar los desastres.—Ciceruacchio distribuye los socorros que envia el papa.—Socorre á la Irlanda con cuantiosas limosnas.—Consistorio y nombramiento de nuevos cardenales.—Nombramiento de gobernador de Roma.

Pio IX trataba de nombrar su ministro. Las simpatías del pueblo se manifestaban por el cardenal Gizzi, á quien antes de conocer á Pio IX, hubieran deseado ver sobre la silla de San Pedro. Las personas admitidas á la intimidad del pontífice designaban al legado de Forli como el solo hombre capaz de dirigir bajo su inspiracion los negocios públicos. Solo Pio IX no participaba completamente de este parecer: temia la vacilante salud del cardenal, y profundo conocedor de los hombres, echaba de menos en él toda la resolucion necesaria para llevar á cabo su pensamiento de reformas. Sin embargo, el dia 8 de agosto Gizzi fué nombrado ministro, y Roma acogió su nombramiento con singular alegría.

Uno de los primeros actos de su administracion fué resolver afirmativamente la cuestion de los caminos de hierro, en el interés del comercio y de la industria de los estados pontificales. Nombróse una comision de hombres especiales que diesen impulso á esta idea, estableciendo una línea de Roma á Civita-Vechia, otra de

Civitta-Vechia á Ancona, y otra de Roma á las fronteras del reino de Nápoles.

Los primeros actos de la administracion del papa habian escitado la atencion de la Europa. Luis Felipe, queriendo conocer esactamente el carácter de Pio IX, hace que su hijo el príncipe de Joinville pase á Roma á cumplimentarle en su nombre. El príncipe de Joinville queda prendado del carácter de Pio IX, como todos aquellos que han tenido la dicha de hablar con él aun por una sola vez.

Una circular del 24 de agosto, inspirada al papa tal vez por sus recuerdos de Tata Giovanni y de San Miguel, previene que los gobernadores de las provincias y los magistrados comunales estudien y propongan al gobierno los medios de propagar la educacion popular, poniendo al alcance de todos los niños pobres la instruccion moral y religiosa, y el aprendizage de un oficio. Se encargaba en ella á las autoridades que no consultasen solamente á los eclesiásticos, sino que apelasen á las luces de todas las clases de la sociedad antes de dirijir su plan de enseñanza. La misma circular indicaba que, para evitar las consecuencias del ócio y de la vagancia en todas las clases de la sociedad, el pontífice veria con placer á los hombres sin ocupacion fija ejercitarse en las operaciones y maniobras militares.

Esta circular fué recibida como un presagio, como una promesa de crear y regularizar poco á poco el concurso de la nacion en la discusion y la gestion de los intereses generales. Nombróse una comision bajo la direccion del cardenal secretario de estado; empero ningun otro cardenal figuraba en ella. El éxito que habia tenido en la congregacion reunida del sacro colegio la discusion del proyecto de amnistía habia mostrado que este cuerpo no era muy favorable á las innovaciones.

La fiesta de la Natividad de la Vírgen, el 8 de setiembre, es en Roma, no solamente una fiesta religiosa, sino una fiesta nacional, y es costumbre que los papas vayan á celebrar en la iglesia de Santa María del Popolo (1) este dia. La fiesta del 8 de setiembre de 1846, jamás ha tenido ni tendrá tal vez otra igual ni semejante en los anales del pueblo. De todas las ventanas se arrojaban flores que cubrian la carroza del papa, la cual adelantaba muy lentamente en medio de las olas de la multitud de gente, porque habian acudido á Roma aquel dia las poblaciones de las ciudades y los campos de las diversas partes de los estados de la iglesia; precedian el co–

(1) *Iglesia de Santa María del Popolo.* Establecida en la magnífica plaza del mismo nombre, segun la tradicion, el año 1099, para alejar las fantasmas nocturnas atribuidas al cuerpo de Neron, que segun Suetonio habia sido enterrado en el monte de los Jardines, *collis hortorum*, hoy Pincio.





PLAZA DEL POPOLO. LAS TRES PRINCIPALES CALLES DE ROMA.

che del papa, multitud de jóvenes que llevaban ramas de olivas y banderas con los colores pontificales. La multitud que llenaba las calles, los balcones y hasta los tejados, gritaba con todas sus fuerzas victoreando al pontífice. Las masas compactas se estendian por la inmensa plaza del Popolo (1), y hasta las alturas de los jardines del Pincio. La variedad infinita de los trages que distingue cada una de las poblaciones circunvecinas á Roma; los pintorescos grupos de los contadini y de los montañeses escalonados en las anchas ramblas del paseo y sobre las barandillas de él, sobre las estátuas de mármol, sobre las columnas rostrales, sobre los árboles, aplaudiendo todos como un solo hombre y á una sola voz, presentaban un cuadro desconocido hasta entonces en la historia del entusiasmo popular.

Roma habia resuelto hacer de este paseo del papa una marcha triunfal, y una suscricion abierta anticipadamente habia proporcionado los medios. El arquitecto Felice Chiconetti, habia levantado un arco de triunfo á la entrada de la plaza, por debajo de cuyo arco debia pasar el pontífice. Todos los tiranos de Roma habian tenido arcos de triunfo y estátuas en vida: justo era que Roma consagrase uno al que aclamaba como su libertador!

Angelo Bruneti, llamado Ciceruacchio, fué uno de los que mas se distinguieron en la preparacion de esta ovacion: es uno de los hombres cuya existencia política comienza este dia, y que representa un papel muy principal en las agitaciones de Roma. Hijo de una

(1) *Plaza del Popolo.* Plaza magestuosa, verdaderamente monumental. Magnífica, con inmensos hemiciclos adornados de fuentes y estátuas; en el centro un grande obelisco egipcio. Sobre el hemiciclo de la izquierda, los jardines del monte *Pincio.* La estátua colosal de Roma entre el *Anio y el Tiber.* Tiene esta plaza quinientos pies de largo, y cuatrocientos veinte de ancho. En medio de ella se levanta el famoso obelisco de granito, el mismo que Rameses habia hecho alzar en Tebas delante del templo del sol. El emperador Constancio lo habia hecho trasportar á Alejandría. Diez y ocho años mas tarde, su hijo Constantino lo colocó en el circo de Roma, y á fines del siglo XVI, Sisto V, el papa de las grandes empresas, lo hizo sacar de las ruinas del circo, y á poco tiempo de levantar entre la admiracion del mundo, el inmenso granito de Sesostris delante del Vaticano, hizo alzar el de Rameses en la gran plaza del Popolo. Termina esta plaza por dos bonitos frontispicios de dos iglesias pequeñas iguales. Cuatro columnas, dos estátuas, un fronton, dos torres poco elevadas, es la forma esterior de cada una. Entre estas dos iglesias, se abren las tres grandes calles que van como un triple radio á recorrer toda la ciudad. La de la derecha es la via Babuino, la del centro el Corso, la mas hermosa de Roma, y la de la izquierda la via Rippeta. La plaza del *Popolo* es el vasto foro de la conversacion romana; alli vienen diariamente las gentes desocupadas, y los que van á paseo al *Pincio* á pasar el tiempo en conversacion. Alli era el punto donde se reunian las turbas en todos los movimientos.

familia de pobres obreros, habitando una pequeña casa de la calle Ripetta, cerca de la plaza del Popolo, dotado de una fuerza atlética, parece uno de los soldados de Escipion el Africano: con una sola palabra puede remover la ciudad entera, merced á una docena de hombres del pueblo de todos los cuarteles de la ciudad, especie de estado mayor de que se halla rodeado, y que se estaciona frecuentemente en los bancos de la taberna ú hostería que está en frente de su casa. Desde jóven se distinguió Ciceruacchio por la energía de su carácter, por lo sorprendente de sus fuerzas, y por haberse constituido en deshacedor de los agravios de sus vecinos. De simple carretero, Angelo se hizo empresario de los trasportes, arrendó tierras, y acabó por ser el proveedor de forrage de casi todas las casas de los cardenales, príncipes romanos y gente acomodada de la ciudad. Hombre del pueblo, grosero, sin instruccion y sin cultura; empero hombre de accion, y dominando á la gente del mismo pueblo, era considerado como uno de los gefes del populacho.

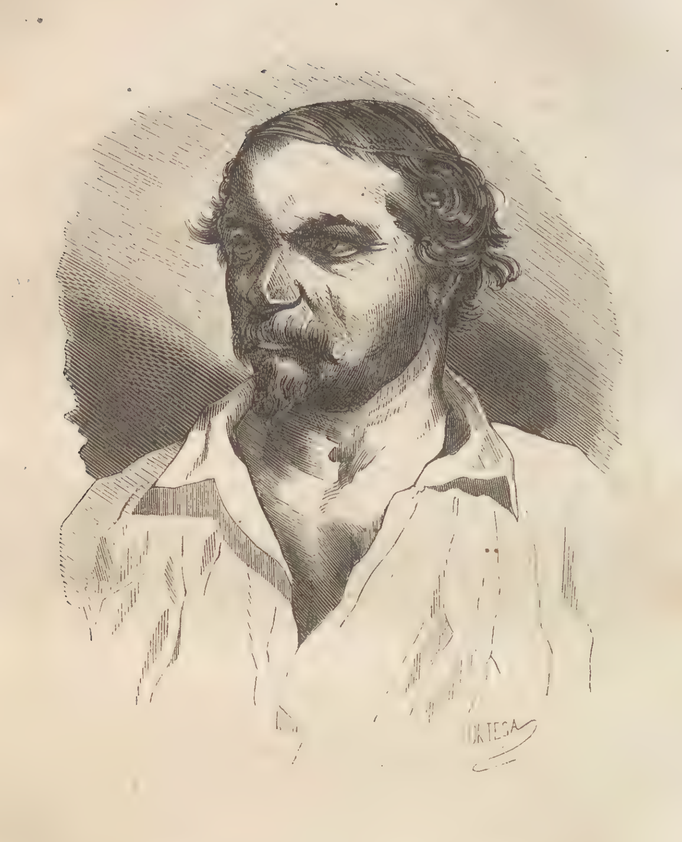
En el momento en que se publicó el decreto de amnistía, se lanzó Angelo por los barrios, comunicó su entusiasmo á la multitud que recibia de él sus órdenes, y juntó las masas compactas, conduciéndolas en seguida á la plaza del Pueblo. Durante tres dias las fiestas se continuaron por la amnistía, y Roma entera le obedeció. El fué el primero que ideó el monumento temporal levantado á Pio IX en la plaza del Pueblo, y quiso que este arco triunfal fuese esclusivamente obra de las clases populares de Roma.

Desgraciadamente los que habian votado el arco no tenian mas fortuna que su tiempo y sus brazos; fué preciso, pues, buscar en otras clases el dinero, y Ciceruacchio se encarga de este cuidado. Corre de casa en casa, reune los fondos, sus caballos trasportan gratuitamente las maderas; sus amigos trabajan sin interés alguno, y el arco se levanta como por encanto, con el trabajo de mil brazos, cuyas fuerzas centuplica el entusiasmo.

Pio IX al volver de su ovacion al palacio Quirinal, da su bendicion al pueblo, y mas de treinta mil almas reunidas en la inmensa plaza, callan instantáneamente y caen de rodillas mientras el pontífice pronuncia su bendicion con los ojos llenos de lágrimas y las manos alzadas al cielo.

Las audiencias que el papa hasta entonces habiá nada mas que concedido, quedan consignadas por el decreto de 8 de noviembre como un derecho de los habitantes de Roma.

En medio de sus preocupaciones por las reformas políticas y administrativas, el papa ocupa muchos dias en visitar de incógnito y sin ser aguardado los principales establecimientos de Roma. Vuelve á ver el hospicio apostólico de San Miguel, de que habia sido tan



ANGELO BRUNETTI

(Ciceruacchio).

celoso administrador. Allí los jóvenes cantan en su honor un himno compuesto por el célebre profesor de música Baini. Atraviesa el santo padre la comunidad de los ancianos, que bendice al pasar; visita la esposicion de las diversas manufacturas hechas en la casa, y examina con atencion particular la gran fábrica de paños para el vestuario de las tropas; dirige palabras de estímulo á los jóvenes, y en todos los talleres de los artistas, recibe mil lisongeros cumplimientos.

El corazon del pontífice se penetra de una dulce emocion al visitar este establecimiento que el papa Leon XII habia confiado á su direccion particular al comenzar su carrera eclesiástica. Dotado de una prodigiosa memoria llamaba por su propio nombre á las personas que encontraba de la época de su administracion, y en la dulce sonrisa que vagaba en sus labios daba á entender cuán caros le eran estos recuerdos de su juventud.

Príncipe, la suerte del soldado le merece una particular atencion. Al salir á paseo desde su palacio al jardin del Quirinal, un soldado se adelanta y entrega al oficial de los guardias de Corps que le acompañan, un pan de municion. Tómalo el pontífice, lo prueba y reconoce su mala calidad. Llama al soldado, le hace diversas preguntas con la mayor bondad, y manda que al dia siguiente le traiga un nuevo pan; la segunda prueba confirma plenamente la primera. Prescribe inmediatamente una severa informacion contra el encargado de los suministros, y hace comprar á su costa todo el pan necesario para la guarnicion de la ciudad. Para poner á cubierto al soldado que tanta confianza habia mostrado en la justicia y en la bondad de Pio IX, y que le habia descubierto este fraude, le hace acompañar por el oficial de las guardias á su puesto, recomendándole especialmente á sus gefes.

La administracion de la justicia en Roma era lenta y defectuosa: nombra una comision de jurisconsultos, elegidos entre los abogados mas distinguidos de los estados pontificios, para que coordinen las leyes y los reglamentos, y le presenten las bases de un nuevo código civil, criminal y de procedimientos; invitando al propio tiempo á los gobernadores de las provincias á que propongan las mejoras mas urgentes que deban introducirse en la administracion municipal y provincial.

La popularidad inmensa que en poco tiempo habia adquirido el papa, asusta al Austria. Cada medida de reforma que adopta producia una nueva manifestacion de entusiasmo por parte del pueblo.

Estas manifestaciones podian llegar un dia á ser peligrosas. El pueblo contraia el hábito de reunirse, de entenderse y de sitiar en masa frecuentemente las avenidas del palacio; debia llegar un dia en que agitadores hábiles, sin mas que decir una palabra y hacer

una señal, podian cambiar estas pacíficas demostraciones en tumultuoso desórden; las masas hasta entonces tan sumisas, que llegaban al monte Quirinal á recibir postradas la bendicion del pontífice, debian un dia venir á demandar la separacion de los dos poderes, la destruccion de la obra de Constantino y de Carlo-Magno!

Publicóse una circular, no sin haber precedido una fuerte discusion entre el pontífice y su ministro, previniendo al pueblo que el papa deseaba se evitasen estas frecuentes manifestaciones, que suspendian los trabajos y ocasionaban grandes gastos á los pueblos, invitándoles á que aguardasen tranquilamente la adopcion de las medidas que el gobierno se proponia dictar para el bien del pais. El ministro queria que las demostraciones fuesen espresamente prohibidas; el papa juzgaba que prohibir las manifestaciones espontáneas, era declarar culpables unos actos procedentes del reconocimiento público, y creia que era bastante hacer saber al pueblo en una simple circular que estas fiestas eran perjudiciales á sus intereses.

El papa, aprovechando las vacaciones de octubre, marchó á visitar las ciudades inmediatas á Roma. Un mes hacia que el pontífice se hallaba fuera. A su vuelta, no obstante, la circular sobre manifestaciones públicas, el pueblo en masa sale á su encuentro, lo recibe con palmas y olivas y con entusiasmados vivas, y el pontífice dá signos visibles del placer que esperimenta al encontrarse nuevamente con su pueblo. Su entrada en la ciudad de Roma fué una entrada triunfal. El pueblo le acompaña hasta el Quirinal, segun su costumbre, y aguarda para dispersarse á que el papa le haya dado su bendicon; empero el papa no sale, el papa sostiene una lucha con su ministro Gizzi y con las gentes de su palacio, que ven en la manifestacion del pueblo una desobediencia á sus órdenes, y que como ejemplar para castigarla, creen que el papa debe abstenerse de darle su bendicion. La multitud empieza á impacientarse, empero el papa desecha las razones de su ministro, y se presenta en el balcon enmedio de atronadores aplausos y aclamaciones.

Roma desde entonces continuó en sus manifestaciones, y la circular que las prohibia, quedó de hecho y para siempre anulada. La dulzura que habia manifestado en esta ocasion el respetable pontífice, debia algun dia causarle grandes amarguras!

Era increible el entusiasmo que inspiraban las virtudes de Pio IX. Por todas partes se elevaban voces al cielo, rogando por la conservacion de su vida; la mas ligera alteracion en su semblante, causaba la mayor inquietud.

Las audiencias públicas de todos los jueves, las audiencias particulares de todos los dias durante cinco ó seis horas, la gran cantidad de peticiones que recibia y examinaba por sí, igualmente que

los mas graves y espinosos negocios del estado y de la iglesia, amenazaban comprometer su salud.

Pasando un dia por el barrio de los trasteberinos (las gentes del pueblo donde se ha conservado el verdadero tipo y carácter de los antiguos romanos), las mugeres del pueblo le gritaban: santísimo padre, tened cuidado de vuestra salud. ¡*santo padre, abbiatevi cura della salute*!

En otra ocasion circula la voz de que Pio IX se halla enfermo; como su muerte sería no solo una calamidad para la ciudad de Roma, sino para la Europa toda, el pueblo, acostumbrado á darle pruebas de su entusiasmo en la plaza del Quirinal, corre en tropel à informarse de su salud, y solo llega á dispersarse la inmensa muchedumbre presentándose el papa en el balcon.

En todas las grandes reformas que habia emprendido y debia continuar, el pontífice procede segun las inclinaciones de su corazon. Algunos creian que contaba en la árdua empresa que habia acometido, con el poder de la Francia; empero cuando se concluyeron las negociaciones del matrimonio de la reina Isabel II y de su augusta hermana, heredera presuntiva del trono español, el embajador francés, conde de Rossi, fué llamado á París para recibir instrucciones.

El gobierno francés, que no habia dudado romper la cordial inteligencia que le unia con el gabinete de Lóndres, por ver al duque de Montpensier colocado en la primera grada del trono de España, trató de atraerse, para en caso de rompimiento, el concurso del Austria, y abandonó la línea política que habia seguido hasta entonces en los negocios de Roma.

Vióse entonces el papa abandonado de todos; empero, cobrando fuerzas en la meditacion y en la oracion, resolvió llevar adelante su propósito.

El dia 8 de setiembre de 1846, celebró la solemne toma de posesion de la silla apostólica en la iglesia de San Juan de Letran. Esta iglesia, basílica que ha atravesado tantos siglos, que ha visto pasar millares de generaciones que han desaparecido como el ligero polvo que levanta el aire, que ha contenido en su sagrado recinto cuatro concilios generales sirviendo de sepulcro á la mayor parte de los venerables obispos que los compusieron, la iglesia de San Juan de Letran es la catedral de Roma; en ella tiene su silla el papa como obispo de la ciudad eterna. Es la primera iglesia de los cristianos, y asi se lee sobre su fachada y sobre sus puertas: *Basilica lateranensis, mater et caput omnium ecclesiarum*. La basílica de Letran, madre y cabeza de todas las iglesias.

Los papas toman posesion de su silla apostólica en ella. Esta ceremonia, la mas suntuosa del pontificado, se hace, ó en la for-

ma solemne, ó en la forma semi-pública, ó en la forma privada, y aun algunas veces en secreto como lo hizo Gregorio XVI.

Grande es la magnificencia de la forma solemne y escede á cuanto puede figurarse la imaginacion humana. Pio VI es el último papa que usó de toda la pompa de esta ceremonia al tomar posesion de la silla apostólica. Pio VII se contentó con emplear la forma semi-pública. Leon XII y Pio VIII adoptaron la forma privada. Pio IX queria dar á este acto solemne todo su brillo, empero la escasez del erario público le hizo reducir el ceremonial á la forma semi-pública adoptada por Pio VII. Mas de ochenta mil personas llenaban el inmenso recinto de la plaza de San Juan, y mas de cuarenta mil estrangeros habian venido de todos los puntos de la cristiandad para asistir á esta ceremonia.

En aquel mismo dia dirige el pontífice una encíclica á todos los obispos del orbe católico, que puede considerarse como su programa espiritual, implorando de la divina clemencia la plenitud de las luces, para el gobierno de la iglesia, concediendo un jubileo temporal.

Al abandono en que se halla el pontífice, á los obstáculos que oponen á su marcha los amigos del anterior gobierno que su espíritu tolerante habia conservado en los empleos públicos, se agregan tambien los elementos. La escasez de la cosecha, la inminente falta de cereales aumentan estraordinariamente el precio del pan, y asoman el hambre y la miseria. Hace comprar por su cuenta en Odesa grandes cantidades de trigo, y obtiene del sultan que en sus puertos sean preferidos á los de cualquiera otra nacion para cargar el grano los buques pontificios.

Apenas ha salvado á su pueblo del hambre, descarga la Providencia sobre él otro azote mas terrible y repentino. El 10 de diciembre, las continuadas lluvias y la nieve derretida por un fuerte viento austral, hacen que el Tiber salga de madre y anegue la parte baja de la ciudad; la inundacion crece un dia entero de minuto en minuto, y las calles de la ciudad presentan la vista de un vastísimo lago, anegadas las casas, desesperados los habitantes con el hambre y la muerte.

En tan miserable infortunio, Pio IX no puede contener las lágrimas; víveres, dinero, todo lo que podia ser útil á los inundados, lo manda inmediatamente de su palacio del Quirinal. Cuesta gran trabajo á los de su córte el que no abandone su morada y vaya á los cuarteles inundados por el agua á socorrer las víctimas y á animar á sus salvadores. Entonces Ciceruacchio corre en lanchas á las calles mas pobladas y miserables víctimas de la inundacion, y distribuye los socorros que la mano generosa de Pio IX les envia. El papa nombra una comision, á cuya cabeza coloca al cardenal Patri-

ci, su vicario, para que abra una suscricion para socorro de los anegados; él mismo inscribe su nombre á la cabeza de la lista por tres mil duros, y todas las provincias siguen su ejemplo con admirable emulacion, reuniendo la caridad pública cantidades que escedieron con mucho á las pérdidas ocasionadas por aquel funesto desastre.

La carestía de los víveres habia producido desórdenes en algunas provincias; *Gezi* y *Fiume-Esino* habian sido teatros de desórdenes ocasionados por el temor del hambre; Pio IX promulgó una amnistía que se estiende sin escepcion á todos los que se habian comprometido en estos movimientos.

No se limita su paternal cuidado solo á los estados de que es soberano temporal, su ardiente caridad alcanza á todo el mundo católico. Horrorosamente conmovido por la miseria terrible de Irlanda, por el hambre que diezma la poblacion de aquel pais tan católico, el papa abre en Roma una suscricion á cuya cabeza se coloca contribuyendo con mil duros, invita á los ricos de sus estados y manda celebrar en la iglesia de San Andrés de la Valle, durante tres dias, un piadoso egercicio implorando la misericordia del Señor sobre aquella desgraciada nacion. Los sermones, que tenian por objeto promover la caridad de los fieles, eran predicados en tres diferentes lenguas. La caridad del papa fué recibida con entusiasmo, y los obispos católicos de Irlanda le escriben reconocidos á nombre del pueblo, y toda la nacion inglesa admira el espíritu evangélico del pontífice, y su elogio se pronuncia hasta en las cámaras.

En el consistorio de 25 de diciembre hace los primeros nombramientos de cardenales y eleva á la sagrada púrpura á monseñor Balufi, su sucesor en el obispado de Imola, á Pedro Marini gobernador de Roma, y nombra para este importante cargo, al delegado de Ancona, Grassettini, el que con el baston de gobernador tenia la policía de Roma y de todo el estado, como hemos esplicado al hablar de la forma de gobierno pontificio.

Grassettini habia servido bajo el gobierno de Lambruschini; empero al tomar posesion de su gobierno, manifiesta las ideas de moderacion liberal, y aun al hablar á sus dependientes llega á usar hasta de la palabra *progreso* y libertad.



CAPITULO VI.

Felicitacion del primer dia del año 1847.—Prohibicion de estraccion de granos.—Asilo para los pobres.—Visita á los conventos y hospitales.—Predicacion del papa en San Andrés *della Valle*.—Influencia moral del papa sobre sus pueblos.—Reconciliacion de dos ciudades rivales.—Efectos de las reformas sucesivas del papa.—Establecimiento de la estadística judicial.—Visítanle varios príncipes.—Visítale la reina madre de España doña María Cristina.—Semejanza del gobierno del papa con la regencia de esta.—El sultan envia un embajador turco á felicitar á Pio IX.—Efectos favorables de esta embajada para la cristiandad.—Acuerda con él el establecimiento de un patriarca en Jerusalen.—Consagra patriarca al misionero padre Valerga.—Comision para establecer una municipalidad en Roma.—Establecimiento de la prensa periódica.—Obstáculos que oponen á la prensa.—Latitud con que la concibe el papa.—Permite la publicacion del Jesuita moderno de Giovertti.

El dia 1.º de enero de 1847, el pueblo romano trata de felicitar á su soberano, que tantos beneficios le ha dispensado en los seis meses que ocupaba el trono. Para presentarle el homenage respetuoso de su amor y adhesion, deseaba que una gran diputacion en que se viesen representadas todas las clases de la sociedad desde el poderoso y opulento príncipe hasta el pobre y humilde artesano, se presentase en el palacio á manifestarle los sentimientos del pueblo. —Los autores de este proyecto no pudieron convenirse sobre el modo de llevarlo á cabo, porque la clase de los príncipes y de los nobles queria figurar en primera línea, y la clase de los artesanos y del pueblo no se contentaban con la segunda, y para evitar todo motivo de resentimiento convienen en ir y presentar indistintamente á Pio IX su felicitacion. El pueblo en masa fué al Quirinal y recibió como de costumbre la bendicion del pontífice, que se presentó en el balcon de su palacio entre los estrepitosos aplausos de la muchedumbre.

El pontífice continuaba consagrándose infatigable á satisfacer las necesidades de su pueblo. Para evitar se repitiesen los funestos efectos de una carestía prohibió en 1.º de enero la estraccion de cereales de sus estados.

Crea, segun la propuesta del nuevo gobernador de Roma, el 12 de enero una casa de asilo para los pobres que vagaban por las calles de la ciudad demandando limosna y molestando con la vista de de su asquerosa y afectada laceria á los habitantes con mengua de la civilizacion de la capital del mundo cristiano.

Visita privada y repentinamente la mayor parte los conventos para asegurarse de que se observa en ellos la disciplina eclesiástica, y recorre los hospitales de Roma dejando muestras de su generosidad en aquellos asilos del dolor. En el hospital de San Jacobo se detiene en la sala de hombres, y á vista de un enfermo próximo á exhalar el último suspiro, se aproxima á su lecho, y con apostólica caridad dobla su rodilla y recomienda su alma á Dios para que le lleve á la paz y al reposo del justo.

Un modesto sacerdote lleno de celo y de piedad, habia hacía muchos años establecido, con el concurso de la autoridad eclesiástica, en la iglesia de San Andrés *della Valle*, unos egercicios espirituales durante la octava de los reyes. Todos los ritos diversos, los griegos, los armenios y los sirios, acudian á celebrar una misa, y todos los dias se predicaba en diversos idiomas. El padre Ventura, elocuente predicador, el amigo entonces del pontífice se habia encargado el dia último de la predicacion italiana.

Un inmenso auditorio dirige la vista al púlpito donde habia de aparecer el elocuente teatino. Habíase terminado el rosario, y ansiaban todos ver al orador en la sagrada cátedra, cuando un movimiento inusitado se notó en todos; la sorpresa y la admiracion de la inmensa multitud, llega á su colmo al ver aparecer en el púlpito, en lugar del padre Ventura, al papa Pio IX. A egemplo de Leon el Grande, y de Gregorio el Grande, el piadoso pontífice habia creido de su deber tratar de corregir una mala costumbre del pueblo romano; esta costumbre es la blasfemia. Difícilmente se encontrará una nacion, cuyo pueblo bajo pronuncie imprecaciones contra la divinidad mas horrendas y aterradoras.

Para evitar una concurrencia estraordinaria del pueblo, que hubiera podido ocasionar algun tumulto, el papa habia guardado secreto del proyecto que le habia inspirado su amor y su piedad. Sin ir precedido, como es de costumbre en semejantes circunstancias, por la guardia suiza, el papa, solo en un modesto carruage, se habia trasladado al convento de San Andrés della Valle, en donde fué recibido por el cardenal Patrici, vicario de Roma, y el padre Ventura á la cabeza de los teatinos.

¡Cuánta animacion! ¡cuánta piedad respiraban las palabras de su santa predicacion! No se recordaba ejemplo semejante hacía muchos siglos; parecia al pueblo oir á un papa de los tiempos de la primitiva iglesia.

«No puedo sin una viva emocion, decia el papa, hijos mios, recordar los testimonios de amor que me habeis demostrado el primer dia del año; os doy gracias en nombre de Dios, de quien soy su indigno vicario, os he invitado á bendecir el nombre de Cristo con las palabras *¡sit nomen Domini benedictum!* Todos me habeis respondido prosternados de rodillas, y con el acento de la mas profunda fé. *Ex hoc nunc et usque in saeculam. Desde ahora hasta la consumacion de los siglos!*

«Vengo á recordaros vuestras solemnes promesas por que sé que aunque en poco número, hay en esta ciudad, centro del catolicismo, hombres que profanan el santo nombre de Dios con la blasfemia. Todos los que me ois, todos los que os hallais presentes recibid de mí esta mision, publicad por todas partes que nada espero de esos hombres que lanzan al cielo piedras que han de caer sobre ellos confundiéndolos. Es colmar la medida de la ingratitud blasfemar del nombre del Padre comun que nos dá la vida, y con ella todos los bienes de que gozamos. Decidles, hijos mios, que no le ofendan con semejantes ultrages, y que no den mas escándalo en la ciudad santa!»

Al terminar su exhortacion el pontífice, recomendó á Dios á Roma y el estado, para que mantuviese en él la concordia, y alejase los odios de los ciudadanos, hiciese florecer la fé y la piedad en las familias, y demandando á Jesucristo que estendiese su bendicion sobre toda la cristiandad y sobre el mundo entero, terminó dando á su conmovido auditorio su bendicion apostólica.

La magestad del pontífice templada por la espresion de dulzura y de gracia que forma el carácter de Pio IX, y que resplandece en su apacible rostro, causaron en todos una impresion imposible de describir.

La influencia moral del papa sobre las poblaciones de sus estados es inmensa, estraordinaria. En todas partes sus palabras y su ejemplo sofocan las discordias, calman los odios y producen la paz. Las ciudades de Narni y de Terni, en los estados pontificales, largo tiempo hacia divididas por enemistades que las mismas autoridades municipales fomentaban, se reconcilian. A principios de 1847, los habitantes de Terni, precedidos de una música y veinte sacerdotes, con una bandera pontifical como signo de concordia, llegan improvisadamente á Narni, agitando su bandera, y gritando paz y amor á los habitantes de Narni en nombre de Pio IX! A esta aparicion y á estos gritos, toda la ciudad se levanta; improvísanse banderas, danse las manos y se abrazan con la mayor efusion. Era el anochecer; millares de hachones dan á esta escena un efecto indescribible, pintoresco, fantástico. En la plaza mayor, á la luz de las antorchas, los habitantes de Narni improvisan á sus ines-

perados huéspedes un banquete, que seguramente jamás tuvo otro igual en la historia de los pueblos. Los gritos de alegría resonaron toda la noche, y el nombre de Pio IX subia al cielo entre frenéticas aclamaciones de alegría. El obispo de Narni y su clero tomaron parte en esta fiesta estraordinaria, debida al admirable ejemplo de las virtudes del pontífice.

Las reformas sucesivas que el papa concede á sus estados, escitan la animadversion del partido absolutista, al paso que animan á los estados vecinos. La Suiza se declara contra la existencia de los jesuitas, armándose Friburgo, Berna siguiendo su ejemplo con mayor ardor, y Lucerna llamando á las armas á todos sus contingentes. En el Piamonte, en la Lombardía y en Venecia hay una agitacion general, notándose mas particularmente los síntomas de inquietud en el reino Lombardo-Veneto. En Toscana, en Pisa, en Liorna, en Nápoles, en Sicilia, anúncianse tambien síntomas de descontento; la misma capital del Austria lo muestra por los actos de su gobierno. La Dinamarca, la Germania entera se ocupan con calor de las reformas políticas; en Prusia se manifiesta mas claramente el antiguo gérmen liberal, y en Francia se anuncian tambien movimientos que comprimen la política y la fuerza de Luis Felipe; los periódicos de Roma, son prohibidos en Milan, y en todos los estados del Austria.

El retraso de los negocios en Roma y especialmente en las causas, era escesivo, era escandaloso; el 13 de febrero manda el pontífice que todos los meses se le de un estado de las causas pendientes, con objeto de que los procedimientos se abrevien y de que las causas no sean interminables con grave perjuicio de los procesados y de la vindicta pública.

La fama del pontífice escitan no solo la atencion de los pueblos, sino la admiracion de los reyes. No solo el hijo de Luis Felipe viene á saludarle y á admirar personalmente su gloria, si no que van tambien la reina de los Paises-Bajos, con su hijo Alejandro; el príncipe Valentino de Mónaco, el príncipe Maximiliano de Baviera y la reina María Cristina de España, á quien acogió el pontífice con la benevolencia y altas consideraciones á que era acreedora esta soberana, que en el momento en que recibió el cetro de mano de su moribundo esposo, para regirlo interinamente, comenzó su gobierno de una manera parecida á la del pontífice, abriendo las puertas de la patria, á los que por diez años anduvieron errantes mendigando el pan estrangero, y dotando á su patria de instituciones liberales, como el pontífice proyectaba hacerlo. No solo este punto de contacto mediaba entre la escelsa princesa y el gefe visible de la iglesia, Pio IX; la série de los acontecimientos posteriores debia asimilarlos aun mas. Pio IX debia probar mas tarde como María Cristina habia

probado ya, la ingratitud de los hombre á quienes habia dado una patria y una libertad de que estaban privados.

No solo los príncipes de la cristiandad prestan el homenage de su admiracion á Pio IX. Por una de esas revoluciones de que la historia no ofrece acaso ejemplo alguno, pero de que Dios solo se reserva la inteligencia y la esplicacion, el sucesor de los califas, el descendiente de Mahomet II y de Soliman el Grande, el que habia proyectado llevar sus genízaros á San Pedro, envia á Roma un embajador para que se presente á Pio IX, al sucesor de Urbano II, predicador de la primera cruzada, de Pio V, que habia hecho coaligar la Europa entera contra la potencia de los Osmanlies, y que habia reunido todas las marinas europeas contra las escuadras turcas!

Chekib-Effendi, embajador de la sublime Puerta en la córte de Viena, pasa á Roma en nombre del sultan Abdul-Medjid á felicitar á Pio IX por su elevacion al pontificado.

El dia 14 de junio la media luna, la enemiga mas constante de la cruz de Cristo, rinde un homenage al vicario de Jesucristo. Era una cosa prodigiosa en Roma ver á un embajador musulman, venir á tratar con el gefe del cristianismo los grandes intereses de esta religion en el Oriente.

Roma no habia visto un embajador turco en su recinto desde que Bayaceto en 1490 dirigió su embajador á Inocencio VIII para interesarle en favor de su hijo, prisionero de los caballeros de Malta.

Grandes fueron los esfuerzos que la Francia habia hecho en Constantinopla para impedir esta embajada; y grandes fueron tambien los esfuerzos que el conde Rossi, su embajador en Roma, hizo para que esta mision no escediese los límites de un mero cumplimiento; empero el papa, despues de haber satisfecho cumplidamente á la etiqueta, invita al embajador á una conferencia secreta, en la que sirve de intérprete el cardenal Mezofanti, y en ella se arreglan los intereses de los cristianos de Oriente, quedando tan satisfecho del enviado del gefe de los infieles, que le regala su retrato, el que el musulman coloca sobre su cuello y lleva con orgullo al lado de la distincion de la media luna.

En su conferencia con el enviado del gran turco, acuerda el papa el restablecimiento del patriarca latino de Jerusalen, para hacerle el tutor natural de los católicos, y para encargarle de esponer sus agravios al Divan y demandar su remedio. Asi Pio IX hace no una simple innovacion, sino una revolucion verdadera en las tradiciones del Oriente.

Asi la Francia, el Austria y la Rusia perdian con esta medida el protectorado de las provincias del Danubio y de la Armenia; protectorado que habia sido ineficaz, porque en 1840 se habian separado los drusos y los maronitas.

La Inglaterra sola era la que apoyaba al papa en esta cuestion, viéndose ¡cosa singular! defendido el pontífice, el gefe de los católicos por la Inglaterra protestante y por el gefe del islamismo.

Quedó el gran turco tan satisfecho de este arreglo que queria dotar ricamente al nuevo patriarca, empero el papa rehusó su dotacion para no colocarle bajo la dependencia de la Puerta.

Pio IX busca para tan elevado cargo al padre Valerga, misionero en la Mesopotamia y en la Persia, con la obligacion de residir en Jerusalen, cuyo patriarcado existirá ya en lo sucesivo de hecho y de derecho. El papa consagró con sus propias manos en la capilla Paulina del Quirinal al nuevo patriarca, y le dió sus instrucciones para regir los cristianos de la Siria.

Roma carecia de una municipalidad, y el pontífice nombra en los primeros dias de enero una comision encargada de redactar el proyecto de una magistratura económica administrativa popular para esta ciudad, y mejorar al mismo tiempo las de las demas de sus estados que disfrutaban ya de este beneficio. Otra comision es nombrada para establecer el alumbrado de gas en la ciudad. Los romanos habian manifestado sus deseos de tener una prensa periódica, y aguardaban el decreto que les concediese esta libertad.

Desde el principio de 1847 aparece en Roma el *Contemporáneo*, la *Bilancia*, la *Palade*, el *Italico* y otros muchos periódicos. En vano el embajador de Austria y el de Francia indirectamente, representan al papa los inconvenientes de una prensa sin garantías ni cauciones. El ministro Gizzi, hombre legal por excelencia, consigue del papa en 12 de marzo un decreto estableciendo la previa censura; empero el papa que estaba por la latitud de la prensa, se reserva el nombramiento de los censores, y su eleccion fué la mas segura garantía para los escritores, estando al frente de la junta de censura el abate Graziosi, el maestro, el consultor de Pio IX.

Comprendia con tanta latitud la libertad de la imprenta Pio IX, que suplicándole los jesuitas que se opusiese á la publicacion del *Jesuita moderno*, esa obra que tanta celebridad ha dado en la Italia y en el mundo todo al abate Gioberti, se negó á ello diciendo: que habia escrito Gioberti un libro de filosofía, violentamente impugnado por los padres Cursi y Pellico de la compañía de Jesus, y siendo su obra una contestacion á la impugnacion, no podia prohibir la publicacion de la defensa, el que habia permitido la publicacion del ataque.

CAPITULO VII.

Demostracion que intentan los austriacos.—El cardenal Ferretti es nombrado legado de Pésaro y Urbino.—Su carácter.—Mejora el papa la condicion de los hebreos.—Sublevacion contra los judíos.—Ciceruacchio aplaca el motin.—Kassan el gran Rabino.—Elogios al papa de los judíos de Constantinopla.—Proyecto de la Consulta de Estado.—Sus bases.—Manifestacion popular en accion de gracias.—Viage del papa á Subiaco.—Organizacion de un nuevo ministerio.—Fiesta del anniversario de la eleccion del papa.—Himno de la bandera.—Partidos en Roma.—Muerte de O'Connell al ir á Roma.-Lega su corazon á esta ciudad.—Sus funerales.—Establecimiento de la guardia cívica.—Oposicion del ministro Gizzi á esa medida; su dimision.

El movimiento y la efervescencia de los espíritus en la Italia, ocasionado por la marcha progresiva del gobierno pontifical, comenzó á inquietar al gabinete de Viena, siempre receloso, siempre temblando por su reino Lombardo-Veneto. El conde de Lutzow, embajador del Austria en Roma, acumulaba nota sobre nota y unia las amenazas á las representaciones. El embajador francés lo apoyaba indirectamente. Meternich piensa hacer una pequeña demostracion sobre las fronteras, y al saberse en Roma que diversos cuerpos de tropas imperiales se aproximan á las fronteras de los estados pontificios, es grande la exasperacion; hablábase en los momentos de entusiasmo hasta de marchar en masa contra los austriacos.

El cardenal Gabriel Ferretti, primo hermano del papa, que habia sido elevado al cardenalato por Gregorio XVI en 1839, suplica á su pariente y soberano, que le conceda el gobierno de las ciudades de Urbino y Pésaro, las mas inmediatas á las posesiones austriacas. Ferretti, jóven aun, habia servido en el ejército francés hasta el segundo destierro del emperador Napoleon. En 1831, obispo de Rieti, habia defendido su ciudad contra los insurgentes liberales, poniéndose al frente de las tropas, presentándose en el campo de batalla y batiendo á los rebeldes.

Quince años antes habia pelcado con las armas en la mano

contra los principios liberales; empero el advenimiento de Pio IX al trono, le habia reconciliado con el partido liberal. Obtiene el nombramiento que demanda, y al mismo tiempo (en marzo) marcha al gobierno de Ferrara el cardenal Luis Ciacchi, que ya habia sido antes gobernador de Roma.

Ferrara era una de las legaciones de mas importancia, porque su fortaleza se hallaba guarnecida por los austriacos.

El papa que habia entrado en comunicaciones oficiales con el sultan, esperaba que la Inglaterra protestante le enviase á Roma un embajador oficioso; mientras que sus cámaras borraban de su constitucion la prohibicion que desde los tiempos de la reina Isabel habia de tener comunicaciones con la Santa Sede.

Hace desaparecer en sus estados los vestigios de la legislacion escepcional de la edad media contra los judíos, legislacion que se opone á la tolerancia del siglo en que vivimos, y que ya en otras naciones se habian derogado. Suprime la degradante ceremonia con que se abren las fiestas del Carnaval obligando á los restos del pueblo de Israel á ir al Capitolio y pagar una contribucion entre los silbidos y las burlas del pueblo. Encerrados en uno de los cuarteles mas húmedos y mal sanos de la ciudad, no son libres de fijarse en otros puntos, y grandes puertas de hierro les dejan encerrados desde 1555 por disposicion de Paulo IV (Carrafa) apenas las campanas de la ciudad tocan las oraciones hasta el alba.

El papa hace que se arranquen estas puertas, que se mejore este barrio llamado el Gheto, ó el Contubernio hebráico, como decian muchos, antigua cárcel de cuatro mil libres individuos, á quienes asegura con este primer paso su emancipacion, permitiéndoles puedan establecerse donde mejor les plazca en la ciudad, y lleva su ardiente caridad hasta hacerlos participantes de las limosnas que distribuye en un número proporcionado al de todos los demas súbditos de sus estados, porque á todos los considera como á sus hijos

Las ideas de tolerancia no estaban al alcance del fanatismo de los trasteberinos, y la piedad del pontífice estuvo á punto de ser funesta al pueblo israelita. Armanse y resuelven atacarlos en su cuartel dando fin de su existencia: no quieren concebir que todos son hermanos, que la última palabra de Cristo en la cruz fué de perdon, su último suspiro un legado de misericordia, que su vicario en la tierra Pio IX se propone cumplir, y miran á los judíos como seres malditos.

Ciceruacchio acude á Transtevere, contiene las masas dispuestas á lanzarse sobre el Gheto, les hace deponer las armas diciéndoles que iban á contristar el ánimo generoso de Pio IX. A este nombre cede el furor del pueblo que sigue á Ciceruacchio, no para dego–

llar ya á los judíos, sino para abrazarlos como hermanos, disponiéndose un banquete popular por suscricion á dos paulos, ó sean cuatro reales, en que cristianos y judíos toman parte cimentando su union.

Hacia doce años que las funciones de gran rabino se hallaban vacantes en el Gheto de Roma por no haber permitido su provision Gregorio XVI. Pio IX permite que Moise-Israel-Kassan venga del Oriente para instruir á sus hermanos de Roma; lo recibe afectuosamente en el Quirinal y le recomienda que vele con la mas tierna solicitud sobre los judíos romanos.

Kassan, uno de los hombres mas sábios entre los israelitas vá á la sinagoga, y despues de tomar posesion de su sacerdocio, poeta y hombre de tradiciones bíblicas, sube á la tribuna y entona en la lengua hebrea un cántico digno de Moisés, de Isaias y de Simeon, en honor de Pio IX.

En Oriente resuenan tambien las alabanzas del pontífice. Los judíos de Galata, barrio de Constantinopla, estando reunidos en setiembre de 1847 en una de sus ceremonias religiosas, uno de los mas respetables entre los hijos de Israel, pronuncia el elogio de Pio IX, y por un movimiento espontáneo, irresistible, todo el auditorio se levanta y hace oir unánimes gritos de aclamacion al sumo pontífice de los cristianos. Un rico negociante judío de Liorna lega á Pio IX en su testamento treinta mil duros. El papa los cede á los herederos del difunto, que bastante ricos rehusan admitirlos, y el pontífice acepta entonces el legado que hace distribuir á los israelitas indigentes de Liorna y Roma.

El dia 14 de abril otorga á su pueblo la reforma mas importante, *la Consulta de Estado*. Bajo este nombre viene á establecerse una especie de cámara de diputados, debiendo componerse de un cardenal presidente, que tomará el título de cardenal presidente de la Consulta de Estado, y un prelado vice-presidente, de veinte y cuatro consultores de estado, cuatro por Roma y su comarca, dos por la provincia de Bolonia, y uno por cada una de las otras provincias, reservándose el papa el nombramiento del cardenal presidente, y del prelado vice-presidente, y tambien el nombramiento de los consultores sobre ternas de candidatos que debian presentar los respectivos consejos provinciales por medio del presidente de la provincia. Debian los consejos provinciales formar las ternas sobre otros tantos que les presentasen los consejos mas inferiores, necesitándose para poder ser elegido treinta años cumplidos, y ser de recomendables costumbres. El cargo de consultor de estado debia durar cinco años, y su renovacion hacerse por quintas partes, pudiendo ser reelegidos, pero quedando siempre entre la segunda y tercera eleccion el hueco de un quinquenio. El consultor de estado que recibiese empleo ó condecoracion algu-

na del gobierno, pierde su cargo y da lugar á nueva eleccion. Esta Consulta de Estado se divide en cuatro secciones: primera, de Legislacion. Segunda, de Hacienda. Tercera, de Comercio y Agricultura. Cuarta, Fuerza armada, Trabajos públicos, y Beneficencia. La Consulta de Estado debia de ser oida en los negocios gubernativos de interés general del estado, ó especiales de las provincias, en la formacion ó modificacion de las leyes y reglamentos administrativos, en los negocios relativos á la deuda publica, en la formacion de presupuestos y aranceles, y tratados de comercio.

Las deliberaciones de la Consulta eran consultivas; las determinaciones por mayoría de votos, y de su sesion debia redactarse un acta, reservándose el pontífice consultar á todo el colegio de cardenales, cuando se tratase de negocios á su juicio altamente graves.

La promesa de a Consulta de Estado era el paso mas avanzado de las reformas del papa, era el boceto de una cámara constitucional que mas tarde se habia necesariamente de convocar. En vano el pontífice mismo decia que la Consulta permanente será para oir su dictámen y su resolucion, y que el que creyese otra cosa del concurso de este cuerpo, se equivocaba muchísimo, engañándose los que en la Consulta piensan ver sus propias utopias, y el gérmen de una constitucion incompatible con la soberanía pontificia.

Grande impresion causó en el pueblo la lectura de semejante edicto, preparan una pública manifestacion, y las turbas iban á ir como de costumbre al Quirinal á victorear al pontífice, cuando supieron que su corazon se hallaba traspasado de dolor por la muerte del cardenal Pablo Polidori, uno de sus mas afectuosos amigos. Resuelve entonces el pueblo asociarse al fúnebre acompañamiento del cadáver del ilustre purpurado, y al dia siguiente va al Quirinal donde recibe la bendicion del pontífice.

El cardenal Polidori dejaba vacante la pingüe y rica abadía de Subiaco, y bien para honrar la memoria de su amigo, ya para socorrer la indigencia del pueblo, Pio IX reserva para sí esta abadía, y marcha personalmente á aquella ciudad para tomar su posesion, el 27 de abril.

Con grandes aplausos, y con grandes fiestas es recibido en aquella ciudad situada en las fronteras de Nápoles. Allí fueron á felicitarle no solo una comision en representacion del rey Fernando II, sino muchos de los habitantes de las provincias napolitanas que manifiestan un entusiasmo tan grande y tan ferviente como el de los romanos. El 31 de abril torna el pontífice á su capital, y el pueblo que habia salido á su encuentro le acompaña con grandes aclamaciones, y no se retira hasta despues de haberle dejado en el Quirinal y recibido su bendicion.

Poco á poco iba desapareciendo el antiguo régimen con que habian sido gobernados los romanos; un solo ministro hasta entonces, como en los antiguos tiempos, dirigia la máquina del estado. El 14 de junio un decreto ordenó la organizacion de un consejo de ministros compuesto 1.º del secretario de Estado; 2.º del cardenal Camarlengo; 3.º del prefecto de las Aguas y Caminos; 4.º del auditor de Cámara; 5.º del presidente de las Armas; 6.º del tesorero; 7.º del gobernador de Roma. Este decreto consta de seis capítulos y cuarenta y tres artículos.

Este decreto era solo una innovacion, preludio de que en breve se formaria un ministerio propiamente dicho, en que pudieran tener lugar las personas seculares.

Un año habia trascurrido desde que Pio IX habia ocupado el trono de San Pedro: diverso era el aspecto de Roma del que presentaba á la muerte de su antecesor Gregorio XVI. El partido liberal, cuyo nombre osaba apenas pronunciarse entonces, se manifestaba ahora lleno de vida y de esperanza; y una agitacion casi organizada estaba anunciando que no pasaria mucho tiempo sin que en los estados pontificios se viesen en toda su latitud las instituciones constitucionales.

La libertad en la discusion de las ideas; los escritos de la imprenta, llevados al mas alto punto de libertad, no obstante que existia la institucion de la censura, todo esto habia dado orígen á que los hombre se dividiesen, colocándose en diversas posiciones; habíanse creado los partidos.

Los que pertenecian al antiguo sistema de Gregorio XVI preveian un fin desastroso, y aunque ocultamente hablaban con resentimiento, mientras que los amigos de las novedades se abandonaban á las mayores esperanzas, y aguardaban verlas prontamente cumplidas.

Un año habia pasado y los partidos se observaban mútuamente. Los partidos en que se dividia Roma, aunque formados contra la voluntad y los esfuerzos del pontífice, eran los siguientes, que llamaremos con la misma denominacion con que aun son conocidos en aquella ciudad: el *oscurantista*, el *liberal* y el *republicano*.

Al primero pertenecian todos los hombres apegados al antiguo sistema de gobierno que, aunque despues del 16 de junio habian conservado sus empleos, veian en cada sucesiva reforma una amenaza de perderlos; los eclesiásticos, que contando con altas protecciones y recomendacion esperaban los grandes cargos del estado, y los frailes de los conventos ricos que veian amenazados sus bienes con las reformas, y los que en las ideas de libertad veian menoscabada la potestad de la iglesia.

Al partido liberal estaban afiliados todos los hombres que

aspiraban á ver dotada á Roma de instituciones semejantes á las de los pueblos mas cultos del mundo; los que sentian verse gobernados por el clero, sin que en el gobierno tuviesen participacion alguna los seculares; los abogados, los poetas y los literatos, que en las instituciones representativas veian un vasto teatro en donde poder elevarse á los mas altos puestos del estado.

El partido republicano estaba en una imperceptible minoría, empero estaba tambien compuesto de los hombres mas ardientes, que, queriendo esplotar en su provecho las antiguas tradiciones y glorias de Roma, meditaban su elevacion en el trastorno de todo lo existente, y que faltos tambien de mérito verdadero, fundaban todas sus esperanzas en su arrojo y en el ardor de su carácter.

El dia 17 de junio, aniversario de la elevacion del pontífice Pio IX, los habitantes de los diversos barrios de Roma, á donde habian acudido los representantes de las provincias con sus banderas, van al Capitolio y desfilan por delante de él, llevando á su cabeza el cuerpo militar de la guardia cívica, existente aun en tiempo de Gregorio XVI, y compuesto á lo mas de cien hombres, con una magnífica bandera que los boloñeses habian regalado al pueblo romano. Detras de este cuerpo organizado forman las turbas de todos los cuarteles de la ciudad, marchando militarmente; despues los representantes de las ciudades convidadas. Dirígense todos al monte Quirinal, donde el pueblo se presenta al pontífice, formado en órden militar, haciéndole comprender claramente con sus palabras y en su continente militar, al tiempo que van á felicitarle por el aniversario de su elevacion, que quieren la formacion de una guardia nacional; formacion que de hecho tenian ya, porque en casi todas las manifestaciones que habian precedido, cada barrio tenia su bandera, y estas banderas las llevaban los hombres mas populares y decididos de los barrios, como Ciceruacchio, Favella, Carabachi y otros, precedidos siempre de un tambor.

Asi las gentes de los respectivos barrios se reunian siempre en la plaza del Popolo, y desde alli se dirigian al palacio del Quirinal donde recibian la bendicion del pontífice. En este dia las turbas se habian presentado como siempre, empero antes de desfilar cantaron delante del pontífice el himno llamado del *Vexillo* ó de la bandera, himno que fué denominado nacional; y despues, atravesando en masa y militarmente la ciudad entera, pasando por delante de todos los cuerpos de guardia de los carabineros y de línea, condujeron la bandera á la iglesia de Santa María de los Angeles, las Termas de Diocleciano, (1) en donde el cardenal Ballufi, el primero de la crea-

(1) *Termas de Diocleciano.* De todas las termas de Roma eran estas las mas considerables; Olimpiodoro dice que 3,200 personas se bañaban al mismo

cion de Pio IX, bendijo con el Santísimo Sacramento á la multitud, despues de haber cantado el *Te-Deum.*

La guardia nacional no era en Roma una institucion nueva. En 1798 la establecieron los republicanos franceses; y la conservó Pio VIII á la vuelta de su largo destierro en 1814, viéndose imposibilitado de poner sobre las armas diez y ocho mil hombres, contingente que de él exigia el congreso de Viena. Los sucesores de Pio VIII redujeron los batallones de la milicia cívica que aquel habia conservado, y bajo el reinado de Gregorio XVI no quedaban mas que cien hombres, pero sin el derecho de nombrar sus oficiales, y como el solo recuerdo de una institucion de que habia disfrutado en otro tiempo la ciudad.

El grande agitador de la Irlanda, O' Connel, que á la fogosa elocuencia del tribuno popular reunia el celo de un apóstol, venia á Roma para recibir la bendicion de Pio IX, que habia comprendido como él que la religion es la inseparable aliada de la libertad; empero al llegar á Génova muere, legando su cuerpo á la Irlanda su patria, y su corazon á Roma.

El corazon del ilustre agitador del pueblo desgraciado que el papa habia socorrido pocos meses antes con sus generosas limosnas, es recibido por el pontífice con los mayores honores; paga de su bolsillo particular unas suntuosas exequias, y elige al padre Ventura para que pronuncie el elogio del campeon de la religion y la libertad.

El pueblo habia pedido la organizacion de la guardia cívica. El papa la habia hasta cierto punto consentido, escuchando y recibiendo afablemente la demostracion del dia de su aniversario. El ministro Gizzi se oponia á la adopcion de esta medida por un decreto; y el papa queria que su publicacion fuese precisamente para el aniversario del dia en que concedió la amnistía.

En vano el ministro hace presente al pontífice que con las armas en las manos del pueblo se ponia á merced de las turbas inconstantes siempre, y que el dia en que, ademas de cansado de tantas exigen-

tiempo. Para formarse una idea de la grandeza de este edificio, baste decir que comprende la iglesia y el jardin de San Bernardo con la casa que le es aneja y la grande iglesia del monasterio de Santa María de los Angeles, que era la sala principal de los baños de Diocleciano, y que por una creacion del genio de Miguel Angel es una de las mas magestuosas iglesias de Roma; está construida en forma de cruz griega; ocho columnas colosales de granito, de sesenta y dos palmos de alto y veinte y tres de circunferencia, sostienen su techo: uno de los cláustros de este monasterio que habitan los cartujos, tiene nada menos que cien columnas de mármol.

Las termas encerraban soberbios pórticos, magníficos salones, y todo lo que puede ser necesario y cómodo en un edificio semejante.

cias, su conciencia le obligase á resistir alguna, seria arrojado de Roma por los mismos hombres á quien iba á entregar los fusiles para defenderle. No queriendo, pues, cargar con la responsabilidad de semejante acto, ofreció su dimision. El decreto sobre la organizacion de la guardia cívica fué redactado por el subsecretario Corboli Bussi, y publicado el dia 5 de julio. Aunque Gizzi habia rehusado poner su firma á este decreto, no pudo resistir á las instancias del pontífice, y firmó, siendo este el último acto de su administracion. Fué nombrado en su lugar el cardenal Ferretti, legado de Pesaro, y primo del pontífice.

Gizzi habia sido el ministro de Pio IX cerca de un año, y su gobierno fué previsor, ilustrado y liberal.



CAPITULO VIII.

Armase por sí misma la guardia cívica.—Agitacion en Roma.—Temores de una conjuracion del partido reaccionario.—Alarma.—Prisiones.—Proyectos de asesinatos.—Pio IX salva á los perseguidos.—Roma sin gobierno.—Ciceruacchio, gefe del movimiento.—Nombramiento de Morandi, para gobernador de Roma.—Llegada del ministro cardenal Ferretti.—Suspéndense las fiestas del anniversario de la amnistía.—Primeros actos del ministerio Ferretti—Aprueba el armamento de las masas.—Los austriacos se apoderan de Ferrara.—Protesta del legado.—Exasperacion de Roma, su ardor guerrero.—Visita el ministro los cuarteles de la cívica.—Organizacion de la guardia cívica.—Armas de sus banderas.—Efecto de las manifestaciones continuas al Quirinal.—La revolucion es ya superior al pontífice.—Bases de la liga aduanera.—Edicto contra las prensas clandestinas.—Batallon nacional de niños, llamado de la Esperanza.—Fórmanse iguales en todas las provincias.—El papa concede á la cívica dar la guardia de su palacio.—Vivas á la Constitucion.—Edicto reprimiéndolos.

El armamento de la milicia nacional fué recibido con el mayor entusiasmo; empero la impaciencia popular que no conocia límites, viendo que pasaban algunos dias sin abrirse el alistamiento, creyó que esto era debido á las intrigas del partido contrario, y empezó á culpar en alta voz á los principales funcionarios. El pueblo abrió el alistamiento por sí mismo, y en breve las numerosas turbas acudieron á inscribirse, en los diversos barrios.

Aproximábase el aniversario de la amnistía, y tratábase de celebrarlo por el pueblo con tres dias de festejos públicos, colocándose en la plaza del Popolo la estátua colosal del pontífice.

Corre repentinamente el rumor de que los mal avenidos con las reformas del papa, los partidarios del absolutismo, preparan turbar las fiestas de la amnistía escitando una revolucion en que, apoderándose de la persona del papa, y encerrándole en un punto de las provincias, restablezcan el órden de cosas que las disposiciones de Pio IX habian hecho desaparecer. Cúlpase en alta voz al gobernador de Roma de estar á la cabeza de la conspiracion; al gefe de os carabineros, de cuya fuerza se desconfia; y se propaga que el principal autor de la conjuracion es el cardenal Lambruschini.

El dia 14 de julio aparecen notas manuscritas en las esquinas

de la capital, designando los nombres de los conspiradores, y pidiendo su arresto y su proceso. Ancho campo se ofreció á las venganzas particulares para escribir sobre estas listas fatales los nombres de sus enemigos; asi es que se vieron puestos sobre estas listas hombres que siempre habian figurado en la línea mas avanzada de las ideas liberales.

Hacíanse circular los mas absurdos rumores: decíase que Ciceruacchio habia recibido la espontaneacion del hombre á quien los conspiradores habian designado para asesinarle: los agitadores recorren los barrios esparciendo la alarma, y predicando que el pueblo se halla sin armas, sin organizacion y sin defensa, mientras que los conspiradores colocados en los altos puestos del estado, disponen de la fuerza pública.

El odio de las turbas populares se manifiesta mas marcadamente contra el cardenal Lambruschini, el gobernador Grassettini; los empleados en la policía Nardoni y Minardi; y el gefe de los carabineros, coronel Freddi.

Dirigidas por los clubs las turbas populares, cuya justicia es siempre tan bárbara como ejecutiva, resuelven el asesinato de estas cinco personas. La noche del 15 de julio, Ciceruacchio, seguido de sus turbas numerosas, marcha á San Andrea de la Valle para hablar al padre Ventura, y como si fuese una medida ordinaria de gobierno, le propone que el pueblo, cuyo nombre usurpan siempre los revoltosos de todos los paises, ha decidido matar á la mañana siguiente cinco personas, cuya medida ponia en su conocimiento para que se la hiciese presente al papa.

El padre Ventura concede, para contemporizar con las turbas, que es justa y legítima su indignacion, empero que el remedio puede producir mayores males; les exige y obtiene de ellos la promesa de no hacer nada antes de conocer las intenciones de Pio IX, prometiéndoles que al amanecer les trasmitiria él las órdenes mismas del pontífice. Ciceruacchio y sus turbas se retiran.

El padre Ventura marcha inmediatamente al Quirinal, y entera al papa de los peligros que amenazan á su pueblo. Encarga el pontífice al padre Ventura que tranquilice las alarmadas turbas, y aquella misma noche salen de Roma Nardoni y Grasettini. Lambruschini halla un asilo en el palacio mismo del pontífice, y á los tres dias parte para su arzobispado de Civita-Vecchia. El gefe de los carabineros abandonó tambien la ciudad, huyendo del puñal de los asesinos, y viendo la impotencia del gobierno.

La mas grande consternacion reinaba en Roma. El ministerio se hallaba desorganizado, porque aun no habia llegado el cardenal Ferretti, encargado de reemplazar á Gizzi. El gobierno de Roma, á que estaba aneja la policía, se hallaba vacante por haber

tenido que marcharse Grassettini. Casi todos los empleados inscritos en las fatales listas de proscripcion habian huido ú ocultádose. La mayor parte de la fuerza pública, privada de sus gefes, era un instrumento inútil ó temible. El mando se hallaba, pues, realmente en poder de Ciceruacchio.

Rodeado, como de un estado mayor, de los agitadores de los catorce barrios de Roma, da sus órdenes y sus disposiciones por medio de ellos cual si fuera el soberano de la ciudad eterna. Preséntase en el cuartel de los carabineros, y estos fraternizan con el pueblo al grito de: viva Pio IX! Los soldados, de bracero con los paisanos, recorren las calles de la ciudad, entran en casi todas las tabernas, y beben en señal de union en el mismo vaso. En estas farsas de fraternizacion pasaron los dias 14 y 15, entregada Roma á la anarquía, hasta que en la noche del 16 fué nombrado gobernador de la ciudad José Morandi, en recompensa de haber sido él quien habia descubierto la conjuracion que habia alarmado á los romanos, quienes acusaban de ella á Grassettini, que durante su gobierno habia hecho grandes beneficios á Roma, siendo finalmente el primero que habia osado pronunciar el nombre del *progreso*.

Las turbas acudieron con hachones encendidos á felicitar al nuevo gobernador, y recorrieron despues los diferentes cuarteles que en aquellos dias habian improvisado para la guardia cívica.

Grande era el terror en que se hallaba la ciudad de Roma. Ocultáronse la mayor parte de los inscriptos en las listas de proscripcion, y algunos buscaron su seguridad constituyéndose espontáneamente prisioneros en el castillo de Sant-Angelo, mientras que el populacho buscaba sediento de venganza á los otros, sin cuidarse de averiguar su culpabilidad, y sin mas crímen que el haber sido designados como traidores por cualquier enemigo particular. La fuerza de línea se hallaba consignada en sus cuarteles, y el pueblo dueño de la ciudad, tenia patrullando su nueva guardia cívica.

El cardenal Ferretti llega de su legacion de Pesaro á Roma en la noche del 16, ignorante de los sucesos que agitaban á la ciudad, y al entrar por la puerta del Popolo, las turbas que recorren la ciudad detienen su carruage, y le cuentan los peligros de que dicen han salvado la ciudad.

Las fiestas con que debia solemnizarse la amnistía, quedan suspendidas por precaucion, y solo se celebran con un banquete que el Círculo-Romano, especie de Casino donde se reunian las gentes mas distinguidas de Roma, los hombres mas eminentes en la literatura, en las artes y en la política, da á Ciceruacchio que habia sido el héroe de aquella jornada.

El dia 17 el cardenal Ferretti inaugura la direccion de su mi–

nisterio dando las gracias al pueblo romano por la moderacion que habia manifestado en la crisis por que atravesara, y citando el pasage del decreto de amnistía en que Pio IX declara que la justicia es el primero de los deberes, ofrece que se hará justicia severa de los enemigos del órden, disponiendo la formacion de causa, y dando las gracias en nombre del papa á los soldados y oficiales de la guardia cívica, reconociendo con aquel nombre á los gefes que los ciudadanos en los momentos de efervescencia habian nombrado por sí mismos.

Desde entonces la milicia cívica, aun antes de salir su reglamento, supo oficialmente que tendria el derecho de elegir á los que debian mandarla.

El dia 19 de julio, cuando Roma aun no habia vuelto en sí de la pasada agitacion, llega un correo estraordinario de Ferrara, que participa que los austriacos se habian apoderado de la ciudad, pidiendo al legado alojamiento para sus tropas, sobre cuyo acto habia protestado.

El Austria, segun los términos del artículo 103 del congreso de Viena, tenia el derecho de poner guarnicion en las dos plazas pontificales de Ferrara y Comachio. A vista de los sucesos que iban tomando cada vez un carácter de mayor gravedad en Roma, para no dejarse sorprender por lo que ocurrir pudiese, resolvió aumentar su guarnicion bajo el pretesto de que el capitan austriaco Jancowick habia sido insultado por un habitante de Ferrara, hecho cuya esactitud no se ha comprobado aun bien. La guarnicion austriaca ocupó militarmente la ciudad, sin avisar al legado, y desoyendo sus protestas contra la audaz violacion del artículo 103, que si bien concede la facultad de tener guarnicion en la ciudadela de Ferrara al emperador de Austria, no le concede empero ningun derecho sobre la ciudad.

La conducta del cardenal Ciachi mereció los mayores elogios: el Círculo-Romano le vota una medalla de oro; y el pueblo todo quiso protestar de una manera mas eficaz, con las armas en la mano. Abriéronse alistamientos voluntarios, y se organizó la reserva de la guardia cívica, ocupándose todos los dias los habitantes en ejercicios guerreros. Por todas partes no se oia mas que el ruido del tambor: parecian renovarse los antiguos tiempos de Roma, y diariamente se creaban nuevos batallones. Finalmente, el clero forma una asociacion, bien sea por entusiasmo, bien por miedo á la exaltacion que agita á los espíritus, y se obliga á una contribucion mensual para el armamento de la guardia cívica.

La milicia improvisada en Roma se organiza en todos los estados pontificios.

El ministro, cardenal Ferretti, en los dias 20 y 21 visita los

cuarteles de la guardia cívica y se manifiesta el mas celoso partidario y protector de esta institucion. ¡Curioso espectáculo por cierto el de un príncipe de la iglesia con su sotana de púrpura inspeccionando las armas de los soldados, y animando con sus palabras su espíritu guerrero!

Todos los periódicos de Roma repetian las solemnes palabras, primera vez por él pronunciadas: «mostremos á los enemigos que nos bastamos á nosotros mismos:» *Mostriamo agli inimicci che bastiamo á noi stessi!*

Las armas que en las diversas manifestaciones habia adoptado el pueblo en sus banderas, pasan á ser las de la milicia de Roma: la loba dando de mamar á los gemelos; emblema de recuerdo gentílico, que solo representa la prostitucion y el fratricidio. La moderna Roma no existia porque descendiese de la sangre de los romanos antiguos, porque pueblos tan elevados en nobleza y en valor como aquel, han desaparecido por el trascurso de los tiempos. La Roma de hoy, es la Roma de Pedro y de Pablo, que establecieron en ella la Sede de la verdadera religion, mantenida milagrosamente por sus sucesores, de los que dos de ellos, San Leon y San Gregorio, la salvan, uno de la crueldad de Atila, otro del furor de Genserico; ciudad lavada, purificada, y regenerada por el bautismo de sangre de millares de mártires, ciudad enriquecida por los pontífices que han hecho mas por su engrandecimiento y civilizacion bajo las alas misteriosas de la paloma, que hicieron jamás los *divinos* emperadores bajo el triunfante vuelo de sus águilas.

El dia 30 de julio, el gobierno para dar regularidad á la guardia cívica formada de la manera tumultuaria que hemos indicado, publica su reglamento, declarándola obligatoria para todos los ciudadanos desde los 21 hasta los 60 años, concediéndoles el libre nombramiento de sus oficiales y gefes, y dando á esta institucion la estension mas democrática, pues solo se escluian de ella á las personas que no pudiesen probar su irreprensible conducta política y su adhesion al gobierno pontificio.

Hemos visto á qué punto habia llegado en menos de un año el estado de las cosas.

Las continuas manifestaciones al Quirinal habian producido la costumbre de asociarse el pueblo, el cual se habia organizado por barrios; y al año, sus reuniones desordenadas en un principio, presentan todo el órden y el aspecto militar. Las manifestaciones al Quirinal iban á continuarse; empero las turbas de los barrios no eran ya las masas inermes de los ciudadanos, eran as masas de las guardias cívicas á quien la ley concedia el derecho de llevar las armas: se aproximaba el tiempo en que no se retirarian de la plaza del palacio Quirinal satisfechas con solo la bendi-

cion del pontífice-rey!! Eran la continuacion de los pretorianos de los césares!

Es un hecho inconcuso en la historia, y de ello nos ofrecen repetidos ejemplos la Francia y la España, que en todas las partes del mundo donde ha habido una revolucion, á los pocos meses de haberse emprendido una marcha nueva, ya los gobiernos no son dueños del movimiento, sino que corren arrastrados por la violencia del mismo. La revolucion de Francia en sus primeros años nos presenta á Luis XVI mas bien como un prisionero que como un monarca. En España, la reina María Cristina marcha de la amnistía al Estatuto, del Estatuto á la Constitucion de 1812, y de la constitucion de 1812 á la abdicacion en Valencia y á la emigracion.

Pio IX habia dado espontáneamente la amnistía; habia iniciado las reformas; habia prometido la Consulta de Estado; arma la milicia nacional: veremos que la revolucion, cuya sed es inestinguible como la del hidrópico, le demanda despues de la Consulta de Estado la Constitucion; otorgada la Constitucion, la Constituyente italiana, y cuando se niegue á ella le hará abandonar la ciudad eterna.

Una medida al parecer administrativa, empero que debia influir mucho en la suerte política de la Italia, inaugura el pontífice, de acuerdo con el rey de Cerdeña Cárlos Alberto y el duque de Toscana, firmando las primeras bases de la liga aduanera italiana el 2 de agosto.

Los últimos movimientos de Roma habian ocasionado grande agitacion en los ánimos, y grandes destituciones en los empleados públicos.

La agitacion se mantenia constantemente viva con los escritos sediciosos é incendiarios que todos los dias se publicaban sin someterse á la censura, y que salian de prensas clandestinas, contra las que el gobernador publicó un severo edicto.

Veíanse en la ciudad algunos niños vestidos de un modo ridículo, pero con aparato militar, con espadas y fusiles que les servian de juguete, y que en número de unos treinta eran conducidos todos los dias festivos al Foro Romano por un clérigo, que los instruia en el manejo de las armas.

Parecerá fútil que nos fijemos en este hecho; pero él fué el principio de un nuevo cuerpo, en que se alistaron la mayor parte de los niños de Roma, llamado el batallon de la *Esperanza*, que consta hoy de quinientos jóvenes vestidos con su uniforme regular, é instruidos en el manejo de las armas, bajo la direccion del capitan del ejército sardo Francisco Potrier.

El nombre de la Esperanza impuesto á este batallon, para significar que en ellos cifraba la patria las ilusiones de su porvenir

ha sido adoptado para iguales batallones formados en las provincias. Bolonia, Perugia, Macerata, Rávena, Forli, Viterbo, Rimini, Recanati, Terni, Urbino, Pésaro, tienen sus batallones de la *Esperanza*!

Estos niños, que seguramente podrian ocupar su tiempo en sus estudios y adquirir conocimientos útiles á la patria mejor que en esta farsa militar, figuraban en todas las paradas de la milicia cívica, y los veremos mas adelante hacer un papel muy principal en las revoluciones de Roma, siendo á ellos á quien el Círculo Popular ha fiado su custodia en los dias de su dictadura.

Pio IX queriendo dar una prueba del placer con que miraba la institucion de la guardia cívica, les concede que en los dias festivos den la guardia del cuartel real, y el 5 de setiembre permite al primer batallon haga el servicio en su palacio del Quirinal, donde les dá un espléndido refresco y les admite á besar su santo pie.

Los vivas que hasta entonces habia dado el pueblo romano habian sido solo á su pontífice. En este dia, en la calle del Corso (1), la mas pública y hermosa de Roma, á la hora del paseo público, se dan vivas á la Constitucion, y este grito es repetido diversas veces, dando márgen á que el ministro publicase una notificacion alabando á los romanos, á quienes suponia agenos de semejantes ideas, exhortándolos á mantenerse en la actual tranquilidad, y ofreciendo proceder contra los pocos que habian proferido estos gritos de sedicion. La revolucion debia ser fiel a su pasado y á su porvenir, debia, arrojada sobre el plano inclinado de las concesiones, seguir la ley eterna de los cuerpos físicos, debia constantemente por la ley de la gravedad llegar á su centro. La historia del mundo no debia quedar desmentida en Roma. Debia de dar al pontífice-rey las mismas pruebas de gratitud que habia dado á todos los monarcas del mundo.

Un gran dolor oprime en medio de los disgustos políticos el corazon de Pio IX. El abate José María Graziosi que habia sido su maestro, que era su amigo y consejero, muere. El pueblo todo de Roma se asocia á los funerales, las corporaciones del estado, la guardia cívica, acompañan al cadáver del amigo del papa, del modesto sacerdote que tanta parte habia tenido en las reformas políticas del pueblo romano!

(1) *Corso*. Esta calle, trazada sobre la antigua Via Flaminia, toma su nombre de las carreras de caballos que se verifican en ella por el carnaval, desde el pontificado de Paulo II.

Es la calle mas hermosa, y la mas frecuentada de Roma, viéndose en ella varios palacios, entre otros el palacio Ruspoli, en cuyas inmensas habitaciones bajas se encuentra el café Nuevo, estando situado enfrente el Circulo Romano, y á muy corta distancia en el palacio Fiano, el Círculo Popular.

CAPITULO IX.

Consecuencias de las reformas políticas de Roma en Europa.—Revolucion de Toscana.—Revolucion en Luca.—Ovacion al papa en 8 de setiembre.—Bendice á la guardia cívica.—Aplausos á Gioberti.—Llega á Roma el conde Mamiani.—Obsequios que recibe.—Agitacion en Nápoles y Turin.—Establecimiento del Municipio romano.—Sus bases.—Manifestacion popular por este decreto. —Funcion patriótica para fraternizar la cívica con el ejército.—Vacaciones en Roma todo el mes de octubre.—La convocacion de la Consulta de Estado. —Entusiasmo popular que produce.—Himno de Pio IX cantado en la plaza del Quirinal.—Malversaciones denunciadas por la prensa.—Castigos de los culpados.—Recompensa al periodista.—Establecimiento difinitivo de la liga aduanera.—Su importancia como base de la liga política.

Las reformas políticas de Roma, la cabeza del mundo cristiano, hechas por el pontífice, conmueven el mundo. Iban á abrirse las esclusas de la revolucion, y sus devastadoras ondas á precipitarse sobre el universo entero. Las naciones furiosas, ciegas, marchan como poseidas de un vértigo feroz, y la anarquía parece que va á enseñorearse de la tierra.

La ocupacion de Ferrara, la irritacion que muestra á su noticia el pueblo romano, y la rapidez con que se arma, precipita los sucesos que temia el gabinete de Viena. El gran duque de Toscana adopta el primero la política del papa, y el 4 de setiembre dota á sus súbditos de instituciones análogas á la del pueblo romano, instituciones que no podian mantenerse en aquel estado; preludio inevitable de mas lata libertad, principio de una serie de forzadas concesiones.

En Luca, el pueblo se levanta, pidiendo al duque iguales instituciones; empero el movimiento es comprimido, y los agitadores encerrados en los calabozos de Viarrejio. Al dia siguiente el pueblo marcha al encuentro del príncipe, y clama tumultuosamente por la libertad de los prisioneros. Los antiguos ministros del duque son forzados á presentar su dimision, y Cárlos Luis de Borbon promete solemnemente al pueblo darle iguales instituciones que las que tenian sus vecinos de Toscana.

La facilidad que ofrecen los caminos de hierro, hace que las poblaciones de Pisa, Liorna y Florencia se trasporten casi en masa á visitar la ciudad de Luca, y desplegando la bandera del pontífice sobre el primer vagon del convoy, se entregan al mayor júbilo, siendo recibidos en Luca entre el estrépito de los cañones y el sonido de las campanas, victoreando á Pio IX y á la libertad, á Leopoldo II y á Luis de Borbon!

Poco tiempo despues de esta demostracion, Cárlos Luis de Borbon abdica su poder y cede su principado á la Toscana, mediante una fuerte pension, y la causa de la Italia central adquiere una posicion muy ventajosa.

Estas noticias exaltan el ánimo de los romanos. El dia 8 de setiembre, al marchar, segun la antigua costumbre, el pontífice á la iglesia de Santa María del *Populo*, en cuya plaza se habia colocado la estatua colosal que debió servir para las fiestas de la amnistía, en el mismo punto en que el año anterior se hallaba el magnífico arco de triunfo, levantado por Ciceruacchio y sus compañeros, esta marcha no fué sino un paseo triunfal, y una continuada ovacion. La guardia nacional formada en cuadro, recibe las bendiciones del pontífice en medio de las aclamaciones de la multitud, y le acompaña al palacio del Quirinal, desde cuyo balcon vuelve á bendecirlos.

Las preferencias marcadas que el ministro Ferretti concedia á la guardia nacional, escitaron la rivalidad y celos de las tropas de línea y de los carabineros. El pontífice, manda á su ministro que visite los cuarteles de línea y de los carabineros y el fuerte de Sant Angelo.

El abate Vicente Gioberti, que con sus escritos habia difundido las ideas de libertad en la Italia, escitando los ánimos á la independencia, y escribiendo contra la compañía de Jesus, Gioberti cuyo nombre repetian con aplauso los liberales de toda la península itálica, es aplaudido públicamente en las calles de Roma.

El conde Terencio Mamiani, cuyos talentos eran conocidos en la Italia por su historia de la filosofía antigua, orador distinguido, poeta de gran nombre, se hallaba desterrado por haber tomado una parte muy activa en los movimientos liberales en la época de Gregorio XVI. La amnistía del pontífice exigia de los amnistiados la palabra de honor de vivir dóciles y sometidos á su gobierno. Mamiani rehusó someterse á esta condicion; esperaba sin duda que los sucesos le hiciesen volver á Roma sin condicion alguna, y afectaba aparecer asi mas grande que tantos ilustres proscriptos como habian admitido la generosidad y clemencia de su príncipe. Llega esta á tal punto, que Pio IX le concede venir á Roma, y aun lo recibe en su palacio del Quirinal con la mayor afabilidad, reconviniéndole con la admirable dulzura que forma su carácter, porque aun quiere

permanecer rebelde á pesar suyo, y ofreciendo abrirle sus brazos cuando Dios quiera conducirle á ellos!

Mamiani permanecia en Roma sin ser vigilado, sin la menor molestia, como si hubiese hecho su entera sumision. El Círculo Romano, los periodistas, á cuya cabeza se encuentran Orioli y Sterbini, redactores de la *Vilancia* y el *Contemporáneo*, le ofrecen suntuosos banquetes, á cuya mesa hacen sentar tambien al agitador Ciceruacchio.

Mamiani debia ser muy pronto el alma de la revolucion, que iba á agitar á Roma y á lanzar de su seno al sacerdote-rey, al santo, por haber practicado la justicia y sacrificádose por sus pueblos.

El ejemplo de la Toscana y de Luca agita el reino de Nápoles; el monarca de Turin observa una dudosa neutralidad en las cuestiones políticas; empero ambos pueblos se conmueven, y mientras que el monarca de Turin cede al movimiento popular, el rey de Nápoles hace fusilar á los rebeldes, pone á precio la cabeza de sus gefes, y declara que no quiere oir nada en tanto que dure la insurreccion.

Módena, Parma y Milan presentan tambien síntomas marcados de inquietud.

El 2 de octubre fíjase en las calles de Roma el *motu-propio* para el establecimiento del Municipio romano, que habia sido encargado á una comision el 2 de marzo. El pontífice quiere dar á Roma, como dice en el preámbulo de su decreto, el esplendor antiguo de su representacion comunal, creando un consejo y un senado, que deliberen y ejecuten todas las resoluciones en los diversos ramos de la administracion municipal.

Este cuerpo municipal debia ser la primera vez nombrado por el papa, y de los cien individuos que debian componerle, los cuatro diputados para representar á los cuerpos eclesiásticos y los establecimientos públicos, debian ser nombrados por el cardenal vicario la mitad, y la otra mitad por la autoridad gubernativa. En lo sucesivo el nombramiento debia ser hecho por el mismo consejo, y su presidencia correspondia á la autoridad gubernativa, debiendo ser el término de su duracion ordinaria tres años, y no pudiendo convocarse estraordinariamente sino cuando el soberano pontífice lo determinase espresamente.

La magistratura del cuerpo municipal ejecutivo debia constar de un senador y de ocho conservadores, constituyendo el Senado romano. El consejo nombraba esta magistratura entre los individuos de su propio seno; empero el senador debia ser escogido por el pontífice de una terna que le presentasen entre los consejeros de mas alto mérito, de mas elevada cuna y riqueza.

Este decreto, que ponia los intereses materiales de Roma en

mano de sus principales ciudadanos, escita la alegría y el entusiasmo del pueblo, que como de costumbre, se transporta en masa al Quirinal, recibe la bendicion del pontífice, y recorre dando alegres vivas la ciudad espontáneamente iluminada. Al dia siguiente repítense iguales demostraciones por la mañana y por la noche.

La rivalidad entre la guardia cívica y la tropa de línea existia; podia de un momento á otro surgir un conflicto que ensangrentase las calles de Roma. La preponderancia que habia tomado la guardia cívica, las contínuas distinciones de que era objeto por parte del gobierno romano humillaba á la tropa de línea.

Creen, pues, que una fiesta patriótica, un paseo militar, es el medio de hacerlos fraternizar, y disponen esta funcion en la pradera de la Farnesina, vastísimo recinto que se estiende entre las pendientes del monte Mario y el puente Molle (1). El pontífice quiere tomar una parte en esta fiesta nacional, y bendecir á la vez todos sus hijos reunidos.

El 8 de octubre es el dia señalado para esta funcion patriótica; y los catorce batallones de la guardia cívica, la tropa de línea y los carabineros, se forman todos en el mismo campo de batalla en donde quinientos años antes el cristianismo habia triunfado, en donde Constantino habia agrupado sus tropas al rededor del Lábaro, consiguiendo aquella famosa victoria que cambió la religion del imperio.

El pontífice desde la terraza del jardin del Vaticano presencia este espectáculo, y dá la bendicion á su ejército reunido, que le aclama con entusiasmo, colocado entre el sepulcro de los apóstoles Pedro y Pablo, y el campo de batalla de Constantino, estas dos grandes etapas del cristianismo.

El mes de octubre es consagrado en Roma á las vacaciones. Ciérranse los tribunales; suspéndense los trabajos en los diversos ministerios, y ¡cosa inconcebible! el Estado queda en una completa paralisis. El pontífice aprovecha esta época para visitar las ciudades de Albano, y Castell-Gandolfo, y el puerto de Ancio, cuyas ruinas examina diligentemente, y en donde ordena importantes reparaciones. En todas partes es recibido con iguales aclamaciones.

Mientras todos descansan, el pontífice constituye definitivamente en el 15 de octubre la Consulta de Estado, decretada ya en el

(1) *Puente Molle* llamado en otro tiempo Mulvius, existia segun Tito Livio, cuando la batalla de Metauro, ganada por los romanos sobre Asdrubal.

Es célebre por la batalla de Constantino contra Magencio; dada cerca de Saxa-Rubra, y que decidió de los destinos del mundo haciendo que reinase en él el cristianismo.

14 de abril, y la que teniendo ahora verificadas todas las elecciones, convoca de fijo para este dia.

Imponderable es el entusiasmo que despliega el pueblo romano apenas se promulga este decreto. Ciceruacchio y los gefes de los diferentes cuarteles, y los miembros del Círculo Romano, asi como los de otro círculo mas avanzado aun en ideas liberales llamado el Popular, organizan la multitud, y con las banderas de los barrios se dirigen por la noche al Quirinal, llevando inmensidad de antorchas que distribuyen á su costa, y haciendo pasar carretas cargadas de ellas por la multitud, á fin de evitar desórdenes en la distribucion. Ademas, habian enviado comisionados al Capitolio y á todas las iglesias, para que el ruido de mas de trescientas campanas acompañase al magestuoso ruido de las músicas que marchaban al frente de esta imponente y solemne procesion.

El himno de Pio IX, ese cántico nacional debido á la lira de Rossini, el Cisne de Pésaro, que habia enmudecido por tanto tiempo, es cantado delante del Quirinal, y repiten sus coros mas de cien mil personas, cuyos ecos atronadores penetran hasta en el palacio del pontífice. Sale éste al balcon, y á su presencia levántanse todas las antorchas, rinden las banderas, y un profundo silencio acoge las palabras y la bendicion del pontífice, á que responden despues millares de frenéticos gritos de entusiasmo y alegría.

Un suceso viene á escitar nuevamente el odio contra el gobierno austriaco. Un centinela de esta nacion habia disparado su fusil contra un ciudadano de Ferrara, y herídole peligrosamente. El cardenal legado habia protestado, empero sus protestas fueron desoidas.

El 2 de noviembre hizo el papa los nombramientos para el municipio y el senado romano.

El 4 de noviembre, segun la costumbre de todos los años, el pontífice va á la iglesia de San Cárlos del Corso, en honor del santo arzobispo de Milan. Este dia, entre las aclamaciones al papa, se oyen en el pueblo gritos y aclamaciones al reino Lombardo-Veneto, que ocasionan grandes recelos al Austria.

La prensa seguia escitando y manteniendo cada vez mas viva y fuerte la agitacion en los ánimos. La censura era una cosa puramente nominal: los censores no se atrevian á condenar nada en política, limitándose casi sus funciones á vigilar sobre la pureza del dogma: sabian que el pontífice estaba por la latitud en la prensa.

Un nuevo incidente viene á corroborar estas ideas. El *Contemporáneo* reveló actos de corrupcion cometidos por tres altos empleados de la administracion romana; y denunció tambien los enormes é inmensos beneficios con que, violando los contratos, habia aumentado su fortuna el opulento y riquísimo banquero príncipe Torlonia,

empresario muchísimos años habia de las dos rentas mas productivas del Estado, los tabacos y las sales.

El pontífice ordenó que se hiciese una averiguacion judicial de los escesos que denunciaba la prensa; averiguóse la verdad; los tres culpables fueron arrojados de la administracion pública, y se tomaron disposiciones para que el príncipe Torlonia cumpliese fielmente sus contratos, porque Pio IX no retrocedia ni delante del rango ni de la fortuna. El redactor del periódico fué llamado al Quirinal; recibió las felicitaciones del pontífice, y pocos dias despues el destino de empleado de la estadística administrativa cerca de la Consulta de Estado.

Los preliminares de la liga italiana asentados el 2 de agosto último eran para la diplomacia europea un golpe terrible; y el pontífice no queriendo detenerse en solo los preliminares, sino queriendo fijarla establemente, hace que la concluyan y firmen monseñor Corboli Busi por parte de Roma, el conde de San Marzano por la Toscana, y el caballero Martini por la Cerdeña, en Turin el 3 de noviembre, autorizados por Pio IX, Cárlos Alberto y Leopoldo II. Fernando de Nápoles y Francisco de Módena, no entran en ella á pretesto de tomarse tiempo para deliberar; empero todos conocieron que era una negativa.

Este acto, con respecto al punto de mira de la unidad italiana, es el mas importante que se habia adoptado hasta entonces: el pontífice comenzaba para la Italia el edificio que la Prusia por el Zollverein construyó para la unidad alemana. Los estados sardos, el gran ducado de Toscana, y los estados de la Iglesia no formarán mas que una sola potencia con respecto á las aduanas.

Bien pronto esta liga hizo suspirar por otra que asegurase la independencia de toda la Italia bajo una misma mano, y que reuniendo los veinte y dos millones de sus habitantes, la devolviese su antigua gloria y nacionalidad. Juzgaban unos que el llamado á tan alta empresa era el pontífice, que habia iniciado las reformas liberales; juzgaban otros que esta empresa estaba reservada á la espada de Cárlos Alberto, quien mas tarde, arrastrado por iguales ideas, tal vez por no comprometer su corona, debia esponer en los campos de batalla sus ejércitos y sus recursos, y á cambio de un momentáneo relámpago de gloria y de victoria ser acusado de traidor un dia, por los mismos que le destinaban para libertador de la Italia!

CAPITULO X.

Apertura de la Consulta de Estado.—Marcha triunfal de los consultores al Vaticano.—Demostraciones de alegría.—Llegada del lord Minto.—Organizacion de los auditores de la Consulta hecha por Mr. Cormenein.—Vuelta de Lambruschini á Roma concedida por el papa.—Organizacion de un ministerio responsable, aunque eclesiástico aun.—Dia 1.° del año 1848.—Alarma por estar guarnecido de tropas el Quirinal.—Media el senador de Roma entre el gobierno y el pueblo.—Visita Pio IX los cuarteles de nacionales.—Bandera que Ciceruacchio pone sobre el coche del papa.—El papa se pone malo y no bendice al pueblo.—Edicto de la magistratura romana.—Falta de recursos.—Miseria.—Empréstito —Funerales por los estudiantes muertos en los motines de Milan y Pavía.—Sermon del padre Gavazzi.—Agitacion.—Reclúyesele, y es obligado el gobierno á ponerlo en libertad.—Modificacion en el ministerio nombrando un ministro de la guerra secular.—Popularidad exagerada del ministro Ferretti.—Convida á su mesa á Ciceruacchio.—Pide el ministro poder discrecional para remover los empleados.—Negativa del papa.—Hace dimision.

Llegó el dia en que Roma comenzó á asimilarse á las naciones constitucionales.

La Consulta de Estado entra el 15 de noviembre en posesion de los derechos que el soberano pontífice le habia conferido por su circular de 14 de abril y su decreto de 15 de octubre.

Los diputados de las provincias son recibidos por el papa en la sala principal del Quirinal. El pontífice desde su trono los invita á ocuparse de las necesidades de los pueblos, y recibe las gracias de aquellos nuevos representantes del pais; da su bendicion á la nueva asamblea, y la invita á comenzar inmediatamente sus trabajos.

Magnífico espectáculo presentó Roma acompañando á sus nuevos representantes desde el palacio del pontífice al palacio del Vaticano (1), destinado para sus sesiones.

(1) *Vaticano.* Tomó su nombre de *vaticinia* por los oráculos que en él se daban en tiempo de los etruscos veyos, á los que Rómulo lo arrebató. Sobre esta colina reposaban en otro tiempo las cenizas de Rómulo, el fundador del poderío romano; hoy se venera en ella la tumba de Pedro, el pescador, el príncipe de los apóstoles, y el primer gefe de la iglesia católica; en otro tiempo se veia allí

Los dragones del pontífice abrian la marcha de la comitiva, y cada representante marchaba en un carruage solo, rodeado de una diputacion de los ciudadanos de la provincia que representaba, llevando las armas y las banderas de la legacion del diputado: dos batallones de la guardia cívica cerraban la comitiva.

Una grande demostracion del pueblo romano celebró aquella noche tan fausto suceso, recorriendo las calles de Roma á la luz de las antorchas, y llevando las banderas de Toscana y de Cerdeña con la corbata de los colores italianos, verde, blanco y encarnado, cantando el himno de Pio IX, y dando fervientes vivas á este pontífice y á las ligas aduanera é italiana. Los representantes de Leopoldo y de Cárlos Alberto se asomaron á los balcones de sus palacios, y redoblaron el entusiasmo de la multitud con su presencia.

Marchó tambien el pueblo á festejar al lord Minto, rico Par de Inglaterra que, viajando por Italia, llega á Roma con particulares instrucciones de su gobierno, siendo el representante oficioso de una reina protestante, que por la Constitucion de su pais no podia entrar en comunicacion con la Santa Sede sin perder por aquel hecho todos los derechos á su corona.

Lord Minto, recibido afablemente por el papa, queda como todos prendado de su candor, de su noble afabilidad, y á su vuelta á Inglaterra debia ser uno de los mas decididos partidarios del restablecimiento de las comunicaciones oficiales con la Santa Sede como potencia temporal; bello proyecto, que no ha podido aun llevarse á cabo por la esclusion que de los individuos del estado eclesiástico para representantes del pontífice en la Gran Bretaña, ha hecho el parlamento, esclusion que sin una humillacion muy grande no podia admitir el gefe del cristianismo. El lord Minto presenció el entusiasmo del pueblo romano por el sumo pontífice-rey.

Al lado de la Consulta de Estado, Pio IX crea otro cuerpo que podia mirarse como el plantel de los empleados públicos; el cuerpo de los auditores de la Consulta de Estado.

Uno de los mas ilustres publicistas de Francia, Mr. Cormenein, habia presentado al pontífice una memoria sobre la organizacion de

el circo del bárbaro Neron, hoy se admira el palacio del gefe visible de la iglesia.

Leon IV reunió esta colina al castillo de Sant Angelo y al monte Janículo por medio de un inmenso murallon, á fin de garantir la basílica de San Pedro de las invasiones de los sarracenos; así es que el espacio comprendido dentro de este muro se llama la ciudad Leonina.

Este palacio ha sido siempre la residencia ordinaria de los pontífices; y es tal su magnitud, que reunido el palacio á la iglesia de San Pedro, de que es una continuacion, comprende una area mas estensa que la de algunas capitales de Europa, como Turin, capital de Cerdeña.

este cuerpo; y el papa con una espresiva carta premia su celo, confiriéndole la órden de Pio IX que pocos meses antes habia creado para recompensar la virtud y el mérito.

Roma acababa de entrar de hecho en el gobierno representativo. A la Consulta de Estado se habia sometido la revision de las mas importantes leyes, entre ellas la de la libertad de la imprenta.

Los enemigos de las reformas se hallaban aterrados, y se agitaban sordamente.

El cardenal Lambruschini, que en el movimiento popular de julio habia hallado un asilo al lado del mismo pontífice, hasta que el 16 pudo marchar con seguridad á su obispado de Civita-Vecchia, se hallaba alli en una posicion crítica: temia que en cualquier movimiento popular encontrase menos recursos de defensa en una ciudad pequeña y aislada que en la populosa Roma. Suplica, pues, al pontífice le permita volver á la ciudad eterna, y contra el dictámen de las personas que se oponen á esta medida, Pio IX no quiere transformar en un verdadero destierro la ausencia del antiguo ministro de Gregorio XVI, de un anciano que habia por tanto tiempo ejercido el poder, y que sufria todas las humillaciones que lleva consigo el odio popular. En Roma, la presencia del papa podia garantirle de cualquier insulto; en Roma, confundido entre los demas cardenales, encontraba mas medios de seguridad que en la reducida capital de su obispado. Volvió, pues, á habitar su palacio de la Consulta, inmediato al del Pontífice.

La reforma gubernativa acabó de completarse el dia 29 de diciembre, sustituyendo por un decreto al antiguo consejo de ministros un ministerio constitucional, en el que por primera vez se limita la autoridad de los ministros, cuyas decisiones habian sido hasta entonces sin apelacion, y se les declara responsables.

Compúsose este ministerio del cardenal Ferretti, para Negocios Estrangeros; monseñor Amici, para lo Interior; el cardenal Mezofanti, para Instruccion Pública; monseñor Roberti, para Gracia y Justicia; monseñor Morichini, para Hacienda; el cardenal Riario Sforza, para Comercio; el cardenal Massimo, para Trabajos Públicos; monseñor Rusconi, para los negocios de las armas, ó sea para la Guerra; y finalmente, monseñor Savelli, para la Policía.

Todos los ministros pertenecian, como se ve, á la prelatura; empero dentro de muy breve el poder debia pasar todo entero á manos de los seculares, evitándose asi el espectáculo algo ridículo en una nacion, que habia entrado en el sistema de las reformas, de que el escelentísimo y reverendísimo monseñor ministro de la Guerra se ocupase de la organizacion del ejército, y al mismo tiempo cantase la misa, recitase las horas canónicas y predicase la paz y el Evangelio.

Habia llegado el 1.º de enero de 1848. Grandes reformas se habian hecho en el de 1847!!!....

Preparábase el pueblo como en los años anteriores á trasladarse al Quirinal, para cumplimentar á Pio IX. El punto de reunion era el consabido, el de siempre, la plaza del Pueblo; la hora, la del anochecer, porque el pueblo romano estaba acostumbrado á hacer todas sus demostraciones al resplandor de las antorchas. Pronto va á marchar el pueblo, la alarma se esparce entre las turbas, noticiosas de que el palacio de Pio IX se hallaba rodeado de fuerza armada, y dispuestas las tropas á impedir la llegada del pueblo hasta alli. El pueblo estaba en posesion, como hemos visto, de llegar libremente hasta las puertas del palacio de su soberano, y de verle salir en medio de sus frenéticos aplausos al balcon. Así, pues, el furor del pueblo no conoce límites. Agítanse las masas, y un conflicto inminente iba á estallar entre la fuerza pública y las turbas populares.

El senador de Roma, príncipe Corsini, gefe de la magistratura popular ejecutiva constituida recientemente en la organizacion del municipio romano, marcha á verse con el pontífice, y vuelve en seguida á pacificar á las turbas, manifestándoles que Pio IX se halla plenamente tranquilo, convencido de la fidelidad é inalterable sumision de los romanos, á los que al dia siguiente se reservaba dar una prueba de su benignidad.

Las tropas que guarnecen el Quirinal reciben la órden de volver á sus cuarteles, y el monte queda libre para el tránsito de los carruages y de las gentes del pueblo que en gran muchedumbre se presentaron ante el palacio.

Al dia siguiente, 2 de enero, el pueblo presenció su victoria. Pio IX habia prometido pasar por delante de los cuarteles de la guardia cívica sobre las tres de la tarde. Apenas ha salido el pontífice de su palacio, de repente la magnífica calle del Corso aparece adornada con cien banderas, y llena de un estraordinario concurso. Al entrar por la plaza del Popolo muchos pelotones de cívicos rodean su carroza, y los sigue una inmensa muchedumbre.

Ciceruacchio salta sobre la trasera del coche del pontífice, y desplega una grande bandera blanca y amarilla, colores del papa, en la cual estaba escrito: *Santo padre, fidattevi del popolo.*

Atronadoras eran las aclamaciones que resonaban por todas partes. Pio IX se hallaba conmovido; y al llegar al cuartel del segundo batallon, situado al principio de la calle de las Tres fuentes (Tre fontane) á la falda del Quirinal, suplica que se calme el entusiasmo, y que callasen los escesivos vivas, porque se sentia indispuesto.

Cuántos combates interiores, cuánta angustia no sentiria el

corazon del venerable pontífice al escuchar aquellos aplausos, que en su alta sabiduría debia conocer eran preludio de sangrientas escenas.

Su marcha, su paseo triunfal en la apariencia, no era su triunfo. Era el triunfo del partido que la noche antes habia obligado á retirar las tropas del Quirinal!

Calla efectivamente el pueblo; y con religioso silencio le acompaña hasta el patio de su palacio. Al bajar del coche da las gracias cortesmente á las turbas, y les ruega hagan saber á los demas que necesitando reposo no podia dar desde el balcon la bendicion acostumbrada.

El pueblo se hallaba satisfecho, habiendo conseguido la desaprobacion de las medidas que le impidieron el dia anterior su aproximacion al Quirinal. En aquel mismo dia la magistratura romana publicó una proclama, escrita en el sentido mas liberal y progresista, que puede considerarse como una profesion de principios, y jurando sus individuos emplear todo su entendimiento, toda su vida, y su firme voluntad en sostenerlos.

Al estado de intranquilidad y sorda agitacion en que se hallaba Roma, se agrega la falta de recursos, aumentados considerablemente los gastos con el armamento de la guardia cívica. En vano proponen algunos á Pio IX que disponga de los bienes eclesiásticos para atender con el producto de su venta á las necesidades públicas; en vano le pintan que en las graves urgencias que aquejaban al Estado, bastaria reservar una pequeña parte á los que se habian dedicado á la vida eclesiástica y religiosa, disponiendo de la supérflua: resistió el papa constantemente esta medida, y se apeló á un empréstito como en los tiempos de Gregorio XVI.

La casa de Haute suministró un millon de escudos, ó sean veinte millones de rs., si bien á mejores condiciones, que los que en otra época habia hecho la casa de Rostchill.

Los estudiantes de Pavia y de Milan, entusiasmados con las reformas hechas en Roma, y queriendo promover un movimiento insurreccional en dichas ciudades, se habian reunido al rededor de una bandera cantando el himno nacional romano, contra las prohibiciones del gobierno austriaco, cuyas autoridades dispersaron con las armas su tumultuosa reunion.

Los estudiantes de la universidad romana, para honrar su memoria, celebran por los de Pavia unos solemnes funerales, en los que el padre Alejandro Gavazzi, Bernavita, lee desde el púlpito la oracion fúnebre en la que, dando rienda suelta á su fogoso carácter, bajo el pretesto de defender la causa de la independencia italiana, vierte las ideas mas disolventes y sediciosas, concitando los ánimos á la insurreccion.

El gobierno no podia tolerar semejante desman; relega al imprudente predicador al convento de San Buenaventura; empero apenas se sabe semejante noticia, una multitud de personas van en tropel á visitar al nuevo huésped del Palatino. El Casino de los nobles, la Sociedad artística, el Círculo Popular y el Romano, le dirigen cartas de felicitacion, y se nota en todas partes una sorda agitacion para obtener su libertad. El gobierno manda en un principio que salga de Roma, pero despues cede y anula sus anteriores disposiciones.

Al dia siguiente, 12 de enero, los estudiantes celebran solemnes exequias por los estudiantes que habian muerto en Milan. Salen de la universidad, y se dirigen á la iglesia nacional de San Cárlos del Corso, precedidos de su bandera cubierta con un negro crespon, vestidos de luto, y llevando en sus sombreros una rama de cipres. El batallon de los niños de la Esperanza figura en esta ceremonia, en la cual se ve tambien el ministro de Cerdeña, los diputados de la Consulta de Estado, y un gran número de patriotas milaneses emigrados.

Una apoplegía fulminante termina la existencia del cardenal Francisco Severio Massimo, ministro de los Trabajos públicos, en el acto de salir del consejo de ministros. Monseñor Rusconi, que era ministro de la Guerra, le sucede en su lugar; el papa condesciende en nombrar para la direccion de aquel importante ramo á un secular, eligiendo al príncipe Pompeyo Gabrielli, cuyo nombramiento es recibido con disgusto, porque si bien el príncipe estaba dotado de eminentes cualidades, tambien era estremadamente severo en la disciplina militar, y las tropas pontificales no se hallaban habituadas á la obediencia y á la sujecion, siendo muy débil necesariamente por su naturaleza la autoridad que sobre ellas ejercian los ministros eclesiásticos de la Guerra.

El cardenal Ferretti se manifestaba eminentemente popular. Llevaba tan adelante su condescendencia que hasta habia sentado algunas veces á su mesa al agitador Ciceruacchio, teniendo que sufrir y aun celebrar con risa los arranques patrióticos del grosero tribuno. Al brindar en una comida con el ministro de Estado, en su *Villa* del monte Soracte, Ciceruacchio habia dicho: «Bebo á la salud de vuestra eminencia y de nuestro padre santo, pero por los dos solos, los demas son unos galeotes, (galeotacce).»

Diversas veces habia el cardenal Ferretti propuesto á su primo y soberano la necesidad de que le confiriese un poder absoluto y discrecional para mudar todos los empleados del Estado. Pio IX era enemigo de toda clase de reacciones, y aunque en vano, trató de moderar el ardor de su ministro, que se dejaba arrastrar demasiado por el curso de los sucesos. Insistió el ministro y presentando su di-

mision la noche del 20 de enero fué la última de su primera existencia política. Partió de Roma, y marchó á Rávena, en calidad de legado de aquella ciudad y provincia.

El ministerio del cardenal Ferretti, menos previsor que el de Gizzi, mimó á los agitadores, los sentó á su mesa, y no tuvo vigor para sostener sus órdenes.... preparó mucho de los dolores y de las tempestades que iban á descargar sobre la cabeza tan clemente y venerable de Pio IX, de esa cabeza que no es dado olvidar á los que han tenido la dicha de haberla visto y contemplado!



CAPITULO XI.

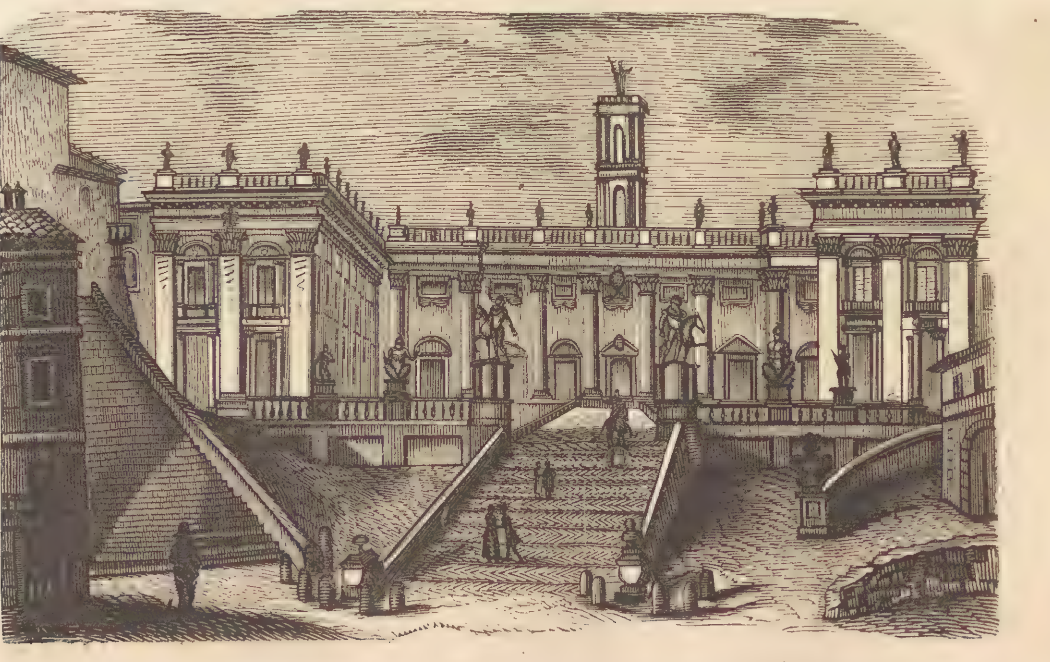
Revolucion de Palermo.—Agitacion en Nápoles.—El rey otorga una constitucion. —Regocijos en Roma por este suceso.—Prision de un cívico por delitos comunes.—Tumulto.—Es puesto en libertad.—Ministerio del cardenal Bofondi.—Al dia siguiente hay un pronunciamiento contra él.—Promesa del papa de cambiar el ministerio.—Encíclica del papa.—El pueblo en el Quirinal en demostracion de alegría.—Pio IX habla desde el balcon al pueblo.—Sus palabras. —Bendicion condicional.—El papa en el balcon con el estado mayor de la cívica.—Alocucion y encargo que hace á esta.—Reitera su promesa de cambiar el ministerio dentro de la semana.—Nuevo ministerio en que entran la mitad seglares.—Comision para la formacion de una constitucion.

Palermo, la capital de la Sicilia, habia oido las concesiones de Pio IX, de Leopoldo, de Cárlos Alberto, y esperaba tal vez obtenerlas del mismo modo de la mano de su rey; empero llevada de su impaciencia, el 12 de enero empuña las armas, combate contra los soldados napolitanos con toda la rabia, con todo el furor que inspira la antigua antipatía entre estos dos paises; establecen un gobierno popular, desechando las concesiones que para terminar la revolucion les hace mas tarde el rey de Nápoles; y en la ebriedad de una victoria completa, á la vista de sus plazas regadas con su sangre, y en presencia de las barricadas que habian levantado cubiertas con los cadáveres de sus habitantes, proclaman la destitucion del rey Fernando, y constituyen un gobierno provisional.

Palermo fué la primera ciudad de Italia que llevó mas adelante la revolucion, plantando la bandera tricolor.

El ejemplo de Palermo, los contínuos movimientos que se observan en Nápoles mismo, hacen por fin que el rey otorgue á sus súbditos una constitucion. Ya pocos dias antes muchos ciudadanos de Roma habian dirigido una esposicion escrita por el célebre César Balbo al rey de Nápoles, pidiéndole que separase de su lado á su primer ministro Francisco Saverio del Carreto, y que adaptándose á las actuales exigencias de los tiempos, hiciese algunas concesiones á sus pueblos; asi es que fué muy grande la alegría que produjo en Roma la noticia del cambio político de Nápoles.





CONVENTO DE ARACELI. EL CAPITOLIO. PALACIO DE LA MUNICIPALIDAD.

El senado romano invita en un edicto al pueblo á celebrar el acto singular de Fernando con una iluminacion general en la ciudad. Las turbas se reunieron como de costumbre en la plaza del Popolo, y con las banderas pontificales, napolitanas y tricolores, marcharon cantando el himno nacional hácia el Capitolio (1).

Al pasar por delante del convento de los jesuitas, gritaron ¡viva Ganganelli, viva Gioberti, viva la Italia! Un jóven pintor de la sociedad de las Bellas Artes, al llegar al Capitolio ató la bandera tricolor de la Italia á la mano derecha de la estátua ecuestre de Marco Aurelio. Un frenético aplauso resonó entonces en todas partes, jurando dar la vida en defensa de aquellos colores de la libertad italiana.

La agitacion se habia constituido ya en el estado normal de la ciudad de Roma.

El dia 13 de enero un individuo de la guardia cívica del tercer batallon, del que era coronel el príncipe de Piombino, cuyo individuo se llamaba Antonio Alfonsi, es conducido por un delito comun á la cárcel pública por órden del tribunal del Vicariato. El 2 de febrero sábese su prision; corren las mas absurdas

(1) *Capitolio.* El monte Capitolino es célebre desde los tiempos mas antiguos de Roma. Súbese á él por una grande escalera que conduce al inter-montium, formando actualmente la plaza del Capitolio. A mano izquierda, donde se alza la iglesia de frailes franciscos de Santa María *in ara cœli*, existia en otro tiempo el templo de Júpiter Capitolino, construido por Tarquino el Antiguo. Sobre la cima, y á la derecha, se ve el vasto palacio del príncipe Cazarelli, desde donde se desplega admirablemente el panorama de Roma. A poca distancia de este palacio se distingue la célebre roca Tarpeya. Sobre la cumbre del monte Capitolino habia en otro tiempo una especie de ciudadela, *ars*, y el templo de Juno y de Júpiter Feretrio: allí estaba el camino que conducia al Capitolio, y se llamaban los cien escalones de la roca Tarpeya. Hoy esta roca apenas tiene cincuenta pies de altura, y no corresponde á su celebridad. El segundo camino del Capitolio se llamaba *clibus capitolinus*: pasaba por debajo del arco de triunfo de Septimio Severo, cerca del templo de Júpiter Tonante, levantado por Augusto despues de la guerra de España, por haber en una tempestad escapádose al furor de un rayo, y conducia del Foro á la ciudadela. El tercer camino es por donde pasaban los triunfadores, y se llamaba la Via Sagrada.

Vénse aun magníficos vestigios de este monte monumental, desde donde Roma un tiempo dictó leyes al mundo entero y á donde en pos del carro de sus cónsules vencedores subian maniatados los reyes de la tierra. Hoy el Capitolio moderno no es mas que el santuario de las artes, construido por los planos de Miguel Angel. Las estátuas colosales de Castor y de Polus adornan su plaza, en cuyo centro se ve la estátua ecuestre de Marco Aurelio Antonino, de bronce, la sola de este género que se ha conservado de la antigua Roma.

Sobre esta plaza se halla el palacio senatorial fundado en 1390 por Bonifacio VIII, y el Museo del Capitolio enriquecido por Benito XIV, Clemente XIII, Pio VI, Pio VII y Leon XII.

voces de que habia sido maltratado en la cárcel, y una multitud de guardias cívicos del batallon á que pertenece el reo, marchan tumultuariamente á la habitacion del cardenal vicario Patrici. El cardenal se oculta, y la turba, aumentada considerablemente á medida que recorre las calles, se traslada á la cárcel, y guiada por el aterrado carcelero, estrae del calabozo á Alfonsi, quien aunque le preguntan sobre los maltratamientos que ha sufrido, los niega constantemente, y aun violentado á pronunciar la verdad insiste en su negativa hasta con juramento; empero no es creido, porque tal es el fanatismo con que las masas populares acojen los mas increibles absurdos.

Tres físicos, entre los que se encuentra el doctor Aquiles Lupi, que habia estado diez años en las prisiones en tiempo de Gregorio XVI, por haber sido uno de los gefes de la insurreccion que estalló el 2 de febrero de 1831, insurreccion que apresuró la eleccion de este pontífice, le hacen desnudarse, lo inspeccionan detenidamente, y deponen que ninguna impresion de padecimientos existe en la periferia de su cuerpo que pueda indicar violencia ó maltratamiento; estiende el mismo Lupi, profesor de anatomía de la universidad romana, una breve y detallada relacion, que no basta á calmar la universal efervescencia. Solo la elocuencia del doctor Luis Massi, y las persuasiones del príncipe coronel, lograron al fin sosegar las turbas, quedando en libertad el cívico Alfonsi, porque la guardia cívica mas pronta y espeditivamente habia juzgado su causa.

Admitida la dimision del presidente del consejo de ministros, el cardenal Gabriel Ferretti, nombra Pio IX para reemplazarle al cardenal José Bofondi, que llega á Roma el 17 de febrero. Hombre de buena fé, de moral escelente, profundo teólogo, sacerdote de ejemplarísima vida, por obedecer la voluntad de su soberano, admite este encargo, que las circunstancias y el mal estado de su salud hacian muy difícil.

Su ministerio debia ser tan breve como borrascoso. El primer negocio que debia tratarse en consejo de ministros, cuya presidencia acababa de tomar, debia producir una gran conmocion popular. Tratábase de la adquisicion de algunos cañones para el ejército, y este negocio votado favorablemente por la Consulta de Estado, habia pasado al ministerio, cuyo consentimiento solo faltaba.

El 8 de febrero propagan por toda Roma con una admirable celeridad que el proyecto sometido á la aprobacion del consejo de ministros habia sido desechado en la sesion de la noche del 7.

El *ministerio es traidor*! fué el grito que resonó por todas partes, pronunciándose los nombres de algunos ministros como los mas responsables de esta negativa; y sin enterarse de la certeza de la acusa-

cion, sin oir consejo alguno, no solamente admitieron como inconcusa esta opinion de traicion, sino que á la caida de la tarde se forman numerosos grupos en la plaza Colonna, y estos grupos se aumentan considerablemente y toman un carácter mas amenazador á la entrada de la noche, reforzados con los artesanos que salen de sus trabajos.

El príncipe Corsini, senador de Roma, constitúyese en mediador; vá al Quirinal, habla á Pio IX de las disposiciones amenazadoras del pueblo, y de las consecuencias funestas que podian seguirse. Pio IX promete cambiar dentro de pocos dias todo ó parte del ministerio, y ordena que el pueblo permanezca tranquilo y obediente, tornando á la calma, y que escuche con docilidad sus consejos. El senador trasmite estas palabras, y el pueblo inmenso que lo aguardaba se separa, pero con hostiles diposiciones.

Al dia siguiente se observa en la ciudad una mal reprimida tristeza, una profunda agitacion. Públicamente se pregunta por qué el papa no ha procedido á la destitucion de sus ministros, como si estuviese obligado á licenciarlos inmediatamente y en el acto á la primera peticion de las turbas.

El ministerio cuya destitucion con tanta impaciencia deseaba el pueblo, era el mismo que habia dado tantos decretos reformadores; empero el aspecto amenazador que presentaba el pueblo, hábilmente dirigido por personas que no se mostraban á la luz del dia, era mas bien que contra las personas de los ministros, con el objeto de ver las carteras de estos en manos de los seglares. El motivo que producia el movimiento no era tampoco de aquellos que podian afectar é interesar grandemente á las masas.

Asombrosa es la rapidez con que estas pasan de los transportes de indignacion á los del júbilo y la alegría, segun el impulso que reciben de sus directores.

El 10 de febrero el augusto Pio IX publica una alocucion ó encíclica, en la cual con palabras de un padre afectuoso que ama y quiere ser amado, abre su benéfico corazon á sus súbditos, y les demuestra que comprende sus altas esperanzas: como pontífice bendice á la Italia, en su santísima bendicion usa de las espresiones mas nobles y conmovedoras.

«Bendecid, gran Dios, la Italia, y conservadla el mas precioso de todo los bienes, la fé, gran don del cielo, en el que ha consistido que su predilecta Italia, que apenas cuenta con tres millones súbditos nuestros, una á este númaro el de mas de doscientos millones de súbditos de todas las naciones y de todas las lenguas: por esto no ha sido completa la ruina de la Italia; y esta será siempre su defensa!»

Embriagados los romanos de alegría á la lectura de la alocu-

cion, reúnense á las 7 de la tarde en la plaza del Popolo, y poco despues dirigen su marcha hácia el Quirinal. Con desprecio de las órdenes recientísimas de los gefes de la guardia cívica, que prohibian la reunion de los soldados con el pueblo, marchan doce pelotones de cívicos armados con sus sables; sigue despues el batallon de niños de la Esperanza; en seguida una porcion de secciones del pueblo mezcladas con los soldados de línea, viniendo tambien un peloton de eclesiásticos, todos con tres banderas á la cabeza, la pontificia en medio, á su lado dos tricolores, y con la cruz italiana al pecho. Llegan al Quirinal cantando el himno nacional; preséntase en el peristilo del palacio Pio IX, y hace señas de querer hablar.

La plaza fuera de lo acostumbrado se halla libre de carrozas y de los caballos de los dragones; no corre la gran fuente, y cesa la perpetua armonía de los dos inmensos caños que se oyen murmurar en la mitad del dia y en medio de la multitud, lo mismo que en las noches silenciosas se oyen resonar las cascadas en el desierto. El silencioso pueblo aguarda ávidamente las palabras del príncipe, que con voz lenta y sonora, porque la voz de Pio IX es bellísima, les dice:

«Antes que la bendicion de Dios descienda sobre vosotros, sobre el resto de mis estados, y lo repito aun, sobre toda la Italia...»

A semejantes acentos el pueblo conmovido manifiesta su entusiasmo; tanto era el afecto y la emocion con que hablaba Pio IX.

«Pido que todos esteis concordes, y que mantengais la fé que habeis prometido al pontífice......»

Un grito universal *¡si lo juramos!* imitó la detonacion del trueno, durando algunos minutos esta interrupcion.

Despues Pio IX continuó:

«Advierto, sin embargo, que no se levanten mas esos gritos, que no son los gritos del pueblo sino de unos pocos, y que no se me haga ninguna peticion contraria á la santidad de la iglesia, Porque no *puedo*, *no debo*, *no quiero admitirla*. Con esta condicion, con toda mi alma os bendigo!!»

Esto dicho, bendice al pueblo y se retira á su estancia.

El papa al hablar al pueblo no aparecia como otras veces acompañado de algun cardenal y los prelados.

En el gran balcon del Quirinal resplandecian con los reflejos de las antorchas, los brillantes cascos, y las blancas cimeras de los nacionales.

Antes de salir al balcon el pontífice habia reunido el estado mayor de la guardia cívica, y les habia recomendado el órden público y la vigilancia, participándoles tambien que instituiria una comision, para que ademas de reunir todos los proyectos de reformas,

propusiese ella las que considerase necesarias, prometiendo finalmente dentro de la misma semana, la secularizacion de algunos ministerios, pero exigiendo que se le dejase en libertad de hacer por sí mismo todos los beneficios á su pueblo.

Este aguardaba con ansiedad el efecto de las promesas del dia 8, de cambiar dentro de la misma semana algunos ministros.

El 12 de febrero tres ministros eclesiásticos ceden sus carteras, y salieron el cardenal Riario Sforza, ministro de Comercio; monseñor Juan Rusconi, de Trabajos públicos, y monseñor Domingo Savelli, de la Policía; siendo reemplazados por el conde Juan Pasolini, miembro de la Consulta de Estado por la provincia de Rávena; el abogado Francisco Sturbineti, miembro de la magistratura romana, y Miguel Angelo Gaetani, príncipe de Teano.

Tal fué el orígen y el principio de la entrada de los seglares en el ministerio de Roma.

Monseñor Camilo Amici, ministro de lo Interior, hombre de honor, y que tan mal habia sido tratado en los movimientos de los dias anteriores, por las vociferaciones populares, no quiso permanecer en el recompuesto ministerio, y presentó su renuncia decididamente al pontífice.

Esperaban todos que en su lugar se nombraria un seglar, porque tal habia sido la tendencia del movimiento del dia 8; empero el pontífice nombró en su lugar á monseñor Pentini, vicepresidente de la Consulta de Estado, cuyo primer acto fué la creacion de un consejo para ayudarle en la gobernacion del Estado.

El pontífice instituye una comision que le presente, en un término breve, una reforma de constitucion compatible con la autoridad del pontífice y con las exigencias del dia.

Esta comision es toda eclesiástica, y se compone de los cardenales Ostini, Castracani, Orioli, Altieri, Antonelli, Bofondi y Vizardelli; y de los prelados Corboli Busi, Barnabo, y Mertel, en cualidad de secretario.

¡Vemos cuán rápidos, cuán progresivos son los movimientos de la revolucion!!

CAPITULO XII.

Constitucion en Toscana.—Miseria del pueblo romano.—Comision para hacer una cuestacion en favor de los pobres.—Impaciencia por la publicacion de la Constitucion.—Reune y arenga el papa á la guardia cívica.—Preparativos de guerra.—Nuncio apostólico en Constantinopla.—Venganzas de los partidos.—Edicto para reprimirlas.—Revolucion de Francia.—Establecimiento en ella de la república.—Inglaterra y España se salvan de la revolucion.—Apremiantes instancias por la publicacion de la Constitucion.—Consistorios para la Constitucion.—Ministerio nuevo.—Galleti ministro de Policía.—Sermones de los jesuitas contra la Constitucion.—Alborotos contra ellos.—Proclama del papa.—Medidas de Hacienda.—Publicacion de la Constitucion de Roma.—Demostracion popular.—Inundacion del Tiber.—Revolucion de Viena.—Arrastran y despedazan las turbas en Roma las armas de Austria.—Demostracion popular de alegría en el Capitolio.—Arenga en el Circo.—Adopcion de los colores italianos en las banderas.—Cruz de la libertad.

Intimidados los príncipes de Italia con las formas gigantescas que iban presentando los deseos y demandas de los pueblos, transijieron con sus súbditos, y convinieron en otorgarles una Constitucion.

Los primeros que la otorgaron fueron, Fernando rey de Nápoles, Cárlos Alberto de Cerdeña, y el Gran Duque de Toscana.

Grande fué la alegría de los romanos al saber que Leopoldo habia concedido una Constitucion á su pueblo, formando asi el tercer reino constitucional de la Italia. Toda la noche se pasó en demostraciones de alegría, llevando la bandera tricolor delante del palacio del ministro de Toscana.

Las reformas de Roma habian variado el sistema político de gobierno, y dado mas latitud á la libertad de los romanos; empero las agitaciones con que iba acompañada, los síntomas de revolucion que se anunciaban de cuando en cuando, produjeron una paralisis general en los negocios, cuyas primeras víctimas fueron por consiguiente los artesanos.

Los ricos suspendieron los trabajos, y en la espectativa de un porvenir incierto, retiraron de la circulacion sus capitales; la

clase media, limitando sus goces, disminuyó sus gastos, reduciéndose á la mayor economía; y la clase ínfima, falta de todos los medios de subsistencia, presentaba mas de un peligro para la seguridad del Estado.

El pontífice nombra, el 18 de febrero una comision compuesta de siete personas de la mayor popularidad, para que hagan una cuestacion por toda la ciudad en favor de las clases menesterosas.

El padre Ventura, célebre panegirista del inmortal O'Connel, el duque Salviati, el príncipe Ghigi, y las princesas Borghese, Lanceloti y Aldrobandini, recorren todos los barrios de la ciudad, y los pobres encuentran por algun tiempo abundantes recursos.

Una oferta espontánea de quinientos duros es la primera que se presenta á nombre del pontífice, cuyas generosas liberalidades le habian reducido á él mismo á la clase de verdadero pobre.

Una grande amargura comprime el angustiado ánimo del pontífice-rey, porque á pesar de sus promesas terminantes de dar una Constitucion á su pueblo, es tal la impaciencia de los que dirigen la agitacion de este, que le preparan á actos positivos de insubordinacion, si en breve no obtenian de él instituciones iguales á las que habian sido arrancadas á Fernando de Nápoles, Leopoldo de Toscana, y Cárlos Alberto de Cerdeña.

El pontífice juzga conveniente reunir el cuerpo entero de la guardia cívica, y hablarla, el domingo 20 de febrero.

En el átrio grande del Belvedere, cerca del palacio Vaticano, forman en cuadro los batallones en número total de diez mil hombres.

Jamás Roma habia visto reunidas despues de muchos siglos en tanto número las legiones de sus propios soldados.

El pontífice les dirige pocas palabras, quejándose de la injusticia de los que desconfian de sus promesas, recomendándoles la tranquilidad pública, y mostrándose altamente satisfecho de su comportamiento y actitud militar.

La guardia cívica se retira, y el pontífice torna al Quirinal, no ya á reposar, sino á dar las disposiciones que creia necesarias en el alarmante estado de cosas en lo interior, y en el complicado que presentaban en lo esterior.

Pio IX no temia la guerra; mas para conservar, prudente, la paz, ordena que se cree un centro de ejército, que se forme un campamento, y que hábiles capitanes estrangeros vengan á adiestrar sus tropas en los ejercicios militares.

Pio IX se asombraba él mismo de las indefinidas y gigantescas proporciones que su pacífica reforma habia tomado en toda Italia, y trató de poner todo su cuidado en consolidar la paz universal.

Trabaja noche y dia incesantemente con los ministros y con las comisiones, y es un milagro que su salud preciosa no se quebrante con las continuas vigilias y el mucho trabajo.

Llámanle la atencion los graves negocios de su Estado, y las relaciones de éste con las otras potencias. Escribe por sí mismo á sus nuncios, en las diversas naciones; y es recibido su representante, monseñor Ferrieri, obispo de Sira, en Constantinopla, á consecuencia de las negociaciones que él mismo habia dirigido cuando habia estado en Roma á felicitarle el enviado de Abdul-Megid.

El nuncio del papa es recibido en Constantinopla con los mayores honores, en la forma mas magnífica y pública, siendo servido por los mismos oficiales del sultan, con admiracion de los turcos mismos, quienes sin embargo conceden al aprecio que profesan al gefe del cristianismo, lo que las cruzadas con sus largas y desastrosas guerras de religion, lo que los célebres caballeros de Malta y de Rodas con súplicas, amenazas y ejércitos valerosos, no pudieron jamás conseguir.

El nombre odiosísimo y detestado del Sumo Sacerdote de Roma es pronunciado y encomiado con reverencia en la soberbia Stambul el año de 1848!

El nuevo órden de cosas habia exacervado los ánimos políticos; la division de los partidos, que hemos esplicado, cada dia se marcaba de una manera mas honda y profunda, y las venganzas políticas, apoderándose de los ódios particulares y de los resentimientos personales, arman el puñal de los asesinos en las provincias, del mismo modo que en la capital.

Una circular del 24 de febrero ordena á todos los gobernadores la represion de estos delitos; pero los asesinos permanecian siempre impunes, ya porque realmente no eran descubiertos, ya tambien porque todos se negaban á descubrirlos, por el temor de no ser á su vez víctimas del puñal de los asesinos.

Ernesto Peti, sombrerero, uno de los principales agitadores, uno tambien de los amigos de Ciceruacchio, es herido al anochecer al bajar de un coche, en la plaza de España, uno de los sitios mas públicos y concurridos de Roma, y espira á los pocos momentos.

Nuevas circunstancias debian venir á acrecentar la agitacion en los estados romanos, y á corroborar de una manera fuerte y poderosa los elementos de revolucion que dominaban en la capital del mundo cristiano.

La Francia, que en las tres jornadas de julio habia levantado sobre el pavés revolucionario, y aclamado por su rey ciudadano, á Luis Felipe de Orleans, la Francia tambien en tres dias del mes de febrero derroca en un movimiento popular el trono que habia

alzado diez y ocho años antes, y proclama en su lugar la república.

La revolucion de febrero era la primera escena de un drama que debia continuarse despues sobre los mas diversos teatros, y cuyo desenlace aguarda aun la Europa entera.

A la revolucion de París iba á responder inmediatamente la revolucion en todas partes. Viena, Berlin, la Italia, Inglaterra, la España! Solo estas dos últimas naciones se resisten al impetuoso torrente de la revolucion cuyas esclusas habia abierto el movimiento de París, y que precipitando sus olas sobre el mundo parecia iban á sumergirlo.

La Inglaterra firme en sus tradiciones seculares, apoyada en una numerosa aristocracia, sofoca la rebelion de los cartistas.

La España con un gobierno enérgico reprime los movimientos sediciosos que ensangrientan las calles de Madrid y de Sevilla, y lucha al mismo tiempo contra los enemigos dinásticos en Cataluña y Valencia. Todos los tronos del mundo se conmueven, escepto los tres ocupados por tres bellas princesas, Vitoria, Isabel II y María de la Gloria!

Viena y Berlin sucumbieron al primer golpe de la revolucion.

El mundo todo vió con asombro levantarse una república en Francia, la Italia creyó asegurada su causa; y los revolucionarios de todos los paises esperaban á su sombra derrocar tambien todos los tronos, proclamando la *libertad*, la *igualdad*, y la *fraternidad*.

La impaciencia por la publicacion de la Constitucion se revela de una manera cada vez mas fuerte é imponente.

Acusábase altamente la dilacion del pontífice, olvidándose de que él, antes que la Francia hubiese tremolado el estandarte de la república, ya habia proclamado en Roma, esclavizada por tantos siglos, las ideas de la libertad.

Bolonia envia una diputacion á Pio IX, para que no retarde la publicacion de la Constitucion; las demas ciudades de los estados romanos le dirigen tambien apremiantes representaciones; en Roma mismo se redacta una instancia cubierta de millares de firmas; y una comision del ayuntamiento se presenta al pontífice, á quien debia necesariamente herir en su interior la ingrata impaciencia de sus pueblos; empero les promete que dentro de pocos dias concederá la constitucion que tan incesantemente reclaman.

La revolucion de Francia habia ensanchado el círculo de las esperanzas de los revolucionarios. Sus demandas eran ya mas exigentes; algunos de ellos aspiraban nada menos que á restablecer la antigua república romana: en vano las celebérrimas plumas de Vicenti Gioberti y de César Balbo habian publicado elocuentes y profundos escritos, probando la incompatibilidad de este gobierno en el dia.

Difícil era la posicion de Pio IX, á vista de los graves sucesos que agitaban la Europa.

Su doble dignidad de soberano temporal y de pontífice, le colocaban casi en lucha consigo mismo. El pontífice, debia velar por el depósito que habia recibido de sus antecesores; los estados pontificios no eran su patrimonio, eran el patrimonio de toda la cristiandad dados por Constantino y Cárlo-Magno al gefe de la iglesia, para que pudiera ser independiente, para que ninguna traba, ningun obstáculo pudiese influir en las decisiones espirituales que el mundo cristiano habia de obedecer. Asi es que todos los estados del mundo pueden ser constitucionales, en todos puede el monarca ejercer su poder en participacion con el pueblo: en Roma el papa jamás!

Convocó el 10 de marzo un consistorio de cardenales, á los que comunicó el proyecto de constitucion, para oir su opinion sobre la misma; escuchó el dictámen de aquella augusta asamblea de la iglesia; y para llenar todas las formalidades, convocó de nuevo otra para el 12 del mismo mes, á fin de tomar ya una resolucion definitiva.

Con grande interés, con grande impaciencia, aguardaba el pueblo la decision de este gran negocio, y los agitadores no desperdiciaron esta ocasion de aumentar el rencor popular contra los cardenales que creian contrarios á la publicacion de la Constitucion; por lo que algunos de ellos en la noche del 11 se presentaron al pontífice, y con pretestos varios le pidieron licencia para alejarse de Roma é irse al estrangero.

Pio IX con su habitual amabilidad los asegura, los tranquiliza: les dice que no hay peligro alguno para ellos; que su palacio estará siempre abierto para su defensa, que su persona sagrada se interpondrá en caso necesario entre ellos y el furor de los que intentasen faltarles á las altas consideraciones debidas á su elevado carácter.

Apenas se adquiere la certeza del establecimiento de la república en París, las turbas hacen que el conde Rossi, embajador de Luis Felipe, baje las armas colocadas sobre la puerta de su palacio, y en su lugar enarbolan una grande bandera tricolor.

Las grandes crísis políticas producen necesariamente grandes cambios; asi es que el ministerio Bofondi hace dimision el 10 de marzo, y el cardenal Antonelli es nombrado en su lugar presidente del consejo de ministros.

Jóven aun Antonelli, y muy hábil, habia hecho sus estudios con brillo en el Archi Gimnasio Romano; y despues de haber recorrido los diversos cargos de la prelatura, fué delegado en Viterbo el año de 1834, y despues subsecretario del ministerio de lo Interior,

y tesorero general á la salida de Antonio Tosti, que lo habia sido todo el reinado de Gregorio XVI.

Nombróse para el ministerio de lo Interior á Gaetano Recchi, afamado escritor de agronomía é industria; hombre docto, que habia estado emigrado largos años, y que era diputado de la Consulta de Estado por la ciudad de Ferrara.

El ministerio de la Justicia fué ocupado por el abogado romano Francisco Sturbineti, jóven todavía, de una de las familias nobles de Roma; partidario decidido del progreso; que habia sido electo consejero del Municipio, y despues conservador de Roma.

En el ministerio de Hacienda, que aun seguia llamándose Tesorería general de la reverenda Cámara Apostólica, fué confirmado Cárlos Luis Morichini.

Ministro de los Trabajos públicos, Marcos Mingheti; jóven de ideas liberales, y representante en la Consulta de Estado por la provincia de Bolonia.

Ministro de la Guerra, el príncipe Aldrobandini.

El ministro de la Policía se confió á José Galleti, abogado de Bolonia, cuyos sentimientos políticos contrarios á la forma del antiguo gobierno, le originaron un gran proceso, y el ser condenado á reclusion por toda su vida: el 16 de julio de 1846, comprendido en la amnistía, torna á la libertad y se arroja á los pies de su libertador, á quien promete adhesion y gratitud por toda su vida. Facundo en el hablar, versado en la literatura, de una rara firmeza, de una figura hermosa y talla gigantesca, que recuerda el antiguo tipo romano hasta en su larga, negra y poblada barba; era uno de los hombres que mas debian figurar en los sucesos de la revolucion de Roma. Es el hombre verdaderamente revolucionario.

Conservaron sus respectivas carteras, de los individuos del pasado ministerio, el de Instruccion pública el cardenal Mezzofanti; verdadero fenómeno, por poseer el conocimiento de casi todos los idiomas del mundo, y principalmente los orientales, y José Passolini, ministro del Comercio.

Reunidos los nuevos ministros publicaron una profesion de fé, franca, en un lenguaje enteramente del progreso, y liberal: todos la firmaron, escepto el cardenal Mezzofanti, que dijo hallarse enfermo; y Galleti, que aun no habia llegado á Roma.

Un incidente viene á aumentar la agitacion y la impaciencia por la publicacion de la Constitucion. El 11 de marzo, en los sermones cuadragesimales de la iglesia de los jesuitas, el padre Rossi alza desde el púlpito su voz contra la publicacion de aquella, asegurando que no eran tales los deseos de la mayoría del pueblo, y que esta institucion era incompatible con el gobierno de la iglesia.

El ódio que profesan los revolucionarios á los jesuitas adquiere

nuevo pábulo con la imprudente predicacion. Anunciábase para el dia siguiente que el mismo orador, predicaria sobre el castigo de Dios.

En este dia la iglesia de Jesus se hallaba llena de gente dispuesta á interrumpir al orador, tal vez á pasar aun mas adelante.... En el momento del sermon, en lugar del padre Rossi sube al púlpito el vice-prepósito general de la compañía de Jesus, y anuncia que su compañero se hallaba indispuesto, y que él en lo posible le suplirá cambiando el argumento del castigo de Dios en el de la fé; previene que no participando de las ideas de su compañero, diversas serán las frases de su discurso, como diverso el argumento; y ruega al concurso que le perdone su insuficiencia, añadiendo que, como la compañía de Jesus no tiene disponible otra persona para sustituir al predicador enfermo, los sermones quedan suspendidos hasta que la campana mayor de la iglesia vuelva á convocar al pueblo en la forma acostumbrada.

El sermon sobre la fé, pálido, reducido á términos generales, se resiente de la turbacion de ánimo del orador, y de la distraccion del numeroso auditorio que habia ido alli con bien distintos fines.

Para moderar el ardor de los partidos é impedir que se entregasen á algun esceso, el 14 de marzo en una proclama Pio IX exhorta no solamente á los romanos, sino á sus súbditos todos, á que tengan en él confianza, y á que si en alguna órden religiosa se vé alguna mancha, acudan á denunciarla por las vias legales, ofreciendo tomarlo en consideracion si sus reclamaciones son ciertas, y concluyendo con que si no se siguen sus consejos, para rechazar la violencia apelaria á su guardia cívica.

Para acrecentar el tesoro público, cada vez mas exhausto, publica el ministro de Hacienda un decreto por el que se autoriza la redencion de cánones, décimas prediales de prestacion ánua; pensiones sean perpétuas ó por noventa y nueve años; asi como la redencion de los censos reservativos, y otros pertenecientes á los pios lugares y á los establecimientos públicos, comprendiendo los cabildos de las iglesias patriarcales, las encomiendas, las abadías, las mesas episcopales y parroquiales, los seminarios, las cofradías, los beneficios, las prelaturas, y los títulos cardenalicios, abrogando cualquier juramento de escepcion con que se hubiesen obligado los contratantes.

El consistorio en que debia tratarse de la adopcion definitiva de la Constitucion, se celebró el 12 de marzo y duró largo tiempo.

El pueblo corrió al Quirinal, ansioso de observar el continente de los cardenales que iban á prestar su asentimiento á tan grave decision. Creian que casi todos los cardenales serian contrarios á la adopcion de esta medida; empero la Constitucion queda adoptada;

bien es verdad que en el estado de las cosas, una medida contraria hubiera hecho tal vez que la púrpura de que se hallaban revestidos los príncipes de la iglesia, hubiese adquirido nuevo y mas subido color con su sangre.

El 14 de marzo, dos dias despues del consistorio, se publica el estatuto fundamental del gobierno temporal de los estados pontificios. Por él se les dotaba de un perfecto régimen constitucional.

La ciudad entera, aun antes de analizar el tenor del mismo estatuto prorumpe en grandes aplausos á Pio IX; y una inmensa multitud, mezclada con soldados de todas armas, con religiosos, y hasta con una turba de mugeres, llevando al pecho la cruz italiana tricolor, marchan al Quirinal á dar gracias al soberano, de quien reciben la apostólica bendicion; el pueblo se retira despues, y la ciudad entera aparece iluminada y turbas discurren por todas partes con hachones encendidos, cantando el himno nacional, hasta el amanecer.

Viene á perturbar estas manifestaciones de alegría, y á entristecer aun mas el corazon de Pio IX, un aluvion del Tiber, ocasionado el 15 de marzo por las contínuas lluvias, quedando inundada la parte baja de la ciudad, y señaladamente el cláustro israelítico,

Los prodigios de caridad que en la primera inundacion vimos hacer á Pio IX se reproducen en esta ocasion nuevamente, y su celo escita el de la magistratura romana.

Apenas cesa el aluvion marcha para Pésaro y el campamento el tercer batallon de fusileros, en medio de las aclamaciones del pueblo, llevando los colores nacionales todos al pecho, para combatir á los austriacos.

Rápidamente iban á sucederse los acontecimientos; y el pontífice agoviado con tantos negocios, de tan diversa índole, pasaba incansable de unos á otros, sin que le detuvieran los obstáculos ni las dificultades.

El dia 21 de marzo llega á Roma una noticia de una importancia inmensa. El 14 en Viena habia estallado una revolucion. El edificio colosal que Metternich habia sostenido con su poderosa mano por espacio de mas de medio siglo, habia venido á tierra: el viejo canciller, cuya política habia derribado el gran poder de Napoleon, que habia comprimido con mano fuerte todas las revoluciones de la libertad, tuvo que huir; y el emperador con su familia, sitiado en su propio palacio, abandona fugitivo su capital, busca un asilo en una provincia fiel y lejana, y recibe la ley de las turbas amotinadas del pueblo, y de los estudiantes que constituyen un gobierno provisional.

La noticia de la revolucion de Viena al penetrar en las provincias sometidas al Austria, lleva consigo la insurreccion que estalla en todas partes por donde pasa.

No es solo el espíritu de imitacion, tan poderoso siempre, el que influye en la sublevacion espontánea de los italianos del Norte. Tratábase antes de todo de anticiparse al momento en que por concesiones liberales el Austria procurase amortiguar y combatir los esfuerzos de las poblaciones á la independencia. Este pensamiento unánime determina una sublevacion general desde el Tessino al Adriático, y provocadas por la misma causa las dos revoluciones de Venecia y Milan, estallan casi simultáneamente.

La constante aversion de los romanos contra el gobierno austriaco, tanto tiempo reprimida, suelta sus diques, y las turbas populares marchan en confuso tropel á la plaza de Venecia, (1) penetran en el palacio del embajador, conde de Luzow, á quien no bastan á defender de los insultos del pueblo ni mas de veinte y seis años de residencia en aquella ciudad ni el haber sido por tanto tiempo su casa el asilo y el consuelo de los pobres.

Rodeado de sus dos hijas, jóvenes y bellas, recibe el anciano embajador á la amotinada muchedumbre, que exije de él haga arrojar por el balcon los dos grandes escudos de las armas imperiales. Niégase el embajador á sancionar con su órden el insulto que pretende hacerse á su nacion; entonces unos cuantos ejecutan por sí propios su propósito, y apenas caen en el suelo las armas, arrójanse sobre ellas las turbas; las hacen mil pedazos, que pasean en triunfo por las calles; enarbólanse grandes banderas tricolores sobre el palacio del monte Citorio, sobre la columna Antonina, y sobre el Capitolio; pasan por delante del Colegio Romano, y de la iglesia de Jesus, inmediata al palacio de Venecia, y disparan contra sus paredes en señal de alegría multitud de tiros.

Inmenso fué este dia el número de las turbas, porque los trabajadores y artesanos de todas clases recibieron sus salarios, y fueron enviados por sus amos á participar de la comun alegría.

Un jóven, de nacion *tedesco*, escribe con grandes letras con yeso en el palacio de Venecia, residencia del embajador austriaco, *Palazzo de la Dieta italiana*; y esta ocurrencia es celebrada con frenético entusiasmo.

Determinan hacer un paseo ó manifestacion, la mas numerosa

(1) Llámase asi por el *Palacio de Venecia*. Pertenecia en otro tiempo á la república de Venecia, de donde ha tomado su nombre. Edificado en 1468 con piedras arrancadas del Circo Flavio y del Foro de Nerva, presenta todo el aspecto de uno de esos sombríos y severos edificios alzados en la edad media: mas parece una fortaleza vastísima que un palacio. Agregada Venecia al imperio austriaco, este palacio ha sido desde entonces la residencia habitual del embajador de Austria. Cárlos VIII, rey de Francia, se alojó en este edificio cuando atravesó Roma para ir á conquistar el reino de Nápoles.





EL COLOSSEO.

(Circo Flavio).

que hasta entonces se habia verificado. Reunidos en el punto ordinario, la plaza del Pueblo, se dirigen al Capitolio cerca de veinte pelotones, capitaneados por Ciceruacchio; siguen dos pelotones del batallon de niños de la Esperanza, de los individuos de los Círculos Romano y Popular, y de algunas mugeres del pueblo; y pasan nuevamente por el palacio de Venecia, de donde habian arrancado pocas horas antes las armas, cantando el himno nacional colocan sobre su puerta una grande bandera italiana. A la vista de esta, descubren todos la cabeza, saludándola con vivas á la revolucion *tedesca*, á la heróica Viena y á la nacion austriaca!

Los jesuitas se hallaban temblando, y sin duda para precaverse de un ataque habian colocado sobre la puerta de su iglesia una grande bandera tricolor. «Es demasiado tarde» gritaba el pueblo en medio de las mas terribles amenazas.

Subieron al Capitolio, y desde alli se dirigieron al *Colosseo*, (1) monumento el mas grande que existe de la antigua Roma.

El padre Alejandro Gavazzi, recitó en aquel lugar donde aun humea la sangre de los mártires, un discurso en que dió rienda

(1) El *Colosseo* permanece en pie sobre sus propias ruinas, presentando enteramente intactos sus cuatro pisos de arquitectura, coronando la triple bóveda de sus galerías. Atleta, gigante victorioso, aunque mutilado en la lucha del tiempo, de los hombres y de los elementos, testigo inmortal de la Roma de Júpiter y de Cristo. El Circo Flavio, *coloseum*, por la parte que mira al monte Esquilino, conserva toda su altura de 157 pies, su circunferencia esterior es de 1,650 pies, y la interior ó la de la arena es de 285 pies de largo sobre 182 de ancho.

Vespasiano, vencedor de los judíos, edificó este coloso, haciendo trabajar en él doce mil israelitas cautivos. Tito, que acabó de esterminar esta nacion terminó este monumento, dedicándolo al pueblo romano con juegos solemnes que duraron cien dias, presentando en el anfiteatro cinco mil leones, tigres, y elefantes, á los que hizo combatir con tres mil gladiadores, que mezclaron su sangre alegremente con la de los mónstruos de África para divertir al César y á su pueblo. Diocleciano presentó despues á los cristianos esponiéndolos á las fieras, y la sangre de los mártires corrió á torrentes en el Colosseo.

Cada dia de matanza este emperador era alli aplaudido por doscientos mil espectadores, y entre ellos estaban las vestales. Por muchos siglos fué teatro de los sangrientos placeres del pueblo romano. En la edad media, y durante las guerras fué fortaleza; en el siglo XVI los Farnesios y los Berberini, sobrinos de los papas, para edificar sus magníficos palacios, acabaron la destruccion de la parte meridional del Colosseo, que durante mil años fué entregado á la devastacion, habiéndose construido con sus materiales muchos de los palacios mas magníficos de Roma. Clemente X y Benito XIV consagraron el Colosseo y protegieron sus ruinas contra la codicia de los grandes, fundando al rededor del *podium* catorce pequeños altares ó estaciones de la Pasion, en medio de los cuales y en el centro de la arena, se levanta una cruz de madera.

suelta á su fogoso y atrevido carácter; y el doctor Massi improvisó una cancion en honor de las revoluciones y de Pio IX.

El dia 21 no hubo noche en Roma, porque todas sus calles estaban iluminadas, y sus habitantes las recorrian ademas con antorchas encendidas.

El ministerio el 22 de marzo decretó que en lo sucesivo las banderas romanas estuviesen adornadas con los tres colores italianos; y el comandante de la guardia cívica ordenó tambien que sobre los uniformes de esta se llevasen asi mismo los colores italianos en forma de cruz.

Un estro guerrero se habia apoderado de todos los ánimos; por todas partes no se gritaba mas que, á las armas, para libertar la patria comun, la Italia, de la opresion estrangera!

En medio de este entusiasmo, un correo estraordinario que llega la noche del 22 consterna los ánimos, noticiando que el emperador de Austria habia prometido una constitucion, la libertad de la imprenta y la organizacion de una guardia nacional; y que el pueblo de Viena, deponiendo toda rivalidad, lo habia nuevamente saludado por su emperador. Fernando I habia cedido ante la revolucion. Su corona debia permanecer poco tiempo sobre su cabeza!



CAPITULO XIII.

Movilizacion de la guardia cívica.—Suscriciones para su armamento.—Legion de voluntarios y estudiantes.—Revolucion de Venecia.—Funerales en Roma por las víctimas de ella.—Espulsion de los jesuitas de Roma.—Revolucion de Milan.—Pónese á la cabeza del movimiento italiano Cárlos Alberto.—Revolucion de Berlin.—Proyectos de venganza contra los conjurados de julio.—Alzanse las restricciones que comprendia la amnistía.—Conatos de estinguir las órdenes religiosas.—Evacuan los austriacos á Comachio.—Robo de la cabeza de San Andrés y su hallazgo.—Armase en Roma una legion polaca.—Crísis monetaria.—Regalan las damas de Génova dos cañones á la cívica.—Secularizacion de los gobiernos de las provincias.—Motin de trabajadores.—Clamores por la liga italiana.—Diputados nombrados para esta liga.—Obsequios que reciben á su llegada á Roma.—Proyectan poner á Pio IX á la cabeza de la liga.—Su situacion por su doble carácter.—Consistorio de los cardenales para hablar de la guerra.—Ansiedad de Roma.—Encíclica del papa.—Disgusto del pueblo.—Dimision del ministerio.—Esposiciones al papa de la guardia cívica.—Agitacion.—Ciérranse las puertas de la ciudad.—Apodéranse de la correspondencia de los cardenales.—Mensage al papa.—Mamiani y Sterbini directores del movimiento.—Angustiosa situacion de Pio IX.

La noticia de haberse apaciguado la capital del imperio austriaco, con las concesiones y libertades que le habia otorgado el emperador Fernando, destruye muchas esperanzas, empero pasando rápidamente de estos sentimientos á los hechos, se dispone la movilizacion de los cívicos voluntarios, abriendo un alistamiento durante el dia 22 y su noche, para disponerse á marchar á Bolonia.

El dia 23 parten estos batallones formados con toda premura al mando del coronel Bini, en medio de los aplausos de una inmensa muchedumbre. Al mismo tiempo, el edicto de las autoridades anunciando que se abren suscriciones para el armamento y vestuario de estos voluntarios en las plazas de Venecia, Colonna y San Eustaquio, hace que se recojan numerosas cantidades, porque los príncipes romanos, bien sea por patriotismo, bien sea por miedo y deseo de asegurar sus cuantiosos bienes, entregan crecidas sumas.

El general Durando fué destinado al mando del cuerpo de operaciones en los confines de Módena y Lombardía; el general Ferrari se puso á la cabeza de los guardias cívicos y voluntarios que partian al campo de batalla.

Apenas habia despuntado el alba del dia 26 de marzo, el tambor daba la señal á los cívicos que debian partir al campo. Turbas inmensas del pueblo los acompañan hasta cerca de tres millas de la ciudad, en medio de las mas ardientes aclamaciones, acompañándoles hasta el *Ponte Mole.*

Esta legion voluntaria de ciudadanos soldados, y de los estudiantes de la universidad de Roma, ascendia únicamente á mil doscientos hombres, cantidad demasiado insignificante para el entusiasmo que se manifestaba en Roma: verdad es que no es lo mismo demostrar con gritos este entusiasmo en las calles y en las plazas, que esponerse á verter su sangre sobre los campos de batalla.

Los mas ardientes de entre los cívicos y estudiantes, formaron un cuerpo de tiradores, en número de seiscientos hombres, que tambien salieron de Roma el 27 de marzo.

La irritacion de los espíritus era grande en toda la Italia. El 17 de marzo llega á Venecia la noticia de la constitucion concedida por el emperador de Austria á todos sus súbditos. El gobernador conde de Palfg proclama aquella misma noche esta noticia en el teatro, y á su grito de viva Fernando rey constitucional, contesta la muchedumbre, ¡viva la Italia! Estas dos aclamaciones presentaban con toda claridad la cuestion.

Al dia siguiente el pueblo se reune en la plaza de San Marcos, penetra en las prisiones de estado, saca de ellas á Tomaseo y Macini, presos hacia tiempo por sus ideas liberales, los coloca á su cabeza, combate valerosamente por espacio de dos dias, se apodera del arsenal, asesina al almirante austriaco Mariano Wich, y arroja de su suelo á los austriacos proclamando la república el dia 19, nombrando presidente á Macini, y á Tomaseo uno de los ministros.

El Círculo Popular, el dia 27 al saber estas noticias, va á la iglesia de San Marcos, donde hace cantar un solemne *Te Deum* en accion de gracias al Altísimo por la libertad de Venecia. Despues, la multitud, con muchas banderas á su cabeza y cantando el himno de la Union, segun costumbre, apenas llega la noche se dirige con actitud amenazadora en dos formidables grupos á la casa profesa de Jesus y á la iglesia de San Ignacio, é intiman á los jesuitas en medio de las mas terribles amenazas, que en el término de tres dias evacuen sus conventos, porque su presencia era incompatible en un pais constitucional. Los voluntarios romanos, al partir, habian manifestado tambien su resolucion de que los jesuitas fuesen espulsados.

El ministerio, sin fuerza para defenderse, empero no queriendo obedecer las órdenes tumultuosas del pueblo, publica un decreto por el que el papa permite que la compañía de Jesus se aleje de sus estados, dejando el hábito religioso y abandonando sus conventos y

casas. El cardenal Castruchio Castracani, notifica al padre Rootaan, prepósito general de la compañía esta decision, intimándole su cumplimiento para el dia siguiente.

El pontífice, que habia adoptado esta medida, habia tomado tambien providencias para que encontrasen en los puertos de sus estados recursos y buques en que embarcarse. La mayor parte lo hicieron en Civita-Vecchia, y de allí pasaron á los estados de América.

Las turbas del pueblo, llenas de curiosidad, fueron al dia siguiente á las puertas de los conventos, para ver salir á aquellos religiosos, cuya desgracia hacen mas amarga con espresiones irónicas é insultantes.

Un veneciano llamado Ludovico Rocheti, profirió algunas palabras de piedad hácia aquellos desterrados de la revolucion, y hubiera perdido su vida sin la intervencion de algunos guardias cívicos, que atándole con las correas de sus fornituras lo condujeron á la cárcel pública.

La compañía de Jesus, restablecida en Roma en tiempo de Leon XII, fué espulsada nuevamente bajo el aparente pretesto de una licencia.

No era la primera vez que este instituto religioso habia sufrido tan terrible vicisitud: habian sido espulsados de Venecia en 1606, de Bohemia en 1618, de Nápoles en 1622, de las Indias en 1623, de Rusia en 1676, de Francia en 1764, de España, por Cárlos III, en 1767, de Portugal en 1769, y de Roma en 1773, y en casi todas estas naciones habian vuelto tambien á ser admitidos!

Venecia habia sacudido el yugo del estrangero, habia proclamado su independencia y su libertad. Milan, en los dias 18 y 19 levántase tambien en masa contra la guarnicion austriaca; combate con el valor que inspiran la desesperacion y el amor á la independencia, y arroja de la ciudad á la guarnicion. El anciano cuanto valiente general Radetzky no puede resistir al ímpetu escesivo de una poblacion entera, y saca al campo sus soldados. Toda la Brianza se halla en una completa insurreccion. Módena arroja de su seno al duque reinante, lo mismo que á los *Tedescos*, y constituye un gobierno popular.

El mismo dia 27, el conde de Rignon, encargado de una comision especial por el rey de Cerdeña, llega á Roma con noticias favorables, declarando que á la cabeza del movimiento italiano para sostener la independencia de la península itálica, iba á colocarse el rey Cárlos Alberto, quien con este objeto habia dirigido una proclama á sus pueblos.

El entusiasmo revolucionario adquiere grande incremento en Roma con la llegada de otra noticia importantísima.

Berlin se habia sublevado y batido las tropas del rey. En ninguna nacion parecia mas fácil el establecimiento de una constitucion. Preparada hacia largos años por sus hábitos, sus costumbres y una larga práctica de instituciones provinciales muy liberales y arraigadas en el pais, un rey justamente estimado por la lealtad de su carácter habia tomado la iniciativa del cambio político, y por las vias de la moderacion y de la conciliacion completa en sus estados una revolucion pacífica igualmente provechosa á la nacion que al trono. Una minoría violenta, subersiva, que como todas las minorías no calcula jamás el tiempo, cuenta suplir este elemento indispensable de toda obra humana con la agitacion violenta. Asi es que el movimiento lento, progresivo, seguro, que conducia al pueblo prusiano por reformas oportunas á una libertad moderada, se convirtió en una revolucion sangrienta de tendencias republicanas.

Parecia que Dios habia retirado su mano poderosa de las naciones, y que se habia apoderado de ellas un vértigo fatal, una fiebre violenta, cuyas pulsaciones se revelan por un violento sacudimiento.

El espíritu de venganza se manifiesta en Roma en medio del entusiasmo, entre los partidos, y piden que se castigue á los arrestados por la conjuracion qne se suponia tramada el 17 de julio de 1847, dando motivo á la formacion de el *gran proceso*, cuyo nombre se le daba por el gran número de encausados.

Exigen imperiosamente la terminacion del proceso, por lo que el gobierno, siempre dócil á las inspiraciones del pueblo, ordena que aquel se ultime y concluya para el 17 del próximo abril.

La amnistía dada por Pio IX al inaugurar su pontificado, contenia algunas escepciones.

Varios de los esceptuados habian ya esperimentado la clemencia del pontífice-rey, empero aun quedaban fuera veinte y seis individuos. Un decreto de 29 de marzo borra enteramente esta escepcion, y les permite volver libremente y sin condiciones á su patria.

El comandante de la guardia cívica determina reforzar la fuerza de ella creando una division de artillería.

Las provincias de los estados pontificios, á imitacion de Roma, forman tambien legiones de voluntarios, siempre escasas en número, y las dirigen igualmente sobre el campo de batalla.

La espulsion de los jesuitas reanima las esperanzas de los que quisieran ver estinguidas todas las órdenes religiosas, y en la noche del 31 de marzo aparecen sobre todas las puertas de los conventos grandes carteles, anunciando satíricamente *que se alquilan aquellas casas*. Trató, pues, el gobierne de asegurar á los religiosos sobre la estabilidad de sus institutos, y vigiló cuidadosamente para que no volviesen á repetirse semejantes pasquines.



PLAZA DE SAN PEDRO. IGLESIA DE SAN PEDRO. EL VATICANO.

Todo sonreia por un momento á la causa de la independencia italiana. Pio IX promulga un edicto el 30 de marzo, en que invita á todos los creyentes á atribuir únicamente á la Providencia Divina los sucesos actuales de la Italia. Aquel escrito fué recibido con universal júbilo y veneracion.

Un nuevo motivo de alegría se agrega. Comachio, con su fortaleza, es evacuado por los tudescos. Una columna compuesta de cívicos y de refuerzos llegados de Bolonia los habia obligado á capitular. Los austriacos no habian podido llevar consigo mas que los uniformes, sus armas, y los objetos de su peculiar pertenencia.

Con brillantes auspicios comenzaba la revolucion de Italia. Los romanos se hallaban llenos de contento: hasta un suceso ageno á la política, que habia contristado profundamente al pontífice, regocija la ciudad de Roma.

En el mes de febrero habia sido robado de la iglesia del Vaticano el relicario que contenia la cabeza de San Andrés apóstol. Al precio infinito de la reliquia que contenia, se añadia el de su valor esterior, que era de cerca de dos mil escudos (40,000 reales.) Grandes habian sido las diligencias practicadas para descubrimiento de este sacrílego hurto, llegándose hasta ofrecer la cantidad de 500 escudos al descubridor. La cabeza del santo apóstol es descubierta al fin tal vez por el mismo reo, en el secreto de la confesion, y hallada, se traslada con una pompa estraordinaria á la iglesia de San Andrés, y desde alli en una solemnísima procesion á que asisten el pontífice, el sacro-colegio, los estudiantes de la universidad de Roma, todos los casinos con las banderas italianas y romanas, la guardia cívica, el batallon de niños de la Esperanza y la poca caballería que aun permanecia en Roma, á la Basílica de San Pedro. (1) La ciudad entera se ilumina de una

(1) *Plaza de San Pedro.* No titubeamos en afirmar que es la mas hermosa de las plazas del mundo; aun despues de haber visto la plaza de la Concordia de París, desde la cual se divisan al frente el magnífico arco de la Estrella, detrás las Tullerías, á la izquierda la Magdalena, y á la derecha la Cámara de los representantes; y aun tambien despues de haber visto la plaza de San Marcos de Venecia.

La inmensa plaza que precede al templo de San Pedro, esa maravilla del mundo, está rodeada de una doble y gigantesca columnata que la circunda. Dos fuentes colosales arrojan las aguas dia y noche á tan grande altura, que bajan convertidas en blanquísimo vapor. Alli se ve la magnífica fachada de la Basílica, á que se sube por un gran número de escalones de piedra, con espaciosos descansos, y cuyo peristilo guardan como eternos centinelas las estátuas ecuestres de Constantino y Carlo-Magno, ostentándose en medio de la plaza el obelisco de Heliópolis, traido á Roma por Calígula, y alzado alli magestuosamente por Fontana en el pontificado de Sisto V, empresa grande, vanamente intentada por otros papas: la columna tiene mas de cien pies de altura. Migael

manera brillante por la noche como en las grandes solemnidades.

El 3 de abril, el ciudadano francés Pallamede de Formin, embajador de la República francesa, presenta en el Quirinal sus credenciales al príncipe de la cristiandad.

Angel, que no retrocedia delante de ninguna dificultad del arte, Miguel Angel que habia construido la cúpula de San Pedro que parece está suspendida en los aires, retrocedió ante este prodigioso trabajo. Sisto V, el papa de las empresas gigantescas, quiso que en los siglos futuros brillase su memoria sobre la cúspide del coloso egipcio.

Al penetrar por la puerta de San Pedro, al hallarse uno sobre el suelo de aquella iglesia sublime, el alma esperimenta una série no interrumpida de sorpresas y encantos que se complace en resucitar como el mas hermoso de sus recuerdos, pero que la palabra no puede desenvolver ni esplicar.

Asi solo podemos decir, hemos visto la iglesia de San Pedro!... Hemos bajado á su confesion, especie de capilla subterránea donde dicen que se guarda parte de su santo cuerpo, y del apóstol San Pablo, y donde noche y dia ciento doce lámparas de plata colocadas en una balaustrada circular arden en su honor. Hemos recorrido la iglesia subterránea donde se conserva aun el pavimento de la primitiva, construida por Constantino sobre el mismo circo donde Neron inmoló los primitivos cristianos, mártires generosos, cuyos cadáveres yacen allí, y por cuya razon los pontífices que cooperaron á la construccion de la iglesia de San Pedro, recomendaron siempre á los arquitectos el dejar intacto el pavimento donde era el cementerio, y sobre el que se levantó la mas célebre Basílica del mundo.

En estos subterráneos donde condensado el aire hace penosa y dificil la respiracion, están sepultados diversos papas y príncipes, cuyos soberbios mausoleos de piedra y bronce adornan la iglesia de San Pedro. Allí duermen en sus magníficos sepulcros los desgraciados Stuardos, la inícua Cristina, reina de Suecia, que de todas las joyas de la corona que donó á la iglesia, solo se reservó una espada para asesinar á su amante Monadelchi, y la bella é ilustre amiga de Gregorio VII, la princesa Matilde, que hizo la tiara tan amable como poderosa, y cuya estátua con la tiara en la mano y las llaves está entre las de los pontífices; cuyos sepulcros y estátuas adornan las naves de la Basílica como honraron en vida el trono pontificio. El altar mayor está alzado sobre la confesion de San Pedro, bajo un magnífico dosel de bronce, sostenido por cuatro columnas del mismo metal arrancado del panteon de Agripa, obra admirable de Bernini, ejecutada por órden de Urbano VIII en 1633, cuyo dosel costó solo su dorado treinta mil duros ó escudos, y cuatro millones de oro su hechura, siendo su altura de 124 palmos. El altar está vuelto al Oriente, segun la costumbre de la primitiva iglesia, y solo celebra en él el pontífice.

Alzamos la vista á la inmensa y prodigiosa cúpula cuyo remate apenas se percibe desde el suelo, cuyas pinturas todas son de riquísimo mosáico, y en donde en el entablamento interior donde comienza esta única y singular cúpula, está escrito al rededor en letras de siete pies de altura; *tu es Petrus et super hanc Petram edificabo Eclesiam meam et dabo tibi claves regni cœlorum.* Desde el pavimento de la iglesia subterránea al final de la cúpula hay 435 pies de altura!!!

Contemplamos la tribuna que contiene la silla de San Pedro adornada por

Las noticias de Viena no solo habian reanimado por un momento el ardor de los romanos, sino que algunos emigrados polacos, que habiendo encontrado los años anteriores un asilo en aquella ciudad creyeron en medio de la agitacion universal que conmovia la Europa llegado el momento de hacer algo por su patria, armáronse para combatir por ella; y el dia antes de su marcha reciben del Círculo Popular y del Romano en un banquete una bandera tricolor italiana con las armas de Pio IX, bandera que aceptan con la mayor emocion, que besan respetuosamente, y que juran desplegar en medio de todos los peligros sobre los campos de batalla cerca de la heróica Varsovia.

Una crisis financiera, espantosa, terrible, habia aquejado la Francia, la Inglaterra, la Alemania y la España. La agitacion de la Europa habia producido necesariamente una paralísis en las operaciones comerciales. La banca romana se resintió de este golpe; y voces insidiosas aconsejaron que se realizasen repentinamente todos los billetes que habia emitido. Oprimida la banca con tantas é imprevistas demandas de realizar, no pudo satisfacer sus pagos.

En vano los directores de la banca romana invocan la memoria de su antiguo crédito, y reclaman la confianza del público procurando calmar sus temores; la banca hubiera quebrado infaliblemente si el gobierno no hubiera venido en su ayuda. El ministro de Hacienda decreta que el recibo de los billetes del banco sea obligatorio para todos durante tres meses, en cuyo tiempo el gobierno tomaria una medida. El numerario, ya escaso entonces, desaparece enteramente, porque la banca romana habia emitido billetes de la cantidad de un escudo (20 reales), dos escudos, cuatro escudos cinco escudos y asi sucesivamente. El término de tres meses era demasiado corto; asi es que el público vió en esta promesa un engaño, pues que el go-

los planos de Miguel-Angel. Allí sobre un altar de hermosos mármoles, al que se sube por dos graderías de pórfido, cuatro colosales figuras de bronce dorado, obra del inmortal Bernini, representando cuatro doctores de la iglesia, dos de la latina y dos de la griega, sostienen una gran silla tambien de bronce dorado en cuyo interior está, dicen, encerrada la que sirvió á San Pedro. En este inmenso edificio todo es mármol, lapislázuli, pórfido, bronce, marfil; la piedra apenas aparece mas que para completar la decoracion de este gran templo, cuyo centro parece vacío casi, cuando solo contiene tres ó cuatro mil espectadores. Las ceremonias religiosas que se celebran en él en las grandes solemnidades participan de un brillo poético, triunfal, sobrehumano, donde las nubes de incienso, los cánticos de celestial música, el esplendor y riqueza de las vestiduras sacerdotales, revelan la naturaleza de Dios y del hombre. La iglesia de San Pedro es á la vez la obra maestra del catolicismo y del arte, un templo y un museo.

Costó su construccion al tiempo dos siglos, al pontificado ocho papas, y al tesoro de todos los fieles mas de ochocientos millones de reales!

bierno necesitaba sustituir al banco otro establecimiento que desempeñase las primeras operaciones.

Hemos visto á los romanos continuamente en la agitacion y en las fiestas. El menor motivo, la mas insignificante circunstancia, daba ocasion á una de estas.

Las damas de Génova habian regalado á la guardia cívica de Roma dos cañones montados: habian llegado estos de Civita-Vecchia, y fueron recibidos en las puertas de Roma por la guardia cívica, siendo en seguida paseados públicamente por las calles.

Habiendo empezado á entrar en el ministerio los seglares, no se limita el pontífice á concederles solo estos cargos: ellos preludian la secularizacion general de todos los empleos del estado.

Las provincias de Rávena, Urbino, Pésaro y Rieti son administradas desde entonces por pro-legados seculares.

El cardenal Mezzofanti hace voluntariamente dimision de su cargo de ministro de Instruccion pública, y es reemplazado por el cardenal Vizardelli.

A los desastres financieros que afligen el Estado se agrega otro peligro grave que compromete por unos momentos la tranquilidad pública, pero que al fin puede reprimirse. Una gran multitud de trabajadores se reunen en la plaza de los Santos Apóstoles, profiriendo tumultuariamente espresiones de venganza. La insolente turba componíase por la mayor parte de vagos y de criminales. Tres eran los mas temerarios, y entre ellos se hacia notar un tal Antonio Ciucci, hombre facineroso, condenado ya por la policía como ladron: dirígense todos por varias calles á la plaza Colonna, y vienen á reunirse en la calle del Corso en número de unos ochocientos hombres. Pedro Sterbini, abogado, arengó á esta multitud con elocuencia y firmeza; el príncipe Borghese por su parte suministró algun dinero á los amotinados, y les exhortó tambien á entrar en el órden. El ministro de la policía, Galleti, vió que todos los amotinados eran de la ínfima clase, y que mas que por la estrema indigencia eran conducidos á la revolucion por una mano desconocida que los dirigia. Hace, pues, que en aquella misma noche todos los nacionales se derramen por la ciudad, lo que ejecutan con una celeridad admirable, y quedan presos todos los vagos y los mas criminales; empero al anochecer los demas, dirigidos por las mismas turbulentas personas se reunen en varios puntos de la ciudad, si bien al aproximarse las patrullas se disipan; pero recorren varios lugares, y entonces gritan *pan y trabajo*. En aquella misma noche se hacen unas doscientas prisiones, y con esto la tranquilidad queda restablecida.

La idea de la liga italiana era el pensamiento dominante de los pueblos, quienes conocian que sin ella serian nulos cuantos esfuer-

zos hiciesen para obtener la independencia de la península itálica. Los soberanos estaban dispuestos á concederla. Pio IX, el padre de la libertad de Italia, el que primero habia iniciado el sistema de las reformas, era el hombre mas propio para presidir á esta federacion.

Fernando de Nápoles habia prometido nombrar sus representantes para ella, y asi lo anuncia en una proclama á sus súbditos, firmada el 9 de abril, al mandar, cediendo á las instancias de sus pueblos, parte de sus soldados, para que al lado del rey Cárlos Alberto, combatan por la independencia de la península.

La esperanza de esta liga exalta el ánimo de los romanos, que noticiosos de que cerca de Roma, en la vecina Tívoli, existian algunos de los jesuitas que habian salido de la ciudad en el mes de marzo, propalan que alli se estaba formando un *sonderbund*, para valernos de la acostumbrada frase, y tratan de marchar á Tívoli para arrojarlos á la fuerza. El obispo de Tívoli para evitar una sangrienta catástrofe, ordena de oficio la salida de los jesuitas, incautándose de sus bienes y sus casas.

La tempestuosa ondulacion política en las actuales circunstancias, presenta una especie de fantasmagoría para fascinar á los pueblos.

Los diversos representantes de los estados italianos iban á constituirse en una Dieta ó Liga, y la voluntad unánime de todos los pueblos de la Italia, era que fuese presidida por Pio IX. Ya el rey de Nápoles, como lo habia prometido, habia enviado á Roma sus representantes, los que habian llegado el 18 de abril y presentádose al Quirinal: eran los príncipes del Colubrano y del Parano; el coronel Gamboa, Casimiro del Lietto, el duque de Prato Palavicino y los dos secretarios Rujero Bonghi, y Alfonso Dragoneti. La Sicilia entra tambien en la liga; empero como se considera estado independiente de la Italia, elige sus representantes separadamente de Nápoles, y manda á Roma á La Farina, al baron Pisani y á los dos hermanos Amari, personas todas que se habian distinguido mucho tomando una parte activa en la rebelion de su pais.

En el Círculo Popular, fueron recibidos con los mas vivos aplausos; el pontífice mismo los admitió muy afablemente en la audiencia en que le fueron presentados.

Se empezaba á ver en perspectiva ese gran sueño de la liga italiana, ese pensamiento irrealizable de la revolucion por el que se habian conmovido los pueblos, y que iba á ocasionar muy luego en Roma una verdadera revolucion.

Roma iba á pasar por nuevas vicisitudes.

Roma llena de belicoso entusiasmo queria que Pio IX, vicario de un Dios de paz, armase su brazo, y saliese á combatir contra los

austriacos, los descendientes de aquellos bárbaros bajo cuyo yugo habia sucumbido en otro tiempo.

La Italia toda creyó un momento vencer al estrangero, y asentándose sobre los Alpes mirar á los vencidos enemigos, y tornar á su antiguo esplendor. Todos los pueblos de la Italia proponian en su pensamiento y designaban el primer lugar al hombre augusto de la doble dignidad; á él le destinaban en sus ensueños de unidad y de independencia el trono de la Italia reunida en el antiguo Capitolio de Roma. A esto se dirigian todos los esfuerzos; á esto tendian todos los deseos; asi se pronunciaba únanimemente la opinion pública, hábilmente dirigida por los agitadores de todos los reinos de Italia.

Lo que constituia la situacion apurada de Pio IX, eran los dos deberes, las dos existencias que se concentraban en su persona. Príncipe italiano, su corazon no podia menos de latir por la libertad, la independencia de su pais. Pontífice, su reinado se estendia sobre toda la tierra; y ministro de un Dios de paz debia garantirla á todo el mundo; no podia separar la religion de la política.....

Comprendió su mision divina, no quiso soplar el fuego de las sangrientas discordias entre los pueblos de la cristiandad! No quiso lanzar el grito de guerra á las naciones furiosas y ciegas que rugian desencadenadas á sus pies. No quiso que apareciesen abrazadas la religion y la democracia revolucionaria! Sabia que su aureola de popularidad iba á desaparecer, y que los gritos de muerte iban á reemplazar á los cánticos de alabanza. Vicario de Jesucristo quiere cumplir la mision que este trajo al mundo, la paz!

En esta situacion, el pontífice reune el 29 de abril el consistorio de los cardenales para hablar de la guerra actual de la Italia.

Para hacer esta guerra mas regular, tratábase de que el pontífice la intimase legalmente.

Roma aguarda con el mayor interés la decision del pensamiento que dominaba todos los ánimos. En aquellos momentos el pontífice publica una encíclica, que apenas se fija en Roma, escita el mayor descontento. En ella rehusa declarar la guerra. Este documento (1) es el mas importante de la historia de Pio IX.

(1) Alocucion pronunciada por el sumo pontífice Pio IX en el consistorio secreto celebrado el dia 29 de abril de 1848.

Venerables hermanos: Mas de una vez, venerables hermanos, hemos reprobado con vosotros la audacia de muchos que no han vacilado en hacernos la injuria á Nos, y por consiguiente á la misma Sede apostólica, de afirmar que nos habiamos desviado de lo establecido por nuestros predecesores, y lo que es mas horrible, de la misma doctrina de la iglesia. Pero ni aun faltan todavia hoy quienes de Nos hablen cual si fuésemos los principales autores de las públicas conmociones que en estos últimos tiempos, no ya en Europa, sino en la

Era cerca del anochecer del 29 de abril, cuando se anunció al pueblo. Estaba la encíclica escrita en latin, y era necesario una traduccion para que fuese comprendida de todos. En la mañana del 30 aparece ya traducida, y con observaciones y notas. Con un movimiento

misma Italia han acaecido. Especialmente de Austria hemos sabido que se ha hecho creer al vulgo que el pontífice romano, ya por enviados, ya por otros medios análogos, escitaba á los pueblos italianos á la introduccion de cambios en las cosas públicas. Igualmente hemos sabido que algunos enemigos de la religion católica han tomado ocasion con este motivo para encender los ánimos de los alemanes con el fuego de la venganza, y con el fin de separarlos de la unidad de esta Santa Sede.

Y aunque no dudamos de manera alguna que los católicos alemanes y sus esclarecidos prelados detestan semejante maldad, con todo, deber nuestro es precaver el escándalo que puedan recibir algunas personas incautas y sencillas, y rechazar la calumnia que redunda en contumelia, no tan solamente de nuestra humildad, sino tambien del supremo apostolado que ejercemos y de esta Santa Sede. Y como nuestros detractores, no pudiendo alegar ningun documento de las maquinaciones que nos atribuyen, quieren presentar como sospechosos los actos de nuestra administracion pontificia temporal, para quitarles este mismo pretesto nos ha parecido conveniente esplicar hoy clara y paladinamente en medio de vosotros la causa de todas estas cosas.

No os es desconocido, venerables hermanos, que desde los últimos tiempos de Pio VII, predecesor nuestro, procuraron insinuar los mas esclarecidos príncipes de Europa á la Sede apostólica que se diese á los seglares alguna parte de la administracion civil para mayor facilidad de los negocios. Algun tiempo despues, en el año 1831, se manifestaron con mas solemnidad estos deseos y consejos en aquel célebre *memorandum* que estimaron conveniente presentar á Roma por medio de sus enviados los emperadores de Austria y de Rusia, y los reyes de Francia, Gran Bretaña y Prusia. En aquel escrito se trataba entre otras cosas, ya de que se convocase en Roma la junta de consultores de todos los estados pontificios, ya de que se estableciese ó ampliase la ley municipal, de que se instituyesen consejos provinciales, de que se diese ensanche á estas otras instituciones en todas las provincias para utilidad comun, y por último, de que se diese entrada á los seglares á todos los cargos relativos á la administracion pública y al órden judicial. Principalmente estos dos últimos puntos se proponian como principios vitales de gobierno. Tambien en otros escritos de los enviados se pedia una amnistía general para todos ó casi todos los que habian faltado á la obediencia al príncipe que ocupaba la silla pontificia.

Nadie ignora, sin embargo, que algunas de estas cosas se realizaron por Gregorio XVI, nuestro antecesor, y que otras se prometieron en el mismo año de 1831 y en edictos emanados de aquel soberano pontífice. Con todo, estos beneficios de nuestro predecesor no parece que respondieron plenamente al voto de los príncipes, y no se creyeron suficientes para afirmar la pública conveniencia y tranquilidad en todos los estados temporales de la Santa Sede.

Por lo mismo cuando fuimos elevado por los inescrutables juicios de Dios á aquel lugar, no escitados por las exhortaciones y consejos de nadie, sino movidos por nuestro singular amor hácia nuestros súbditos, concedimos la mas

de asombro interróganse mútuamente las gentes que se encuentran en las calles; un disgusto general se manifiesta en los ánimos, y se presentan claramente síntomas graves de agitacion amenazadora; reúnense inmediatamente las casinos y los círculos; y combinando

ámplia amnistía á los que habian faltado á la debida fidelidad al gobierno pontificio, y en seguida concedimos algunas instituciones que juzgábamos habian de ser muy provechosas á la prosperidad del pueblo. Y todo lo que al principio de nuestro pontificado hicimos, concuerda plenamente con lo que los príncipes de Europa con tanto ahinco deseaban.

Despues que con el favor de Dios pusimos por obra nuestros consejos, la alegría de nuestro pueblo y de los pueblos mas remotos, las felicitaciones públicas, nos persiguieron de tal manera que nos pareció conveniente contener los populares clamores en que prorumpia la ciudad santa, porque amenazaba con su demasiado ímpetu á su normal sosiego.

Son ademas notorias á todos, venerables hermanos, las palabras que os dirigimos en el consistorio del 4 de octubre del año anterior, en las cuales recomendamos á los príncipes para con sus súbditos la benignidad paternal y el celo mas eficaz, y al mismo tiempo exhortamos á los pueblos á la debida fidelidad y obediencia hácia sus príncipes. No omitimos tampoco mientras pudimos el amonestar y exhortar una y mil veces á todos, para que adhiriéndose firmemente á la doctrina católica, facilitasen la mútua concordia que habia de producir la tranquilidad y la caridad en todos.

¡Ojalá que el éxito anhelado hubiera correspondido á nuestra voz y exhortaciones paternales! Pero patentes están las conmociones que acabamos de mencionar: conmociones de los pueblos italianos, no menos que otros acontecimientos, que ya dentro, ya fuera de Italia han sucedido.

Y si alguien quisiera sostener que los acontecimientos de esta naturaleza, han tenido algun orígen en lo que á principios de nuestro sagrado pontificado hicimos benévola y benignamente, es seguro que en ninguna manera puede atribuirse á obra nuestra, puesto que nada mas hicimos que lo que habia parecido conveniente, no solo á Nos, sino á los mencionados príncipes para bien y prosperidad de nuestra administracion temporal. Por lo que respecta á los que dentro de nuestros estados han abusado de estos mismos beneficios, imitando el ejemplo del príncipe de los pastores, les perdonamos de todo corazon, y procuramos atraerlos amantisimamente á mas sano consejo, y pedimos á Dios, padre de la misericordia, que aparte con clemencia el azote con que castiga á los ingratos.

Por lo demas nada pueden decir contra Nos los alemanes, si no nos ha sido posible contener el ardor de los que dentro de nuestros estados quisieron aplaudir las cosas que en la alta Italia se han hecho contra ellos, y á semejanza de otros, inflamados en amor hácia su propia nacion, han concurrido á favorecer la misma causa con los demas pueblos italianos; de la misma manera muchos príncipes de Europa con mayor número de soldados que nosotros, no han podido resistir en este mismo tiempo la conmocion de sus pueblos, y en tal estado de cosas, al mandar nuestros soldados á los confines de los estados pontificios, ningun otro encargo les hemos dado sino el de defender la integridad y seguridad del territorio.

Pero como haya muchos que deseen que Nos con otros pueblos y príncipes

las ideas, establecen que se reuna una comision que tome en cuenta la universal agitacion política.

Al medio dia el ministerio hace dimision en masa, para demostrar al pueblo que es estraño á la publicacion de la encíclica, dejando asi descubierta y sin defensa alguna la persona del pontífice.

Esta resolucion tomada por el ministerio en semejantes circunstancias hace poco honor á su nombre; pero esperándola ya el pontífice, es admitida sin dificultad ninguna.

Reúnense entonces los coroneles de la guardia cívica, y formulan apresuradamente una representacion al papa, comisionando al senador Corsini y al coronel príncipe Doria, para que la presenten á Pio IX. Estos admiten el encargo, y en el ínterin se constituye una junta popular que derrama sus órdenes por todos los cuarteles de la cívica, se apoderan de las puertas de la ciudad, con órden espresa de prohibir la salida á todos los cardenales, como si por ser prelados fuesen sospechosos; refuérzanse las guardias de las cárceles, y se reparten armas á todos los habitantes que se presentan; finalmente, apodéranse en el correo de todas las cartas dirigidas á los cardenales, colócanlas en un saco, y las mandan al Capitolio para examinarlas y ver si mantenian alguna corres-

de Italia emprendamos la guerra contra los alemanes, hemos creido de nuestro deber declarar clara y esplícitamente en esta congregacion, que esto se halla en abierta oposicion con nuestro parecer, como quiera que Nos, aunque indigno, hacemos las veces en la tierra de aquel que es autor de la paz, amante de la caridad, y que segun corresponde á la obligacion de nuestro supremo apostolado, á todas las gentes, á todos los pueblos y naciones, con igual amor de padre queremos y les abrazamos. Y si á pesar de todo entre nuestros súbditos hay algunos que se dejan arrastrar por el ejemplo de otros italianos, ¿cómo podemos nosotros contener su ardor?

En este lugar no podemos menos de manifestar que repudiamos los insidiosos consejos manifestados en varios libelos, en los que se dice que el romano pontífice debe presidir cierta nueva república que quieren ver constituida en todos los pueblos de Italia. Esta es la ocasion de coartar y amonestar con el mayor ahinco á esos pueblos de Italia, movidos de nuestra caridad hácia ellos, para que se guarden mucho de las astutas sugestiones de este género y de semejantes consejos tan perniciosos para la misma Italia, y que se adhieran firmemente á sus príncipes, cuya benevolencia han esperimentado, y que nunca se aparten del amor y del respeto que les deben. Si de otra manera obrasen, faltarian no solo á su deber, sino que tambien correrian el peligro de que mas adelante Italia se dividiese y fermentase en intestinas discordias y facciones.

En cuanto á Nos, una vez y otra vez declaramos que todos los pensamientos, celo y cuidado del romano pontífice se dirigirán á que cada dia reciba mayor incremento el reino de Dios, que es la iglesia, no para ensanchar los límites de su principado civil, que ha dado la divina Providencia á la Santa Sede para defender su dignidad, y el libre ejercicio del supremo apostolado. Grande error

pondencia política, especialmente aquellos que ocupaban los primeros cargos del estado, como propalaban los agitadores del pueblo.

El rencor de este y las amenazas callan en un momento al recibir la respuesta del senador Corsini y del príncipe Doria, quienes despues de haber visto al pontífice, aseguran que habia ofrecido tomar en consideracion las observaciones que se le habian hecho, y proveer sobre ellas.

Pio IX habia hecho semejantes promesas el dia 8 de febrero; sus promesas habian sido cumplidas; nadie, pues, podia dudar de su sagrada palabra.

La agitacion continuaba; la encíclica quitaba toda esperanza de que el papa declarase la guerra. Culpábase á las personas que rodeaban á Pio IX, y exigieron que fuesen separados de sus cargos públicos, como lo consiguieron en aquella misma noche de temor y de incertidumbre, en la que se presentaron ya á cara descubierta, dictando las resoluciones y decretando el movimiento de las masas, le conde Terencio Mamiani, y Pedro Sterbini.

Hasta entonces solo habian dado la cara los hombres del bajo pueblo, como Ciceruacchio, Favella, y otros gefes de los cuarteles; sentíase el brazo de la revolucion, no se veia empero el pensamiento de ella. Esta noche se manifiesta ya, y se revela á las cla-

padecen los que piensan que nuestro ánimo puede ser seducido con el deseo de aumentar nuestra dominacion temporal, y que por medio de las armas hemos de fomentar tumultos. Nada seria mas grato á nuestro paternal corazon, si con trabajo, con cuidado y con celo nos fuese dado estinguir el gérmen de la discordia, y conciliar los ánimos de los que mútuamente se pelean, y restablecer la paz en medio de ellos.

Entretanto, no sin grande consuelo de nuestra alma, hemos sabido que en muchas partes, no solo de dentro, sino de fuera de Italia, aun en medio de tantos bullicios y trastornos, nuestros fieles hijos han permanecido adictos á la iglesia y á sus sagrados ministros, aunque sentimos de todo corazon igualmente que no en todas partes se haya guardado esta observancia. Ni podemos dejar de lamentar en vuestro seno aquella funestísima costumbre, principalmente establecida en nuestros tiempos, de dar á luz todo género de libelos, en los cuales se hace la guerra mas terrible á nuestra santísima religion y á la honestidad de las costumbres, se inflaman las civiles discordias y perturbaciones, se piden los bienes de la iglesia, se disputan sus mas sagrados derechos, y se lastiman con falsas acriminaciones á los varones mas respetables.

Esto es, venerables hermanos, lo que hemos juzgado conveniente comunicaros hoy: réstanos ahora que á un tiempo y con humildad de corazon dirijamos nuestras fervientes é incesantes oraciones á Dios óptimo y máximo para que defienda á su santa iglesia de toda adversidad; que nos mire y defienda propicio desde Sion, y se digne conceder á todos los príncipes y á todos los pueblos la paz y la concordia deseada.

ras: era llegado el tiempo en que los que progresivamente habian dirigido las agitaciones de Roma, recogiesen el fruto de sus tenebrosos trabajos.

Proclamábase que la encíclica era una protesta escrita de querer anular todo cuanto el pontífice habia hecho. Como príncipe se sabia que habia amado demasiado la independencia italiana, y que en el principio habia intentado obtenerla por los medios moderados y suaves de la reforma, procurando evitar una sangrienta guerra, no rehusando empero la defensa de sus estados, como lo probaba el armamento de Roma, los soldados que habia mandado al ejército, y las bendiciones que les habia dado; la revolucion sin embargo no tiene en cuenta nada de cuanto habia hecho al pontífice; y grita, rebelde, contra aquel sacerdote, y aquel Santo, que habia el primero iniciado las reformas desde el Quirinal; contra aquel pontífice, que habia incurrido por ellos en las reprensiones de los fariseos y de los grandes políticos, y que habia sufrido el vituperio de los sábios del mundo.

¡Cuán tristes y dolorosos pensamientos no debian agitar su alma, viendo por un lado las amenazas de sus pueblos, olvidados de sus beneficios; viendo por otro las amenazas de los obispos de Alemania, que hicieron llegar á su noticia que si se declaraba la guerra se separarian del giron de la iglesia católica, renovando la escena de la separacion de la Inglaterra en los tiempos de Enrique VIII!

Pio IX se hallaba, pues, como rey amenazado de la revolucion, como pontífice amenazado del cisma: la eleccion no era dudosa para el generoso corazon del vicario de Jesucristo!

CAPÍTULO XIV.

Agitacion por la encíclica.—Movimiento reaccionario en Benavente.—Movimiento popular de 1.º de mayo.—Cardenales refugiados en el Quirinal.—Mamiani es llamado á formar el ministerio.—Mision dirigida á Cárlos Alberto.—Esposicion de la municipalidad al papa.—Esposicion de la guardia cívica á Mamiani.—Formacion del ministerio.—Programa del nuevo ministerio.—Disposiciones del ministerio para la guerra.—Llegada de oficiales estrangeros para instruir el ejército.—La guardia cívica ocupa el castillo de Sant-Angelo.—Demostracion de las provincias contra la encíclica.—La ciudad de Pésaro envia á los hermanos del papa.—Nombramiento de seglares para los gobiernos de las legaciones.—Comité popular de guerra.—Donativos.—Felicitacion al papa del cuerpo diplomático.—Primera idea de fuga de Roma del papa.—Nombramiento del consejo de estado.—Revolucion reprimida en Nápoles.—Llegada de Gioberti á Roma.—Obsequios que le tributan.—Va el papa á San Felipe Neri.—Silencio del pueblo á su tránsito.—Mision pacífica enviada al Austria.—El cardenal Soglia reemplaza en la presidencia del consejo de ministros á Chiachi.—Desacuerdo entre el papa y sus ministros.—Cárlos Alberto.

Pio IX habia querido dar á conocer claramente sus intenciones, queria que nadie pudiese equivocarse sobre ellas, que á nadie le fuese dado interpretarlas.

Pudiera haber callado, pero prefirió incurrir en la reprobacion de algunos á ocultar sus propios designios; sufrió que le llamasen traidor, como lo hicieron algunos periódicos de Toscana, á trueque de no quererlos engañar. Todo lo habia previsto; empero no podia sin gravísima pena callar. El no debia como Celestino V, Bonifacio VIII, Gregorio VII, Inocencio III y Alejandro III aguardar el largo trascurso de los siglos para ser juzgado: la generacion actual puede juzgarle rectamente, y le dará sin duda el renombre que le han conquistado sus virtudes.

Publicada la encíclica, creense muchos abandonados, vendidos, presa ya de la política vencedora del Austria; no quieren oir las voces de la prudencia, y buscan el remedio fuera del Quirinal, en donde por haberse refugiado las personas mas notables y marcadas del antiguo régimen, propalaban que se hallaban reunidas, no para salvarse, si para ponerse á la cabeza de la antigua política que habia dominado en los consejos de Gregorio XVI.

La encíclica del 29 de abril marca una nueva faz en la historia de Pio IX.

En ella, como pontífice, proclamador de la paz, objeto de todos sus deseos y solicitud paternal, la paz inculcó; como soberano temporal abandonó toda la gloria ó el vituperio que pudiera seguirse de la guerra de la independencia italiana al rey del Piamonte, si bien contribuyendo á ella con todos los medios que ponia en poder de éste como príncipe temporal, no puede tampoco hacer mas, que dejar á sus súbditos en libertad de prestarse segun su voluntad á la misma guerra italiana.

La agitacion cunde á todas las provincias de los estados romanos; pero en la ciudad de Benevento, que aunque enclavada en el territorio napolitano es perteneciente á los estados del papa, el marqués Salvatori Savarini se subleva el 15 del mes de abril, con parte del vulgo, fortificándose en el palacio, oponiéndose á la revolucion que en Roma coartaba la independencia y la libertad del papa. Costó la vida á varios cívicos el poderle rendir; y solo despues de muchas descargas, el comenzar á incendiar el palacio, fué lo que le obligó á entregarse.

En medio de tantas angustias amanece el 1.º de mayo. Aun no era de dia, y ya en todos los acostumbrados lugares de la ciudad se ve fijada una alocucion de Pio IX, en la que se cumple la promesa de declarar mejor su voluntad.

Todos corren á leerla ávidamente; pero no era mas que la segunda edicion de la encíclica, y estaba dirigida al pueblo romano.

En aquella mañana, y durante la formacion del nuevo ministerio, el de Antonelli, que acababa de presentar su dimision, es provisoriamente confirmado; y el ministro de la Policía, publica un decreto para reclamar en los pocos momentos que de poder le restan, el esfuerzo y el concurso de todos los ciudadanos para restablecer la tranquilidad pública: el comandante general de la guardia cívica, principe de Rospigliosi, dá una órden en el mismo sentido.

A las cuatro de la tarde hay una imprevista alarma; tocan la generala por todas partes; reúnense los batallones de la cívica en sus cuarteles, y la agitacion se propaga de calle en calle, de barrio en barrio.

En el palacio del Quirinal, al lado del pontífice, para cubrirse bajo su augusto manto, hay siete cardenales: Antonelli, secretario de Estado y presidente del consejo de ministros, que acababa de hacer dimision, el cual vivia por su empleo en el palacio pontificio; Ferreti Mastai, Lambruschini, Mattei, de La Genga, Gizzi y Patricio, vicario general de su santidad. Los cardenales que no habian podido refugiarse en el Quirinal, se hallaban errantes, escon-

didos, huyendo del furor de las turbas: solo Pio IX se hallaba tranquilo en medio del peligro.

El conde Terencio Mamiani era realmente en aquel dia el dueño de Roma; sus inspiraciones eran dócilmente obedecidas por los gefes de las masas populares. El pontífice hizo, pues, llamar á su palacio al conde Mamiani, y le encargó la composicion definitiva del ministerio, haciendo marchar al mismo tiempo en posta para el campo del rey Cárlos Alberto al doctor Cárlos Farini, sustituto del ministerio de lo Interior, como su encargado estraordinario, con una importante comision, cuyo objeto no se traslució en aquellos dias, pero que fué el de recomendarle la seguridad de la causa nacional de Italia, fiar la suerte y la proteccion de las tropas italianas que combatian en el reino Veneto y en la Lombardía á la mediacion del rey, y singularmente la vida y el destino de algunos legionarios cruzados que habian caido prisioneros de los austriacos.

Creyendo realmente cambiada la política de Roma, los ministros napolitanos, elegidos espresamente para proceder de inteligencia con Pio IX en la liga ó dieta italiana, mandaron al rey sus dimisiones.

La noche del 2 de mayo los batallones de la guardia cívica se retiraron, quedando en sus cuarteles considerables refuerzos: las turbas del pueblo recorrieron las calles aclamando á Cárlos Alberto, á la Italia, y cantando himnos nacionales.

Apenas amanece el dia piensan todos en el nuevo ministerio, y en las condiciones con que aceptára su encargo. Durante aquella noche el conde Mamiani habia declarado en todos los círculos que su pensamiento dominante era la guerra contra el Austria, y que asociaria á su ministerio personas que tuviesen iguales ideas.

El consejo municipal cerca de las dos de la tarde se reune estraordinariamente, y dirige una representacion en el mismo sentido al pontífice. Los batallones de la cívica, no queriendo tampoco permanecer estraños á las futuras providencias y reglamentos que debiera adoptar el nuevo ministerio, redactan una nueva esposicion al conde Mamiani para que, antes de tomar la direccion de los negocios del estado, conozca la voluntad del cuerpo entero, resuelto á sostener con las armas su pensamiento.

El conde Mamiani logra al fin componer su ministerio, á cuya cabeza coloca como presidente del consejo de ministros, para los negocios eclesiásticos únicamente, al cardenal Ciacchi, hombre respetabilísimo, prudente, docto, de ejemplar virtud, y á quien hemos visto protestar con energía cuando los austriacos aumentaron la guarnicion de la fortaleza de Ferrara, y ocuparon la ciudad: ministro de los Negocios estrangeros seculares fué nombrado el conde Juan Marqueti, natural de Sinigaglia: Terencio Mamiani se reservó

EL CONDE TERENCIO MAMIANI

DE LA ROBERE,



el ministerio de lo Interior: el abogado Pascual de Rossi, profesor de derecho de la Universidad romana, fué nombrado ministro de Gracia y Justicia: el abogado José Lunati, ministro de Hacienda, era uno de los que mas se habian manifestado partidarios del progreso: el duque Mario Massimo, ministro de Comercio y de Trabajos públicos: el príncipe Felipe Doria, ministro de la Guerra: finalmente, quedó el abogado José Galleti, ministro de la Policía del anterior ministerio, y alma de la revolucion mas aun que el mismo Mamiani, por ser mas audaz, emprendedor y disimulado.

Ausente el cardenal Ciacchi, porque era legado de Ferrara, se encargó interinamente de su puesto el cardenal Antonio Francisco Orioli, que vivia retirado de los negocios en el convento de los Santos Apóstoles, de la órden de San Francisco, cuyo hábito vestia.

Compuesto asi el nuevo ministerio, emite su programa político, redactado por el conde Mamiani, franco, esplícito, esclusivamente italiano, manifestando que podian francamente obrar, porque hallándose concentrada en el cardenal presidente sola la parte de los negocios eclesiásticos, ningun sacerdote podia ya en lo sucesivo ingerirse en los negocios temporales fiados esclusivamente á los demas ministros.

La agitacion que habia sufrido Roma en estos dias no habia tenido igual. De los siete cardenales refugiados en el palacio Quirinal, algunos tornaron á su domicilio restablecida la calma, y otros marcharon al estrangero.

Entretanto la encíclica es objeto de observaciones y representaciones de Sicilia, de Venecia, de Lombardía y de Toscana.

El primer acto del ministerio Mamiani es la publicacion de un decreto ministerial, ordenando la formacion de un cuerpo de reserva de seis mil hombres, considerando las condiciones actuales de la Italia y las exigencias de la guerra.

El príncipe Rospigliosi, comandante general de la guardia cívica, hace dimision de su destino, igualmente que el conde Alejandro Bologneti Cenci, gobernador del fuerte de Sant-Angelo, en cuyo castillo habia entrado en los momentos de agitacion para guarnecerle la guardia cívica. Fué nombrado comandante general de la guardia cívica el príncipe Aldrovandini.

Los capitanes estrangeros que el gobierno pontificio habia demandado para la instruccion de sus tropas, particularmente á la Cerdeña el 18 de febrero, llegaron á Roma el 6 de mayo, y fueron los coroneles piamonteses Rovero y Wagner, que comenzaron inmediatamente á adiestrar en las armas á todos los voluntarios.

Asegurado en el poder el nuevo ministerio, un decreto del ministro de lo Interior determina que las guardias cívicas abandonen los puestos de que se habian apoderado en la anterior conmocion;

empero negándose á abandonar el castillo, porque no les seria fácil volverlo á tomar en otra ocasion, el ministerio deja á la guardia cívica en posesion de esta fortaleza, y dueña por consiguiente de la ciudad de Roma.

En las provincias en tanto se entregan, á imitacion de Roma, á los mayores escesos. Rasgan públicamente la encíclica del papa; dirigen representaciones contra su contenido, y la provincia de Pésaro y Urbino envia á Roma los dos hermanos del soberano pontífice, personas de edad y de juicio, para que le manifiesten el voto universal, que desea la continuacion de la política anteriormente adoptada.

Llegan á Roma el 7 de mayo, los condes José y Gabriel Mastai; y son recibidos por grandes grupos, llevando banderas tricolores, y algunos pelotones de la guardia cívica los acompañan hasta su alojamiento.

Hemos dicho que una de las cualidades que desde muy jóven habia formado el carácter de Pio IX era la firmeza, sin degenerar en terquedad, y que una vez determinado á una cosa, una vez adoptada una resolucion en su conciencia, nada en el mundo es capaz de hacerle desistir de ella. Asi sucede en este caso: la mision, de sus hermanos, queda sin efecto.

El programa del ministerio Mamiani era un programa de guerra; asi es que todos los dias aparecian decretos para la organizacion de los cuerpos de ejército. Nombróse al conde Cárlos Pepoli, comisario general cerca del cuerpo de operaciones del general Durando.

Las legaciones, á cuyo frente se habian hallado siempre cardenales ó prelados, fueron conferidas á seculares.

La guardia cívica, cuyo mando por el artículo 17 del decreto de 30 de diciembre de 1847 dependia del ministerio de Estado, se trasfiere al ministerio de lo Interior.

Voluntariamente, sin mision especial del gobierno, las personas que desde el Círculo Popular habian contribuido mas al movimiento y á colocar á Mamiani á la cabeza de los negocios públicos, constitúyense en junta de guerra para ayudar al gobierno en las determinaciones que debia tomar respecto al socorro de los soldados que combatian por la patria. El ministerio, producto mas de la voluntad de las personas que constituian dicha junta, que del libre nombramiento del soberano, tributa elogios á esta junta, y la anima por un decreto á continuar reunida, reconociendo la utilidad de sus consejos y de su permanencia.

Esta junta elige un número de señoras de las mas distinguidas de Roma, para que se encarguen de recoger las ofertas espontáneas que dicte el entusiasmo y el patriotismo de los ciudadanos. Entre

ellas vénse los nombres de la princesa Archinto, la princesa Altieri de Viana, la princesa Orsini, la duquesa de Torlonia, la duquesa Massimo, la condesa Piancini, y otras muchas de las mas distinguidas.

El cuerpo diplomático residente en Roma se presenta al pontífice, para felicitarle por haber visto salir ilesos los derechos de su soberanía de aquella crisis, habiendo informado antes á sus respectivos gobiernos de los grandes peligros que habia corrido su sagrada persona.

El dia 7 de mayo el pontífice admitió en audiencia particular al coronel Kerouark, comandante del vapor francés, el *Pluton*, destinado á estacionarse en el puerto de Civita Vecchia: el embajador francés presentó al capitan y á todos los oficiales de marina del vapor.

Diversa fué la interpretacion que se dió á la llegada y permanencia de este, mirándose por algunos como el destinado á conducir en un caso de necesidad al estrangero al pontífice.

El genio de los romanos, tan hábil y fecundo para los epígramas, lanzábalos fuertes sobre el poeta Lamartine, gefe de la república francesa, por haber puesto á disposicion del pontífice, para un caso de fuga, un vapor de semejante nombre!

Una flotilla austriaca apareció por el mismo tiempo en e Adriático.

Con arreglo al estatuto fundamental, en que se prometia la fundacion de un consejo de Estado, nómbranse el 10 de mayo los individuos de él.

En Nápoles el dia 14 de mayo debian reunirse las Cámaras. El rey exige de los diputados el juramento de no alterar la constitucion que habia otorgado el 29 de enero. Los diputados resisten apoyados en la guardia nacional que sostiene su pretension. El ministerio da su dimision, y el rey cede; pero los diputados en sesion permamente piden se consigne esta concesion en un decreto. Pásase la noche en mensages, y á la mañana del 15 las tropas y una gran parte del pueblo atacan las barricadas que ha levantado la guardia nacional: dura el ataque desde las diez de la mañana hasta la noche, las barricadas son deshechas á cañonazos, corre la sangre, las calles quedan cubiertas de cadáveres: la guardia nacional es vencida y desarmada, la cámara de los diputados es disuelta y reprimida fuertemente la revolucion.

Un estraordinario estupor se apodera de los agitadores romanos; la revolucion lanza en toda la Italia un grito de indignacion.

En Génova arrancan las armas de Nápoles del consulado y las queman en la plaza pública; los romanos, demasiado cerca de un

rey que contaba con un ejército fiel, respetan sus armas, pero le llaman en sus escritos *Il Re Bomba*, el rey Bombeador!

El 23 de mayo llega á Roma el célebre abate Vicente Gioberti, y alójase en la fonda de Inglaterra.

Prodíganse á este escritor las mayores atenciones. El Círculo Popular y el Casino le visitan en cuerpo: un destacamento de la guardia cívica da permanentemente la guardia á su morada, y la calle en que vive recibe en lugar de su antiguo nombre de la Borgoñona, el de Gioberti.

Segun la antigua costumbre, el papa Pio IX fué el dia 26 de mayo con toda la pompa solemne pontificia á la iglesia de Santa María in-Valiceya, llamada la Iglesia Nueva, para honrar la memoria de San Felipe Neri; empero esta vez no le aclaman ya las turbas; un silencio profundo reina en la muchedumbre.

Defensor de la paz, Pio IX, resuelve enviar cerca del emperador Fernando de Austria á monseñor Morichini, con proposiciones de transaccion; empero mientras el romano pontífice emplea los medios de conciliacion con el Austria, sus ministros promueven con todas sus fuerzas el armamento del estado. Habia indudablemente un marcado desacuerdo entre el pontífice y su ministerio.

En tanto el cardenal Ciacchi, nombrado presidente del consejo de ministros, renuncia su cargo, y es nombrado en su lugar el cardenal Juan Soglia Cerroni, obispo de Ossimo, persona bien conocida en Roma, por el afecto que profesaba á Gregorio XVI, bajo cuyo pontificado desempeñó diversos cargos: docto teólogo, pero hombre de ideas políticas muy distintas de las de sus compañeros en el ministerio; asi es que era en él un elemento heterogéneo, y necesariamente debia esperarse muy en breve, ó que abandonase la presidencia del consejo, ó que los demas ministros presentasen su dimision.

Cárlos Alberto *habia cedido* al impulso de su pueblo, mas para salvar su corona que para adquirir otras nuevas, declarando la guerra al Austria.

La victoria habia coronado sus primeros pasos. Parecia que nada debia resistirle, las tropas imperiales huian delante de él; pero los pueblos que acababan de proclamar su independencia, en lugar de reunir todos sus esfuerzos para lanzar del suelo itálico al estrangero, se consumen en mezquinas intrigas y rivalidades, y dan lugar á que los austriacos conquisten en breve lo que les arrancaron en el primer momento de entusiasmo por la libertad.

CAPITULO XV.

Apertura de las Cámaras.—Programa del ministerio Mamiani.—Descontento del pueblo por algunas medidas avanzadas.—Agitacion en los transteverinos á favor del papa.—Capitulacion de Vicenza.—Desaliento que produce la derrota de Vicenza.—Sesion de la Cámara sobre la guerra.—Sucesos de Francia en junio. —Dictadura de Cavaignac.—Invaden á Ferrara los austriacos.—Interpelacion en la Cámara.—Mensage de estos al papa, pidiendo la declaracion de guerra.—Demostracion á favor de Mamiani.—Tumulto popular en la Cámara.—Esposicion del pueblo.—Suspéndese la sesion.—Elogia la Cámara la conducta del pueblo. —Respuesta del papa al mensage de las Cámaras.—Declaracion de la patria en peligro.—Situacion general de la Italia.—Triunfos de los austriacos.—Armisticio —Desacuerdo entre el papa y los ministros.—Dimision de Mamiani.—Motu propio del papa anunciando nuevo ministerio.—Los austriacos en Bolonia.—Reclamacion del cuerpo diplomático.—Medidas de defensa.—Pide el pueblo la intervencion francesa.—Declaracion de los ministros en la Cámara.—Acuerda la Cámara pedir la intervencion.—Manifiesto de los ministros.—Retirada de los austriacos.—Reconocimiento de Isabel II por el papa.—Recepcion del Nuncio en Madrid.—Socorros que envia el gobierno español.—Instrucciones que dá á su embajador para en caso de que el pontífice tenga que abandonar á Roma.—El ministerio procura recoger las armas del pueblo.—La Cámara hóstil al gobierno. —No hace el papa caso de sus reclamaciones.—Destitucion del ministro de la Guerra —Medidas propuestas por Mamiani.—Suspéndense las sesiones de la Cámara hasta noviembre.

El dia 5 de junio da principio á la nueva época política de Roma, y se abren sus Cámaras, si bien no con la solemnidad que Roma habia presenciado en la inauguracion de la Consulta de Estado y del Municipio romano.

El mismo dia de la apertura de las Cámaras, un decreto del pontífice concede mas latitud á la libertad de imprenta, quedando abolida la censura.

Llegado este dia, los miembros de las dos Cámaras, reunidas en la plaza del Popolo, y con los mejores coches que pone á su disposicion la nobleza romana, desfilan por la plaza, acompañados de las banderas de los catorce barrios, unidas á las de los Círculos Popular y Romano, y se dirigen al palacio de la Cancilleria (1).

(1) *Palacio de la Cancilleria.* Construido con piedras del Coliseo; arquitectura de Bramante. Es magnífico, y está habitado por el cardenal vice-canciller.

en donde, despues de haber oido la misa del Espíritu Santo en la antigua iglesia de San Lorenzo y San Dámaso, se reunen los diputados en una sala del palacio, eligen por presidente provisional al mas anciano, incorporándoseles despues el alto Consejo ó de los pares, de quien habia sido nombrado, á propuesta de Mamiani, presidente, monseñor Muzzarelli.

El cardenal Altieri, delegado por el pontífice para verificar la apertura solemne de las dos Cámaras, sale del Quirinal, y va al palacio de la Cancillería, donde estaban reunidos ambos cuerpos.

Imponente y magestuosa fué su comitiva, seguida de dos batallones de la guardia cívica, mientras que el fuerte de Sant-Angelo disparaba cien cañonazos.

Leido el discurso de apertura, y declaradas abiertas las sesiones, torna al Quirinal, siendo saludado en su tránsito por los gritos de ¡viva Pio IX! ¡viva la Italia!

La Cámara de los diputados no se halló en número suficiente para deliberar hasta el dia 9. En este dia tuvo efecto su primera sesion, y en ella el conde Mamiani, ministro de lo Interior, lee el programa del gabinete.

«Si el gobierno constitucional no existiese, dijo, seria necesario inventarlo para Roma por el doble carácter de su soberano.» Aludia sin duda á que Pio IX habia publicado la encíclica, en la que, como gefe del catolicismo, fiel á su deber de cristiano, condenaba la efusion de sangre, y como soberano temporal dejaba obrar á sus ministros.

El conde Mamiani era de hecho el presidente del ministerio. Su palabra, algun tanto apagada, es elocuente. Su discurso se redujo á elogio al pontífice, que habia comprendido no podia existir el bien de los pueblos sin la libertad; á recordar á los representantes su mision de ayudar al soberano á levantar el nuevo edificio constitucional sobre bases acordes con los recuerdos de la antigua Roma y á la altura del supremo pontificado. Reasumiendo su discurso dijo: «el papa no quiere la guerra, pero la deja hacer, y asi se hará, mientras se dispute á los italianos sus fronteras naturales y la facultad de constituirse en una sola y misma familia.» Anunció tambien que el ministerio propondria inmediatamente una ley sobre la responsabilidad efectiva y no ilusoria de los ministros y de los agentes públicos: pronunció algunas palabras de benevolencia para el Austria, y prometió devolverle todos los sentimientos de amistad al dia siguiente en que sus tropas hubiesen repasado el Isonzo: con respecto á la Francia, dijo: que el mas grande tal vez de los infortunios que pudieran suceder á la causa de la nacionalidad italiana, seria la demasidamente calorosa y activa amistad de esa gran nacion. Por estas palabras rechazaba toda idea de intervencion

que antes de muy poco habian en vano de solicitar las Cámaras.

El conde Mamiani se retiraba de la tribuna entre los aplausos de la muchedumbre y de los diputados, cuando el príncipe de Canino Bonaparte se levanta y pide la palabra preguntando al ministro si el programa que acababa de oirse era solo la opinion política del ministerio, ó la espresion esacta de la política del soberano.

Un murmullo general de desaprobacion acoge esta intempestiva pregunta, lanzada para hacer estallar públicamente la division entre el soberano y los ministros; empero el conde Mamiani vuelve á subir á la tribuna, y pronuncia estas solemnes palabras: declaro que el programa es la obra colectiva del ministerio, afirmo tambien que, ha sido antes sometido al papa, y aceptado y aprobado plenamente.

Estrepitosos aplausos, y gritos de ¡viva Pio IX! resuenan en el salon de la Cámara al oirse esta declaracion: el entusiasmo era como en los primeros dias de su pontificado.

El alto Consejo, presidido por Muzzarelli, oye en silencio el mismo programa, hecho por Marchetti el ministro de los Negocios estrangeros.

Mientras que Mamiani y sus amigos eran aplaudidos furiosamente en las Cámaras, y por los agitadores que los habian elevado al poder, mientras que los animaban á que llevasen adelante sus pensamientos de revolucion, tratándose ya por algunos de vender las propiedades de la iglesia y los bienes de los jesuitas; la masa del pueblo se mostraba poco dispuesta á estas medidas, y de dia en dia se hacia temer una reaccion violenta contra las avanzadas ideas de libertad que se habian manifestado.

En el barrio de Transtebere empiezan á notarse tumultuosas reuniones; óyense en las calles algunos gritos amenazadores, y aun delante de la casa de Mamiani se grita ¡abajo el ministerio! En la calle misma en que se habia puesto el nombre de Gioberti, se vé borrado en parte el nombre de este escritor.

Un grande descalabro habia sufrido entre tanto la division romana: la ciudad de Vicenza habia caido en poder de los austriacos el 11 de junio, siendo atacada por ellos en número de treinta mil hombres con sesenta cañones. Esta importante ciudad de treinta mil almas, situada á dos jornadas de Verona, una de Padua y tres de Venecia, estaba defendida por unos doce mil hombres. Las alturas que la dominan fueron disputadas valerosamente durante dos dias por los batallones romanos y venecianos, y principalmente por los suizos del ejército pontifical; empero el general Durando, falto de municiones, tuvo que capitular, y las tropas pontificales salieron de la plaza con armas y bagages, bajo la espresa condicion de retirarse á la otra parte del Pó, y de no tomar parte en la lucha durante tres meses.

La derrota de Vicenza consternó á los romanos, y algunos cívicos que habian tomado con grande entusiasmo en un principio las armas, vuelven á Roma, unos por hallarse comprendidos en la capitulacion del general Durando, y otros se dispersan bajo el pretesto de que la encíclica del papa no les permite llevar las armas.

Los romanos preferian las conversaciones del Foro á las fatigas de la guerra; y como en los tiempos de Ciceron, les agradaba mas arengar en los cafés y en los círculos, escitando intrépidamente con sus discursos á la guerra contra la opresion de la patria, y tronando con indignacion contra los que querian invocar un socorro estrangero, porque la Italia debia libertarse á sí misma. La *Italia fará da se*, habia dicho en un momento de entusiasmo Cárlos Alberto, y su palabra habia hecho fortuna, se habia convertido en la divisa de los agitadores.

El dia 28 de junio, el diputado Sterbini, redactor del *Contemporáneo*, abogado de carácter audaz y que ambicionaba el poder, que mas tarde le veremos arrebatar en un tumulto popular, propone á la Cámara al discutirse la contestacion al discurso de apertura, que manifieste sus deseos de que el pontífice tome la iniciativa, y sea el promotor de una dieta italiana que se reuna en Roma, la sola ciudad digna de ser el centro de la unidad italiana. Esta proposicion es adoptada casi por unanimidad.

La Cámara se ocupa tambien de una cuestion incidental. Suponiendo que por haber decretado la Asamblea nacional de Francia el 16 de junio la movilizacion de trescientos batallones de guardia nacional, trataba de intervenir en los asuntos de Italia, los romanos, cuyas legiones acababan de ser derrotadas completamente en Vicenza, se manifiestan altamente contrarios á la intervencion; propalan que en muy breve tendrian sus enemigos que pedirles humildemente la paz; y añaden, que si los franceses entran en Italia, no encontrarán en ella una tierra hospitalaria. ¡Ridículas baladronadas en hombres que debian reconocer su impotencia para luchar con sus terribles enemigos! que apenas transcurrido un mes iban á pedir humildemente la intervencion!

Un gran suceso acontece en Francia en los últimos dias de este mes; suceso que debia influir ahora en Europa, como habia influido en febrero la proclamacion de la republica.

La Francia que al proclamar esta habia formado un gobierno provisional, asociando á él hombres apenas conocidos, y entre ellos un obrero, inaugurando de este modo la aristocracia del proletariado, la Francia tambien habia desencadenado en ella misma y en toda Europa los elementos del desórden. La conducta del gobierno provisional, voluntaria para unos, impuesta para otros, era peligrosa en sus principios, porque con sus decretos habia introducido la

desorganizacion universal; habia arruinado sistemáticamente la industria, oponiendo al nombre de la *fraternidad* el interés de las clases obreras contra el de sus amos. Para animar la desercion de los talleres privados, abrió talleres nacionales; amenazó el capital bajo todas sus formas, y forzó al numerario á ocultarse; la ruina pública se añadió á las ruinas particulares.

En medio de tantos elementos de desórden, desarmó la tropa y armó el pueblo; la fuerza pública no fué mas que una aglomeracion tumultuosa de las masas; y mientras que París ofrecia este triste espectáculo, los departamentos estaban invadidos por un personal administrativo cuya composicion chocaba con sus costumbres, y cuya mision no parecia ser mas que el trastorno.

La disolucion de la sociedad parecia inminente. La Francia, sin embargo, el primer uso que hace del voto universal es el nombramiento de la Asamblea nacional, de aquella Asamblea que uno de los ministros del gobierno provisional habia osado amenazar públicamente en un decreto, si no correspondia al voto de los revolucionarios, anunciando que París concluiria con esta falsa representacion.

La tentativa tuvo lugar, la Asamblea fué invadida, y su invasion fué el preludio de las mas grandes calamidades. Un ejército para la insurreccion existia en los talleres nacionales. Amenazado de disolverse, dirige contra la sociedad entera el mas formidable ataque que ha presenciado jamás el mundo.

De la misma necesidad de la defensa sale un gobierno mas enérgico, que comienza la obra de la reparacion: el general Cavaignac es investido de la dictadura sobre el mismo campo de batalla, en las mismas calles de París, en medio de las imponentes barricadas, rodeado de los cadáveres de los soldados y de los generales, á quienes habian respetado las guerras del Imperio y de la Argelia, teñidos con la sangre del santo arzobispo de la ciudad de París, que muere inmolando su vida por llevar palabras de paz y de conciliacion á los furiosos que intentan desde las barricadas destruir la sociedad por sus cimientos.

Triunfa, por fin, el órden en París; y este costoso triunfo se hace bien pronto sentir en toda Europa; asi como pocos meses antes se habia hecho sentir la revolucion de febrero, que estremeció todos los tronos del mundo rápidamente como las ondulaciones sucesivas de un mismo temblor de tierra.

En este intermedio, los austriacos habian ocupado aunque momentáneamente, por un dia, á Ferrara; y esto esparció la alarma y la consternacion entre los exaltados de Roma.

Una division austriaca de 5,000 hombres atraviesa repentinamente por dos puntos distintos el Pó el dia 14, y marcha en

seguida sobre Ferrara, que se halla á distancia de cinco cuartos de hora del rio, sobre su orilla meridional.

Los austriacos eran dueños de la ciudadela de Ferrara, cuya guarnicion se encontraba bloqueada desde el principio de la guerra.

La division de operaciones que acababa de llegar se colocó en batalla sobre la esplanada, entre la ciudadela y la ciudad, sin que por eso se disparase un solo tiro por los soldados pontificales. Dos mil piamonteses que habian llegado á Ferrara, habian tambien marchado la víspera para ir á embarcarse en Comachio y desde allí ir á Venecia. Las tropas romanas capituladas en Vicenza con el general Durando, no pudiendo servir durante tres meses, abandonaron á Ferrara desde luego.

La marcha rápida de los austriacos esparce el terror y la alarma en Bolonia, en Módena y en todos los paises situados al Sur del Pó; créese que tienen la intencion de reocupar este pais y de establecer nuevamente en su trono al antiguo duque de Módena; empero la ocupacion de Ferrara determina unos movimientos en el ejércitos de Cárlos Alberto que hacen evacuar la plaza.

El príncipe de Lichstein hace saber al legado pontifical que el objeto de su rápida escursion, habia sido únicamente reforzar y abastecer la ciudadela, que creia trataba de atacarse por los dos mil hombres de las tropas piamontesas que dias anteriores habian entrado en Ferrara.

Fírmase una capitulacion entre el general austriaco y el prolegado conde Lovalleti, por la que el gobierno romano se obliga á proveer por dos meses de víveres á la guarnicion de la ciudadela, y á que si los sucesos obligasen á esta guarnicion á capitular pudiese salir libremente con los honores de la guerra. Así, pues, el paso del Pó por los austriacos no habia sido mas que una falsa alarma.

La cámara de los diputados dirige una interpelacion al ministerio sobre la entrada de los autriacos en Ferrara. El conde Mamiani se lamenta de que el prolegado de Ferrara haya entrado en relaciones con el comandante austriaco de la fortaleza, y haya arreglado las cosas segun su deseo y necesidades. Parece, dice, que la Providencia quiere hacernos sentir el precio infinito é inestimable de la independencia; esta independencia debe costarnos muchas fatigas, muchos sudores, muchas lágrimas, mucha sangre; pero cuanto mas nos cueste, mas la apreciaremos: preciso es creer que la lucha no deba todavía cesar, y que nuestro estado no sea aun el Edem de la Italia.

La derrota de Vicenza, á que se añade despues la de Treviso juntamente con la del triunfo del órden en Paris y el estableci-

miento del gobierno de Cavaignac que reprime la revolucion, hacen que se modifiquen notablemente las pasiones políticas en Roma.

El ministerio Mamiani habia ordenado la reunion de fuerzas en las inmediaciones de Ferrara, que la artillería de Bolonia marchase inmediatamente sobre aquella plaza, y demandado ademas algunos socorros á Cárlos Alberto y al general Pepé, á fin de obrar de este modo una diversion en el campo enemigo; finalmente, habia rogado á Su Santidad que protestase contra la invasion de este, para que su protesta hiciese frente al peligro y para que al mismo tiempo reanimase el valor de las poblaciones: el papa habia accedido. Importa, añadió el ministro, que las cámaras nos den carta blanca para usar de todos los recursos nacionales en interés de la defensa del pais; sin ella le hemos ofrecido nuestra dimision; esperamos obtener esta autorizacion, y que dentro de pocos dias cese la crísis ministerial que han provocado los sucesos; prolongarla seria desconocer la complicada situacion del pais, y aumentar los peligros de la patria amenazada.

Frenéticos aplausos acompañan las palabras de Mamiani desde las galerías del pueblo y desde los bancos de los diputados.

El príncipe de Canino Bonaparte, propone que la Asamblea se declare en sesion permanente, y pida al papa que declare la guerra al Austria, convocando en Roma una Dieta italiana.

El abogado Sterbini propone la liga italiana. Pues que las negociaciones pacíficas, clama, están rotas, el mandato y los deseos del pontífice han concluido, los del príncipe comienzan: el príncipe unido á su pueblo, continúa, debe oponer la fuerza á la fuerza, y combatir por la salud de la Italia entera: ahora que la voz del sacerdote supremo ha sido despreciada, solo resta á Pio IX acordarse de que es príncipe italiano, y el pueblo llamado á las armas por su príncipe no dejará de levantarse por la salud del estado y por la independencia de toda la Italia!

El ministro Galletti manifiesta que uno de los primeros pensamientos del ministerio fué concluir una liga entre los príncipes italianos, siendo para todos del mas grande consuelo encontrar por parte del príncipe Pio IX la mas franca, la mas leal, y la mas entera adhesion á su proyecto, que ya se hubiera sin duda alguna realizado, á no ser por la triste escision del ministerio piamontés.

La Cámara declarada en permanencia nombra una comision, que redacte una esposicion al papa, pidiéndole la declaracion de la guerra (1).

(1) Beatísimo padre: La Cámara de los diputados por unanimidad os manifiesta su reconocimiento por la solicitud con que habeis ordenado una protesta solemne contra la invasion de las tropas austriacas en el territorio de la iglesia.

Leida inmediatamente en la Cámara esta esposicion, redactada por Sterbini, es aprobada por unanimidad, y al dia siguiente se determina llevarla al pontífice.

Aquella noche, por una invitacion impresa de los círculos, se reunen las turbas para hacer una grande demostracion en favor del ministerio. La muchedumbre delante de la casa del ministro Mamiani gritaba con todas sus fuerzas viva la Italia reunida! viva Cárlos Alberto, rey de Italia! viva Mamiani!

Asomóse éste al balcon, saludando con la mano al pueblo sin proferir una sola palabra, bien que le hubiera sido imposible hacerse oir en medio de aquella espantosa gritería.

El papa estaba resuelto á defender hasta el último estremo sus dominios, empero estaba firme en no llevar la guerra mas allá de las fronteras de sus estados.

El 19 de julio fué de grande agitacion y trastorno en Roma. El pueblo quiso apoderarse del castillo de Sant-Angelo, y despues se marchó en masa á la Cámara de los diputados para forzarla á que se pronunciase sin dilacion por la declaracion de guerra al Austria.

El salon donde se hallaban los diputados fué invadido por hombres del pueblo que ocuparon los asientos de los diputados, rechazando las amonestaciones del presidente, porque habia corrido la voz, circulada de propósito por los mismos ministros, de que el papa, firme en su resolucion, se negaba á la guerra.

La diputacion de la Cámara de los diputados debia ir aquel dia á presentar el mensage votado en el anterior.

La respuesta de Pio IX podria escitar una tempestad; todo ha-

Los diputados, católicos italianos, se estremecen necesariamente al pensamiento de semejante violencia: representantes del pueblo, os ofrecen el corazon y el brazo de ese mismo pueblo, que es el nervio de las naciones: acuérdanse de los delitos que en todos tiempos han cometido los imperiales contra la Santa Sede, y los antiguos y nobles destrozos de la Italia, que no puede ser esclava desde que vuestra santidad la ha bendecido. Con la afeccion respetuosa de hijos, os piden, y aun conjuran, que hagais que vuestro gobierno no tarde en tomar las armas para la defensa y el ataque, reuniéndose en una alianza duradera á los príncipes que serán dignos de gobernar los pueblos italianos desde el instante en que combatan por su independencia. Unidos asi por vínculos indisolubles á vuestra santidad, en quien la iglesia honra á su primado, y por quien el mundo se renueva, estamos dispuestos á los últimos sacrificios por defender vuestros derechos y los nuestros, derechos imprescriptibles de la iglesia, del pueblo, y de la nacion. Llamad de nuevo, santo padre, la bendicion de Dios sobre la Italia y sobre nosotros, y pronunciad esa palabra poderosa que levanta á los oprimidos y abate á los opresores. La Cámara de los diputados aguarda con confianza, postrada á vuestros sagrados pies que besa.

cia temer que las masas impulsadas por los partidarios de Mamiani, por la faccion belicosa, se abandonasen á las mayores violencias; empero Pio IX se hallaba firme en su doble cualidad de pontífice cristiano, y de príncipe temporal: como vicario de Dios rehusaba la declaracion de la guerra; como soberano dejaba á sus súbditos libres de tomar las armas, no encadenaba sus brazos, ni les impedia que formasen batallones de voluntarios saliendo á campaña, rehusaba solamente cometer un acto personal de hostilidad, que su conciencia miraba con justo título como incompatible con la cualidad de padre comun de todos los cristianos.

La sesion de la Cámara presentaba un espectáculo desconsolador: la sala se hallaba llena de las turbas, invadidos los asientos de los diputados, y las inmediaciones del palacio sitiadas por una multitud compacta, ansiosa de conocer las medidas estraordinarias que deberian adoptarse.

Sesenta y nueve diputados se hallaban presentes. El presidente anunció que acababa de recibir una peticion del pueblo, y que debian dársele las gracias á este por sus escelentes intenciones, pero que la Cámara no podia salir de sus límites constitucionales, debiendo discutirse la peticion en la sesion inmediata.

Levántase entonces Bonaparte, y manifiesta que la peticion y su objeto tiene demasiada importancia para que en favor de ella no se deroguen los reglamentos ordinarios, proponiendo que se discuta la peticion en sesion permanente (1).

En este momento se oyen los gritos del pueblo que esta fuera, levántase en la sala un ruido que el presidente no basta á apaciguar, y entonces declara suspendida la sesion. Los diputados tratan en vano de calmar la efervescencia popular, invocan la libertad de la Cámara, y solo á duras penas despues de una hora logran que se restablezca el silencio,

El ministro Galletti manifiesta á la Cámara que la calma y la tranquilidad reinan en la ciudad, despues de haber podido dispersar el tropel del pueblo, guiado por dos motivos distintos: el uno

(1) He aqui la peticion:

«Ciudadanos diputados: la patria está en peligro! Hechos muy graves y permanentes, asi en las provincias como en las fronteras, hiriendo el corazon de la nacion italiana lo manifiestan claramente. A vosotros toca, representantes del pueblo, proclamar solemnemente y tomar al instante medidas prontas y estremas, de la naturaleza de aquellas que todas las naciones, en todos los tiempos, en los momentos supremos del peligro comun adoptan para la pública seguridad. El pueblo, lejos de querer imponer la voluntad á sus diputados, protesta que se halla en la firme intencion de apoyar por su fuerza invencible, todas sus determinaciones enérgicas, dispuesto á desafiar para este momento cualesquiera peligro, aun á riesgo mismo del último sacrificio.»

pacífico, para apoyar la peticion presentada á la cámara; el otro, de distinta naturaleza, para ocupar las puertas de la ciudad, y apoderarse del castillo de Sant-Angelo.

El diputado Farini increpa al ministro de la policía que ha faltado á su deber mostrándose imprevisor, y protesta contra la violacion del palacio legislativo por el pueblo.

La cámara entera protesta á su vez contra esta acusacion; tal era el poder del miedo á las turbas. El presidente toma la defensa del pueblo: todos los diputados finalmente, le rinden homenage.

La nacionalidad italiana amenazada en su resurreccion, y reducida á la defensiva, colocaba al padre espiritual de toda la cristiandad, al soberano temporal que reinaba en Roma, en una situacion crítica. El ministerio, las Cámaras, una parte de la poblacion reclamaban á gritos la guerra; el parlamento romano habia deliberado mezclado con las turbas del pueblo. El papa sin embargo, manifiesta la mayor firmeza en aquella crísis, y se propone arrostrarlo todo, antes que dejar de ser el conciliador universal entre los príncipes de la cristiandad.

El presidente de la cámara, Sereni, anuncia que el pontífice ha recibido de la manera mas afable el mensage de esta, y que se hallaba dispuesto á dar todas las órdenes necesarias para garantir la defensa de sus estados. Aunque el pontífice habia esquivado hablar una sola palabra relativa á las circunstancias de la guerra, de su conversacion, dice el presidente, se deduce que quiere que su ministerio se ocupe de proveer á todos los medios de defensa que puedan ser necesarios, y que se han abierto las negociaciones preliminares para la conclusion de la liga italiana.

Una acaloradísima discusion se entabla, sobre si habia de declararse la patria en peligro, y despues de mucho tiempo se adopta una proposicion concebida en estos términos: «atendido á que la patria está en peligro, se piden las mas enérgicas y prontas medidas de defensa por todas las vias constitucionales.»

La situacion de la Italia era muy triste. Carlos Alberto, que despues de las insurrecciones de Venecia y de Milan se habia visto arrastrado por su mismo pueblo, la Cerdeña, á constituirse en el campeon de la independencia italiana, Carlos Alberto á quien la victoria habia sonreido en las primeras acciones, y que venciendo las rivalidades y las intrigas de los revolucionarios de Milan, y mas tarde las de los de Venecia, habia conseguido la incorporacion de estas provincias á su reino, Cárlos Alberto las ve, en lugar de unirse y entenderse armándose contra el enemigo comun, hacer alarde de un patriotismo bastardo, y perder un tiempo precioso para la libertad en sus querellas particulares.

El rey de Nápoles, despues de la revolucion de su capital el

dia de la apertura de las Cámaras, vióse precisado á llamar sus tropas para salvar su corona. Todo el peso de la guerra recayó entonces sobre el rey del Piamonte, que rechazado del Mincio sobre el Oglio, del Oglio sobre el Ada, del Ada sobre Milan, y de Milan sobre Novara, el Piamonte se ve obligado á replegarse sobre sí mismo, y se prepara á los últimos esfuerzos si precisos fuesen.

Cárlos Alberto se muestra mas rey que general. El pensamiento de conservar la corona de hierro, que levantara con la punta de la espada, le obliga á cometer la imprudencia de retirarse sobre Milan. En vano los generales se oponen, el rey mismo estaba convencido de la falta que cometia; pero queria dar á los milaneses una prueba de su fidelidad reconocida, combatiendo bajo sus murallas. Milan no habia preparado ni víveres ni municiones: Cárlos Alberto se ve precisado á abandonar esta poblacion, y sale de ella entre las maldiciones del pueblo amotinado, que atenta á su vida llamándole traidor. Con gran trabajo logra salvarse de su frenético furor.

Los austriacos entran allí inmediatamente. El viejo mariscal Radetzki tomó sus posiciones, despues de una campaña que honra tanto á su táctica como á su valor.

El rey de Cerdeña concluye un armisticio, que es el preludio de un arreglo definitivo: la mediacion de las potencias iba despues por un tiempo indefinido, y entablando lentas y pesadas negociaciones, á suspender los efectos de la guerra.

El general Welden iba á penetrar en las legaciones pontificias, anunciando que lo hacia para restablecer el órden.

El papa firme, inflexible en los principios que habia proclamado en su encíclica, se negaba constantemente á toda declaracion de guerra, al paso que estaba decido á defender á todo trance sus estados. La lucha con sus ministros era diaria, tenaz, obstinada. El ministerio Mamiani hizo, pues, su dimision, y le fue admitida.

Sin embargo, el ministerio á pesar de su dimision, continuaba tomando disposiciones guerreras, y anunció á las Cámaras en la sesion del dia 5 que si en un término muy breve no se constituia otro gabinete, como convenia á la salud del estado, vista la gravedad de las circunstancias, para que no quedase el poder constitucional sin quien lo egerciese, propondria medidas estraordinarias legitimadas por la urgencia. La asamblea entera acogió con grandes palmadas de aplauso estas palabras.

Esta era una usurpacion del poder ministerial, la dimision de Mamiani habia sido admitida el dia 2 de agosto, y aunque el papa no habia formado aun el ministerio, lo habia anunciado solemnemen-

te al pueblo (1). Solo el cardenal Soglia quedaba en el ministerio.

Organízase este definitivamente al fin el dia 7 bajo la presidencia del cardenal Soglia, ministro de Negocios estrangeros seglares y eclesiásticos, con el conde Fabri para lo Interior, el abogado Pascual Rossi para Gracia y Justicia como lo habia sido en el gobierno Mamiani, Lauri para Hacienda, Guarini para Comercio y Obras publicas, y el general Campelo para Guerra, y para Policía Pelfeti.

La ocupacion de Ferrara y de Bolonia por el general austriaco Welden, fué una nueva tea arrojada en medio de la efervescencia permanente que debia agitar los ánimos del pueblo y de la Cámara.

No se concibe por qué derecho, y con qué objeto, el general austriaco se habia permitido una agresion impolítica é inútil, despues de la retirada del ejército piamontés, y fuera del círculo de las operaciones militares, contra un soberano que arrostraba los

(1) Motu propio: Pius PP. IX.—La agitacion que en estos momentos se ha apoderado de los ánimos por la diversidad de los acontecimientos que se van sucediendo, exige imperiosamente que en cuanto esté de nuestra parte acudamos sin dilacion á calmarla, restableciendo la confianza. El ministerio, que hace ya tanto tiempo presentó su dimision, ha repetido hoy sus instancias pidiendo se le permita definitivamente retirarse. No pudiendo seguir este estado de cosas, hemos llamado, y ha llegado ya á Roma el prolegado de Urbino y Pésaro, el conde Odoardo Fabri, que formará parte de la nueva combinacion ministerial. Esta nuestra solicitud debe despertar en todos los buenos la confianza, que irá confirmándose mas y mas con las providencias que el mismo gobierno juzgue oportuno adoptar.

Laméntanse empero algunos de que respecto á los hechos ocurridos en Ferrara no se hayan adoptado oportunas medidas para repararlos: siendo asi que no nos retardamos un momento en hacer públicos nuestros sentimientos espresados por nuestro cardenal secretario de Estado, y repetidos hasta en Viena. Hemos dicho ya, y lo repetimos de nuevo, que nuestra voluntad es que se defiendan las fronteras del Estado, á cuyo efecto habiamos autorizado al ministerio que ha cesado para que proveyese oportunamente.

Por lo demas, es muy cierto que en todos tiempos y en todos los gobiernos, de los peligros esteriores se aprovechan los enemigos del órden y de la pública tranquilidad para alucinar y seducir á los ciudadanos, que siempre, pero especialmente en estos momentos, deseamos estén unidos y acordes. Dios empero vela en la defensa de Italia, del estado de la iglesia y de esta ciudad, y comete su inmediata tutela á la gran protectora de Roma, María Santísima y á los príncipes de los apóstoles: y aun cuando mas de un sacrilegio haya entristecido á la capital del mundo católico, no por eso se amengua en nosotros la confianza de que los ruegos de la iglesia subirán á la presencia del Señor para hacer desciendan las bendiciones que confirmen á los buenos y hagan entrar á sus enemigos por la senda del honor y de la justicia.

Dado en Roma en Santa María la Mayor, con el sello del Pescador, á 2 de agosto de 1848, III de nuestro pontificado.—Pio Papa IX.

mayores peligros por no lanzar en medio de la agitada Italia el grito de guerra.

Los ministros de Francia y de Inglaterra en Florencia, protestaron inmediatamente contra esta incalificable violacion, y mandaron un comisionado al general Welden; empero una colision sangrienta estalla en Bolonia, indignada por la injusta ocupacion de los austriacos.

El general Welden quiere imponer condiciones rigorosas á la ciudad como castigo, exigiendo que para la reparacion de los insultos hechos á algunos militares austriacos desamparados, se le entreguen á los autores de dichos actos, ó en su lugar seis rehenes escogidos entre las personas notables, hasta que fuesen descubiertos y castigados los perpetradores, señalando el perentorio término de dos horas para la entrega, en cuyo grave conflicto el prolegado Rianchetti con un valor heróico, digno de los antiguos romanos, resuelve trasladarse al campo austriaco, sacrificándose por sus conciudadanos.

Al salir al campo, las barricadas y el fuego de la fusilería le impiden cumplir su heróico propósito, porque el pueblo de Bolonia se habia sublevado en masa el dia 8, habia atacado á la division austriaca posesionada de una altura que domina á la ciudad, y la poblacion habia quedado victoriosa. El general se preparaba ya á bombardear la ciudad, empero fué detenido por la llegada de la notificacion de los ministros estrangeros residentes en Florencia.

Apenas estos mismos detalles llegan á Roma, cuando el papa y sus nuevos ministros envian al general Welden una intimacion formal de evacuar los estados pontificios, bajo la amenaza de la declaracion de guerra, y de apelar á las potencias amigas de Su Santidad.

Agítase el pueblo al saber estos tristes acontecimientos. El Corso y las principales calles se hallan ocupadas por las turbas populares, que resuelven marchar á casa del embajador de Francia para reclamar tumultuariamente la intervencion de esta nacion, intervencion contra la cual pocos dias antes la lengua no tenia bastantes anatemas, cuando creian que se bastaban ellos solos para conquistar su independencia.

Dirígense las turbas al palacio Colonna, residencia del embajador Harcourt: tres diputados subieron al salon del embajador, y le espusieron la peticion del pueblo. Manifestóles que nada podia responder ni prometer en materia de tamaño interés, pero que debian hacer una representacion firmada por los hombres mas influyentes y en mayor número, que representasen la poblacion romana, y que esta esposicion él se apresuraria á enviarla á su gobierno.

Los comisionados bajaron al patio del palacio, trasmitieron esta

respuesta á la multitud, que comenzó á gritar dando vivas á la Francia y al embajador.

Las ordenanzas para el armamento y movilizacion de la guardia nacional, y para la formacion del material de guerra, habian sido el objeto principal de los cuidados del ministerio Mamiani. Desgraciadamente Roma apenas presentó cincuenta voluntarios nuevos, y aun estos eran restos de los que habian venido de Vicenza.

A la noticia de la invasion de la Romaña por los austriacos, el ministro de la Guerra llama á las armas la guardia nacional y todos los regimientos de línea acantonados en la capital, para dirigirlos inmediatamente sobre la *Católica*, que es la sola posicion militar en donde sea posible hacer la primera defensa.

El ministro de Justicia se presenta en la Cámara de diputados, y hace de parte del papa las declaraciones siguientes: Primera: que Su Santidad considera la entrada de los austriacos en los estados pontificios, como una ofensa hecha personalmente á su cualidad de soberano pontífice. Segunda: que su santidad se propone enviar al campo del general Welden, una diputacion compuesta del cardenal Marini y de los príncipes Corsini y Simonetti, para intimarle la órden de retirarse, amenazándole en caso contrario con emplear todos los medios que estuviesen á sus alcances, para obtener la pronta evacuacion de los estados de la iglesia. Tercera y última: que jamás ha tenido Su Santidad la intencion de detener y menos de impedir la ejecucion de las medidas ordenadas por el ministro de la Guerra para la defensa del estado.

Al acabar de hacer el ministro de la Justicia esta declaracion á la Cámara, el conde Mamiani gritó ¡al campo, al campo! y una multitud de aplausos acompañaron sus palabras.

La Cámara de los diputados decidió por unanimidad que se apelaria á la Francia, y este voto fué comunicado oficialmente al embajador para que lo trasmitiese á París. Sterbini fué quien lo provocó, habiendo presentado á la Cámara la peticion del pueblo.

Los ministros publicaron un manifiesto haciendo ver cuales eran las verdaderas intenciones de Pio IX (1).

(1) Su Santidad está en la firme resolucion de defender sus estados contra la invasion austriaca, por todos los medios que el entusiasmo bien dirigido del pueblo pueda procurarle. Su Santidad desmiente altamente por nuestro intermedio las palabras del feld-mariscal Welden, protestando contra toda interpretacion siniestra que pueda darles, y declarando que la conducta del dicho general Welden es considerada por Su Santidad como hostil á la Santa Sede; y que como príncipe, que no puede, ni tiene la intencion de separar la causa de sus pueblos de la suya propia, mira como hechas á sí propio todas las afrentas y todo el mal hecho á sus pueblos. Su Santidad lo ha declarado ya por sus actos solemnes, y con toda la autoridad de su supremo rango de príncipe y de pontí-

Los comisionados nombrados por el papa partieron con el cardenal Marini para intimar la evacuacion inmediata del territorio pontifical; pero Roma preocupada y agitada hasta ver el desenlace del ataque de los austriacos, recibió pocos dias despues la noticia de que estos se habian alejado de aquella poblacion, en donde el pueblo habia hecho prodigios de valor.

El mismo gobierno austriaco desaprobó altamente las operaciones del general Welden y lo separó del mando de su division por haber osado invadir las Legaciones.

Mientras el pontífice se hallaba combatido por tantas agitaciones políticas, no descuidaba los intereses de la iglesia en general.

Una grave cuestion con el emperador de las Rusias, rey de Polonia, sobre el establecimiento de las diócesis católicas romanas, es terminada del modo mas ventajoso para los cristianos de aquellos vastos dominios en un concordato comprensivo de 31 artículos, que anunciaba el pontífice á los cardenales reunidos en consistorio el 3 de julio.

Desde la muerte de Fernando VII, rey de España, se hallaban interrumpidas las relaciones oficiales de la Santa Sede con el gobierno de su hija doña Isabel II. Pio IX hacia mas de un año que habia enviado á la córte de Madrid como delegado suyo al arzobispo de Tesalónica Juan Brunelli, el que cesando en el carácter de delegado, transitorio por su naturaleza, desplega su carácter de nuncio apostólico de Su Santidad, y el dia 22 de julio reconoce el gobierno de la reina católica de España, anudando las relaciones con la Santa Sede por quince años interrumpidas.

Un mes mas tarde, don Francisco Martinez de la Rosa, antiguo presidente del consejo de ministros de la reina católica, presentaba en el Quirinal sus credenciales al pontífice Pio IX, como embajador de Isabel II.

Las agitaciones continuas de Roma, los peligros á que diariamente se hallaba espuesto el pontífice-rey, cuya firmeza le hacia resistir á las exigencias de las turbas, hicieron que apenas reconocida la reina de España por él, el vapor de guerra español *Lepanto* se estacionase en las aguas de Civita-Vecchia. Preveíase entonces ya por el gobierno español que podria llegar un dia en que la demagogia arrojase de la ciudad santa á Pio IX.

El dia 24 de agosto recibe Su Santidad con la mayor afabilidad y dá á besar su pie al capitan Fernandez de Alarcon y á toda la oficialidad del *Lepanto*, dándole su bendicion.

fice, y á su gobierno toca cumplir estas solemnes promesas.—Firmado, cardenal J. Soglia, presidente del Consejo de ministros.—P. Fabri.—L. Latri—P. Guarini.—F. Perfettio.—Pascual Rossi.

Las primeras instrucciones que recibe el embajador español en Roma son asegurar, en nombre de la católica reina de las Españas, que en todo evento tendria Su Santidad un asilo seguro en sus dominios.

Los sucesos de Roma en los meses de mayo y agosto habian sido demasiado graves para que no llamasen la atencion del gabinete español, y en él se habia tratado hasta del lugar dónde en un caso debia fijarse la residencia del pontífice. Por una de esas combinaciones estraordinarias de la suerte, el consejo de ministros designó la ciudad de Palma en Mallorca, esa ciudad donde veinte y cinco años antes habia encontrado un calabozo, cuando, desconocido sacerdote, iba á llevar á las regiones de la América una mision de paz y de conciliacion.

El ministerio Fabri, retirados los austriacos de las Legaciones, espide el 24 de agosto una circular á las autoridades, previniéndoles que ya no es necesaria ni urgente la formacion de nuevos cuerpos de ejército, mayormente despues del armisticio celebrado entre Cárlos Alberto y el Austria, en el que se habian presentado como mediadoras la Inglaterra y la Francia, lo que hacia prometer que las hostilidades no se renovarian ya mas. Invita tambien á todos los ciudadanos que habian tomado las armas para rechazar la invasion estrangera, á que las entreguen en los almacenes del Estado, para evitar las facciones y los desórdenes en los estados de la iglesia.

La prensa romana se mostró altamente severa contra estas tendencias del gobierno á desarmar los cuerpos formados anteriormente, y á no querer tomar parte en la guerra de la independencia.

En Roma habia una junta llamada de Armamento y Defensa, que apoyada por las declamaciones de los periódicos resiste estas medidas.

Los agitadores comprendian perfectamente que el sistema de desarmar los cuerpos irregulares formados en los momentos críticos de la invasion, tendian á hacer que el Estado entrase en un órden normal.

La Cámara de los diputados, nombrada bajo la influencia del ministerio Mamiani, la Cámara que habia apoyado en un todo su espíritu guerrero, molestaba todos los dias al ministerio con continuas interpelaciones, y los discursos de muchos de los diputados tendian claramente á desautorizar sus medidas. El papa, sin embargo, no hacia caso alguno de sus reclamaciones, por ser sobre objetos agenos á sus atribuciones legislativas. Asi es que no dió curso alguno á la peticion de intervencion á la Francia pedida unánimemente por la Cámara.

Llamado á la Cámara el cardenal Soglia para dar esplicaciones, se escusó de asistir pretestando hallarse enfermo. En la sesion del 11

de agosto interpela Sterbini al presidente de la Cámara sobre el éxito de la peticion viendo que el ministro no se presenta, y contesta que habiendo ido en persona á preguntar al cardenal ministro, éste le habia manifestado que el papa habia ordenado guardar la peticion como ilegal é inadmisible.

En aquella misma sesion de 11 de agosto el conde Mamiani presenta tres proposiciones que son adoptadas casi por unanimidad. Primera, que se anuncie públicamente en todas las poblaciones que la patria está en peligro. Segunda que se decrete un levantamiento en masa. Tercera, que se ordene á todos los obispos y curas que prediquen el armamento para la independencia de la Italia.

El ministro de la Guerra, Campello, se habia adherido á estos proyectos belicosos, votados entre las aclamaciones de la Cámara. Apenas habia concluido la sesion, el papa llama al ministro, y lo releva con el general Latour. En vano la Cámara protesta; las sesiones eran un elemento continuo de agitacion.

El conde Fabri, ministro de lo Interior, leyó el 25 de agosto en las Cámaras el decreto del soberano pontífice, por el cual quedaban suspensas y prorogadas las sesiones hasta el dia 15 de noviembre.



CAPITULO XVI.

El ministerio Fabri es de transicion.—Nuevo ministerio del conde Rossi—Desórdenes en Bolonia.—Programa del nuevo ministerio.—Mamiani en Turin.—Primeros actos de Rossi.—Arreglo de la Hacienda.—Nombramiento del general Zucchi para ministro de la Guerra.—Contrata de regimientos suizos.—Visita de Rossi á los cardenales.—Reorganízase lentamente el Estado.—Progresos de la revolucion en Berlin y Austria.—Reaccion en aquellas naciones.—Tranquilidad de Roma.—Mamiani en Turin al frente de la confederacion italiana.—Sus ideas.—Revolucion de Liorna.—Montanelli ministro en Toscana.—Proclama de la Constituyente italiana.—Motin en Civita-Vecchia reprimido á la llegada de Zucchi.—Llegada de este á Roma.—Revista á las tropas.—Salida de Zucchi á Bolonia.—Desarma las turbas de aquella legacion.—Imprevision y males que resultan de la ausencia de Zucchi.—Calma engañosa de Roma.

El ministerio Fabri habia sido un ministerio de transicion. En los momentos de mayor angustia, cuando el ministerio Mamiani apoyándose en la mayoría de las Cámaras y en las vociferaciones de las masas populares, queria obligar á Pio IX á que desmintiendo la encíclica de abril se pusiese á la cabeza de la demagogia, y declarase la guerra al Austria, se habia dirigido el pontífice para rogarle que se encargase del ministerio al conde Pelegrino Rossi, embajador que habia sido en Roma de Luis Felipe.

Rossi resiste una y otra vez las súplicas del venerable pontífice. Conoce que aunque nacido bajo el bello sol de la Italia, naturalizado en Francia, representante muchos años en Roma de aquella nacion, seria mirado como estrangero, y esplotarian los partidos esta cualidad; empero Pio IX está resuelto á tener un ministro raro y precioso en aquellas circunstancias.

El armisticio concluido entre el Austria y la Cerdeña habian variado el aspecto político de la Italia. La conducta de Pio IX se hallaba justificada por los sucesos. Cuán falsa hubiese sido su posicion si se hubiese puesto á la cabeza de la cruzada contra el Austria! Las sesiones de la Cámara se hallaban suspendidas, parecia llegado el momento de reorganizar el Estado, conmovido con tantas y continuadas agitaciones, y cerrar para siempre la puerta á la revolucion.

El conde Rossi cede al fin á las instancias de Pio IX, y organizó un ministerio, siempre bajo la presidencia del cardenal Soglia, en los primeros dias del mes de setiembre.

El conde Rossi fué nombrado por el papa ministro del Interior é interino de Hacienda; para el ministerio de Instruccion pública, fue llamado el cardenal Vizardelli; para el de Justicia, el abogado Cicognani; para el de Comercio el profesor Montanari; para el de Trabajos públicos, el duque de Rignano, que se encargó interinamente del de la Guerra. No se nombró ministro de Policía por el pronto, porque sus atribuciones se reunieron al ministerio del Interior, y mas bien porque se pensaba nombrar á Galletti para él, ganándole á la causa del pontífice. A este ministerio llamó Rossi diputados que habian sido celosos partidarios de Mamiani, pero que en el poder se portaron noble y lealmente secundando sus planes, llamó tambien á dos cardenales para acallar el descontento del clero. Era pues un ministerio de conciliacion!

El papa tenia esperanzas en Galletti que le habia hecho grandes protestas, que en el ministerio anterior se habia manifestado mas reverente y circunspecto dejando toda la accion á Mamiani. Galletti era como hemos dicho, el único, el verdadero revolucionario. Esperaba su dia que iba muy pronto á llegar.

Roma se hallaba sordamente agitada por los clubs. Las Legaciones daban signos marcados de revolucion. En Bolonia, las turbas del pueblo que habian tomado las armas, bajo el pretesto de ayudar á la espulsion de los austriacos y defender el territorio pontificio, no quisieron dejarlas pasado el conflicto, á pesar de la circular del ministerio, mientras que los hombres honrados las habian inmediatamente entregado; asi es que los proletarios quedaron dueños de la ciudad, imponiendo contribuciones, saqueando las casas de los ricos, y asesinando cruelmente á los moderados y á cuantos se oponian á su despotismo.

Todos los dias se publicaban nuevas listas de proscripcion por aquellas turbas de sicarios. Un ciudadano llamado Bianchi, postrado en cama y moribundo, fué cosido á puñaladas por los asesinos, al lado del mismo sacerdote que acababa de darle la Estrema-Uncion. La opulenta, la sabia, la célebre Bolonia gemia víctima del puñal asesino; su aristocracia se hallaba sometida al yugo de unos cuantos frenéticos. Con escándalo las tropas de línea presenciaban estos asesinatos; hasta que habiendo las turbas perpetrado el de un individuo del cuerpo de carabineros, estos vengan la muerte de su compañero, haciendo una gran carnicería en aquellos sicarios, que por algun tiempo se contienen aterrados.

El nuevo gabinete se constituyó bajo la presidencia del cardenal Soglia, aunque en realidad el alma de él era el conde Rossi.

El 22 de setiembre publica su programa político; el mas propio para inspirar confianza, tan distante de las ideas revolucionarias de Mamiani, como de las de una reaccion, declarando que se proponia marchar por el camino de las reformas, tan gloriosamente trazado por Pio IX, y que su norma no seria otra que el estatuto fundamental del Estado.

Mamiani habia proclamado en sus escritos, en sus discursos, el principio de la soberanía popular. La declaracion franca y solemne del nuevo ministerio condenaba este principio.

Los agitadores conocen que la hora de su poder ha pasado; el mismo conde Mamiani pierde la esperanza por el pronto de continuar conmoviendo á Roma, y se aleja á Turin, donde en union del abate Gioberti va á lanzar nuevos combustibles para abrasar la Italia, y á disponer desde aquella capital los planes de trastorno que han de volver muy pronto á abrirle el camino del poder.

Despues de la partida del conde Mamiani, los clubs y el Círculo Popular permanecen mudos; los artículos de los periódicos radicales aparecen pálidos, débiles, mas insignificantes que lo acostumbrado, y comienza á restablecerse en la ciudad la tranquilidad y el bien estar.

El conde Rossi habia encontrado un espantoso déficit en el tesoro pontifical. El conde Mamiani en el corto tiempo de su administracion habia creado dos millones de escudos (40 millones de reales) en bonos del tesoro, que no inspiraban la menor confianza á los capitalistas, y que se hallaban en el mayor desprecio y abatimiento: el conde Rossi se propone retirar de la circulacion estos billetes, hipotecando para su pago los bienes de las comunidades religiosas mas ricas, y especialmente los de los jesuitas.

Para reorganizar el ejército, en el mayor grado de indisciplina, necesariamente relajado por las continuas farsas de fraternizaciones de los soldados con las turbas del pueblo, promovidas por el anterior ministerio, nombra al general Zucchi, ministro de la Guerra; anciano respetable que habia servido á las órdenes de Napoleon, que se habia hallado en los campos de Wagram y de Eylau; y que al verificarse la última insurreccion Lombarda se habia apoderado de la fortaleza de Palma-Nova, recobrada poco tiempo despues por los imperiales. El general Zucchi se hallaba en Reggio su patria; pero obligado á abandonar este punto, ocupado por los austriacos de resultas del armisticio de Milan, se encontraba en Bolonia cuando fué llamado para ocupar el ministerio de la Guerra.

El ministro Mamiani habia obtenido de la Cámara de los diputados el permiso para la creacion de una legion estrangera. El conde Mamiani se habia propuesto traer á Roma la legion de los refugiados polacos; esa division que se halla constantemente al servicio

de todos los demagogos del mundo: esta legion, hubiera sido un instrumento poderoso de revolucion en Roma. El nuevo gabinete aprovechándose de la concesion, con tan pérfido fin obtenida por Mamiani, contrata algunos regimientos de suizos, tropas que en todas partes han cumplido fielmente sus juramentos.

La imprenta se hallaba en el mas alto grado de libertad ; los periódicos salian sin garantías , sin depósito, sin caucion alguna, nada habia que impidiese su circulacion: el conde Rossi hizo efectivas las precauciones que la misma ley habia señalado para el ejercicio de esta importante libertad.

El ministerio Mamiani habia dejado enteramente exhausto el tesoro. En un solo dia habia separado casi en masa á los antiguos empleados, con el goce de su sueldo íntegro, para colocar en sus puestos á una porcion de parientes suyos; y habiendo sido él separado el dos de agosto, llega su impudencia hasta cobrarse la totalidad del sueldo de ministro en aquel mes.

El conde Rossi desplega en todos los actos de la administracion suya un grande espíritu de conciliacion, deseando calmar los partidos; y hace una visita oficiosa á todos los cardenales que se hallaban en Roma, paso que es altamente apreciado por estos príncipes de la iglesia, acostumbrados hácia algun tiempo á no intervenir para nada en los asuntos de la administracion pública.

Aunque el órden no se hallaba totalmente restablecido, porque la sociedad romana habia sido fuertemente conmovida, los ánimos se hallaban al parecer tranquilos, y el ministerio preparaba en silencio sus proyectos para lo futuro. La tranquilidad presente no se hallaba sin embargo asegurada; los revolucionarios romanos tenian fijos sus ojos en los sucesos de Alemania , donde la revolucion iba á presentarse en su apogeo y á desplegar todos los sangrientos horrores de la anarquía.

Pocos sucesos presenta la historia de Roma en los meses de setiembre y octubre; empero los períodos mas bellos de la vida de los pueblos son aquellos en que su historia es menos interesante. Casi todos los sucesos que dan un interés palpitante, dramático á los anales de las naciones, se componen de las desgracias que estas han esperimentado.

Asi, pues, mientras que pacífica y lentamente el conde Rossi procura reconstruir la administracion del estado en Roma, la revolucion hace rápidos y espantosos progresos en casi toda la Alemania. Agítanse, como poseidos de un furioso vértigo, los pueblos que habitan desde el Báltico al Adriatico, desde el Rhin hasta el Danubio.

Berlin, presa de conmociones repetidas en medio de un pais enteramente tranquilo y pacífico, permite el imperio de una turba.

fuera de la nacion y de las leyes, que se constituye en esta capital; hace frente al trono, que habia alejado sus tropas para no ser sospechoso, y á la guardia nacional á quien atemorizaba con la opinion de la Europa. Se vió á esa minoría facciosa suplir como todas su debilidad por el tumulto y la audacia; y subyugada la Asamblea por la intimidacion de los clubs y el miedo de los puñales, negar los impuestos públicos al gobierno, empero las fuerzas de la nacion se hallaban intactas; y al primer movimiento de vigor ha desaparecido la Asamblea que parecia invencible en su frenesí.

En Berlin la verdadera libertad, comprometida por las aspiraciones de los republicanos, no ha tenido mas garantías de existencia que la lealtad de su ilustrado príncipe.

En Austria, á la primera esplosion sucede el órden; iba á restablecerse completamente la tranquilidad, pero cuando el emperador y una Asamblea nombrada por el sufragio universal, trataban de concierto de sacar al pais del abismo y de poner los fundamentos de una libertad moderada, los violentos y exaltados demagogos, emprenden repentinamente cambiar el curso pacífico de la revolucion; ponen fuego á Viena; asustan el mundo con sus asesinatos; sacrifican cobarde é inhumanamente al ministro de la Guerra; espulsan al soberano, y tienen prisionera á la Asamblea. Vióse entonces á estudiantes, trasformados largo tiempo hacia en soldados, erigirse en apóstoles. La república no es bastante á sus ardientes deseos de trastorno; el socialismo aparece como la gangrena al fin de las enfermedades. Sus pretensiones insensatas arrastran á bandas de fanáticos por las calles con las armas en la mano, y al ruido de los tambores van á imponer decretos comunistas á la dieta, haciendo celebrar su presentacion con forzadas iluminaciones.

El imperio todo un momento aterrado se indigna, se agrupa cerca de su emperador, se arroja en brazos de los gefes militares. Estos corren á salvar á Viena, que arrancan con pena de manos de los agitadores, que la incendian no sabiendo defenderla. El ban de Croacia Jellawhich es vencedor; y nada se hubiera opuesto á que renaciese el despotismo en Austria, por que tal habia sido la conducta de los demagogos que habian hecho odiosa la libertad.

La Hungría que solo disfrutaba de la verdadera libertad en medio del imperio austriaco, que habia visto realizados despues de la primera revolucion de Viena los progresos reclamados por sus oradores y publicistas, no se ha contentado con instituciones verdaderamente liberales, se ha dejado arrastrar por sus demagogos, ha escedido los límites de lo justo y conforme á las verdaderas necesidades, y está espuesta á espiar su falta con la pérdida de su independencia, desapareciendo en medio de este gran movimiento nacional de donde se alzará tal vez sobre las riberas del Danubio un

grande imperio católico y slavo, destinado á ser el antemural de la Europa contra el despotismo político y religioso de la Rusia.

El emperador Fernando y su hermano Francisco Cárlos, esposo de la archiduquesa Sofía, han renunciado la corona en favor de un jóven de diez y ocho años, destinado á realizar este gran pensamiento. Al nuevo César, hijo de la archiduquesa Sofía de nada puede culpar la revolucion. Despues de la victoria completa de la monarquía sobre la demagogia, declara que el Austria tendra instituciones representativas; pero que mantendrá firme los derechos de su corona, y la integridad de su imperio.

La reaccion en las naciones ha sido rápida, fuerte, decidida. Los demagogos no se han limitado á pedir la libertad, han ido mas allá, han llegado á poner en cuestion las bases de la sociedad, y las naciones han sentido un movimiento de contraccion.

Las naciones, estas grandes familias se han unido entre sí para arrojar de su seno este elemento de destruccion y de muerte. Repúblicas y monarquías obran del mismo modo combatiendo esa nueva plaga que amenaza al género humano, el socialismo!

Roma al parecer tranquila, ocultaba en su seno grandes gérmenes de revolucion, comprimidos, como los elementos que comprime en sus entrañas la tierra, y que se manifiestan en algunos puntos por la esplosion de los volcanes.

Rossi habia concebido el proyecto de hacer triunfar en Roma el órden y el sistema representativo, libertándola de la influencia de las turbas, que antes dictaban su ley en las calles y en las plazas.

Roma por espacio de dos meses gozaba de la mayor tranquilidad, é iba introduciéndose poco á poco el órden en la administracion pública, verificándose con lentitud, empero sin sacudimientos, la separacion tan difícil entre lo espiritual y lo temporal, sin destruir las prerogativas del papa, antes al contrario con su consentimiento, proponiéndose demostrar la posibilidad de que el pontificado gobernase los pueblos constitucionalmente, y permaneciese intacto en manos de Pio IX el poder.

El partido anarquista, comprimido en sus proyectos por el genio poderoso de este ministro, que iba realizando en la administracion las teorías administrativas y económicas, que con tanto aplauso de la Europa habia proclamado desde su cátedra en el colegio de Francia, el partido anarquista vuelve sus ojos hácia la Cerdeña, en donde esperaba encontrar un poderoso ausiliar para poder romper un dia la cadena que habia sujetado sus infernales proyectos.

Mamiani se habia trasladado á Turin, en donde los partidarios de la guerra, derrotados en las Cámaras, transportan su accion fuera del parlamento, porque allí se hallaban en minoría. El abate

Gioberti á la cabeza de aquellos funda la Sociedad nacional para la independencia italiana, especie de liga á imitacion de la formada en otro tiempo por O' Connell en Irlanda, pero con la pretension de formar una dieta como en Francfort.

Gioberti que habia tenido que retirarse del ministerio del Piamonte, cuando el rey Cárlos Alberto tuvo que aceptar el armisticio, es el alma de esta cruzada que habia predicado, y se dedica á promover la agitacion en los ánimos con toda la actividad de su carácter, colocando á la cabeza de esta asociacion como presidente al conde Mamiani, quien desde Turin dirige sus proclamas á toda la Italia, intentando sublevarla y renovar la guerra.

La sociedad nacional comienza por dirigirse á la Asamblea nacional de Francia; publica un acta federal para los diversos estados italianos, y propone una ley electoral, indicando las formas con que deben ser elegidos los miembros de esta asamblea.

Todo esto estaba fuera de los poderes legales; asi es que una multitud de aventureros sin mision alguna, sin mas que la eleccion improvisada de los miembros de los clubs, se hacen los representantes de esta Dieta, destinada á revolucionar la Italia entera.

Cárlos Alberto tenia fuerzas suficientes para poder reprimir estas ideas; los partidarios de ellas buscan otro pais donde hacerlas dominar, logrando por un movimiento revolucionario que suban al poder en Toscana; Toscana, pais pacífico que poseia ya instituciones liberales y verdaderamente paternales, antes de la institucion del régimen parlamentario!

La Toscana posee un puerto, Liorna, que debiendo su principio como la ciudad de Roma á ser un asilo abierto para todos los vagos de la tierra, no ha crecido empero como aquella, y sido la señora y dominadora del mundo, sino que se ha estacionado en sus principios. Liorna ha abierto su puerto franco á todos los hombres que las naciones arrojaban de su seno, y de la reunion de todos estos hombres ha formado un pueblo que es, con muy pocas escepciones, la flor y nata de la canalla del mundo. Alli se habian reunido de los cuatro estremos del Mediterráneo todos los espíritus turbulentos, todos los agitadores pagados y los *Condottieri* revolucionarios.

Esas heces de los facciosos gobiernan el populacho de Liorna; y el populacho de Liorna hace temblar á la Toscana. Asi es que apesar de la repugnacia del Gran Duque, contra la voluntad pronunciada del consejo general de Florencia, un motin de Liorna, motin suscitado por una imperceptible minoría, ha bastado para imponer á la Toscana, con la amenaza de que Liorna, despues de haber arrojado su guarnicion, se disponia á marchar sobre la capital.

El 21 de octubre se representa en Liorna una farsa revolucionaria, dirigida por su gobernador Montanelli, y en la que cada uno se habia distribuido los papeles.

Unos cuantos *fachini* (mozos de cordel ó cargadores del puerto) de Liorna, desarman tranquilamente las guardias; se apoderan de los fuertes, que se les entregan sin resistencia; rodean con gritos el palacio del gobernador, que se presenta con la mayor seguridad en medio de los grupos que él mismo habia suscitado, prometiendo, para apaciguarlos, que se convocaria una Asamblea constituyente. Los grupos le aplauden, y no le dejan libre sino con la condicion de que iria á Florencia á hacerse nombrar ministro del Gran Duque.

El ministerio moderado que tenia fuerzas suficientes para haber podido sujetar á Liorna, no quiere rechazar la fuerza con la fuerza y hacer triunfar el voto de la mayoría, sino que acepta los ministros y las condiciones que impone un despreciable motin, que presenciamos nosotros, y que nos parecia mas bien el ensayo de un mal drama.

Montanelli habia largo tiempo en los periódicos, sostenido las ideas mas avanzadas de libertad, y en los momentos del peligro, lejos de ocultarse como otros agitadores, habia corrido á Lombardía á combatir á los austriacos, habiendo sido herido delante de Mantua, y prisionero de los austriacos algunos meses.

Montanelli se asocia en el ministerio con Guerrazi, que no habia manifestado el mismo valor que él, pero que era el gefe de las manifestaciones de las turbas por las calles de Liorna. Este ministerio disuelve las Cámaras para crearse una mayoría, y publica su programa en el que promete la Constituyente y se obliga á hacer la guerra.

Los agitadores de Roma sacaron grandes fuerzas de esta revolucion, y poniéndose en activa correspondencia con Montanelli encontraron un punto de apoyo.

El triunfo tan fácilmente adquirido por el motin de Liorna, despierta los deseos del partido anarquista de Roma; mas aqui un ministerio firme desconcertaba todos sus planes.

El general Zucchi, nombrado ministro de la Guerra, habia aceptado el puesto peligroso que le designara el pontífice. Hombre de valor, severo en la disciplina militar, era un elemento temible para los revolucionarios, en cuyos cálculos habia entrado por mucho la desmoralizacion en que se encontraba el ejército del papa. Tratan, pues, á toda costa de impedir su llegada á Roma.

Apenas desembarca en Civita-Vecchia el dia 25 de octubre, una turba de amotinados trata de impedirle que prosiga su camino; pero el general manda hacer fuego á un destacamento de línea, y

los amotinados, acostumbrados hasta entonces á no encontrar resistencia, huyen despavoridamente.

Llega á Roma el ministro, y trata de consagrarse enteramente al sosten del órden y á la reorganizacion del ejército.

El dia 28 reune todas las tropas de línea en la gran plaza de San Pedro, para pasarlas una minuciosa revista. Nosotros vimos entonces el estado de abandono y de indisciplina en que se hallaban aquellas tropas, y presenciamos la severidad con que el general Zucchi trataba á los coroneles y comandantes, á quienes reprendió delante del pueblo, que habia acudido ansioso á presenciar este espectáculo.

Era tal la energía y el continente guerrero del viejo general, que la multitud de curiosos le victoreaba con el mayor entusiasmo al pasar rodeado de su modesto estado mayor por delante del Vaticano.

¡Tristes esperanzas para la seguridad del pontífice, nos hizo concebir la vista de aquel desorganizado ejército!

La severidad de Zucchi, las ideas que públicamente habia manifestado de constituir en un verdadero estado de disciplina militar aquellos desordenados batallones, produjeron gran descontento entre los oficiales: y los directores de los clubs revolucionarios se propusieron esplotar hábilmente el disgusto que ocasionaron las medidas severas del ministro de la Guerra, resultado de la minuciosa revista que habia pasado.

En Bolonia la fermentacion se presentaba ya de una manera mas ostensible. El populacho que, como hemos anteriormente manifestado, habia conservado las armas despues de haber arrojado á los austriacos en el mes de agosto, hacia aun sentir duramente su dominio, y tenia en una continua opresion á los hombres honrados, impotentes para resistirle.

El 10 de noviembre marcha el general Zucchi en posta, llega inopinadamente á aquella ciudad, revista las tropas de línea y los carabineros, y á muy pocos dias (1), en las altas horas de la noche, cerca repentinamente el barrio de Bolonia en donde vivian la mayor parte de los agitadores, cuyas casas eran un verdadero arsenal de armas; los reduce todos á prision, se apodera de las armas, y al amanecer del dia siguiente se encuentra la ciudad de Bolonia que puede ya respirar libre, porque los sicarios que la habian oprimido habian sido todos desarmados.

La presencia del general Zucchi fué de grande utilidad para los habitantes de Bolonia, que lograron al fin respirar libres de la opresion en que habian vivido cuatro meses á merced de los sicarios, pero la ausencia de Roma de Zucchi, el único hombre capáz

(1) El dia 15, el mismo en que fué asesinado en Roma Rossi.

de contener las desmoralizadas tropas en su deber, fué una imprevision fatal. Urgente era el restablecer la tranquilidad en Bolonia, pero mas urgente era impedir la revolucion de la capital del mundo cristiano. El dia 15 debian abrirse las Cámaras.

La calma, es verdad reinaba en Roma, empero era la calma sofocante que precede á las grandes tormentas cuando la tierra está cargada de electricidad!



CAPÍTULO XVII.

Acuerdan los clubs el asesinato de Rossi—Hácese salir de Roma á los emigrados estrangeros.—Los clubs preparan la opinion contra el ministro.—La prensa concita al asesinato.—Llegada de los carabineros á Roma.—Revista que les pasa Rossi.—Esposicion que se redacta á las Cámaras contra el ministerio.—Apertura de la Cámara.—Asesinato del ministro Rossi.—Los asesinos márchanse libremente.—Impasibilidad de la Cámara al saber el atentado.—Consideraciones sobre la vida de Rossi.—El cuerpo diplomático se retira de la Cámara.—El embajador español en el Quirinal.—Inaccion del gobierno.—El Círculo Popular se apodera del mando.—Demostracion del Círculo en honor del matador de Rossi.—Medidas que adopta el Círculo.—Proyecto de ministerio para que lo acepte el papa, y bases de su programa.-El Círculo va al alojamiento de Galletti.—Insultos á la viuda de Rossi.—Entierro en secreto de este.—Pasquines insultantes á su memoria.—Gran demostracion para pedir el ministerio y el programa acordado en el Círculo Popular.— Preséntanse al papa los diputados de la demostracion.—Anuncia la respuesta del papa, Galletti.—Agitacion de las turbas.—Vuelve la comision al Quirinal.—Encuéntrase con el cuerpo diplomático.—Nueva negativa del papa.—Declárase el pueblo en insurreccion.—Queman una puerta del palacio Quirinal.—Defensa de los suizos.—Muerte de monseñor *della Palma*.—Traen un cañon las turbas.—Barricadas.—El Círculo Popular se erige en centro de gobierno.—Reconócenle todos.—Apodérase el pueblo de las armas del arsenal.—Conducta de los príncipes romanos.—Miedo de los revolucionarios.—Mándase el arresto de todos los cardenales.—Una diputacion enviada al papa.—Accede al fin á la formacion del ministerio.—Protesta luego delante de los embajadores.—Galletti obtiene que se respete á los suizos.—Ataque al palacio de Lambruschini.—Sálvase disfrazado de dragon —Regocijo de las turbas por sus triunfos.

La presencia del general Zucchi fué de gran provecho para los habitantes de Bolonia; empero dejó espedita la accion de los agitadores de Roma.

El ministro Rossi se encontraba solo en ella, y podia decirse que en él se concentraba el gobierno entero, pues era ministro de lo Interior, ministro de la Policía, ministro interino de Hacienda, y comandante general de los carabineros.

Un solo golpe de puñal podia concluir con el gobierno de Roma. Era el único medio de poder vencer á este hábil ministro, antes de que espusiese en las Cámaras y desarrollase su sistema de gobierno, que hubiera atraido la aprobacion general; los clubs lo acordaron, y se prepararon á ponerlo en ejecucion desde luego.

Roma era el asilo de una porcion de emigrados, la mayor parte

de ellos manchados con delitos comunes, y que dándose el colorido de refugiados políticos, eran acogidos ávidamente por los clubs y por los círculos como elementos preciosos de revolucion de que podrian disponer en su dia.

Una multitud de napolitanos se encontraban en Roma, y reciben la órden del ministro para salir inmediatamente de la ciudad. Alzan al cielo el grito los círculos al saber esta medida, y la pintan como el acto mayor de tiranía, como el mas grande insulto que un estrangero podia hacer á la independencia de la Italia. Acúsanle tambien de querer sembrar una semilla de corrupcion en el parlamento, porque algunos representantes del pueblo habian sido colocados en altos empleos. Echábanle igualmente en cara que en el periódico ministerial, la *Gazzeta de Roma*, al contestar á los terribles artículos en que le acusaba la prensa revolucionaria, habia arrojado un guante de desafio al pueblo romano. No omitieron, en fin, nada en sus arengas públicas, ni en sus conversaciones particulares los agitadores para escitar al asesinato del hombre que con sus grandes talentos y su valor cívico era un obstáculo insuperable á sus planes de desorganizacion.

El dia señalado fué el 15 de noviembre. Los *idus* de este mes fueron tan fatales para el conde Rossi, como lo fueron en aquella misma ciudad los *idus* de marzo para César: éste pereció en el Senado; aquel en el umbral de la Cámara. En ambos casos los asesinos se retiraron tranquilamente por medio de la muchedumbre, quedando Roma quieta y sosegada, pero bajo el imperio del puñal.

La prensa habia preparado y acalorado los ánimos. Los periódicos se fijaban en todas las esquinas para que pudieran leerlos gratuitamente las gentes del pueblo. Artículos incendiarios proclamaban todos los dias la necesidad de rechazar al *estrangero*; y dábase este nombre al ministro Rossi, porque aunque nacido en Módena se habia naturalizado despues en Francia, y sido embajador de Luis Felipe en la misma córte de Roma. Fijábanse caricaturas y avisos alarmantes en todas las esquinas; y en vano los agentes de la policía procuraban arrancarlos porque inmediatamente se reproducian en otros puntos de aquella inmensa capital.

El dia 14 el médico Sterbini, presidente del Club Popular, publica bajo su firma en el *Contemporáneo* un artículo en que concita públicamente al asesinato del ministro.

Este habia hecho venir á Roma, desde los diversos puntos de los estados pontificios, y en posta, todos los destacamentos de carabineros que en ellos habia: tropa escogida y de bellísima presencia, que se alojó en diferentes cuarteles, uno de ellos la *Sapientia*, palacio de la Universidad. La tarde del dia 14 el ministro les pasó una revista, y quedó altamente satisfecho, y seguro de po-

der con ellos destruir los planes que en contra suya se tramaban.

Los carabineros atravesaron la calle del Corso, en medio de las espantadas miradas de los agitadores que no contaban con aquel inesperado obstáculo.

El Club Popular aquella noche manifestó la mayor agitacion. Pintóse la venida de los carabineros como un insulto hecho á la tranquilidad del pueblo, y como una desconfianza marcada á los catorce batallones de la guardia cívica; redactóse una esposicion á la Cámara, que prometen apoyar Sterbini y algunos otros diputados, pidiendo la separacion del *ministro estrangero*; y el 15 por la mañana en todas las esquinas de la capital, en todas las puertas de las iglesias y de los cafés, en todos los sitios públicos amanece impreso un anuncio, diciendo: que Roma invitaba á todos los buenos ciudadanos á que se hallasen en la plaza de la Cancillería, donde está el salon de la Cámara, á la hora de la apertura.

El plan aparente era silbar al ministerio á su entrada en el parlamento, y apoyar con vociferaciones el ataque que los diputados se proponian dar al ministro, condenando el decreto del pontífice en que se le concedia el derecho de naturalizacion en los estados romanos.

La plaza de la Cancillería se hallaba llena de gente, entre ella una gran parte por curiosidad. El conde Rossi á la una fué á ver al papa, y desde allí, solo en su coche, acompañado del subsecretario de Hacienda, se dirigió al palacio de la Cancillería, al atravesar cuya plaza fué recibido por los gritos y silbidos de la inmensa multitud que la poblaba. Hizo entonces apretar los caballos, y el carruage entró al galope en el pórtico del palacio.

La mayor imprevision, la mayor confianza habia presidido á las disposiciones interiores en aquel edificio. En el pórtico de la Cámara, á un lado y á otro de la escalera, habia mucha gente de malísima traza. Veíanse allí varios voluntarios de Vicenza y de Venecia, y algunos napolitanos agrupados como para ver las personas que subian y bajaban.

Rossi con la mayor serenidad se apea de su coche; uno de los espectadores le dá con un baston un empujon en el costado, y al movimiento natural de retirada y volver la cara hácia aquel lado, un voluntario le tira al cuello una estocada con la daga, cortándole la carótide izquierda y atravesándole de parte á parte. Un lago de sangre inunda el suelo, mancha las paredes y á algunos de los circunstantes que estaban próximos, y el ministro cae muerto casi instantáneamente.

El golpe habia sido hábilmente calculado. Los asesinos lo dirigieron al cuello recelosos de que para precaver el peligro llevase debajo del vestido una cota de malla. Rossi no llevaba na-

da, iba fiado en su serenidad, y en la rectitud de sus intenciones.

Afuera continuaba aun la silba de una manera horrorosa; pero un hombre de elevada estatura y larga barba sale á la puerta, y con voz estentórea; *tutto é fatto*! todo está hecho, grita, á cuyas palabras sucede el mas repentino silencio.

Los pocos soldados que habia alli para conservar el órden de los carruages, abandonan sus puestos y se retiran, y los asesinos marchan con la mayor tranquilidad delante de la multitud, oyéndose gritar á algunos de esta: *anno fatto bene*! han hecho bien! Horrible era la tranquilidad en que permanecia en la plaza la inmensa muchedumbre; solo podia encontrarse una cosa mas horrible aun, la impasibilidad que presentaba el interior de la Cámara de los diputados.

En la Cámara circula al momento la noticia, porque el desgraciado Rossi recibe los primeros, aunque inútiles cuidados, del médico Pantaleoni, que era diputado. Ni la menor muestra de agitacion, ni la conmocion mas mínima se nota en aquella Asamblea: léese el acta de la sesion anterior; pásase la lista de los diputados, y no habiendo número suficiente para deliberar, se levanta la sesion.

Casi todos los diputados se habian sentado en el lado izquierdo, para marcar su oposicion al ministro, á quien se proponian dar un rudo ataque por el decreto de naturalizacion que le habia concedido el pontífice, y en virtud del cual acababa pocos dias antes de ser nombrado diputado por la provincia de Bolonia.

Rossi conocia el encono con que le miraban la mayor parte de los diputados; pero firme en sus propósitos, seguro de esponerlos con su elocuencia y lucidez acostumbradas, se preparaba á subir los escalones que conducen al palacio legislativo en medio de los gritos y silbidos de un brutal populacho.

Los clubs apelaron al puñal, porque se sentian muy poco hábiles para destruir con el razonamiento á ese ministro, cuya vida habia sido toda consagrada al trabajo, cuyos talentos se habian manifestado siempre á una misma altura, habiendo sido constante y firme en sus opiniones de moderacion y de conciliacion, ya se le considere como escritor, ya como profesor del colegio de Francia, ora como par, ora como embajador, ora como primer ministro.

La revolucion le habia trasplantado sobre diversos suelos; pero no habia podido quitarle la unidad que depende de la constancia del carácter y de la firmeza de las opiniones.

Desterrado voluntario en 1815 por la causa de la libertad, Rossi ha muerto en 1848 mártir voluntario de la causa del órden.

Habia abandonado su patria, Módena, en los dias de una reaccion absolutista y fanática, y viene á morir al pie del trono del

pontífice, defendiendo la independencia espiritual de la iglesia, amenazada en el poder y en la persona de su gefe.

Hacia dos meses que ejercia el poder, y todos sus dias habian sido laboriosamente empleados y señalados por alguna medida de reforma: esforzábase en plegar á las instituciones constitucionales la antigua máquina del gobierno pontifical, y contener al mismo tiempo en el recinto de la libertad legal la agitacion del movimiento popular.

El cuerpo diplomático, admirado de la indiferencia criminal de la Camara á vista de un atentado semejante cometido bajo su mismo techo, y contra el cual no habia proferido ni aun la mas ligera espresion de vituperio, abandonó la tribuna, protestando de esta manera, en el hecho mismo de su retirada, contra aquel atentado, que en cualquier otro pueblo hubiera hallado en su Asamblea un grito unánime de reprobacion.

El embajador español, Martinez de la Rosa, corre inmediatamente al Quirinal, y se presenta al papa. Consuela al venerable pontífice en los primeros momentos del dolor que le causa la pérdida de su fiel consejero y primer ministro, y le reitera las ofertas de apoyo y de auxilio que tantas veces le habia ofrecido en nombre del gobierno de la católica Isabel.

La muerte de Rossi habia sido decidida en el Círculo Popular, y se ejecutó con una precision y una puntualidad calculada.

El único hombre de gobierno era Rossi; muerto este, el poder pasó de hecho á aquel club.

El terror mas grande se habia apoderado de todos los buenos, no obstante de que ningun movimiento se notase en el pueblo, ni ningun síntoma de alteracion en las calles ni en las plazas. Los asesinos se hallaban libres; discurrian por los cafés, y en todas partes habia una horrible tranquilidad. Los ministros huyen unos, ocúltanse otros; solo Montanari, ministro de Comercio, permaneció firme al lado del pontífice.

La tarde del 15 se pasó en la mas completa inaccion por parte del gobierno, mientras que el Círculo Popular trabajaba activamente, y sus agentes recorrian los cuarteles preparando una fraternizacion de las tropas con las masas del pueblo.

Apenas llega el anochecer, el Círculo Popular sale precedido de una bandera tricolor, con hachas encendidas, dando gritos, y se dirige al cuartel de los carabineros á darles las gracias, porque no habian hecho fuego á los asesinos de Rossi. Los gritos eran: ¡viva la libertad! ¡viva la Constituyente! ¡bendita sea la mano del que mató á Rossi! ¡viva el puñal del nuevo Bruto!

Nosotros vimos este grupo, que apenas llegaria á cien pesonas, ecorrer tranquilo las calles de la capital del mundo; dirigirse á

los cuarteles, donde fué acogido con aclamaciones por las tropas, marchar y volver seguido de grandes grupos de ellas al palacio Fiano, donde se hallaba situado el Círculo Popular.

Allí, indistintamente mezclados cívicos, soldados, gentes del pueblo y hasta estrangeros, se aprobaban á gritos y por unanimidad las disposiciones que indicaba Sterbini, presidente de aquel club, disposiciones acordadas anteriormente entre unos pocos; pero que con esta farsa se revestian con el carácter y el nombre de deliberaciones del pueblo. Acordóse el programa fundamental que debia regir al nuevo ministerio; ministerio que trataba de imponerse al papa; ministerio formado sobre el cadáver aun caliente y palpitante del ministro á quien habian alevosamente asesinado!

Nosotros presenciamos tambien este espectáculo, asqueroso y repugnante, porque en él no habia siquiera ni entusiasmo ni conviccion.

Nosotros solo vimos allí una inmensa turba, que obedecia ciegamente, y que tenia por propias suyas, las deliberaciones de unos pocos.

Acordáronse como ministros elegidos por el pueblo á Mamiani, al mismo Sterbini, director principal de este movimiento, y escitador en su periódico al asesinato; á Campello, á Sallicetti, á Rusconi, á Lunati, Sereni, y á Rosmini: acordóse tambien que el mando general de los carabineros se confiriese á Galletti; y se convino en reunirse al dia siguiente en la plaza del Pópolo para hacer una grande demostraccion, pidiendo al papa la formacion de este ministerio.

Terminada la sesion en el Círculo Popular, sobre las diez de la noche, marchan todos en masa á la plaza de la Minerva en donde se hallaba el alojamiento del abogado Galletti. En medio de las frenéticas aclamaciones del pueblo y de los soldados, sale en medio de la plaza, y acalora mas los ánimos con su discurso, dándoles las gracias, y manifestándose dispuesto á sacrificar su vida por la causa del pueblo.

Asi terminó la jornada del miércoles 15 de noviembre en Roma. Habia comenzado por un asesinato horrible, y terminado por la preparacion de una revolucion que debia arrancar de hecho al papa su poder temporal.

Las turbas se retiraron de la plaza de la Minerva, y discurrieron por la ciudad casi toda la noche, dando gritos frenéticos y llevando su barbarie hasta entonar en ridícula parodia los cánticos de la iglesia, destinados á implorar el reposo de los muertos, al pasar por delante de la casa de la viuda y de los desgraciados hijos del conde Rossi.

Mientras las turbas discurrian, ébrias de vino y de entusiasmo,

por las calles y plazas de Roma, cuatro penitentes negros sacaban del palacio de la Cancillería á las dos de la noche, en silencio, un cadáver, y lo conducian al cementerio de Sancti-Spiritus, para arrojarlo en secreto á la fosa comun. Aquel cadáver era el de un mártir, el del conde Rossi! y lo llevaban secretamente, cual en otro tiempo los primeros cristianos habian enterrado á sus mártires, para no esponer sus restos á la profanacion de los revolucionarios, cuyo odio no se habia detenido en el sepulcro, y proyectaban arrastrarlo por las calles, si se le hubiesen decretado los honores fúnebres debidos á su alta clase.

Al dia siguiente, en todas las esquinas apareció un pasquin que nadie se atrevió á arrancar, y que decia:

Qui giace Rossi: fu uomo perverso
Non pregate per lui ch'é tempo perso!

Aquí yace Rossi, hombre malvado:
Rogar á Dios por él, tiempo escusado!

Epígrama digno de un pueblo de caníbales, no de la capital del mundo cristiano. Ninguno de los periódicos condenó el asesinato, como no lo habia condenado la Cámara, antes bien tributaron los mayores elogios al asesino llamándole el nuevo *Bruto*!

Grande era la agitacion popular que se notaba desde por la mañana del 16. Los diversos cuerpos de las milicias de todas clases corrian sin armas á reunirse en la plaza del Pueblo. Los diferentes círculos acudieron con sus estandartes y banderas; acudieron tambien los oficiales; y ¡cosa inconcebible! acudieron hasta los mismos generales. Formados en columna, mezclados todos confusamente, los de la guardia cívica con los carabineros y el pueblo, precedidos de una música que tocaba un himno militar, se pusieron en marcha siguiendo al estandarte del Círculo Popular, donde se hallaban escritos en un gran pliego de papel los nombres de los que el papa debia nombrar ministros, y los principios fundamentales acordados la víspera en el Círculo Popular, á saber: 1.° Promulgacion del principio de la nacionalidad italiana; 2.° Convocacion de la Constituyente, y formacion de un acta federativa; 3.° Cumplimiento de las deliberaciones de la Cámara de diputados, con respecto á la guerra de la independencia; y 4.° Completa adopcion del proyecto de Mamiani del 5 de junio.

Esta imponente procesion, que no debia encontrar obstáculo alguno en su marcha, pues componian parte de ella las tropas de la guarnicion y los generales, se dirige al palacio de la Cancillería,

creyendo encontrar reunida la Cámara, empero esta no habia acudido, solo se hallaban en el edificio algunos diputados.

Un miembro del Círculo Popular anuncia que estos se reunen á la manifestacion para llevar al príncipe los votos del pueblo, y lee en alta voz el programa, que es recibido con grandes aplausos por las turbas del pueblo y de los soldados.

Dirígense desde allí al Quirinal, y encuentran en el camino, bien casualmente ó de propósito, el coche del príncipe Corsini, senador de Roma, que llevaba consigo al abogado Galletti y á Armellini.

El pueblo pide que se reuna á la diputacion que debe hablar al pontífice el abogado Galletti, y continúa su marcha al Quirinal, donde llega cerca de las dos de la tarde: llena con su inmensa multitud aquella plaza, donde el pueblo estaba acostumbrado á victorear tantas veces á su soberano por los beneficios que espontáneamente le habia dispensado: allí le habia aclamado por la amnistía, por el Estatuto, por el establecimiento de la guardia ciudadana, por la igualdad ante la ley, por la entrada de los seglares en la administracion pública, y por tantas otras concesiones con que le habian ido lentamente desgarrando el manto de pontífice y de rey: hoy venian á que les arrojase la tiara, para arrastrarla por el fango.

Al primer rumor del peligro y de agitacion, el cuerpo diplomático habia acudido á colocarse al lado del pontífice.

La diputacion de los representantes de las turbas del pueblo, acompañada de algunos miembros del Círculo Popular, entró en el palacio Pontificio, y fué recibida por el cardenal Soglia, quien trasmite las palabras de ella al soberano, que ofrece tomar en consideracion la peticion del pueblo, confiando en tanto la composicion del nuevo ministerio á Galletti.

Sale este á la plaza, y anuncia al pueblo la respuesta del pontífice. Mientras habla reina un profundo silencio; pero la respuesta no merece el agrado de las turbas, y con voces desaforadas gritan: no! no! que se concedan al instante las peticiones del pueblo!

El tumulto toma unas proporciones gigantescas; los gritos son terribles, atronadores.

La diputacion entra nuevamente para significar al príncipe los deseos de la muchedumbre. Penetra la diputacion en el interior del palacio Quirinal; pero como tras de ella quieren tambien penetrar las masas populares, la guardia suiza cierra la puerta grande del palacio pontificio, dejando solamente abierto un postigo.

Esta guardia, mas de magnificencia que de seguridad del pontífice, esta guardia tradicional que viste aun el pintoresco uniforme de los tiempos de Julio II, dibujado por Miguel Angel, logró contener las turbas.

Al pie de la escalera del reloj encuentra la diputacion á los embajadores reunidos de España, Francia, Rusia y Baviera, y su presencia impone á los comisionados de las turbas; porque el pontífice, á quien creian solo, se hallaba rodeado de los representantes de la Europa. Allí estaban para protegerle!

Momentos antes, el pontífice habia preguntado al embajador de España, cuales eran las instrucciones que tenia para un caso semejante: poner á disposicion de Vuestra Santidad, le contestó conmovido Martinez de la Rosa, todo el poder, todos los recursos de que puede disponer la Reina Católica de las Españas. Iguales seguridades dieron á Su Santidad los representantes de las demas naciones.

La diputacion tuvo una breve conferencia con el príncipe, en la que Galletti llevaba la palabra. El papa mostró la mayor firmeza, negándose á lo que le pedian, y resuelto á sufrir las consecuencias que pudieran resultar de su negativa.

El postigo del palacio se cierra enteramente. La fermentacion llega á su colmo; álzanse gritos horrendos en todas partes, y la diputacion que se hallaba dentro del palacio no puede salir; pero á fin de comunicar al pueblo la última respuesta, Galletti sube sobre el torreon que flanquea el palacio por un costado, y anuncia al pueblo la decision del pontífice.

Un grito general de ¡á las armas! sucede instantáneamente; los cívicos y soldados blanden al aire sus espadas; la plaza del Quirinal presenta el espectáculo de la mayor confusion, y algunos arrojan piedras contra las ventanas del palacio, pidiendo con gran gritería que se abran las puertas.

En la puerta última del palacio que mira á la Puerta Pia, reunen una porcion de faginas, y las ponen fuego: los bomberos del Quirinal le apagan fácilmente, pero los suizos al verse atacados, ponen inmediatamente en estado de defensa el palacio, construyendo barricadas en el interior de las puertas, y aun cuando la guardia de los suizos no se halla armada sino de alabardas, echan mano de algunas antiguas espingardas que se conservaban en el palacio, y con ellas hacen fuego desde las ventanas.

El grito de ¡á las armas! resuena nuevamente, y la plaza queda vacía en un momento, para llenarse despues con nuevos hombres armados que acudian por todas partes.

Los tambores de los catorce batallones de la guardia cívica esparcen la alarma por todas las calles, tocando la generala. Todas las tiendas de Roma se cierran: las puertas de la ciudad son ocupadas por la guardia cívica, mientras que el resto de ella, la tropa de línea y los carabineros, juntamente con los niños del batallon de la Esperanza, corren sin órden, unos á

pie, otros en coche, y muchos en omnibus al Quirinal, que queda completamente sitiado de grupos armados, los cuales se acrecientan de momento en momento, sin direccion alguna, ocupando con las diferentes banderas de los barrios y de las milicias las diversas avenidas que conducen al monte Quirinal. Los suizos que defendian el palacio apenas eran setenta, los mandaba el capitan Leopoldo Mayer. La diputacion del pueblo que aun se hallaba reclusa en el palacio, pudo salir por la calle de Scandervech.

La grande plaza del palacio Quirinal se hallaba completamente llena de gente, que disparaba de cuando en cuando sus fusiles sobre el palacio del pontífice, empero este permanecia en tanto inflexible en su resolucion de no ceder á las demandas del pueblo.

Una de las balas disparadas por las turbas, penetra en uno de los aposentos del palacio, y hiere en el corazon á monseñor *Palma*, secretario latino del papa. Uno de los domésticos se presenta al pontífice, se arroja á sus pies, y le anuncia la catástrofe. Queda un momento suspenso el venerable pontífice; pero su valor no se contrasta ni se intimida, y se retira un momento á su oratorio para pedir por el eterno descanso del alma de aquel fiel servidor suyo. ¡Cuán tristes y dolorosos pensamientos debieron vagar por su alma, cuando de rodillas en su oratorio, solo con su conciencia, cara á cara con la imágen de su Dios, de quien él era el vicario, se preguntase á sí mismo donde iria á parar aquel pueblo furioso y ciego que rugia como una bestia desencadenada á las puertas de su palacio!

Contra ellas asestan tambien, frenéticos, el cañon llamado San Pedro, que habian traido con grande algazara del castillo de Sant-Angelo. ¡Aquel cañon habia saludado la amnistía, y lo volvian ahora contra la casa del perdon! Este cañon lo servian con mecha encendida el diputado Bonaparte, príncipe de Canino, y su hijo!

El Círculo Popular, durante todo el movimiento, se constituye en una especie de gobierno popular, compuesto de Sterbini, Vinceguerra, Spini, y Pinto; estos dos últimos redactores de la *Epoca*.

Desde entonces el movimiento se concentró, y tuvo una direccion: todas las órdenes partieron de esta junta, y en todas partes fueron obedecidas. Ni un empleado siquiera, civil ni militar, resistió, ni dió su dimision; todos se adhirieron inmediatamente á las disposiciones de esta junta. El mismo batallon número 13, del barrio de Trastebere, con su mayor Vicencio Cortessi á la cabeza, se somete al Círculo Popular, y anuncia que está pronto á correr donde lo exijan las necesidades.

La tropa de línea que guardaba el arsenal llamado *La Pillota* abre las puertas al pueblo, que se apodera en un momento de cuantas armas se custodiaban en aquel depósito, saqueando ade-

mas cuantos objetos se hallaban allí de armas antiguas y preciosas.

El papa aguardaba que hubiese alguna reaccion en el pueblo, y así lo manifestó al embajador español y demas individuos del cuerpo diplomático, que no le abandonaron ni un solo momento; empero ninguna voz romana se alzaba en su defensa; ninguno se levantaba para defender el palacio pontifical, guardado apenas por setenta ancianos suizos; presentando un espectáculo vergonzoso aquellos soldados pagados por el papa, que marchaban contra su palacio á las órdenes de sus gefes de los cuales ni uno solo faltó, aquella aristocracia romana, enriquecida y ennoblecida por los papas, con la espada desenvainada al frente de los batallones de los nacionales, sin que uno solo de sus individuos se separase de sus filas y fuese á interponer su honor y su cuerpo entre la revolucion y Pio IX, noble romano como ellos mismos!!

La conducta de los príncipes y de la aristocracia romana está perfectamente significada en el Evangelio, en aquel discípulo tímido que nos refiere el historiador de la pasion del Hombre-Dios, que envuelto en una sábana blanca el dia de la prision de Jesus, le seguia á lo lejos para ver en qué paraban las cosas: *sequebatur á longe ut videret finem.*

El carácter dominante de los romanos en 1848 es una gran debilidad de alma, que se manifiesta tristemente en todas las clases de la poblacion; porque unos, los vencidos, han permanecido indiferentes sin querer combatir, y otros, los vencedores, los veremos detenerse sin sacar inmediatamente el fruto de su crímen.

Las hordas no tenian resistencia; combatian contra un solo hombre, y sin embargo, habian construido barricadas en todas las avenidas del palacio Quirinal. ¡Tanto era su miedo!

Por una órden del Círculo Popular se manda proceder á la prision de todos los cardenales; pero estos, desde los primeros momentos de la revolucion, acostumbrados por los anteriores movimientos á ser señalados como las primeras víctimas, habian abandonado sus casas y ocultádose al furor de sus enemigos.

El gefe de los carabineros, Calderari, de quien tenian sospechas, iba á ser asesinado á vista de sus mismos soldados; evita, empero la muerte con la fuga, no sin recibir antes una herida con una daga en la cara.

Resuelve el Círculo Popular enviar una tercera diputacion al palacio á las siete y media de la tarde, con el encargo de que el pontífice respondiese antes de las nueve. El abogado Galletti vuelve al palacio á las ocho, tiene una conferencia con el pontífice, y á las ocho y media aparece sobre el torreon y anuncia al pueblo que el papa ha cedido á sus deseos, nombrando el ministerio acordado en el Círculo

popular, y refiriéndose para la adopcion de las bases que se le habian presentado á la deliberacion de las cámaras.

El papa habia cedido, tratando de evitar la efusion de sangre por todos los medios posibles. «Todo, dijo delante de los mismos embajadores, debe ir cediendo á este principio; pero declaro á la Europa y al mundo entero, que no tomo parte, que no entiendo tomarla en los actos del gobierno, á los que quiero permanecer enteramente estraño, habiendo prohibido que se sirvan de mi nombre y que adopten en los actos del gobierno la fórmula ordinaria «con aprobacion de Su Santidad.»

La tríple corona del pontífice se habia arrastrado por el lodo, su palacio habia sido asediado, porque Pio IX se habia negado á las exigencias de la revolucion, que queria levantase su bandera contra las de todos los reyes; porque queria que la iglesia se volviese con grato amor á la democracia, como en otro tiempo se habia vuelto á la barbarie, que tocase con su cruz á esa feroz y salvage matrona, y la hiciese santa y gloriosa, mandándola reinar sobre la tierra, y hubiera reinado. Pio IX habia rehusado asociar á ella la cruz, la democracia se habia mostrado mas indócil que la barbarie, y no se habia postrado en su presencia, como Atila ante Leon I, habia asaltado su palacio y lo habia regado con la sangre de sus propios servidores; no habia doblado ante la religion su cabeza!

Al llegar la noche, al iluminar por sí mismos los cívicos el palacio de la Consulta, inmediato al Quirinal, un terror pánico se esparce por las turbas armadas que ocupaban la plaza, gritando: ¡traicion, traicion! y creyendo que eran bombas incendiarias las candilejas que se ponian en las ventanas, hacen una descarga contra aquel edificio.

El pueblo, indignado contra los suizos del palacio Quirinal, queria despues de su triunfo sacrificarlos. Galletti les persuade apelando á su generosidad; y tambien les hace ver que aunque en corto número, hombres valientes reducidos á la desesperacion pueden ocasionar grandes desgracias. El pueblo satisfecho con su triunfo cede, pero recomienda á Galletti que sean inmediatamente desarmados, y dos ó tres batallones en señal de alegría descargan sus armas contra las puertas y los muros del palacio, que quedan acribillados á balazos.

Aquella misma noche las turbas recorren con atronadores gritos las calles en demostracion de alegría, penetran en el palacio de Lambruschini, y búscanlo en vano para darle muerte; pero dan de puñaladas á su cama, y destrozan la mayor parte de los muebles, robando cuanto encuentran á mano. El anciano cardenal se hallaba refugiado en el cuartel de Dragones inmediato á su palacio. Alguno de la turba asesina tenia de ello noticia: penetran, pues, en el

cuartel, y aunque los dragones se hallaban dispuestos á defenderle, no podian negar la entrada al pueblo en el dia de su triunfo. Las turbas recorren las cuadras, penetran en las caballerizas, y no fijan su atencion en un anciano, dormido al parecer sobre un monton de paja, groseramente vestido, y que les dicen los dragones ser uno de los criados de las caballerizas.

Aquel hombre era Lambruschini, un príncipe de la iglesia, que á la mañana siguiente, disfrazado de dragon, en medio de una patrulla salia por las puertas de Roma, logrando pocos dias despues llegar sano y salvo al monasterio de Monte-Casino en el reino de Nápoles.

Las turbas habian triunfado completamente; y ébrias de alegría y de vino recorrian las calles de la ciudad eterna como en otro tiempo la hija del rey Servio Tulio habia recorrido las calles de la misma ciudad haciendo pasar su carro sobre el cuerpo asesinado de su anciano padre tendido en el suelo.

Cuenta el historiador, que detenidos los caballos, el criado que conducia el carro mostró á su ama el sangriento obstáculo que detenia su marcha; empero Tulia, prosiguiendo la carrera, guió sus caballos sobre estos restos sagrados; y dice el mismo historiador que llegó á su palacio manchada con la sangre de su padre.... *Partem sanguinis ac cædis paternæ... contaminata ipsa repersaque....*

Lo mismo la revolucion romana: al través de la sangre, de la muerte y del asesinato, impía Tulia, con los cabellos tendidos y la imprecacion y la blasfemia en la boca, pasea por Roma su carro triunfal sobre el cuerpo de su padre. Nada la detiene, ni la magnitud del crímen, ni la santidad de la víctima!!!

CAPITULO XVIII.

Estado de la ciudad de Roma.—Demostraciones de alegría en Liorna y Génova por la muerte de Rossi.—Rosmini no admite el ministerio.—Nómbrase á Muzarelli en su lugar.—Impresion que producen en Francia los sucesos del 15 y 16 de noviembre.—Discusion en las Cámaras.—Proyecto de una espedicion á Civita-Vecchia.—Abandono en que se halla el papa.—Martinez de la Rosa en el Quirinal.—Relevo de los suizos —El Circulo Popular es el verdadero gobierno de Roma.—Listas de proscripcion.—Los ministros en el Circulo Popular.—Imposibilidad de reunir la Cámara por las continuas renuncias de los diputados.—Reúnese.—Proposicion de Potenciani.—Fuga de los cardenales.—El puñal del asesino de Rossi llevado á la iglesia de San Agustin.—Reina el terror en Roma.—Negociaciones para devolver los suizos al papa.—Decision negativa del Círculo Popular.—Llega á Roma Mamiani.—Fuga del papa.—Su llegada á Gaeta.—El embajador español detenido por falta de buque en Civita-Vecchia.—El vapor español no llega á tiempo.—Llegada de Martinez de la Rosa á Gaeta.—Satisfaccion del papa al verlo, y le concede la gran cruz de Pio IX.—Igual concesion al embajador de Baviera.

La capital del mundo cristiano presentaba el espectáculo mas aflictivo, y los sucesos lamentables de los dias 15 y 16 habian dejado una honda huella de dolor en el ánimo de todos los buenos, y habian acabado con el porvenir de Roma, pudiéndose decir que los asesinos de Rossi la habian hecho retrogradar mas de un siglo. Los pocos estrangeros que habia se apresuraron á abandonar esta ciudad, donde á todas horas, bajo el pretesto de felicitar á los ministros creados por el pueblo, numerosas turbas corrian furiosas por las calles, gritando aun á deshora de la noche. La agitacion triunfante se hacia sentir á todas horas y en todas partes.

La noticia del asesinato de Rossi es recibida en Liorna con el mayor entusiasmo. Enarbólase la bandera tricolor sobre la cúpula de la catedral; ilumínase la ciudad, y la muchedumbre precedida por tambores y banderas, va á la habitacion de *La Cecilia*, uno de los principales agitadores de aquella turbulenta ciudad, y desde allí delante de la casa del cónsul romano, para felicitarle por la *resurreccion* de Roma. La muchedumbre se presenta en seguida delante del palacio del gobernador, Carlos Pigli, el que se asoma al balcon, y la arenga. «El ministro Rossi no era amado por la Italia, grita este funcionario público, á causa de sus principios políticos;

Dios en sus secretos designios ha querido que ese hombre cayese herido por la mano de un hijo de la antigua república romana: guarde Dios su alma, y la libertad de nuestra pobre Italia!»

Inmensos aplausos cubrieron la voz del gobernador, y la muchedumbre se retiró llevando el estandarte romano en medio de banderas tricolores, gritando ¡viva la Constituyente italiana, viva Roma!

En Génova es acogida tambien la muerte de Rossi con demostraciones marcadas de alegría, que honran poco la religiosidad y cultura de aquel pueblo.

En Roma las autoridades militares y civiles se habian sometido al Círculo Popular; pero el abate Rosmini, proclamado ministro por el pueblo, declara de una manera irrevocable que no queria formar parte de un ministerio democrático. Nómbrase en su lugar presidente del Consejo de ministros á monseñor Muzarelli, presidente de la Cámara alta y decano de la Rota, que se apresura á admitir este cargo.

La noticia de los atentados cometidos en Roma por el pueblo asesinando al ministro y atacando la libertad personal y la inviolabilidad del papa, escitan la mayor indignacion en Francia; y el general Cavaignac inmediatamente determina enviar á Civita-Vecchia una espedicion de tres fragatas con una brigada de 3500 hombres, para proteger la libertad del pontífice, á quien habian abandonado su ejército y su pueblo; al mismo tiempo envia á Mr. Courcelles con instrucciones para asegurar al papa toda la proteccion de la Francia.

La Asamblea nacional en la sesion del 30 de noviembre se ocupa especialmente de este negocio: todos los diputados condenan unánimemente la conducta ingrata y alevosa de los romanos; y Montalembert hace oir su elocuente y poderosa voz en favor de Pio IX, haciendo ver que el insulto recibido en su sagrada persona ha sido recibido por doscientos millones de almas esparcidas por toda la superficie del universo, no solamente en Irlanda, España, Polonia, en Europa en fin, sino hasta en las misiones de la China y en los desiertos del Oregon: esos doscientos millones esparcidos sobre toda la superficie del universo, van á saber los unos despues de los otros que el gefe de su fé, el director de su conciencia, el guia de sus almas, en una palabra, aquel á quien todos llaman su padre, ha sido insultado, sitiado, oprimido, cautivo en su palacio, y se estremecerán todos de indignacion y de dolor; pero al mismo tiempo sabrán que la Francia, con la misma mano con que ha escrito despues de sesenta años en sus códigos, en sus constituciones, el principio de la libertad de la conciencia, y de los cultos, con la misma ha tendido la espada de Carlo-Magno para salvar la independencia de la iglesia amenazada en su gefe.

La Asamblea, á los acentos elocuentes de Montalembert, con que deploraba la muerte del ministro Rossi y anatematizaba á sus asesinos, respondió con las mas vivas aclamaciones; y adoptó una resolucion, aprobando las medidas de precaucion tomadas por el gobierno francés para asegurar la libertad del Santo Padre.

La espedicion á Civita-Vecchia, despues de embarcadas las tropas en Marsella, suspendió el hacerse á la vela, por que llegó la noticia de la salida de Roma de Pio IX, y su objeto era asegurar la libertad del pontífice.

Se hallaba de hecho destituido de su poder temporal Pio IX! Solo, abandonado en el desierto Quirinal, ni el estado mayor de la tropa, ni ninguno de los nobles ni de los príncipes, fueron á consolarle y á tributarle un solo homenage al dia siguiente del grande ultrage que habia recibido. Solo el cuerpo diplomático habia vuelto á su lado, habia procurado consolarle, y le habia encontrado acompañado de los cardenales Antonelli y Soglia.

El embajador Martinez de la Rosa lo acompaña constantemente y consuela, empleando sus poderosos talentos, su larga esperiencia probada en las mas terribles vicisitudes de su honrosa vida pública, y con el amor entusiasta que profesa á Pio IX, á quien jamás ve sin conmoverse!

Los setenta suizos que con tanto valor se habian defendido en la tarde y noche del 16, fueron relevados en la madrugada del 17 por la guardia nacional; y habiendo entregado su vestuario y armamento se les dejó en libertad de retirarse. Con dolor vimos á aquellos hombres, de talla escogida, que parecen modelos académicos, muchos de ellos encanecidos en el servicio de los papas, abandonar anegados sus ojos de lágrimas el palacio del Quirinal, teniendo que permanecer recluidos en las casas donde habian buscado un asilo, para no caer víctimas del puñal asesino y de las venganzas particulares.

Doloroso fué al pontífice verse privado de su guardia. Considerose preso en su mismo palacio desde aquel momento, y asi es que no volvió á salir hasta el momento en que fugitivo se alejó de la ciudad de Roma.

El hombre-bandera de la revolucion no se hallaba en Roma. El conde Mamiani, fatigado por los trabajos del congreso de Turin, detiénese algunos dias en Génova, á pesar de que en el momento mismo de su triunfo, el Círculo Popular le habia enviado un correo estraordinario llamándole inmediatamente.

El Círculo Popular, que continuaba en sesion permanente, era el verdadero gobierno de Roma, y habia confiado la guardia del local de sus sesiones á los niños del batallon de la Esperanza, que habian acudido al ataque del Quirinal, y que se daban todo el aire

de vencedores, con la ridícula afectacion propia de unos soldados que apenas llegaban á quince años.

El Círculo Popular al anunciar á Roma que continuaba en permanencia, invitaba á todos sus ciudadanos para que pusiesen en su conocimiento cualquier cosa que creyeran conveniente al interés de la patria.

En las puertas del Círculo, lo mismo que en las del café de las Bellas Artes, todos los dias aparecen intimaciones manuscritas para que tal ó cual empleado ó persona, á quienes se designa con los nombres mas odiosos, y de quienes se escribe una especie de biografía, salgan de Roma en el término de cuatro ó cinco dias, si no quieren sufrir la misma suerte que el presidente del consejo de ministros, Rossi. Estos anuncios permanecen fijos, son leidos por la multitud; ni las autoridades ni nadie osa tocarlos; y como la amenaza del puñal es una realidad en Roma, las personas comprendidas en estas listas de proscripcion abandonan prontamente la ciudad. Estos Silas anónimos ejercen con sus proscripciones diarias la mas cruel tiranía en Roma.

El ministerio, aunque salido del Círculo Popular al que debia su elevacion, no tenia el poder mas que en el nombre: el poder de hecho residia en el Círculo, que se habia constituido en su tutor.

Los ministros Sterbini, Galletti, y Muzzarelli, que habia reemplazado al abate Rosmini, van todas las noches al Círculo Popular, dan allí cuenta del estado de la gobernacion de Roma, y acuerdan las medidas mas importantes entre los frenéticos aplausos de la muchedumbre; siendo tal la seguridad y la independencia con que ejerce la dictadura el Círculo Popular, que admite libremente en su seno á los estrangeros. Mas de una vez hemos sido nosotros espectadores de sus mas importantes deliberaciones.

Los agitadores se mostraban impacientes por la reunion de las Cámaras; pero pasan tres dias sin poder reunirse éstas; porque lejos de juntarse el número suficiente de diputados, muchos se apresuran á mandar sus dimisiones por no asociarse á los actos revolucionarios; fué preciso la enérgica amenaza del puñal para conseguir que la Cámara no se disolviese por sí misma.

Reunidos los diputados, finalmente, en la sesion del 21 de noviembre, el marqués Potenciani propuso que se enviase una diputacion al papa, para asegurarle de la fidelidad y sumision de la Cámara. Este paso de atencion, que cualquier parlamento hubiera adoptado en situacion igual, es vivamente combatido por Canino y desechado por aquella Cámara que no habia tenido una palabra de vituperio ni una espresion de reprobacion por el asesinato de un ministro, cometido en su propio recinto y cuya sangre manchaba aun su escalera.

La actitud de la Cámara contra el pontífice-rey quedaba marcada al desechar la proposicion de Potenciani, la mayor parte de los diputados habia obrado por miedo; esto manifestaba el terror en que se hallaba Roma.

Casi todos los cardenales se habian marchado de la ciudad eterna, y se habian dirigido al monasterio del Monte-Casino, en Nápoles, ese célebre monasterio que siglos antes habia sido la morada tambien del papa Ildebrando. Los cardenales salieron huyendo del puñal.

La daga con que asesinaron á Rossi fué llevada á la iglesia de San Agustin para ser colocada ante la imágen de la Madona que se venera en aquella iglesia, cuyas paredes están cubiertas de milagros hechos por dicha Vírgen. ¿Era la supersticion la que habia llevado esta arma asesina y alevosa ante el ara de la divinidad, ó era un sarcasmo impío? La daga no ha sido colocada entre las ofrendas que lleva allí diariamente la piedad de los cristianos; pero existe en poder de los religiosos; porque negándonos á creer tanta maldad en el corazon humano, fuimos de propósito al convento, y la hemos tocado con nuestras propias manos.

El reinado del terror se hallaba en Roma en su apogeo. Podia decirse que su situacion era la misma que describe el poeta Alfieri, al hablar en su tragedia de Virginia del terror que pesaba en Roma durante la dominacion de Apio y los decenviros. Por desgracia el número de los decenviros era ahora mayor; componíanlos las turbas del Círculo Popular, dirigidas por Sterbini, y conducidas por Ciceruacchio.

El papa permanecia obstinadamente encerrado en su palacio; considerábase preso en él.

Galletti y Sterbini, que habian llegado al poder, procuraban consolidarlo; y su principal objeto fue hacer cesar la prevencion que contra ellos necesariamente debia mantener el pontífice. Trataron de devolverle su guardia suiza, hubo un momento en que el pontífice mismo lo esperaba. Valiéronse para ello de una farsa, á que son sumamente inclinados los italianos.

Ciceruacchio, el agitador de las masas populares, el que á pesar de su grosera educacion y nacimiento le hemos visto mas de una vez representar el papel de árbitro y soberano de Roma, se presentó como mediador entre el pueblo y los suizos.

Habló á las turbas, persuadiéndolas del ningun peligro que presenta á la causa del pueblo la vuelta de setenta hombres, cuando tantos millares de ciudadanos se hallan armados por la causa de la libertad.

En otro tiempo Ciceruacchio hubiera bastado para devolver al papa su guardia suiza; pero la época de su dominacion habia

pasado; el poder se habia reconcentrado en el Círculo Popular, y allí hombres de menos valor, de corazon menos franco y leal, empero de mas disimulo y trastienda, eran los que iban á decidir de los destinos de Roma.

Los ministros sometieron la cuestion de la guardia suiza al Círculo Popular; y en la sesion de la noche del 22, nosotros presenciamos los inútiles esfuerzos del ministro Galletti y de Sterbini, estrellándose todos sus elocuentes razonamientos en la voluntad decidida de los cívicos que componian en su mayor parte el Círculo, y que no podian perdonar en su rencoroso ánimo el que aquellos setenta valientes hubieran detenido el ímpetu y el arrojo de mas de seis mil hombres en el ataque de un palacio de inmensa estension.

Los ministros tuvieron que ceder ante la voluntad del Círculo Popular: nada pudo su elocuencia; nada la influencia de Ciceru c-chio. El Círculo adoptó una resolucion ridícula, la de declarar que la patria perdonaba á los suizos, y que los permitia vivir libremente entre los ciudadanos, ó que los dejaba en libertad para marchar si querian á su pais.

Nuevos y mas urgentes avisos del Círculo hacen acelerar su viage á Mamiani, el que llega á Roma el 23 de noviembre. Todas las medidas que con tanta impaciencia reclamaban los agitadores, se hallaban suspendidas hasta su llegada.

Solicita Mamiani presentarse al papa, pero no es recibido, bajo el pretesto de hallarse indispuesto el pontífice. Sabia este que la primera disposicion de Mamiani era presentar en la Cámara el proyecto de la Constituyente italiana.

El papa permanecia obstinadamente encerrado en su palacio, ageno á los negocios públicos, y todo hacia creer que muy en breve abandonaria la ciudad de Roma, para no verse precisado á sancionar medidas repugnantes á su conciencia, ó espuesto á nuevos ultrages.

En efecto, á las diez de la noche del 24 el pontífice abandona la capital del cristianismo y dirige sus proscriptos pasos á buscar un asilo hospitalario á la sombra de alguna bandera católica, en donde pueda reposar su venerable cabeza, huyendo de Roma, de aquella ciudad que habia llenado con la paz y con su caridad, y que era teatro hoy de las sangrientas discordias de los demagogos: huye de la ciudad eterna, por haber practicado la justicia y vencido la iniquidad, como decia uno de sus mas grandes predecesores: dejaba en cada paso huellas de su liberalidad y su clemencia.

Todos los gobiernos, no solamente católicos sino aun los protestantes, iban á disputarse el honor de ofrecerle una piadosa hospitalidad; pero la Italia merece su eleccion, porque Pio IX no habia

renunciado á la esperanza, en verdad ilusoria, de ver á los romanos arrepentirse de su propio suicidio.

El papa habia concertado su fuga de antemano con los individuos del cuerpo diplomático, y la evasion habia sido convenida para la noche del 24. El embajador de Francia llegó al anochecer al Quirinal, en ceremonia con su coche de gala, y pidió ver al papa.

Fué introducido en el gabinete pontifical, cuya puerta se cerró en seguida.

Creian todos en conferencia al pontífice con el embajador francés, mientras que el papa, cambiando de vestido, se disfraza de paisano, cubre su cabeza con un sombrero redondo de ancha ala, y sale por un corredor estrecho con una palmatoria en la mano dirigiéndose á las habitaciones interiores.

Algunos instantes despues, el embajador Harcourt, que se halla con la mayor ansiedad hasta ver el éxito de su temeraria empresa, oye ruido en el corredor, y no puede menos de estremecerse considerando que tal vez su proyecto ha sido descubierto y que la fuga del pontífice iba á ser imposible.

Pio IX tenia la mayor serenidad, y la mayor sangre fria: habia vuelto á su cámara, no porque ningun obstáculo hubiese detenido sus pasos, sino porque habia olvidado su caja de tabaco. Pio IX hace tanto uso del tabaco en polvo, como Federico II y el emperador Napoleon. Tranquiliza al embajador; y éste permanece algun tiempo encerrado solo en el gabinete para darle tiempo á que verifique su evasion.

A las ocho de la noche sale Harcourt, manifestando á los domésticos del pontífice que fatigado éste, se habia retirado para meterse en cama. Vuelve despues á la embajada, y sube inmediatamente en un coche de camino para marchar á Civita-Vecchia donde llega á las dos de la madrugada y se embarca en el vapor de guerra *Thenare*, admitiendo á su bordo al embajador de Portugal, y se dirigió á Gaeta donde llegó el mismo dia que el papa.

El pontífice habia bajado por una escalera secreta practicada en lo interior de palacio para el servicio de los domésticos, y que daba al cuarto de su mayordomo. En la puerta de la calle de la casa de éste, hacia tres noches que un coche enviado por el embajador francés D' Harcourt, se estacionaba por espacio de una ó dos horas, y despues se retiraba llevando una persona cualquiera de la casa, con el objeto de acostumbrar á las gentes que pudiesen notar la parada de un coche en aquel sitio, y que en el caso de escitar sospechas, nada descubriesen los primeros, dias y pudiese servir, acostumbradas las gentes á verle, para la empresa que se meditaba, si como sucedió no escitaba la atencion de nadie.

El papa subió en este coche, y salió sin escitar la menor sospecha, reuniéndose en San Juan de Letran con el conde de Spaur, ministro de Baviera. Una media hora despues de haberse separado de Harcourt, dejaba á Roma.

En Albano, los ilustres fugitivos encontraron á la embajadora de Baviera, al cardenal Antonelli y á don Vicente Arnao, primer secretario de la legacion de España, que habia salido por la mañana de Roma, y lo aguardaban allí todos con una silla de posta: marcharon inmediatamente.

En una de las paradas bajóse el papa, y á pocos momentos pasó un peloton de carabineros romanos, cuyo sargento dirigió la palabra á Pio IX diciéndole: tarde viajais, señor abate, pero hace buen tiempo; el camino está seguro, y no teneis nada que temer hasta Terracina; buen viage! Pio IX le saludó con la mayor sangre fria y serenidad.

Antes de llegar á Gaeta, el embajador de Baviera tomó el camino de Nápoles, quedando solo el papa con Arnao y el cardenal Antonelli. Alojáronse en el hotel Ciceron, modesta posada donde conservaron el mas rigoroso incógnito, entregando sus pasaportes al gefe de la gendarmería, que aunque los halló en regla, observando el aire misterioso de que se rodeaban, los tuvo por sospechosos y procuró vigilar la casa.

Grande fué la admiracion del sargento de los gendarmes, cuando al dia siguiente el rey de Nápoles llegó con el embajador de Baviera, y apenas ve al sargento le grita: llevadme pronto, pronto, á la posada donde se encuentra el santo padre.

El rey de Nápoles dió la mas completa acogida y hospitalidad á su santo huésped, poniendo á su disposicion su palacio, sus tesoros, su ejército. Toda su familia acudió á Gaeta á festejar su nuevo huesped; y fué tambien el príncipe Alejandro, heredero del autócrata de todas las Rusias.

El embajador español, Martinez de la Rosa, habia salido á las cinco de la tarde del mismo dia 24 de paseo en el coche ordinario con dos caballos, y asi se habia dirigido á Civita-Vecchia. Tardó largo tiempo en el camino, porque no mudó los caballos, y llegó á Civita-Vechia donde tuvo que permanecer tres dias en el hotel Orlandi, espuesto á que cualquier movimiento insurreccional hubiese comprometido su persona, contra la que se ensañaba la prensa romana muy especialmente, creyéndole el alma y el director de la fuga del papa.

El gobierno español habia enviado en el mes de mayo un vapor, el Lepanto, á las aguas de Civita-Vecchia. Aquel vapor habia permanecido allí algun tiempo; pero á pretesto de la poca seguridad del puerto, su capitan Alarcon se habia retirado por órden del go-

bierno á Barcelona, no obstante las reclamaciones del embajador español. Continuas, urgentes y apremiantes fueron las reclamaciones de este para que un vapor de esta nacion se encontrase en Civita-Vecchia para el 15 de noviembre. El gobierno español dió las órdenes el 9 de noviembre para que el Lepanto se encontrase en las aguas de Civita-Vecchia en la época reclamada por el embajador.

Las causas que hayan motivado el retraso de este buque, que no pasó por Civita-Vecchia hasta en la tarde del 2 de diciembre, no es de nuestro propósito examinarlas; pero si diremos que este retraso influyó poderosamente en el rumbo que tomó el pontífice, quien en otro caso probablemente hubiera venido á España en este vapor.

Martinez de la Rosa aprovechó el paso para Nápoles de uno de los paquetes, el Virgilio, que hacen el tránsito del Mediterráneo, y fué conducido á Nápoles con todos los honores debidos á su alto rango, enarbolando el pabellon español en el tope del buque.

Desde Nápoles pasó inmediatamente Martinez de la Rosa á Gaeta, donde fué recibido por el papa con las mayores demostraciones de amor. Hallábase inquieto el pontífice, y temeroso de si le habria sucedido alguna desgracia.

El embajador español habia manifestado en los dias críticos la mayor decision; habia casi llegado hasta reprender con severas palabras á los amotinados en el Quirinal su ingrata conducta, y los revolucionarios le tenian en cuenta su celo y adhesion al pontífice. El, mas que ningun otro individuo del cuerpo diplomático, habia sido objeto de las vociferaciones de los clubs y de la prensa, habiéndose fijado impresos en las esquinas en que se le designaba como uno de los que con sus consejos habian mantenido al papa en su resistencia en el dia 16, procurando asi designarle á la venganza de las turbas, únicas soberanas de Roma. El papa no podia desconocer el afecto que le habia demostrado, los riesgos que habia corrido el digno representante de la nacion española, él habia sido el intérprete fiel de los deseos de la reina Católica y de sus pueblos, y en su persona quiso agradecer estos servicios Pio IX concediéndole el dia 27 el gran cordon de su órden, distincion que hasta entonces no habia tenido estrangero alguno, y sí solo algunos dos ó tres príncipes romanos.

El embajador de Baviera, conde de Spaur, recibe con igual fecha la misma lisongera distincion, y en una carta autógrafa el nombramiento de comendador de la órden de Cristo para su hijo, la bendicion para la condesa su esposa y la espresion mas afectuosa de la gratitud del pontífice.

El papa fijó su estancia en Gaeta (1). Nombra al cardenal Antonelli su ministro, para que pueda entenderse con las naciones de la cristiandad, y todos los representantes de estas potencias acuden á aquella ciudad, residencia temporal del vicario de Jesucristo. Los cardenales acuden á rodear su trono, y Pio IX se ocupa en su destierro con el mismo afan, con la misma asiduidad que en Roma, en el gobierno de la iglesia universal, y en el de sus estados, presa de la mas desenfrenada demagogia.

(1) Gaeta; ciudad y puerto de mar, con una importante fortaleza. Esta ciudad fué fundada por Eneas, en honor de Capta su nodriza. La ciudad, que está bien edificada, contiene una poblacion de cerca de 10,000 almas. Sobre la cumbre del *Corvo* se levanta la torre llamada de Rolando, que es el antiguo sepulcro de Lucio Munacio Planco. Tiene tambien una columna de doce caras, sobre la que están grabados los nombres de los doce vientos en griego y en latin. Vese allí igualmente otra torre que se cree haber sido un templo construido en la antigüedad á Mercurio: se llama la torre *Latratina.*

Las fortificaciones de Gaeta se deben principalmente á reyes españoles. En 1440 la fortificó Alfonso, rey de Aragon; y un siglo despues el emperador Cárlos V aumentó considerablemente las obras de defensa.

Esta ciudad ha sido el teatro de numerosos hechos de armas, y figura ventajosamente en la historia. En 1702 fué sitiada por los austriacos; en 1734 por los franceses, los españoles y los sardos; en 1806 por los franceses, y en 1815 por los austriacos. En su castillo se ve el sepulcro del célebre condestable de Borbon, muerto en 1528 en el momento de dirigir el asalto de Roma.

No es este el solo recuerdo español que posee esta ciudad. En su catedral, consagrada á San Erasmo, se conserva un monumento precioso, el Estandarte ofrecido por San Pio V á don Juan de Austria, generalísimo de la armada cristiana contra los turcos, estandarte que presenció la mas famosa batalla naval del mundo de aquella época, la batalla de Lepanto. Por una de esas estrañas coincidencias que mas de una vez hemos admirado en el curso de la historia que escribimos, el nombre de uno de los buques que el gobierno español ha estacionado en Gaeta y puesto á las órdenes de Pio IX, es el de aquella célebre victoria de la cristiandad, *El Lepanto.*

CAPITULO XIX.

Carta del papa noticiando su fuga.—Estupor que produce la noticia.—La Cámara se declara en sesion permanente.—Proclamas del ministerio y de la Cámara.—Rogativas en las iglesias mandadas por el papa.—Carta de este al vicario de Roma.—Fuga de los cardenales y algunos príncipes.—Afectado respeto que muestra Mamiani al papa.—El Círculo Popular se pone en comunicacion con los círculos de las provincias.—Protesta del papa en Gaeta.—Interpelacion de la Cámara sobre la protesta.—Resuelve esta mandar una comision á Gaeta.—El ministerio manda tambien al marqués Sachetti.—Dos ministros hacen dimision en vista de la protesta del papa.—Efecto que produce en Europa la noticia de la fuga del papa.—Auxilios y ofertas de la España.— Disposiciones de la Francia.—Protesta de la Cámara contra las manifestaciones del general Cavaignac.—Preséntase á la Cámara el proyecto de la Constituyente italiana.—Correspondencia del papa con Cavaignac.—Resultado de las comisiones enviadas á Gaeta.—La Cámara nombra una comision para establecer un gobierno.—Estado de Roma.—El general Zucchi admite el nombramiento del comisionado del gobierno por el papa.—Se declara en oposicion con el ministerio de Roma.—Zucchi impide que Garibaldi encienda la guerra.—Marcha Garibaldi con sus aventureros á Roma.—La comision de la Cámara entra en conferencias con el cardenal Castracane, presidente del gobierno designado por el papa.—El Círculo Popular se opone.—Discurso del ministro Sterbini en la Cámara contra el papa.—Nombramiento de un gobierno provisional.—Felicitaciones de los Círculos.—Reunion de los Círculos en Forli y peticion de la Constituyente romana.—Llegada de patriotas estrangeros en auxilio del Círculo Popular.—Pide este en una demostracion popular al ministerio la Constituyente.—Contestaciones con el ministerio.—Apela el ministerio á la milicia nacional, y esta está por la Constituyente.—Dimision de Mamiani.—Su impopularidad.—Nuevo ministerio.—Protesta del papa contra el establecimiento del gobierno provisional.—El nuevo ministerio se une á los ministerios de Toscana y Cerdeña.—Presentacion á la Cámara del proyecto de Asamblea constituyente.—Sesion acalorada.—Los diputados abandonan la sesion sin votar.—El ministerio proclama la Asamblea constituyente y disuelve las Cámaras.—Gran demostracion en el Capitolio por la convocacion de la Constituyente.—Proclama del Círculo Popular.— Lanza el papa su escomunion.—Escesos á que se entregan los revolucionarios.—Aprestos militares de la Francia.—Impresion que producen en España los sucesos de Roma.—Rogativas públicas.—Sesion en el Congreso español.—Discurso del marqués de Valdegamas.—Declaracion del ministerio español.—Paralelo entre Pio IX y Paulo III.—Justificacion de haber Pio IX dado la iniciativa de la reforma liberal.—Paralelo entre el siglo XVI y el XIX.

Todos ignoraban la fuga del pontífice en Roma. Solo á la mañana siguiente, 25 de noviembre, el marqués de Sachetti, furriel

mayor de los palacios pontificios, entregó al ministerio una carta que el pontífice le habia dejado, concebida en estos términos:

«Marques Sachetti: Fiamos á vuestra notoria prudencia y hon-«radez que prevengais de nuestra partida al ministro Galletti; em-«peñándole con todos los otros ministros no tanto para que defien-«da nuestros palacios, cuanto las personas adictas á nuestra servi-«dumbre, que ignoraban totalmente Nuestra resolucion. Nos intere-«samos tanto en esto, porque lo repetimos, nuestros familiares ig-«noraban todos nuestro pensamiento. Tambien recomendamos de «todo nuestro corazon, y deseamos, la quietud y el órden de la «ciudad entera, 24 de noviembre de 1848.—Pius P. IX.»

Divulgada la noticia por la ciudad, un movimiento de estupor se apoderó de todos los ánimos. Los tambores tocaban la generala por todos los barrios, y la guardia cívica se reunió instantáneamento para conservar el órden, que no se turbó ni un solo instante: la magnitud del suceso habia helado la sangre de todos.

El ministerio se presentó en la Cámara, que se declaró en sesion permanente, dividiéndose en tres secciones que alternativamente se relevaban. El ministerio declaró que ejercia el poder en nombre del soberano pontífice; y de la carta de este al marqués de Sachetti saca un título de legalidad para ejercer sus atribuciones.

Los hombres mas exaltados, entre ellos el príncipe de Canino, creen que es llegado el momento de establecer un gobierno provisorio y proclamar la república; pero el ministerio con mano firme reprime sus intentos, y conserva un órden admirable en la ciudad.

La fuga del papa habia sido conducida con el mas profundo misterio. Creian algunos que habia marchado á España con el embajador; otros que se habia dirigido á Francia; y muchos que á la isla de Malta, que aunque posesion inglesa hoy, su poblacion es católica, católico su gobernador Mr. O'Ferral, y tiene un obispo católico.

El ministerio en una proclama anuncia el 25 de noviembre al pueblo la fuga del pontífice, asegurándole que unido á la Cámara de representantes y al senado de Roma habia tomado todas las disposiciones ulteriores que reclamaban las circunstancias.

El ministro de la Policía circuló tambien sus disposiciones á los gobernadores de las provincias, y la Cámara de los diputados dirigió una proclama al pueblo invitándole al órden, y asegurándole de su vigilancia por la libertad y los derecdos públicos en aquellas críticas y fatales circunstancias.

El gobierno desplegaba la mayor actividad para impedir que un movimiento de reaccion sucediese al primero de estupor que ocasionó la ausencia del papa.

Las iglesias todas de la capital del mundo cristiano se hallaban

llenas de fieles, y preces unánimes se dirijian en los templos al Eterno, porque Dios salvase al pontífice en la tempestad que corria, y porque volviese pronto á templar con su paz y su caridad la ciudad eterna, teatro de tan sangrientas discordias.

Pio IX al partir habia dirigido tambien al cardenal Patrici, esta carta: «Si alguna vez ha habido necesidad de dirigir á Dios «fervientes súplicas, es en este momento. Los pecados, las blasfe«mias, los sacrilegios de toda especie, y el desprecio de las cosas «mas santas, nos obligan á recurrir á la misericordia divina. Ha«ced, pues, orar; la oracion es siempre provechosa: haced orar por «Nos, pobre peregrino, convertido en una bandera de contradiccion. «A este efecto os damos, asi como al vice-gerente y al secretario «canónico del vicariato todos los poderes necesarios. Recibid por «vuestra parte la bendicion apostólica, que doy con los ojos baña«dos en lágrimas á vos, á todos los buenos y especialmente á los «que oren por mí. 24 de noviembre de 1848. Pius P. IX.»

Apenas se supo en Roma que el papa habia fijado su residencia en Gaeta, las cardenales y prelados que no habian podido huir antes de su salida, se dirigen por diversos caminos á aquella ciudad.

Los príncipes Salviatti, Borghese, Doria y Rospigliosi, corren tambien á reunirse al pontífice rey; y algunos individuos del cuerpo de carabineros se presentan igualmente en Gaeta para ofrecer sus servicios á su soberano, asi como la mayor parte de los suizos que desde los lamentables sucesos del Quirinal vivian ocultos y retirados en Roma huyendo del puñal de los asesinos.

Mamiani conocia lo falso de su posicion; preveia los sucesos que dentro de muy pocos dias debian arrollarlo y gastar en el movimiento rápido de la revolucion la reputacion grande con que las masas lo habian elevado al poder.

Asi es que impide toda manifestacion en la prensa contra la persona del pontífice; afecta en sus discursos en las Cámaras y en sus proclamas el mayor respeto hácia su sagrada persona, y lleva la afectacion hasta el punto de hacer que la guardia cívica siga cubriendo todos los dias la guardia del palacio Quirinal, vestida de gala y con bandera; esfuérzase, en fin, por todos los medios en mantener la tranquilidad pública: ningun signo esterior revela en los primeros momentos al pueblo la ausencia de su soberano.

Despues, el temor, la inquietud, la ansiedad por un porvenir incierto, se revela por grados en el rostro de todos; y los pocos viageros que habian venido á Roma se apresuran á ausentarse de una ciudad amagada de las mas grandes calamidades, manchada con el mas atroz de los crímenes, la ingratitud.

El Círculo Popular era el foco de la revolucion. Pónese de acuerdo con los demas círculos políticos de las provincias, mien-

tras que el ministerio envia tropas á las fronteras de Nápoles, receloso de la actitud que podria tomar el pontífice, y temeroso de que el rey de Nápoles lanzase su ejército sobre los estados de Roma.

El papa el dia 27 de noviembre protesta nuevamente contra la violencia inaudita y sacrílega que habia sufrido el 16, y declara que todos los actos nacidos de ese estado de coaccion no tenian fuerza ni legalidad alguna, nombrando una comision gubernativa que dirigiese durante su ausencia de Roma los negocios públicos (1).

(1) Pio IX, Papa, á sus muy amados súbditos.—Las violencias usadas contra Nos en los últimos dias, y la voluntad manifiesta de cometer otras (lo que Dios no permita, inspirando sentimientos de humanidad y moderacion en los ánimos) nos han obligado á separarnos temporalmente de nuestros súbditos é hijos, que siempre hemos amado y amamos.

Entre las causas que nos han movido á dar este paso, que Dios sabe cuán doloroso ha sido á nuestro corazon, es de grandísima importancia la de conservar la plena libertad en el ejercicio de la potestad suprema de la Santa Sede, que podria fundadamente dudar el orbe católico nos estuviese impedido en las circunstancias actuales. Y si semejante violencia nos causa grande amargura, crece esta sobremanera contemplando la mancha de ingratitud que ha caido sobre una clase de hombres perversos á la vista de la Europa y del mundo, y mucho mas la que en sus almas ha impreso la ira de Dios, que tarde ó temprano hace eficaces las penas establecidas por su iglesia.

En la ingratitud de los hijos reconocemos la mano del Señor que nos hiere, y que quiere una satisfaccion de nuestros pecados y de los de los pueblos; pero no podiamos, sin faltar á nuestros deberes, dejar de protestar solemnemente á la vista de todos, como en la misma tarde funesta del 16 de noviembre y en la mañana del 17 protestamos verbalmente ante el cuerpo diplomático que nos honraba con su compañía, y que tanto ayudó á consolar nuestro corazon, que se nos habia hecho una violencia inaudita y sacrílega. En esta ocasion queremos repetir solemnemente la misma protesta de haber sido subyugados por la violencia, y declaramos por tanto que todos los actos nacidos de aquella no tienen fuerza ni legalidad alguna.

Las duras verdades y las protestas que ahora exponemos nos han sido arrancadas por la malicia de los hombres y por nuestra conciencia, la cual en las circunstancias presentes nos ha estimulado vivamente al cumplimiento de nuestros deberes. Confiamos sin embargo que en presencia de Dios nos será permitido, al mismo tiempo que le suplicamos aplaque su enojo, comenzar nuestra oracion con las palabras de un Santo Rey y Profeta: *Memento Domine David et Omnis mansuetudinis ejus.*

Entretanto, deseando no dejar huérfano en Roma el gobierno de nuestros estados, nombramos una comision gubernativa compuesta de los sugetos siguientes:

Cardenal Castracane.
Monseñor Roberto Roberti.
Príncipe de Roviano.

En la Cámara, interpelado el ministerio sobre si era cierto y auténtico el documento firmado en Gaeta, contra la evidencia de los hechos, Mamiani se esfuerza en defender la libertad de los actos del pontífice, y probar que su fuga ha sido únicamente efecto de las intrigas de los diplomáticos.

En la sesion de la noche del 3 de diciembre, la Cámara de los diputados declara nula la protesta y decreta: que reconociendo que el acta firmada, segun se dice, por el soberano pontífice en Gaeta, no tiene ningun carácter de autenticidad ni de publicidad regular, y que en el caso contrario no tiene ninguno de los caractéres constitucionales á que está sometido tanto el soberano como la nacion para poderse ejecutar; que la Cámara ademas, teniendo que obedecer á la necesidad de tener un gobierno, resuelve: 1.° que los ministros actuales continuarán egerciendo sus funciones hasta que no se disponga de otra manera; 2.° que una diputacion de su seno será enviada inmediatamente cerca de Su Santidad para invitarle á volver á Roma; 3.° que la alta Cámara será invitada á hacer una declaracion análoga, y á reunir algunos de sus miembros á la diputacion que se envie al pontífice; y 4.° que una proclama se dirigirá al pueblo de Roma y Estados pontificios, para informarles de las medidas tomadas por las Cámaras, y otra proclama á los guardias cívicos para invitarles á proteger eficazmente el órden público en todas partes.

Los nombres de las cinco personas enviadas al papa para pedirle que volviese á Roma, fueron: Rusconi, vice-presidente de la Cámara de diputados; el abate Nici, diputado; el príncipe Corsini, senador; Pieri, y Arrigi, miembros del alto Consejo.

Príncipe Barberini.
Marqués Bevilacqua di Bologna.
Marqués Ricci di Macerata.
Teniente general Zucchi.

Al confiar á la referida comision gubernativa la direccion temporal de los negocios públicos, recomendamos á todos nuestros súbditos é hijos la tranquilidad y la conservacion del órden.

Finalmente, queremos y mandamos que todos los dias se eleven á Dios ardientes plegarias por nuestra humilde persona, y á fin de que devuelva la paz al mundo y especialmente á nuestros estados y á Roma, donde estará siempre nuestro corazon, cualquiera que sea el punto del redil de Cristo donde nos hallemos. Y Nos, precediendo á todos como corresponde al supremo sacerdocio, invocamos devotísimamente á la gran madre de misericordia y Vírgen inmaculada, y á los santos Apóstoles Pedro y Pablo, para que como ardientemente lo deseamos, se aparte de la ciudad de Roma y de todo el estado la indignacion de Dios omnipotente.

Dado en Gaeta á 27 de noviembre de 1848.—Pio IX, Papa.

Antes del nombramiento de esta comision, Mamiani habia podido persuadir al furriel mayor de los palacios del pontífice, marqués Sachetti, á quien el papa habia encargado que participase al ministerio su fuga, para que pasase á Gaeta á fin de determinar al papa á que volviese á Roma. Conocia el conde Mamiani que el principal plan, el pensamiento colosal de la revolucion no podia llevarse á cabo sin que el pontífice le diese su sancion. Era este el despojo de los bienes inmensos del clero, y no se atrevian á poner su mano sobre ellos, porque sabian que nadie se presentaria á comprarlos sin que el Pontífice hubiese dado, aunque hubiese sido á la fuerza, su consentimiento: lo que interesaba á la revolucion era salvar las fórmulas.

Los ministros Lunati y Sereni habian hecho dimision en el momento mismo que llegó la protesta del papa. El mismo Mamiani quedó aterrado, pero se decidió á conservar el poder, y aun se encargó interinamente del de Hacienda; pero las dificultades del tesoro público se agregaban á las de la política.

El dia 5 de diciembre vuelve á Roma el marqués Sachetti, que despues de grandes dificultades habia logrado llegar hasta la presencia del pontífice, y habíale espuesto en vano la comision que le confiara el conde Terencio Mamiani; porque Pio IX que tantas pruebas habia dado de su firmeza, no le contestó mas sino que ya habia provisto á los negocios de Roma nombrando una comision de gobierno.

El papa se manifestaba inflexible. La opinion general de la Europa era unánime en condenar los atentados de los romanos, y á porfía todas las naciones se disputaban, apenas tenian conocimiento de la salida del pontífice de Roma, el ofrecerle un asilo hospitalario, abriéndole todos los pueblos sus brazos, todos los reyes sus palacios, deseando que viniese entre ellos para poder enjugar con mano respetuosa y filial las lágrimas que en un momento de delirio y frenesí le habia hecho derramar la ingratitud de Roma. Repúblicas y monarquías, fieles á su historia, se apresuraban con igual empeño.

La reina de España hacia marchar sin demora y ponia á disposicion del pontífice el vapor Leon, al mando del capitan Sivila, el que se reune al Lepanto en el puerto de Gaeta el 5 de diciembre, y hace al mismo tiempo preparar un palacio en Mallorca para que si gusta fije alli su morada.

En Francia, al primer rumor de que se dirige á aquella nacion, la cabeza visible de la iglesia, el ministro de los Cultos marcha á Marsella para recibirle á su llegada, y van tambien á su encuentro varios prelados venerables de aquella nacion, disponiendo su gobierno que sea recibido con una pompa y honores que recuerdan los

tiempos en que su antecesor Pio VII vino á colocar sobre las sienes del guerrero del siglo, Napoleon Bonaparte, la corona del imperio. El gobierno francés veia con júbilo, y deseaba la llegada de Pio IX, para que su presencia fuese la consagracion de la nueva República. La Asamblea, durante toda la sesion del 2 de diciembre aguarda la comunicacion de un despacho telegráfico que anunciase la llegada del pontífice á Marsella: aun los hombres mas contrarios se hallan dispuestos á tributar á su entrada en Francia al ilustre pontífice todos los respetos debidos á su alta posicion, á su grande infortunio; homenaje sincero, y verdadero, inspirado á la vez por la fé y por la libertad.

La manifestacion pública de la opinion en Francia y en la Europa entera, hacen que en Roma en la sesion de la Cámara de los diputados del 6 se dirijan al ministerio interpelaciones con motivo del lenguaje duro, severo, con que el gefe del poder ejecutivo en Francia habia condenado la revolucion romana. El conde Mamiani responde en un discurso, manifestando con toda su fuerza la mas grande reprobacion contra las pretensiones que atribuye á la Francia de querer intervenir con las armas en los negocios interiores de los Estados romanos, y manifiesta que se han tomado todas las medidas á fin de impedir en Civita-Vecchia el desembarco de los estrangeros, oponiéndoles una resistencia desesperada.

El príncipe de Canino aprovecha esta ocasion para insistir en la peticion de la Constituyente italiana. Lo mismo que Caton, dice, repetia constantemente en el Senado: *delenda est Carthago*, la Cámara no debe ocuparse mas que de una sola cosa, del establecimiento de la Constituyente italiana.

La sesion se terminó con la aprobacion, casi por unanimidad, de una protesta presentada por Mamiani contra toda intervencion estrangera, protesta concebida en estos términos: «El consejo de diputados se asocia al ministerio para protestar contra los proyectos espuestos por el general Cavaignac en la sesion de la Asamblea nacional de Francia el 28 de noviembre último.»

Esta protesta es saludada por las galerias con los mayores aplausos, y en medio de la aprobacion mas marcada por parte de los diputados. El pensamiento de la Constituyente italiana habia sido la mas grande oferta del ministerio nombrado por el Círculo Popular. Manifestábase grande impaciencia porque no se habia vuelto á tratar de este punto desde que el nuevo ministerio habia ocupado el poder, y el conde Mamiani presentó este proyecto á la Cámara en la posesion del 2 de diciembre.

Pio IX habia llegado á Gaeta: habia seguido una activa correspondencia con el presidente de la República francesa, general Cavaignac, dándole las gracias por las generosas ofertas que á nom-

bre de aquella nacion, hija primogénita de la iglesia, le habia hecho, manifestándole sus sentimientos personales, y esperando que se le ofreciera una ocasion en que poder esparcir en el suelo francés por su propia mano las bendiciones del Señor.

El pontífice en Gaeta continuaba rodeado de la consideracion y del respeto general.

La diputacion que las Cámaras habian acordado dirigirle no tuvo éxito alguno.

El dia 8, el vice-presidente de la diputacion, Rusconi, sube á la tribuna y manifiesta á la Cámara que apenas habian llegado los diputados al territorio napolitano, habiéndoles preguntado el inspector de la policía si se dirigian á Gaeta, con su respuesta afirmativa, les intimó la órden de que no podia entrar la diputacion en el territorio napolitano, y que esta órden se estendia hasta el Senador de Roma; que la comision le pide por escrito esta prohibicion, pero que se niega á darla el agente por considerarla esceder de sus instrucciones; que la comision pensó entonces en dirigir una carta al cardenal Antonelli, mayordomo del palacio pontifical, para esponer el objeto de su mision, rogándole respondiese inmediatamente, y que un gendarme napolitano trajo la respuesta del cardenal, en que decia que el Santo Padre, por su propio movimiento, habia escrito desde Gaeta el 27 de noviembre esponiendo los motivos de su ausencia momentánea de Roma, motivos por los cuales no podia recibir la diputacion, pero que continuaba rogando á Dios derrame su misericordia sobre Roma y sobre el estado.

La diputacion no pudiendo cumplir su mision volvió á Roma; Rusconi hizo redactar un acta de estos hechos en la misma línea de la frontera de Nápoles, y dió lectura de ella en la Cámara, asi como de la carta escrita al cardenal Antonelli.

Grande sensacion causó en la Cámara la noticia del resultado de la comision. El partido democrático se hallaba altamente dividido. Los mas exaltados querian la inmediata destitucion del papa como soberano temporal; otros se contentaban con una regencia ó junta de Salud pública que reasumiese todos los poderes, dejando la cuestion de la soberanía temporal del pontífice á la decision de la futura Constituyente italiana.

El ministro Galletti apoya fuertemente la proposicion del diputado Pantaleoni, proponiendo el nombramiento de cinco individuos de la Cámara, que despues de haber examinado los hechos tomen, de acuerdo con el ministerio, las medidas necesarias para la salvacion del estado. Esta proposicion es adoptada en medio de los mayores aplausos, y los cinco nombres que salen de la urna para componer tan importante comision, son los del presidente Sturbineti, Rusconi, Reci, Sereni, y Lunati; estos dos últimos eran los mi-

nistros que habian hecho dimision despues de la fuga del papa.

El aspecto de Roma era cada dia mas tétrico. Todos los dias nuevos dignatarios eclesiásticos y civiles, asi como personages de la alta sociedad romana, abandonaban la ciudad para huir del gobierno revolucionario que se preparaba. El número de los diputados era sumamente reducido, era ya insuficiente para la legalidad de las deliberaciones parlamentarias, pero habian decidido que por lo crítico de las circunstancias, la Cámara, cualquiera que fuese el número de los diputados, se hallaba en aptitud de deliberar; pensóse en reunir en una sola Asamblea los cuarenta y dos individuos del alto consejo y los cincuenta y seis diputados, únicos que á la sazon quedaban en Roma. Los sucesos iban á seguirse con demasiada precipitacion, y no dieron lugar á esta medida.

El general Zucchi y el marqués de Bevilacqua, que en carta del 7 habian recibido el nombramiento que el pontífice les habia hecho de individuos de la comision de gobierno, admiten este nombramiento al dia siguiente 8, adhiriéndose en un todo á los términos y á los sentimientos espresados en esta carta.

Ya antes el general Zucchi habia roto abiertamente con las autoridades de Roma, y sostenido una polémica fuerte y animada con el ministro de la Guerra Campello, declarando que se oponia á la marcha del coronel Garibaldi, que con cuatrocientos aventureros reclutados entre todos los pueblos de la Italia, trataba de devastar el pais, y de atravesar el Pó para atacar á los austriacos, atrayéndolos asi sobre las Legaciones á fin de dar pretesto á gritar: ¡á la guerra! y escitar por este medio las pasiones turbulentas, sin provecho alguno para la causa de la verdadera independencia italiana.

El general Zucchi trataba al ministro de la Guerra de calumniador y de cobarde, y le declaraba que en la primera ocasion en que pudieran verse, exigiria de él una satisfaccion por su conducta insolente, añadiéndole que si habia conservado el mando contra los decretos revolucionarios de Roma, era porque hasta entonces habia podido mantener el órden y la calma de Bolonia, porque las instrucciones de aquel gobierno tendian á favorecer la insurreccion y la indisciplina de las tropas, siéndole tan grato al ministro la insurreccion como el atacar á los ausentes.

El ministro de la Guerra, á su vez, publica una carta lacónica, en que dice, que conociendo las debilidades de la edad, no toma en cuenta el mal humor del general Zucchi.

Este se habia sostenido firme, reprimiendo los intentos del famoso Garibaldi, ese condottiero tan mal parado en la guerra y en las tentativas para agitar la Romaña.

El Círculo Popular le habia llamado á Roma, y el dia 12 entra en la ciudad eterna, habiendo salido á recibirle los coroneles de la

guardia cívica con las compañías de preferencia. Un inmenso concurso, mas atraido por la curiosidad que por otro motivo, llenaba las calles por donde debia pasar. Venia de acuerdo con el ministerio Mamiani; y su venida iba á ser la señal de nuevos y mas escandalosos acontecimientos. La noche de su llegada las turbas corren al hotel Cesari, en donde se habia alojado, y permanecen largo tiempo debajo de sus ventanas aclamando al caudillo revolucionario, que los arenga escitándolos á mantener firme su entusiasmo por la guerra.

La comision de los cinco individuos nombrados para formular su parecer sobre el establecimiento de un gobierno provisional, se reunió con el ministerio Mamiani, y este propuso que la comision pasase á casa del cardenal Castracane, nombrado por el papa presidente del gobierno interino, esperando que asi podria convencerle á ponerse á la cabeza del gobierno. La posicion de Mamiani era la mas falsa, queria tener á la vez un pie en la anarquía y otro en la legalidad, esperando salvar las apariencias; pero el Círculo Popular, no deteniéndose en estos obstáculos, subleva á pretesto de perderse un tiempo precioso en las negociaciones, á las masas, que se presentan delante del ministerio gritando, que querian un gobierno provisional popular. La sedicion amenazaba ser la mas violenta; empero los hombres mas políticos lograron con grandes esfuerzos persuadir al pueblo, y concede al ministerio un dia, un solo dia, para poder proceder legalmente segun decian.

El ministro Sterbini, antiguo presidente del Círculo Popular, se presentó en medio de las masas para ofrecer su mediacion, y la agitacion pareció calmarse. La agitacion era un estado ficticio en Roma, se hallaba en manos del Círculo Popular, y á su arbitrio y á su antojo la escitaba ó la apagaba segun convenia á sus ideas y á sus intentos.

La comision de gobierno que el papa habia nombrado en su protesta de 27 de noviembre, no cumplió su mision, ni correspondió á la confianza de su soberano. Nada hizo por constituirse: no se trasladó á otro punto, ya que en Roma no tenia valor para desplegar sus poderes. Bolonia le ofrecia un asilo seguro. Zucchi y Bevilacqua se hallaban alli. El cardenal Castracane y Roberti, en Roma. Ni unos ni otros tomaron la iniciativa, contentáronse con admitir el nombramiento del papa y nada mas.... Reunidos en cualquier punto hubieran sido un centro de accion, alli hubieran corrido los hombres fieles que no han tenido direccion alguna, pero lo repetimos porque lo hemos observado con dolor, la debilidad es el carácter de los romanos de esta epoca. Débiles los vencidos, débiles los vencedores! Débiles los comisionados por el pontífice, que no se atreven á usar del poder que se les delega, y débil Mamiani

como revolucionario, que entra en conferencias con el cardenal Castracane, hombre muy inferior al grande encargo que le confiaba Pio IX!

En la noche del 9 júntanse para conferenciar los ministros y la comision con el cardenal Castracane; este prelado espide en seguida un correo á Gaeta, pero los ministros habian podido obtener solo un dia de dilacion.

Asi es, que en la sesion del 11 de diciembre la Cámara votó el establecimiento de una junta provisional de gobierno en ausencia del papa.

El ilustre Pio IX, ese papa liberal venerado por todo el mundo civilizado, ese pontífice cuyo nombre brillará en la primera página de la historia de la regeneracion italiana, y sobre todo de Roma, fué tratado en Roma mismo como opresor y enemigo de la Italia. El ministro Sterbini pronunció contra él una increible y monstruosa diatriva. Muestra hasta qué punto pueden llevar al hombre las pasiones y el delirio, y como se hallaba pervertida la opinion del pueblo de Roma, que aplaudia este odioso lenguaje y los ultrages con que Sterbini agovia al noble y generoso pontífice. La Europa entera se cubrirá de rubor por la ingratitud de los romanos!

Desde lo alto de la tribuna de la Cámara, apoyando la institucion del gobierno provisional, decia Sterbini:

«Señores, al presente somos un pueblo unido y compacto, no teniendo por guia de sus acciones sino solamente su voluntad. Precisa es calma y prudencia para no dejarse arrastrar á la venganza y á la sangre! Seguramente que es preciso mucha prudencia y mucha calma para no correr al Capitolio, y proclamar el gobierno que resuena aun agradablemente á nuestros oidos, y que seduce el corazon por los recuerdos de nuestros padres, la República! Dueño de sus pasiones, el pueblo romano, no ha querido lanzarse en la guerra civil, no es el pueblo romano el que querrá imitar servilmente á otros pueblos. Dios nos ha conducido como por la mano en la obra solemne que hemos emprendido, obra que consistirá en colocar al lado del trono pontifical la libertad de la Italia. Qué queremos en efecto? Que Roma continue siendo el centro de la religion y la morada de su gefe; queremos que el pontífice no esté mas rodeado por los enemigos de la Italia; que vuelva en medio de nosotros, empero solo; que tenga confianza en sus hijos, en los que no le adulan, en los que quieren hacer de él el ídolo de la Italia y de la civilizacion. Qué vendrian á hacer aqui esos hombres (los cardenales), que no tienen de sacerdotes sino el nombre, y que han obligado á Pio IX á maldecir la guerra declarada á la estúpida ferocidad de un asesino invasor? No son ellos los que han determinado al pontífice á huir, como se huiria del puñal de los sicarios? Ellos le han

hecho huir entre los brazos del primer enemigo del nombre italiano, y le han hecho encerrar en una prision dorada para quitarle toda libertad de accion, y matar en su corazon el afecto para con sus súbditos. Si, que el pontífice vuelva, pero solo; que sea el padre, el moderador de la nueva familia italiana que ha reconquistado todos sus derechos. Pueblo de Roma, tu primera idea fué siempre reconciliar al pontífice con la independencia italiana, y asociar la religion de nuestros padres á la gran causa de los pueblos. A Pio IX toca escoger, si prefiere vivir esclavo de infames cortesanos, y prestarse á sus ambiciosas pasiones, ser esclavo de todos los opresores de los pueblos, bandera de sangrientas reacciones, objeto del ódio de la Italia, ó si prefiere reinar en Roma con la fuerza moral que domina á todas las otras, y ser el protector de todas las libertades y el padre verdadero de la gran familia italiana. Roma llama al pontífice á su seno. El acto solemne que ejecutamos hoy manifestará á todos los pueblos, que Roma no reniega de su antigua grandeza; ella ha dado el primer grito de la independencia italiana; ella ha dado el primer impulso á la federacion de todos los pueblos que viven sobre esta tierra bendita. Roma, si, llama al pontífice á su seno; pero sepa el mundo que Roma le llama para que sea el amigo de nuestra libertad, de nuestra independencia, para que rompa las redes de los cortesanos, y se liberte de las intrigas de sus enemigos.»

La Cámara decreta el nombramiento del gobierno provisional, y el decreto va precedido de una larga serie de considerandos en que se esfuerza á demostrar la justicia, la necesidad, la legalidad de la medida, valiéndose de todos los sofismas y apariencias de razon, con desprecio de la lógica y de la verdad.

Son nombrados miembros del gobierno provisional: el príncipe Corsini, senador de Roma, (dignidad que equivale á la de alcalde-corregidor), hombre de bastante edad y de carácter débil; Zucchini, senador de Bolonia, y el senador de Ancona, Camerata.

Zucchini, apenas supo su nombramiento, lo rehusó decididamente; se habia declarado siempre contra la anarquía, y era amigo íntimo del general Zucchi, y del conde Mastai, hermano del papa: la Cámara lo reemplazó, nombrando en su lugar á Galletti, ministro de lo Interior.

Las provincias habian tomado poca parte en la revolucion de Roma. El Circulo Popular, centro de la revolucion, se habia puesto en comunicacion con los clubs y los Círculos de las provincias, y habia hecho que le dirigieran esposiciones adhiriéndose al movimiento los Círculos de Forli, Bolonia, Ancona, Perusa y Terni, asi como tambien iguales esposiciones á la Cámara, felicitándola por su actitud noble y patriotica. Fácilmente podrán conocer nuestros lectores el estilo de estas esposiciones, en que necesariamente se habla

ba de los derechos del pueblo, de la libertad, de la independencia, y en las que casi todas nombraban á Breno, á Pirro y á Annibal que vanamente habian intentado someter al pueblo romano.

En Forli, el dia 13 se reunieron en asamblea comun los diputados de los Círculos y los clubs de veinte ciudades de la Romaña y de las Legaciones. Estas veinte ciudades reunidas no habian dado mas que treinta y un diputados. El presidente de la reunion era el conde Saffi de Forli. Decidieron por unanimidad en este congreso ilegal pedir á la Cámara el nombramiento de un gobierno provisional, y la convocacion de una asamblea constituyente, bajo las bases del sufragio universal, para que decidiese cual debia ser la forma de gobierno de los estados romanos.

El ministerio Mamiani habia intentado gobernar con la comision nombrada por el papa bajo la presidencia del cardenal Castracane, habia conferenciado con este prelado; pero el papa al correo estraordinario enviado por él, contestó exigiendo formalmente que se retirase aquel ministerio establecido por la violencia, y nombrado en medio de los tiros y de los gritos aterradores de las turbas en el palacio Quirinal.

Desde entonces quedaron rotas las negociaciones, y el ministerio favoreció el nombramiento de un gobierno provisional, porque esperaba gobernar con esta comision de tres miembros elegidos por la Cámara fuera de su seno.

El príncipe Corsini, y el marqués Camerata, gonfaloniero de Ancona, habian aceptado, Galletti habia reemplazado á Zucchini. El ministro Sterbini y el Círculo Popular querian una cosa mas decisiva, mas terminante, que el nombramiento de una comision de gobierno.

El poder del Círculo Popular era ahora inmenso. Al antiguo que ejercia desde el ataque del Quirinal, habia añadido el que le daban algunos millares de estrangeros y de italianos de otros estados llamados espresamente por él para formar un núcleo de los exaltados, y poder dirigir las masas á actos de violencia. El famoso La Cecilia, de Liorna, habia venido con algunos de aquellos hombres perdidos, con el objeto de fraternizar con el pueblo romano. Estas masas turbulentas se daban á sí propias el nombre de Pueblo Romano, y los agitadores que las hacian mover se atribuian toda la soberanía. Esto es lo que sucede en todas partes en semejantes circunstancias.

Una nueva peripecia iba á presentarse en el drama revolucionario. El 17 de diciembre, el Círculo ordena una gran demostracion para reclamar la convocacion de una asamblea constituyente, que deba votar sobre la forma de gobierno que se ha de establecer. Una turba de cerca de dos mil hombres organizados,

marcha primero al hotel Cesari á saludar á Garivaldi, y desde allí se dirige al Quirinal en donde se hallaba el consejo de ministros. Una diputacion de ocho miembros se presenta ante él, y demanda la convocacion inmediata de la Constituyente. Los ministros responden que la concesion de esta peticion no depende de su sola voluntad, que el pueblo debia dirigirse por la via de una peticion á la Cámara. No debe olvidar jamás el pueblo, dicen, que el estado se hallaba bajo el régimen constitucional pontifical.

A la palabra pontifical, la diputacion se agita, y el presidente replica con la mayor cólera:—No, no somos pontificales, el papa ha sido depuesto, queremos un gobierno libre.

—Dirigios á las Cámaras, replicaron los ministros.

Estraño coloquio entre el ministerio y el pueblo, que se calma con la promesa solemne que le hacen estos ministros, los que ya no merecian su respeto ni consideracion, de que á la mañana siguiente lo someterian á la deliberacion de las Cámaras.

Las turbas que se hallaban delante del palacio se retiraron entonces citándose para el dia siguiente.

Aterrados los ministros hacen tocar la generala y reunir la guardia cívica. Una proclama llena de moderacion invitaba á obrar dentro de los límites que la Constitucion establece, es decir, dirigir una peticion á la Cámara, empero sin violar su libertad por un motin. La mayor parte de los agitadores eran estrangeros, les importaban poco las recomendaciones de legalidad.

Al dia siguiente, 18, la guardia cívica se habia puesto sobre las armas, y ocupaba militarmente toda la ciudad; pero habia manifestado la tarde antes, cuando habia apelado á ella Mamiani, que desaba la convocacion de la Asamblea constituyente.

A la apertura de la sesion de la Cámara, Mamiani declara que el ministerio daba su dimision, convencido de no poder dominar la gravedad de las circunstancias, y careciendo de accion para gobernar en el momento mismo en que se traspasaban los límites establecidos en la Constitucion, de donde ellos tenian su poder.

Mamiani, cuyas palabras, antes eran recibidas con frenéticos aplausos, es en aquel momento oido con indiferencia. Los periódicos mismos aplauden su retirada, diciéndole, que habia vendido la causa de la libertad italiana, queriendo permanecer á todo trance en el poder hacia un mes, cuando importaba que hombres enérgicos fuesen elevados al ministerio en lugar suyo. Del pueblo, decian, dependerá en lo sucesivo la salud publica; al pueblo toca obrar al presente.

Los hombres en las revoluciones son como las olas de un mar agitado; las unas empujan y se precipitan sobre las otras hasta estrellarse sucesivamente sobre las rocas. Mamiani se ve pre-

cisado á ceder el poder, casi tan odiado como dos meses antes lo habia sido por las turbas el desgraciado Rossi. Nuevos tribunos iban á apoderarse del poder, y á ensayar, no atreviéndose á proclamar simplemente la república, un sistema lleno de contradiciones, basado sobre una absurda amalgama de república y pontificado.

La junta provisional nombra un nuevo ministerio, quedando de presidente y ministro de Instruccion pública Muzzarelli, desempeñando ademas interinamente el ministerio de Estado; ministro de lo Interior el abogado Armellini, en reemplazo de Galletti que habia sido nombrado miembro del gobierno provisional; entrando ademas en el ministerio Livio Mariani, y quedando los demas que habian sido compañeros de Mamiani, entre ellos Sterbini, que era el alma de la agitacion y el movimiento, apoyado siempre en la influencia del Círculo Popular.

La junta suprema del estado, organizado el nuevo ministerio, se consagró á presentar inmediatamente en las Cámaras el proyecto de convocacion de la Constituyente italiana. La convocacion de esta asamblea era el término de la revolucion de Roma. Llevaba consigo la negativa ó al menos la suspension del poder temporal del soberano pontífice, hasta que esta constituyente se hubiese pronunciado sobre la existencia de este poder, é instituido las leyes fundamentales, en virtud de las cuales deberian gobernarse en lo sucesivo los estados romanos. Asi era inmensa la gravedad de un hecho semejante.

El papa, apenas sabe en Gaeta la resolucion de las Cámaras, organizando un gobierno provisional por haberse negado á recibir á los diputados romanos, protesta enérgicamente, considerando la institucion de esta junta como una usurpacion de sus poderes; la declara desnuda de toda especie de autoridad, y ordena á sus súbditos que no obedezcan sino á la comision instituida por él el 27 de noviembre (1).

Sterbini y los revolucionarios de Roma, conociendo su angus-

(1) He aqui la segunda protesta de Pio IX!

«Pius Papa IX.—Elevados por divina disposicion y de un modo casi maravilloso al supremo pontificado, á pesar de nuestra indignidad, fué uno de nuestros primeros deberes el trabajar en procurar la union entre los súbditos del Estado temporal de la iglesia, en consolidar la paz en las familias, en hacerles bien y hacérsele de todos modos, y en cuanto de Nos dependiera, en volver floreciente y pacífico el Estado. Empero, los beneficios de que nos hemos esforzado en colmar á nuestros súbditos, las instituciones mas ámplias con que hemos condescendido á sus deseos, lejos de inspirar la gratitud y reconocimiento que teniamos derecho á esperar, solo han valido á nuestro corazon disgustos y amarguras reiteradas de parte de los ingratos, cuyo número nuestro ojo paternal desearia ver

tiosa situacion, habian estrechado sus relaciones con el ministerio revolucionario de la Toscana, y con el recientemente formado en la Cerdeña, á cuya cabeza habia vuelto á ponerse el célebre Gioberti, que no contando con la mayoría de las Cámaras habia comenzado por prorogarlas, proponiéndose apelar despues á nuevas elecciones. Al leerse el decreto de prorogacion, preludio de la disolucion de aquella asamblea, que se habia manifestado hasta ahora favorable á la paz de Italia, las tribunas habian gritado: ¡viva el ministerio democrático! En el senado, el marqués Alfieri, presidente del mismo, al levantar la sesion habia pronunciado las palabras «*Dios salve á la Italia*, *Dios proteja al rey*» que desde que se pronunciaron un dia en las Córtes españolas, han sido adoptadas como grito preventivo de una revolucion.

En el gobierno provisional de Roma no se hallaban enteramente

disminuirse de dia en dia. Ahora todo el mundo sabe de qué manera han correspondido á nuestros beneficios, el abuso que han hecho de nuestras concesiones y cómo, desnaturalizándolas, dando á nuestras palabras un torcido sentido, han tratado de estraviar á la multitud, de tal suerte que hasta de esos beneficios y de esas instituciones han hecho ciertos hombres un arma para cometer los mas violentos escesos contra nuestra autoridad soberana y contra los derechos temporales de la Santa Sede.

«Nuestro corazon se niega á recordar uno por uno los últimos acontecimientos á contar desde el 15 de noviembre, dia en que un ministro que gozaba de nuestra confianza fué bárbaramente degollado por la mano de un asesino, á quien aplaudia una turba de desatentados enemigos de Dios y de los hombres, de la iglesia y de toda buena institucion política. Este primer crímen abrió la puerta á la série de crímenes cometidos al dia siguiente con una impudencia sacrílega, crímenes que han incurrido ya en la execracion de todos los hombres de bien de nuestro estado, de Italia y de Europa, y que incurrirán en la de las otras partes del mundo. Por tanto podemos ahorrar á nuestro corazon el inmenso dolor de relatarlos aqui.

«Nos hemos visto obligados á alejarnos del lugar en que se cometieron, de ese lugar en que la violencia nos impedia poder remediarlos, reducidos como estábamos á llorar con los hombres de bien, á deplorar como ellos tan tristes acontecimientos y la impotencia mas aflictiva todavía de todo acto de justicia con los autores de esos abominables crímenes. La Providencia nos ha conducido á esta ciudad de Gaeta, donde, hallándonos en el pleno goce de nuestra libertad, hemos renovado solamente contra las mencionadas violencias y atentados las protestas que ya desde el primer momento habíamos hecho en la misma ciudad de Roma, en presencia de los representantes de las córtes de Europa y de otras naciones lejanas, acreditados cerca de Nos. Por el mismo acto, sin derogar en nada las instituciones creadas por Nos, hemos cuidado de dar temporalmente á nuestros estados una representacion gubernamental legítima, á fin de que en la capital y en todo el Estado se atendiese el curso regular y ordinario de los negocios públicos, asi como tambien á la proteccion de las personas y de las propiedades de nuestros súbditos. Ha sido ademas prorogada por Nos la sesion del alto

de acuerdo los tres individuos que lo componian. Galletti trataba sin la menor compasion á sus compañeros, seguro de la superioridad que le daban sobre ellos sus talentos y su influencia con las masas populares. Asi es que en las proclamas que dirigia al pueblo, á pesar de las reclamaciones de sus compañeros, emplea siempre al hablar de la nacion las palabras Estado romano, con esclusion de las de Estado pontificio.

El ministerio romano presenta á la Cámara el 26 de diciembre el proyecto de ley para la convocacion de la Constituyente. En este proyecto la junta se reservaba el ejercicio del poder soberano hasta la reunion de la Asamblea, violando el decreto de las Cámaras en que se especificaba que solo subsistiria hasta el regreso del papa, ó hasta que viniera un representante legalmente autorizado por éste.

Muchos diputados instruidos del gravísimo negocio que iba á agitarse en la Cámara este dia, mandan anticipadamente su renuncia. Lauri, uno de ellos, la motiva, no reconociendo derecho á hacer innovaciones en la Constitucion otorgada por el papa. Cuarenta y ocho diputados se hallaban presentes. El ministro Sterbini era el encargado de presentar la ley, y estraño era que en el estado de ile-

consejo y del consejo de los diputados, que recientemente habian sido llamados á proseguir sus interrumpidas sesiones. Pero estas determinaciones de nuestra autoridad, lejos de hacer volver á la senda del deber á los perturbadores y autores de las violencias sacrílegas que acabamos de recordar, los han impulsado á mayores atentados; porque arrogándose esos derechos de soberania que solo á Nos pertenecen, han instituido en la capital por medio de ambos consejos una representacion gubernamental ilegítima, con el título de junta provisional y suprema de Estado, segun lo han publicado en acta del 12 de este mes. Los deberes de nuestra soberanía, á los que no podemos faltar; los juramentos solemnes con que delante del Señor hemos prometido conservar el patrimonio de la Santa Sede y trasmitirle íntegro á nuestros sucesores, nos obligan á levantar solemnemente la voz y á protestar ante Dios y á la faz del universo contra ese grande y sacrílego atentado. Por tanto, Nos declaramos nulos y sin fuerza alguna ni valor legal todos los actos espedidos á consecuencia de las violencias que se nos han hecho, protestando particularmente que esa junta de Estado, establecida en Roma, no es otra cosa que una usurpacion de nuestros soberanos poderes, y que dicha junta ni tiene, ni de modo alguno puede tener, autoridad alguna. Sepan, pues, todos nuestros súbditos, de cualquier clase y condicion que sean, que en Roma y en toda la estension del Estado pontificio ni hay ni puede haber poder legítimo alguno que no emane espresamente de Nos; que por el *motu proprio* soberano del 27 de noviembre hemos instituido una comision temporal de gobierno, y que á ella solo pertenece esclusivamente el gobierno del Estado durante Nuestra ausencia y hasta que Nos mismo dispongamos otra cosa.

«*Datum Cajetæ die* XVII *decembris* MDCCCXLVIII.—Pius, papa IX.»

galidad en que se hallaba Roma, se tratase de decretar con fórmulas legales una medida que implicaba la destruccion completa de la Constitucion, siendo mas estraño aun que un ministerio cuyo orígen era puramente revolucionario, quisiese hacer sancionar por la Cámara la convocacion de una Constituyente que reclamaban las turbas en las calles y en las plazas, y los Círculos, que eran los que hacian mover al pueblo y á la guardia nacional misma.

La Cámara romana comprendió cuán impotente era para luchar contra la agitacion popular, que en su frenético ímpetu no habia respetado el trono del vicario de Cristo, asentado sobre la tierra hacia diez y nueve siglos; pero no quiso prestarse á la ridícula farsa de dar un colorido de legalidad al acto mas grave de la revolucion.

Un diputado, Mayo, es el que manifestó con mayor firmeza estos sentimientos. «Si decis, esclama, que es la voluntad unánime del pueblo, qué venís á pedirnos en definitiva? Si tres millones de habitantes reclaman la Constituyente, de qué os sirven estos cincuenta votos? Estos cincuenta votos os servirán únicamente para consagrar un grande escándalo, el de la destruccion de la Constitucion. La Junta de gobierno que habíamos nombrado, por su programa declaró que aceptaba á la vez el mandato del pueblo, y el nuestro: se ha colocado en una nueva via; sígala en buen hora, pero obre por sí misma. Embarazados por las circunstancias hemos hecho muy poco por el bien público; démosle al menos ejemplo de firmeza sosteniendo el Estatuto constitucional.»

Sterbini con frenética viveza esclamó: «Quién viene aqui á hablar de Estatuto? Existe aun ese Estatuto, despues de haber sido violado por el mismo que estaba obligado solemnemente á conservarlo? Dónde está el tercer poder; no nos ha abandonado? Se habla aun de legalidad! No se ha separado la Cámara gloriosamente de esa estéril legalidad? No habeis seguido la ley de la necesidad, y podeis gloriaros de ello? No somos ya los representantes del pueblo? Pues qué, no conoceis las tendencias, los votos, las simpatías populares? No conoceis los votos de los Círculos? No oís los gritos de ese mismo pueblo que aguarda vuestra resolucion, y quereis, abandonar, desertar en semejantes momentos de la causa popular? Si rehusais reuniros á la Junta y al ministerio para la convocacion de una Constituyente, la Junta y el ministerio obrarán directamente. Pero no, no querreis volver á vuestras provincias con la vergüenza de haber desertado de la causa del pueblo. ¿Encontrareis si buscais dentro de vosotros mismos...... No quiero decir la palabra, pero me comprendeis.»

Aplausos estraordinarios acogieron estas espresiones del tribuno ministro.

La Cámara no habria tenido bastante resolucion y firmeza para rechazar el proyecto que la presentaban; asi es que la mayor parte de los diputados habian ido abandonando la sala. La sesion por lo mismo habiase levantado, y señalado el presidente para aquella misma noche la discusion del proyecto de la Constituyente presentado por el ministerio.

La Cámara romana que tan hostil se habia manifestado al papa; que tan débil habia sido con los asesinos, que no se habia atrevido á condenarlos despues de haber manchado con la sangre de un ministro su recinto; que habia suscrito débilmente todos los proyectos presentados por Mamiani y Sterbini, no debia volver á reunirse mas. Este ministro iba á proclamar la Constituyente como una medida de salud pública.

El dia 29 de diciembre proclama el ministerio la Asamblea constituyente, y el 30 disuelve la Cámara de los diputados.

El decreto de la Asamblea constituyente, compuesto de quince artículos, daba á este cuerpo todos los poderes del estado romano (1).

El ministerio dió todas las instrucciones necesarias para las elecciones generales de la Asamblea constituyente romana. Estas ins-

(1) Artículo 1.° Se convoca en Roma una Asamblea nacional que representará con plenos poderes el Estado romano.

Art. 2.° El objeto de esta Asamblea será tomar todas las determinaciones que juzgue convenientes y oportunas, y adoptar los medios de afirmar de un modo regular, satisfactorio y estable la causa pública conforme á los actos y tendencias, sino de toda, al menos de la mayor parte de la poblacion.

Art. 3.° Los colegios electorales se convocan para el 21 de enero próximo, á fin de elegir los representantes del pueblo en la Asamblea nacional.

Art. 4.° La eleccion tendrá por base la poblacion.

Art. 5.° El número de representantes será el de doscientos.

Art. 6.° Se repartirán en los distritos electorales actualmente existentes, de modo que cada uno nombre dos representantes.

Art. 7.° El voto será directo y universal.

Art. 8.° Son electores todos los nacionales de veinte y un años de edad con un año de domicilio, y que no estén privados judicialmente de sus derechos civiles.

Art. 9.° Son elegibles todos los electores de veinte y cinco años.

Art. 10. El escrutinio será secreto. Nadie podrá ser nombrado representante del pueblo sino reune al menos quinientos votos.

Art. 11. Cada representante tendrá una indemnizacion de dos escudos diarios (cuarenta reales) mientras duren las sesiones. No se podrá renunciar á esta indemnizacion.

Art. 12. La Asamblea nacional se abrirá en Roma el 5 de febrero próximo.

trucciones eran una copia de las que el gobierno provisional de Francia habia publicado para las elecciones de la Asamblea constituyente; y la promulgacion de estas instrucciones fué celebrada en Roma con una fiesta popular.

Los batallones de la guardia cívica y los soldados de todas armas fueron á la plaza de Venecia, y desde alli por todo lo largo de la calle del Corso á la plaza del Pueblo, esta plaza tan célebre en la época presente por ser el punto de reunion en toda agitacion popular. La comitiva iba precedida de banderas, hachones y músicas; los gritos eran ¡viva la Constituyente romana! ¡viva la Constituyente italiana! ¡viva la independencia de la Italia!

Colocadas las turbas en el Capitolio, depositan todas las banderas al rededor de la estátua de Marco Aurelio, sobre cuyo pedestal sube el abate Rambaldi, y despues de haber leido desde aquella improvisada tribuna el decreto de la Asamblea nacional constituyente, esclama: «Pueblo de Roma, tú estás llamado á una grande «empresa..... Tú estás llamado, si quieres, á inspirar la fuerza vi«tal á nuestra desgraciada Italia, y á reunir sus miembros esparci«dos que los déspotas y las negras congregaciones quisieran tener «aislados. Yo, indigno sacerdote de Cristo, con la conviccion mas «profunda, desde lo alto del Capitolio te llamo á la libertad y á la «independencia, porque el principio de tu derecho vive eternamen«te en el Evangelio. ¡Viva la Constituyente romana, iniciativa de «la Constituyente italiana!»

Frenéticos aplausos acogen estas palabras. Las turbas se retiran por las calles, y las gentes pacíficas del pueblo, en un triste silencio, ven pasar esta farsa que tan cara ha de costar á la ciudad de Roma, afligida ya por la miseria; porque cada dia se alejan de ella los hombres que pueden huir, de una ciudad contaminada que va á atraer sobre sí los rigores del cielo y del mundo.

Nótase que en los movimientos populares que siguen al establecimiento del gobierno provisional, hay una afectacion marcada, tanto en las peroraciones de los tribunos como en las proclamaciones del Círculo Popular, en mezclar siempre la palabra religion con la palabra libertad, el Evangelio con la Constitucion.

El Círculo Popular, el mismo dia en que se proclama la Constituyente, escribe á todos los Círculos de los estados romanos.

«Ciudadanos: la Constituyente del Estado está proclamada; los votos de las provincias se han cumplido, y Roma en el colmo de la alegría con los ojos fijos sobre su Capitolio, espera el mas feliz porvenir. Roma ha tenido hasta aqui á Pio IX en veneracion; y como pontífice y como príncipe hoy aun reverencia en él, en cualquier parte donde resida, al gefe supremo de la iglesia católica, empero no puede reconocer en su persona al gefe del Estado mien-

tras habite sobre una tierra estrangera, en medio de pérfidos consejeros, y en compañía de un rey que no tiene de hombre mas que el nombre.

«Hermanos: he aqui el instante solemne en que el poder vuelve á manos de un solo verdadero soberano, el pueblo! Ofrezcamos al mundo un memorable egemplo de inteligencia y de valor cívico. Desde lo alto del Capitolio nuestros doscientos mandatarios harán resonar palabras de libertad que sembrarán el terror en el seno de nuestros enemigos. Toda ley justa emana del Evangelio, que es él mismo la ley de doscientos millones de católicos. Atrás, falsos sacerdotes, no profaneis mas largo tiempo esa ley pura! Asi como los apóstoles han esparcido por toda la tierra las santas máximas de amor, de igualdad y libertad de su Divino Maestro, de la misma manera los rayos de la verdad y de la justicia irán desde el Capitolio á iluminar el mundo entero. Si, hermanos; nuestro Capitolio que ha sido tan grande en la era pagana, será sublime en nuestra era cristiana. Permanezcamos unidos y fuertes, porque si sucumbimos esta vez será para siempre.

«Salas del Círculo Popular, 29 de diciembre.—Secretario general, Pedro Guerini.»

Ridícula es toda esta elocuencia revolucionaria, porque los romanos no cuentan con medio alguno de resistencia.

Las cuatro compañías de aventureros de Garibaldi han sido admitidas á sueldo de la Junta suprema del Estado, y en esta fuerza fia su seguridad. La proclamacion de la Asamblea constituyente ha sido el último paso de la revolucion, y debe complicar necesariamente las dificultades, dividir profundamente los espíritus, y crear grandes embarazos para las negociaciones de la vuelta futura del papa, de un modo pacífico.

El cansancio, el horror del pueblo á los revolucionarios es cada dia mas marcado. La situacion de Roma era horrible. La miseria mas espantosa aqueja á las clases del pueblo, pues mas de treinta mil estrangeros venian todos los años á presenciar en la ciudad eterna las grandes funciones religiosas y disfrutar su delicioso clima, y hoy no solo no han venido estos estrangeros que la enriquecian, sino que han huido de su recinto cuantas personas notables y acomodadas han podido salvarse del dominio de las turbas. Los dos individuos de la Junta del gobierno provisional huyen tambien de la ciudad, dejando solo á Galletti, cansados de ser el instrumento de la ambicion de éste, y el juguete de las facciones. El ministerio todo, desecha asi la Junta del gobierno supremo nombrado por la Cámara, se constituye en Comision provisional del Estado romano á imitacion de lo que se hizo en Francia en la revolucion de febrero.

Pio IX habia dirigido por dos veces su voz á sus estraviados

súbditos. El padre habia llamado á sus hijos, esperando que volviesen á sus brazos abiertos siempre para recibirlos. Ni una sola palabra de indignacion habian proferido sus lábios abiertos siempre para el perdon. Esperaba que su pueblo, por quien tanto habia hecho, de quien tantas pruebas de amor habia recibido, se separaria de los que en su ciego frenesí osaban proclamar los derechos del hombre hollando los derechos de Dios, y quieren establecer en lugar de la prudente libertad que él les habia otorgado, la libertad de la demagogia sobre las ruinas de la religion, y hacer leyes dictadas por las pasiones, por la inspiracion del sacrilegio. Queria Pio IX aun á sus mismos instigadores, á los que le habian arrojado del Quirinal, dejarles por todo castigo los remordimientos de su ingratitud. Habia tolerado las injurias, los sarcasmos, los ultrajes hechos contra su sagrada persona, empero no podia tolerar el despojo de la soberanía del pontificado; esta soberanía era propiedad de la iglesia, y ningun pontífice es árbitro de renunciarla, ni de dejarse despojar de ella. Debia usar y usó de las armas que la misma iglesia habia puesto en sus manos, y el dia 1.º de enero de 1849 fulmina contra los revolucionarios de Roma el rayo del Vaticano separándolos de la comunion de la iglesia (1).

Las bóvedas del templo de San Pedro resonaron con los terri-

(1) «*Pio IX Papa, á sus muy amados súbditos.*

«En esta pacífica morada á donde plugo á la divina Providencia conducirnos para poder manifestar libremente nuestros sentimientos y voluntad, esperábamos ver manifestarse el remordimiento de nuestros estraviados súbditos, por los sacrilegios y crímenes cometidos contra personas de nuestro servicio, de las cuales unas fueron muertas y otras ultrajadas.

«Tambien esperábamos muestras de arrepentimiento, por los desmanes cometidos en nuestro palacio y contra nuestra misma persona. Sin embargo, no hemos visto llegar sino una estéril invitacion para que volviésemos á nuestra capital, sin una palabra de reparacion por aquellos atentados, sin la menor garantía capaz de asegurarnos contra los fraudes y las violencias de ese tropel de furiosos, cuyo bárbaro despotismo está tiranizando aun á la ciudad de Roma y á los estados de la iglesia.

«Esperábamos, en fin, que las protestas y las órdenes emanadas de Nos llamarian á sus deberes de fidelidad y sumision á los que desprecian y conculcan una y otra en la capital misma de nuestros Estados.

«En vez de esto, un nuevo acto, mas monstruoso aun, de abierta felonía y de verdadera rebelion, audazmente cometido por esos hombres, ha colmado la medida de nuestros dolores y escitado al mismo tiempo nuestra indignacion, asi como deberá contristar á la iglesia universal.

«Hablamos de ese acto, detestable bajo todos conceptos, con el que se ha pretendido disponer la convocacion de una llamada Asamblea nacional de los Estados romanos, en virtud de un decreto de 29 de diciembre último, para establecer las nuevas formas políticas, que han de darse á aquellos.

bles acentos del anatema. Iguales fúnebres ecos se repiten en todas las iglesias de la ciudad eterna. La consternacion se apodera del ánimo de los fieles, y los revolucionarios antes que la consternacion del pueblo se convierta en indignacion, é intente sacudir el yugo de opresion en que le tienen los que el vicario de Cristo ha declarado réprobos y ha marcado su frente con el anatema, como Dios marcó al fratricida Cain, intentan una demostracion, para intimidar aun mas al aterrado pueblo Ciceruacchio con sus turbas asalta la casa del vicario de Roma, recoge todos los ejemplares de la tercera protesta del papa, los arranca de las iglesias, y lleva la profanacion hasta sepultarla en un lugar inmundo, poniendo la inscripcion de *Aqui yace la escomunion de Pio!* Recorren las calles,

«De este modo juntando iniquidad á iniquidad, los autores y cómplices de una anarquia demagógica tratan de destruir la autoridad temporal del Pontífice romano sobre los dominios de la Santa Iglesia, no contando con que esta autoridad se halla establecida de una manera irrefragable sobre los mas antiguos y sólidos derechos, y como tal venerada, reconocida y protegida por todas las naciones. Hasta suponen ó quieren hacer se crea que este poder soberano está sujeto á controversia, y depende del capricho de los facciosos.

«Queremos escusar á nuestra dignidad la humillacion de detenernos á hablar sobre lo que tiene de monstruoso ese acto abominable, no menos absurdo por su origen que ilegal en su forma, y completamente impio en su objeto. Pero corresponde á la autoridad apostólica de que estamos, aunque indignamente revestidos; corresponde á la responsabilidad que nos liga en virtud de juramentos sacrosantos prestados en presencia del Todo Poderoso, no solamente protestar de la manera mas enérgica y eficaz contra ese acto, sino condenarlo á la faz del universo, como un atentado enorme y sacrílego cometido en perjuicio de nuestra independencia y de nuestra soberania, digno de las penas establecidas en las leyes divinas y humanas.

«Estamos persuadidos que al recibir tan impudente invitacion, os habreis sentido santamente irritados, y habreis lanzado lejos de vosotros una provocacion tan culpable y vergonzosa; mas á pesar de esta persuasion, y para que ninguno pueda decirse engañado por seducciones falaces y predicadores de doctrinas subversivas; y para que nadie pretenda ignorar lo que traman los enemigos de todo órden, de toda ley, de todo derecho, de toda verdadera libertad y de vuestra felicidad personal, hemos resuelto levantar nuevamente nuestra voz, y difundirla por todas partes de tal modo, que os dé mas y mas certeza de la absoluta prohibicion por la cual os impedimos á vosotros, nuestros súbditos, de cualquiera clase y condicion á que pertenezcais, tomar parte alguna en las reuniones que se osan tener para la eleccion de individuos que hubiesen de ir á la Asamblea que condenamos.

«Os recordamos al mismo tiempo, que esta nuestra absoluta prohibicion esta ademas sancionada por los decretos de nuestros predecesores, y de los concilios, especialmente del general de Trento, (Ses. 22 cap. 11, de Reforma); decretos por los cuales ha fulminado la iglesia en muchas ocasiones sus censuras, y prin-

se apoderan de los sombreros encarnados que hay de muestra en las sombrererías, y en medio de las mas horrendas blasfemias é imprecaciones los arrojan en el Tiber, no pudiendo hacerlo con los príncipes de la iglesia, que huyendo de sus puñales habian abandonado antes á Roma y se hallaban en Gaeta al rededor del vicario de Jesucristo.

La noticia de los sucesos de Roma habia alarmado el mundo católico. La Francia se habia preparado, como hemos visto, á recibir con respeto, con veneracion, hasta con júbilo, al pontífice-rey, si dirigia á ella sus proscriptos pasos, y el nuevo presidente de la república, Luis Napoleon, no menos celoso que Cavaignac, apresta en Tolon una escuadra y un ejército que hagan triunfar en Roma, entregada al furor de los asesinos, la causa de la religion y de la libertad!

cipalmente la escomunion mayor en que incurren, sin necesidad de nueva monicion, cualesquiera que osaren hacerse culpables de atentar contra la soberania temporal de los pontífices romanos. Os declaramos igualmente, que han incurrido ya en estas penas espirituales, cuantos han tenido parte en el acto que hemos prohibido, y en todos los que anteriormente se han dirigido contra nuestra soberania, y asimismo todos aquellos que de cualquier otra manera, y bajo mendaces pretestos, han turbado, violentado ó usurpado nuestro poder.

«No obstante, si nos sentimos obligados por un deber de conciencia á defender el sagrado depósito, el patrimonio de la esposa de Jesucristo, confiado á nuestros cuidados, y á servirnos de la espada de justa severidad, que el mismo divino juez, nos ha entregado á este efecto, no por ello podemos olvidar jamás que ocupamos en la tierra el lugar de aquel que, aun cuando ejerce su justicia, no deja de usar de misericordia.

«Asi, pues, levantando nuestras manos al cielo, mientras le confiamos y recomendamos de nuevo una causa absolutamente justa, que es la suya, puesto que es la nuestra, y declarando de nuevo, que con la ayuda de su omnipotente gracia, estamos dispuestos, por la defensa y la gloria de la iglesia católica, á beber hasta las heces del cáliz de las persecuciones, que el hijo de Dios quiso beber el primero por nuestra salvacion, no cesaremos de suplicarle y rogarle, que acoja benignamente las fervientes oraciones que incesantemente le dirigimos de dia y de noche, por la salvacion y conversion de los estraviados.

«No amanecerá ciertamente dia alguno mas dulce y alegre para Nos, que aquel en que nos sea dado ver volver al redil del Señor, aquellos hijos de quienes hoy nos vienen tantas tribulaciones y amarguras. La esperanza de gozar pronto de un dia tan feliz, se fortifica en Nos por la consideracion de las oraciones universales, que uniéndose á las nuestras, salen de los labios y del corazon de los fieles de todo el universo católico, hácia el trono de la misericordia divina, rogándole, instándole, y estrechándole sin descanso, á que cambie el alma de los pecadores, y los traiga al camino de la verdad y la justicia.

«Dado en Gaeta, á 1.° de enero de 1849.

PIO PAPA IX.»

La España, este país eminentemente católico, donde la fé se ha conservado siempre pura é inalterable desde el momento en que vino á anunciarla á estos afortunados contornos uno de los Apóstoles del Salvador del mundo; esta nacion que ha mantenido intacto y puro el depósito de su fé en medio de las grandes persecuciones del cristianismo, en medio de los grandes sacudimientos que agitaron á la Europa entera en tiempo de la reforma de Lutero y de Calvino; oyó consternada los grandes sucesos que habian conmovido los cimientos de la ciudad santa, y arrojado de ella al padre comun de los fieles. El gobierno, despues de haber puesto inmediatamente dos vapores de guerra á disposicion del pontífice, siendo asi intérprete fiel de la piedad de catorce millones de habitantes, anuncia este triste suceso en el decreto de 4 de diciembre; ordena que en todas las iglesias de los dominios de España se celebren rogativas públicas durante tres dias consecutivos; y el pueblo español entero, corriendo ansioso á los templos, se postra ante las aras de la divinidad, implora los auxilios del Altísimo, y parece cubierto de duelo por la calamidad que aflige á la Iglesia católica, y por las tribulaciones de su pastor universal. El nuncio de Su Santidad don Juan Brunelli en la iglesia de los Italianos, y el Comisario general de Cruzada, don Manuel Lopez Santaella en la parroquia de San Justo, habian hecho celebrar un solemne triduo, y el pueblo de Madrid habia acudido á implorar humilde y afligido las misericordias del Eterno!

La España, cuyo trono habia permanecido firme en medio del sacudimiento universal revolucionario que habia conmovido casi todos los tronos de Europa, iba á ver reunidos nuevamente los representantes de los pueblos; iba á escuchar la voz que desde el trono venia á dirigirles la reina doña Isabel II, en el momento solemne de la apertura de su parlamento el dia 15 de diciembre. La reina iba á anunciarles la victoria que el órden público habia conseguido en la monarquía española en los grandes dias de prueba que habia atravesado la Europa; venia á rodearse de los representantes de la nacion, para que consagrasen sus esfuerzos al afianzamiento del trono y de la Constitucion de la monarquía. Tenia que anunciarles tambien el fausto suceso de que en el intermedio en que habian estado suspendidos los trabajos legislativos, las relaciones con la Santa Sede se habian restablecido completamente, esas relaciones que hacia quince años estaban interrumpidas desde su advenimiento al trono; empero tenia tambien que anunciarles la triste nueva que habia agitado al cristianismo, la nueva de que el pastor universal de la iglesia, arrojado por la revolucion de la capital del mundo cristiano, habia tenido que buscar un refugio en tierra estraña.

«En tan dolorosas circunstancias, dijo la Reina, no he vacilado

«un momento en ofrecerle el apoyo de la España, y un seguro y «cordial asilo en esta nacion siempre católica y piadosa.»

No podian los representantes de la nacion española menos de corresponder á los votos de su reina, á los votos del pais entero; una fué la opinion de todos los diputados de la nacion española.

El Congreso español, en la sesion del 5 de enero de 1849, escuchó absorto é interrumpiendo á cada momento con vivos aplausos al orador de las grandes emociones, de las imágenes grandiosas, de los pensamientos profundamente originales, al jóven marqués de Valdegamas, que al hablar del pontífice romano era el intérprete fiel y exacto de los sentimientos de esta nacion católica, de los sentimientos de todo el mundo cristiano. Aquellos sentimientos, revestidos con todas las galas de su brillante imaginacion y de su profundo saber, conmovían á la par que encantaban. Sus palabras fueron escuchadas con admiracion, y permanecerán largo tiempo grabadas profundamente en la memoria de todos los buenos. Esplicó la verdadera situacion de Roma.

«Señores, les decia, los sucesos de Roma no tienen un nombre: cómo los llamaríais, señores? Los llamaríais deplorables? Son mucho mas. Los llamaríais horribles? Señores, esos acontecimientos son sobre todo horror.

«Habia en Roma, ya no le hay, sobre el trono mas eminente el varon mas justo, el varon mas evangélico de la tierra. Qué ha hecho Roma de ese varon evangélico, de ese varon justo? Qué ha hecho esa ciudad en donde han imperado los héroes, los Césares y los pontífices? Ha trocado el trono de los pontífices por el trono de los demagogos. Rebelde á Dios ha caido bajo la idolatría del puñal. Eso ha hecho. El puñal, señores, el puñal demagógico, el puñal sangriento, ese es el ídolo de Roma. Ese es el ídolo que ha derribado á Pio IX. Ese es el ídolo que pasean por las calles tropas de caribes. Dije caribes? Dije mal, que los caribes son feroces, pero los caribes no son ingratos. Señores, me he propuesto hablar con toda franqueza, y hablaré. Digo que es necesario que el rey de Roma vuelva á Roma, ó que no quede en Roma piedra sobre piedra.

«El mundo católico no puede consentir, y no consentirá en la destruccion virtual del cristianismo, por una ciudad sola entregada al frenesí de la locura. La Europa civilizada no puede consentir, y no consentirá que se desplome, señores, la cúpula del edificio de la civilizacion europea. El mundo, señores, no puede consentir, y no consentirá que en Roma, esa ciudad insensata, se verifique el advenimiento al trono de una nueva y estraña dinastía, la dinastía del crímen. Y no se diga, señores, que hay dos cuestiones allí, una temporal y otra espiritual, y que la cuestion ha sido entre el rey temporal y su pueblo. Que el pontífice ha sido respetado, que el

pontífice existe todavía. Dos palabras sobre esta cuestion, dos palabras, señores, lo esplicarán todo.

«Sin duda ninguna el poder espiritual es lo principal en el papa, el temporal es accesorio, pero ese accesorio es necesario; el mundo católico tiene el derecho de exigir que el oráculo infalible de sus dogmas sea libre é independiente: el mundo católico no puede tener una ciencia cierta, como se necesita, de que es independiente y libre sino cuando es soberano; porque solo el soberano no depende nadie. Por consiguiente, señores, la cuestion de soberanía, que es una cuestion política en todas partes, es en Roma ademas una cuestion religiosa; el pueblo que puede ser soberano en todas partes no puede serlo en Roma; asambleas constituyentes que pueden existir en todas partes no pueden existir en Roma; en Roma no puede haber mas poder constituyente que el poder constituido. Roma, señores, los Estados pontificios, no pertenecen al estado de Roma, no pertenecen al papa; los Estados pontificios pertenecen al mundo católico; el mundo católico se los ha reconocido al papa para que fuera libre é independiente, y el papa mismo no puede despojarse de esa soberanía, de esa independencia.»

El discurso del marqués de Valdegamas, aplaudido por todas las fracciones del Congreso, era la espresion verdadera del espíritu nacional; faltaba que el gobierno desenvolviese sus ideas, y manifestase mas latamente el pensamiento que la augusta reina habia indicado desde el trono al abrir el parlamento.

El presidente del consejo de ministros, el duque de Valencia, al terminarse la sesion en que los representantes del pueblo contestaban á su reina, alzó su autorizada voz, y de una manera clara, terminante y franca, declaró qué clase de apoyo, la reina de España habia ofrecido y estaba dispuesta á poner en manos del gefe del cristianismo.

«Yo voy á decirlo con franqueza, esclamó en medio del mas «profundo silencio y atencion del Congreso: yo voy á decirlo, para «que todos los señores diputados sepan lo que van á votar; asi pro- «cede el gobierno. El gobierno, señores, necesita que el gefe de «la religion que profesan los españoles, esté enteramente libre en el «ejercicio de sus funciones espirituales. Para que esto suceda, el «gobierno español, de acuerdo con todas las naciones católicas, «hará cuanto sea necesario. Qué clase de libertad ha de tener Su «Santidad, no somos nosotros los que hemos de decirlo, ha de ser «Su Santidad mismo. Cuando diga que está en el ejercicio libre de «sus funciones espirituales, entonces será cuando nosotros nos «creamos libres de este compromiso; mientras no llega ese caso «haremos cuanto sea necesario, y para ello no dudaremos apelar á «la piedad y caballerosidad de los católicos españoles, y les pedi-

«remos, si es necesario á este propósito, sus vidas y sus fortunas.»

Las palabras del general Narvaez encontraron un asentimiento general en todos los lados de la Cámara; lo encontraron en todos los pueblos de la monarquía tan luego como fueron conocidas. El gobierno habia promovido por medio del embajador de la reina cerca del presidente de la República francesa, la idea de una conferencia entre las potencias cristianas, y el proyecto de una coalicion para establecer el trono y la independencia del vicario de Cristo. Una escuadrilla de ocho buques de guerra delante de Gaeta, esa plaza, cuyas fortificaciones alzaron reyes españoles, muestra en el mar Tirreno el pabellon de castillos y leones, que hoy como en otros siglos está allí para proteger los grandes intereses del Catolicismo!

Al entusiasmo que inspiraba á la nacion española el alto carácter del pontífice, se unia la celebridad de sus cualidades personales, cualidades que por dos años habia celebrado la Europa. Pio IX, tan digno del nombre que lleva por la piedad que reina en su corazon, habia sufrido aun antes del gran infortunio que le ha arrojado á una tierra estrangera, todas las calumnias, todas las contradicciones propias de los grandes hombres, que no son generalmente comprendidos ni apreciados en su patria ni en su siglo.

Los hombres apegados á las antiguas tradiciones, y enemigos de la libertad, con boca sacrílega le acusaban de haber sido el fautor de las revoluciones, lo mismo que siglos antes habian acusado á Paulo III, pontífice tan piadoso como grande hombre de estado, de partidario de la heregía de Lutero, por haber usado en la bula de la palabra misma *reforma*, á cuya voz se habia conmovido su siglo. Pio IX, con la misma intencion de Paulo III, habia articulado en este siglo de revoluciones, la palabra de *libertad*.

Paulo III habia pasado casi por un luterano, Pio IX por algunos ha sido mirado como un demagogo; pero la historia imparcial, que ha vengado á Paulo III, vengará tambien á Pio IX, uno de los soberanos que mas bien han merecido de la religion y de la humanidad.

Pio IX al subir el trono, conoció las tendencias de su siglo; vió que un gran cataclismo amenazaba al mundo en el momento en que muriese Luis Felipe, ese monarca ciudadano que por espacio de 18 años, con mano hábil y fuerte habia encadenado las pasiones revolucionarias que rugian en el seno de la Francia. Todas las naciones debian conmoverse necesariamente al suceder este gran acontecimiento; Pio IX quiere prepararse á él, y hacer que dotado su pueblo de instituciones moderadas y liberales no tuviera que agitarse, porque nada tuviese que desear cuando sonara para el mundo la hora de la revolucion.

La historia de nuestro siglo XIX se halla escrita en la del siglo XVI. En aquella época, hombres que á grandes talentos reunian grandes infamias y grandes crímenes, tomaron en boca la palabra *reforma*, y trastornaron el mundo cristiano. En nuestros dias, hombres del mismo temple con la palabra *libertad*, han puesto en combustion el mundo político. Los heresiarcas del siglo XVI amaban tan poco la reforma como los revolucionarios de nuestros tiempos aman poco la libertad. En la boca de los primeros la palabra reforma, lo mismo que la palabra libertad en boca de los segundos, no era mas que un pretesto, una mentira, una impostura. Armados con estas mágicas palabras los unos, han querido destruir la iglesia, los otros la sociedad. Unos y otros no han dejado mas que ruinas al pasar por el mundo; y dueños del campo de batalla, se han mostrado, los unos los cristianos mas impíos y corrompidos, y los otros los hombres mas déspotas, crueles é intolerantes.

La sociedad, en el siglo XVI como en el XIX sufria un mal estar, una atonia, una perturbacion secreta que exigia un remedio pronto y eficaz, y cualquiera que por su audacia, su ciencia ó su genio se presentase á ofrecerlo, estaba seguro de ser escuchado.

Los escándalos y los abusos de los eclesiásticos, acumulados en los siglos precedentes al XVI, hacen de la reforma una necesidad universal en la iglesia. Las injusticias, la arbitrariedad, el despotismo de los hombres políticos trasmitidos por los siglos anteriores al nuestro, han hecho tambien una necesidad de la libertad! En el siglo XVI la heregía de Lutero que amenazaba sumir en sus impuras aguas la Europa entera, no puede detenerse sino cuando la iglesia, adoptando la palabra misma de la heregía, gritó tambien *reforma* por boca del gran pontífice Paulo III, y cuando mas tarde en el gran Concilio de Trento se articuló tambien la gran palabra de *reformatio*; y esta promesa, esta esperanza de una verdadera reforma dada por la iglesia, hirió de muerte la falsa reforma proclamada y ofrecida por la heregía, rompió el talisman terrible, la mágica palabra con que habia ilusionado á los pueblos. La heregía de Lutero y de Calvino, se estacionó únicamente en aquellos pueblos qne habian fundado sobre ella su constitucion y sus dinastías; empero dejó de hacer nuevas conquistas.

La revolucion en nuestro siglo debia dar la vuelta al mundo, y no podia ser detenida en su marcha devastadora por los tronos sino cuando los reyes, adoptando la misma palabra, gritasen como ella, *libertad*. Esta palabra es tan mentirosa en boca de los demagogos como lo fué la palabra *reforma* en boca de los hereges. Los gobiernos que satisfacen las necesidades reales, sensibles y evidentes de los pueblos los libertan de las seducciones de la demagogia, y lo mismo que la sabia reforma ejecutada por la iglesia, desterró la he-

regía, del mismo modo una prudente libertad concedida por los gobiernos desarma las revoluciones, y este es el modo único, seguro é infalible de terminarlas y provocarlas.

He aqui porque Pio IX en el momento que subió al trono pontifical proclama, inaugura y pone en práctica con el mas feliz suceso estos principios.

Padre mas que soberano de sus pueblos, se habia anticipado á los deseos, habia conocido las necesidades de su siglo, y revestido de su doble carácter de pontífice y de rey, habia dado continuos ejemplos de caridad y de justicia evangélica, de las que es el custodio y el intérprete.

Pio IX habia demostrado lo que diez y nueve siglos antes habia proclamado á la faz del mundo Jesucristo, que la libertad es inseparable de la religion, que la libertad sin la religion es la anarquía. Dios en sus insondables juicios quiso que el mundo presenciase la catástrofe prevista para la muerte de Luis Felipe, aun antes de que esta sucediese, y condenó á éste como antes habia condenado á Napoleon, á que sobreviviéndose á sí mismo, presenciase el juicio de la posteridad. La revolucion, como un torrente impetuoso, inundó el mundo, conmoviéronse los tronos; agitáronse los pueblos; llevárونse mas allá de lo justo las ideas de libertad, de progreso, y del esceso mismo ha nacido en todas partes la reaccion.

El único pais del mundo que parecia deber salvarse del cataclismo universal era Roma, porque su santo pontífice habia unido á la libertad la cruz de Cristo, y la cruz eleva, ennoblece, santifica y conserva todo lo que se sienta á su sombra.

La religion y la libertad se hallaban estrechamente unidas con un lazo indisoluble al pie de la Cruz, sirviéndose mútuamente de sosten y de apoyo por la autoridad del pontífice; el puñal de los demagogos ha cortado este lazo, y la libertad sin la religion se ha convertido necesariamente en lo que debia ser, la anarquía, que es el despotismo de las turbas!!

CAPITULO XX.

CONCLUSION.

La revolucion en Roma habia recorrido rápidamente todas sus fases.

Habia comenzado por un asesinato en la Cámara, por atacar el palacio de Pio IX, el gran bienhechor de la ciudad eterna, por imponerle un ministerio acordado por las turbas sobre el cadáver sangriento y palpitante de su ministro Rossi: habia hecho huir de su recinto, para evitar al mundo el escándalo de un gran crímen, al pontífice-rey, y habia terminado por declararle depuesto de su soberanía, convocando una Asamblea constituyente y soberana!.....

Roma se hallaba bajo el imperio del puñal! El puñal era el ídolo de Roma, y fiel á sus tradiciones adoraba al ídolo á quien tantas veces habia adorado. Desde su orígen hasta hoy, en su antigüedad y en los tiempos modernos, el puñal es su arma favorita, ejerce un grande influjo en sus destinos, y figura constantemente en su historia.

Colonia de bandidos en su orígen, Roma que debia ser un dia la señora del universo, comienza como la sociedad humana por un fratricidio. El puñal de Rómulo le dá los reyes asesinando á Remo! El puñal de Colatino le dá su libertad traspasando el pecho de Lucrecia, violada por Tarquino, y proclamando la república cimentada con la sangre de los hijos de Bruto. El puñal de otro Bruto concluye cinco siglos mas tarde con la libertad asesinando á Cesar, que lleva á la tumba la libertad de Roma.

Asi el puñal sangriento aparece en las dos mas grandes épocas de su historia. Bajo de él debia nacer y sucumbir la libertad.

Alzóse el despotismo de los emperadores y el puñal es por lo regular el término ordinario de su existencia.

La libertad vuelve á aparecer en Roma llamada por Pio IX, y el

puñal de los asesinos la asesina nuevamente en el templo mismo de las leyes, y Rossi lleva consigo á la tumba la libertad de Roma en los idus de noviembre, como César la habia llevado en los idus de marzo.

Roma es la ciudad de la gloria y de las conquistas, empero es ambien la ciudad de los grandes crímenes.

Al abandonar nosotros en el 8 de diciembre aquella ciudad que años antes habíamos visto tan animada y floreciente, al tender por la última vez nuestras miradas por sus desiertas calles, al mirar cerrados todos los palacios de los príncipes de la iglesia, abandonados el Vaticano y el Quirinal, al contemplar la consternacion de sus gentes, al leer sobre sus rostros el asombro, el temor al puñal, el miedo á su futura suerte, nos pareció al salir por las puertas de Roma para tornar á nuestra patria, oir los cantos de Jeremías, que saliendo de su tumba despues de tantos siglos de silencio alzaba su voz para repetir al mundo sus aflictivos poemas, en que terriblemente anunció la destruccion y ruina de Sion.

¡Oh! ¿Cómo esta ciudad, antes tan populosa se halla tan desierta y triste?

¿Como la reina de las naciones, la que los pueblos venian desde muy lejos á admirar, se asemeja á una ciudad desolada? ¿Cómo la soberana de tantas provincias es hoy tributaria de los que la oprimen?

No cesa de llorar toda la noche, y su contínuo llanto y sus lágrimas han surcado sus megillas.....

Las calles de Sion lloran su soledad, nadie acude á la solemnidad del templo. Su suelo está desierto, rotas sus puertas, consternados de dolor los sacerdotes......

Agólpanse á nuestra mente mientras se nos figura oir la voz de Jeremías, el recuerdo de los infortunios de la ciudad eterna, y nos asalta el temor de los que tiene que sufrir. El mundo no olvidará jamás el nombre de los poderosos conquistadores que llevaron tantas veces el hierro y el fuego á su sagrado recinto.

El primero, el feroz Alarico á la cabeza de sus godos, cerca estrechamente la ciudad de las siete colinas, y aguarda á que la hambre y la peste hayan destruido la mitad de sus defensores, para pactar con él ella. Preséntansele embajadores, exige de ellos todo el oro, toda la plata que la ciudad contiene.—Rey, le dicen los enviados del pueblo, qué nos quedará?—La vida, respondió el bárbaro, sin pensar que Roma no contiene mas que cadáveres. Se aleja por algun tiempo, pero es para volver muy pronto mas inexorable que nunca.—Un monge corre á su encuentro á implorar el perdon de la ciudad.—No, responde el brutal conquistador, no puedo detenerme; siento dentro de mí un poder irresistible que me arrastra, que me impele á arruinar esta ciudad.

Por tercera vez, en fin, se presenta el mismo Alarico; el hambre es aun segunda vez auxiliar, y la ciudad que habia sometido el mundo, dice San Gerónimo, pereció de hambre antes que por la espada. Apenas hallaron algunos descarnados espectros los vencedores á quienes imponer su pesado yugo.

Despues de Alarico, rey de los godos, preséntase Atila, rey de los hunos. Atila, que se proclama á sí mismo el azote de Dios! La toma de Milan exalta su orgullo, anima la ambicion de sus soldados; pero un decreto del Altísimo suspende su devastadora carrera. Detiénese inquieto en su tienda. El santo pontífice Leon viene á implorar su clemencia.—No sé porque, dice, me han conmovido las palabras de este anciano, y se retira.

Otro conquistador llega! Genserico, rey de los vándalos, que cuarenta y seis años despues que Alarico viene á incendiar y destruir cuanto entonces perdonó el furor de los godos!

La metrópoli del imperio no está rodeada sino de un tropel de godos, alanos, herulos, que componen los ejércitos del Estado á sueldo de los emperadores. Un hombre se alza en medio de estas hordas indisciplinadas, un hombre de desconocido orígen, Odoacro, soldado audaz, entra victorioso en la ciudad de los Césares, abole sobre el mismo Palatino el título de emperador y hace revivir el nombre de rey en la ciudad de Rómulo. Trono mal asegurado! Teodorico á la cabeza de los ostrogodos entra tambien en Roma, y lleva á hierro y sangre su recinto tantas veces ya destruido.

Totila, llamado rey de los ostrogodos viene á su vez á sitiar las murallas de la ciudad sagrada. En vano el emperador Justiniano y el heróico Belisario corren á defenderla. Totila abre una brecha, precipita por ella torrentes de soldados en la ciudad. Saquea, degüella, incendia y comete tantos estragos que hacen olvidar las anteriores invasiones, y no se retira de Roma sino despues de haber espulsado de la ciudad á todos sus habitantes, y convertido la capital del universo en una inmensa y horrible soledad.

Asi se fueron sucediendo los destructores de Roma, ministros de la venganza del Eterno.

Otros le seguirán aun. Cárlos V y el condestable de Borbon, renovarán en el asalto y saqueo de Roma los horrores de Alarico y de Totila, y añadirán al estrago la profanacion y la burla; viéndose aun hoy las profundas cicatrices que dejaron en la ciudad y en los mas magníficos templos.

Los exarcas de Rávena la humillaron, las familias rivales de la edad media se batieron en sus murallas y se lanzaron mútuamente á la cabeza destrozados capiteles, obras maestras rotas y mutiladas. En nuestros mismos dias otro Breno inundó con sus victoriosas huestes la ciudad eterna, derribó el trono pontificio, y reem-

plazó con las águilas rapaces la misteriosa paloma que al fin tornó á anidar en el Vaticano y Quirinal, huyendo aquellas á fijar su mansion en la roca abrasadora de Santa Elena.

Plaza á otros conquistadores!... Plaza á la Europa entera! que si en el siglo XI, cuando el feudalismo habia arraigado á los hombres en el suelo tan fuertemente como los castillos de que por do quier estaba erizada la tierra, se alzaron á la voz de Pedro el Ermitaño, y se lanzaron al Asia á conquistar la tumba de Cristo, y todos quisieron partir; nobles y villanos, jóvenes y viejos abandonaron castillos y cabañas. Hoy no dejarán perecer el trono del Cristo en la tierra, ese trono que cuenta diez y seis siglos levantado por Constantino y Carlo-Magno.

El vicario de Cristo ha hablado desde la mansion de su destierro una... dos veces... ha esperado, y esperado en vano que Roma se arrepintiera de su suicidio..... Ha hablado la tercera vez y ha lanzado el rayo del Vaticano sobre los agitadores de la moderna impía Babilonia...

El rayo herirá sus cabezas, aunque en su impiedad consideren la escomunion del pontífice como el dardo de Priamo arrojado en medio del incendio de Troya!

La unidad moral de las naciones cristianas brillará otra vez como en los tiempos de las cruzadas.

La opinion es unánime, Francia y España han hablado. El movimiento será inmenso en el universo. Se ha manifestado ya en Portugal, en Irlanda, en Alemania, en las Rusias, y atravesando el Océano como una chispa eléctrica, se mostrará en todos los contornos del globo: en los archipiélagos del Asia, en las montañas de la Armenia, en las llanuras de Persia, en la ribera de las cascadas del Nilo, en las llanuras de Thon-King, sobre las márgenes del Japon, en las orillas del Ganges, y en las Américas en el fondo de las sábanas del Canadá, en la cima de los Andes y las Cordilleras, y sobre las ruinas del antiguo mundo en Thebas, en Menfis, en Atenas y en todas las partes del globo donde existe un solo adorador de Cristo!

En todas partes se alzará un grito igual al que ha resonado en la república francesa y en la monarquía española!

El poder temporal de los pontífices es un hecho indispensable en el mundo. Su trono cuenta diez y seis siglos de existencia.

Napoleon lo destruye un momento, y lo alza despues él mismo convencido de esta gran verdad.

La independencia del soberano Pontífice está bajo la salvaguardia de todos los católicos. Roma con sus monumentos levantados, con los tesoros de la Europa entera, Roma, centro y cabeza de la cristiandad, pertenece á los cristianos mas que á los romanos mis-

mos. El mundo no dejará decapitar la cristiandad ni contemplará por mucho tiempo errante y fugitivo ni á merced de nacion alguna determinada á la cabeza visible de la Iglesia.

Pio IX volverá otra vez á Roma, á esa desgraciada ciudad, teatro de tantas glorias, de tantos crímenes, y á quien envidioso el destino parece querer hacer espiar por un continuado diezmo de sangre y de ruinas sus orgullosos recuerdos de triunfos y de conquistas!!!

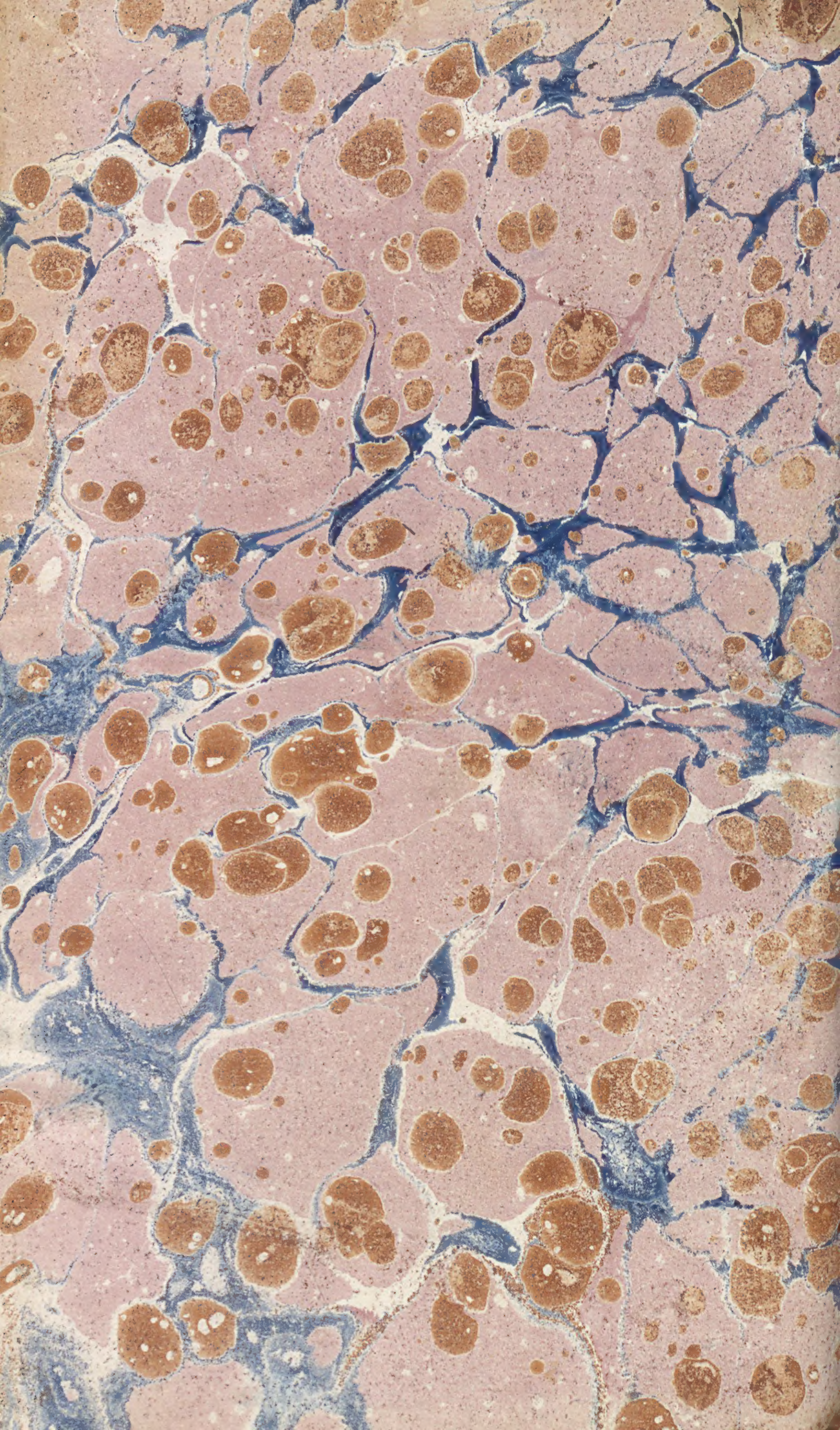
En los momentos del peligro en Roma nos presentamos al embajador español, y ofrecimos á Pio IX nuestro corazon y nuestro brazo; vueltos á nuestra patria á tomar un asiento en el Congreso de los diputados de la Nacion, hemos consagrado nuestra pluma, y levantaremos nuestra voz en defensa de su santa causa, porque la causa de Pio IX es la del cristianismo, la de la civilizacion y la de la libertad!!

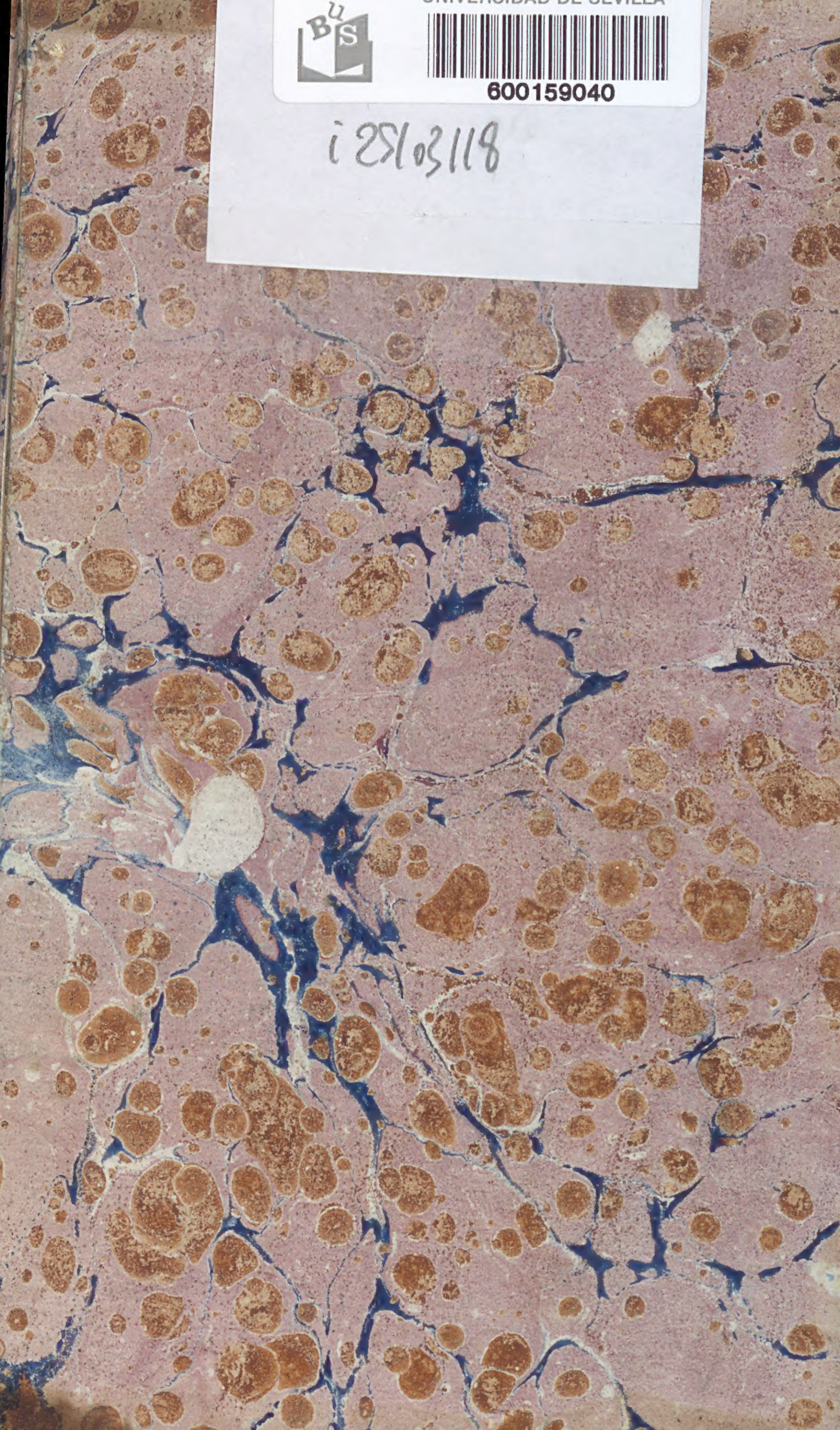
FIN.



INDICE.






UNIVERSIDAD DE SEVILLA
BUS
600159040
i 25103118


25
LA
REVOLUCION
DE ROMA
121

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm